**SOCIALISMO Y ANARQUÍA**[[1]](#footnote-1)\*

Errico Malatesta

**PRÓLOGO DE MAX NETTLAU**[[2]](#footnote-2)\*\*

**CAPÍTULO I**

**JUVENTUD Y VIDA MILITANTE DE 1871 A 1889**

El viernes 22 de julio de 1932 a medio día murió en Roma Errico Malatesta. Lo libertó la muerte de cruel enfermedad, y también de una refinada privación de libertad que sólo los ex socialistas autoritarios saben imponer, con el deseo de inutilizar por el aislamiento a sus víctimas libertarias.

Lenin aisló a Kropotkin en un pueblo y supo evitar que fuera a reponerse en clima propicio. Mussolini, ex socialista, aisló a Malatesta en su propia casa, y cuando el anciano quiso asomarse al mar, persecución policíaca le forzó a volver pocos días después a la ciudad calurosa, ardiente. Otros socialistas eligieron el desierto como residencia de los adversarios anarquistas, haciendo prácticamente imposible que los enfermos pudieran encontrar algún alivio. El calabozo del tirano era preferible a la crueldad hipócrita del aislamiento. Por lo demás, los socialistas autoritarios de todos los tiempos conservan los calabozos para poblarlos con otras víctimas.

Nació Malatesta el 4 de diciembre de 1853 y ha sobrepasado la edad de Kropotkin (1842-1921) en algunos meses, cediendo la vida de ambos a la misma enfermedad crónica, acentuada y enconada en el curso de una larga lucha contra la muerte. El clima de Inglaterra, húmedo y brumoso, quebrantó probablemente la salud de los dos hombres. Kropotkin estaba acostumbrado al frío seco de Rusia, Malatesta a la generosa templanza del Mediodía italiano. Malatesta fue también víctima del trabajo. Hacía instalaciones eléctricas y tuvo que trabajar frecuentemente en condiciones muy peligrosas para los pulmones, no muy resistentes. Necesitó poner su cuerpo en contacto con las piedras frías, entre corrientes de aire que le produjeron una pulmonía en cierta ocasión, llevándole a las puertas de la muerte. Siguió una dilatación de bronquios que le predispuso a resentirse del tiempo, sobre todo entre el invierno y la primavera. En el verano de 1931, que fue muy caluroso, tuvo Malatesta que apartarse del mar y un camarada americano que le visitó a la sazón, pudo advertir que el anciano estaba muy desmejorado. Meses después tuvo que atender una grave enfermedad de su compañera. Cuando al terminar el año se regocijó con la mejoría de la compañera, pudo gozar unas semanas de relativa salud, pero en abril se vio aquejado de la misma enfermedad que ha vencido su vida.

En la última carta que recibí de Malatesta (31 de mayo) escribe: «Sí, amigo mío, estoy bastante mal todavía, lejos de curarme. Después de una mala temporada tuve una bronquitis que me puso a un paso de la muerte. No estoy bien, tal vez no soy siquiera un convaleciente, aunque mejoro lentamente y tal vez pueda salvar la vida de nuevo».

La gravedad se inició del 15 al 20 de abril y desde entonces apenas pudo respirar más que con auxilio del oxígeno. Se debilitó el corazón a consecuencia de los constantes esfuerzos y de la alimentación insuficiente. Luchó denodadamente contra la muerte. Bertoni me enseñó una carta de Malatesta recibida el 16 de mayo: «Paso una parte del día amodorrado, medio dormido, como embrutecido. Generalmente no puedo descansar de noche. Vivo una tragedia íntima, la del afecto que me tienen los compañeros y el tormento de no merecerlo. Hay algo peor, y es la conciencia que tengo de no poder hacer ya nada. Francamente, cuando tanto se soñó y tanto se esperó es doloroso morir como yo, en vísperas de acontecimientos tan deseados…»

Al período de abatimiento y sin duda alguna de agotamiento y debilidad física, siguió la mejoría a que se refiere la carta del 31 de mayo. La mejoría se manifiesta también por una avidez de noticias, verdadera sed de estar al corriente de los acontecimientos. Era muy difícil complacer a Malatesta, puesto que no se le podía hablar con libertad teniendo como tenía la correspondencia intervenida y algunas veces secuestrada. Lo mismo ocurría con los impresos. Creo que no reaccionaba leyendo la correspondencia recibida en tan precarias condiciones. Yo no me atrevía a completar la información suponiendo que tardaría en curarse, aunque no dejaba de esperar. Ignoro todavía concretamente las circunstancias de su muerte: no sé si ha fallecido a consecuencia de la debilidad del corazón por insuficiencia de fuerzas para reaccionar o bien ha sido víctima de una recaída o ataque violento. El hecho es que nos deja, y como estuvo siempre con nosotros y fue un militante ya desde 1871 y perfecto, el sentimiento es mayor en proporción a lo cerca que estuvo de nosotros en nuestros años de vida anarquista.

----------

Malatesta nació de padres pertenecientes a la pequeña burguesía, ocupados en el fomento de sus negocios. Murieron en edad temprana después de facilitar a Errico educación de Liceo. Tendría apenas diecisiete años cuando empezó los estudios de Medicina en la Universidad de Nápoles. En esta ciudad vivió, al parecer bajo la tutela nominal de una tía anciana que le dejó libre para que se desarrollara e instruyera, siguiendo sus propias iniciativas. En la infancia contempló la ruina del absolutismo de los Borbones en 1860 y una parte de la epopeya garibaldina se desarrolló cerca del pueblo natal de Malatesta, Santa María Capura Vetere, en el sitio de la fortaleza de Capua y la lucha de Volturno en 1860. Los garibaldinos y el ejército piamontés se confundieron. Mazzini y poco después Garibaldi cedieron y entró el rey Víctor Manuel. Se malograron las esperanzas republicanas imponiéndose el nuevo gubernamentalismo.

Como no se habían conseguido los objetivos nacionales de la época (Roma y Venecia) siguió hasta 1870 una década de conspiraciones, insurrecciones, intrigas diplomáticas, en las que se mezclaba el fantasma de la guerra. Republicanos y partidos populares podían ser útiles todavía a la monarquía, y fueron por ello manejados, controlados y sometidos a parálisis, a menudo secundarias, sin posible realización de propios designios. Todo parecía vivir como posibilidad, en potencia. Agitadores y propagandistas no hallaron muchos inconvenientes. La fachada era liberal. Como el Papa disponía todavía de Roma y del Estado pontificio, el anticlericalismo fue la religión oficial de la dinastía.

En el Liceo de Nápoles pudo observar el adolescente Malatesta todas estas particularidades, pero su espíritu permanecía en la antigüedad: el republicanismo austero de los héroes históricos de Grecia y Roma. Este espíritu clásico fascinó a Malatesta.

Soñaba en la República de la Igualdad, en el tiranicidio, en el tribunal popular, en la barricada rebelde. El propio Malatesta describe estos sentimientos de 1868 en uno de sus raros artículos introspectivos de 1884.

Fuera ya del Liceo, siendo estudiante de Medicina, participó en manifestaciones populares, y para consignarlo con sus propias palabras, copiaremos las siguientes: «Como republicano contemplé por primera vez el interior de una cárcel de la monarquía». Sé por una carta del propio Malatesta que pretendió entrar en una organización mazziniana secreta. Los veteranos de la misma, que observaban la conducta de los candidatos durante cierto tiempo con objeto de proponer o no la admisión, informaron, muy justamente, por cierto, que Malatesta tenía un espíritu independiente, propicio a la desobediencia, poco dispuesto a someterse a la rigurosa disciplina intelectual y moral que imponía Mazzini a sus hombres de confianza. A consecuencia de todo ello se rechazó la candidatura del joven Malatesta.

Sobrevino la Comuna de París, de marzo a mayo de 1871. Aquel acontecimiento ilusionó a Malatesta, siendo iniciado por el abogado Carmelo Palladino, hombre desinteresado, y situado en el ambiente del grupo de Bakunin, en el ambiente de la Internacional, con sus luchas entre autoritarios y anti-autoritarios, lucha que precisamente se acentuaba por entonces en aquella organización. Ingresó en la sección de Nápoles cuando tenía diecisiete años y algunos meses, contribuyendo a la preponderancia que tuvo, en 1871, la sección fundada en 1869.

Quedó la Comuna ahogada en sangre del pueblo; luchaba Bakunin en Italia contra Mazzini, el enemigo de la Comuna; se peleaba contra Marx y Engels en Londres, inductores de Cafiero, que obedecía entonces a su influencia, para malograr y paralizar la obra de Bakunin (hecho que corresponde al viaje de Lafargue a España un poco después). Las persecuciones de la autoridad y la disolución de la sección en agosto, imprimieron una vida agitada a la sección de Nápoles en 1871.Fue Malatesta uno de los miembros más activos. Congregó estudiantes y trabajadores en la sección, supo abrir los ojos de Cafiero, que se convirtió en amigo suyo. Sabido es que Cafiero, después de visitar a Bakunin en Locarno en 1872, se entregó por completo a la causa anarquista. Complicaron también a Malatesta en la persecución contra los militantes de la sección, y al reconstituirse ésta más o menos ilegalmente con el nombre de *Federazione Operaia Napoletana* en invierno de 1871-72, Malatesta actuó de secretario federal y redactó el programa, donde se incluyen hábilmente los principios de la Internacional de 1864 y las ideas anarquistas de Bakunin. Es el primer trabajo sobre ideas que se conserva de Malatesta. La actividad de éste en favor de la *Federazione* de la zona de Nápoles continuó en 1872. No tomó parte en la Conferencia constituyente de la Federación Italiana que se reunió en Rímini en agosto y que rompió con el Congreso general de Londres, pero se le nombró secretario de la sección de estadística, la cual tenía un objetivo más importante de lo que indica su modesto nombre.

En septiembre fue a Zurich y se puso en contacto con Bakunin y otros delegados italianos de convicciones autoritarias. En Zurich encontró a los delegados españoles que regresaban del Congreso de La Haya: Farga Pellicer, Alerini, Morago y Marselau. En distintas reuniones con Bakunin constituyeron la *Alliance des revolutionnaires socialistes*, grupo internacional secreto. Después de 1871 leía normalmente Malatesta las publicaciones de la Internacional española como «La Federación» de Barcelona y otras. Por cierto que he visto ejemplares dirigidos a Malatesta en una colección de Roma en 1903. Conoció Malatesta en Zurich militantes destacados. Con ellos, Bakunin y otros camaradas, asistió al Congreso antiautoritario de Saint-Imier (Jura), que atacó a fondo a la fracción marxista de la Internacional. No trataba de hacer vida de emigrado y volvió a Nápoles para continuar sus campañas de propaganda.

Al dirigirse a Bolonia para asistir al Congreso italiano fue detenido, permaneciendo cincuenta y cuatro días en la cárcel. Fue después a Locarno, vio a Bakunin, a quien indicó la idea de trasladarse a Barcelona en vista de los acontecimientos esperados y que tuvieron lugar, efectivamente, poco tiempo después; en junio, en Sanlúcar de Barrameda, donde estaba Morago; en Alcoy donde estaba la Comisión Federal, y en Barcelona con intervención de J. García Viñas, Paul Brousse y otros. Un viaje de Bakunin y Malatesta a Barcelona tenía de ser forzosamente secreto y exigía cuidadosa preparación y medios. Para ponerse de acuerdo Malatesta con Cafiero fue aquél rápidamente a Barletta (Apulia), pero lo detuvieron, saliendo de la cárcel seis meses después sin proceso.

La Internacional fue perseguida en Italia por arbitrarios procedimientos en 1873, lo que produjo más de una insurrección de carácter general en 1874. No se trataba de una insurrección aislada; se trataba de incorporar a los garibaldinos que actuaban todavía y a los mazzinistas avanzados, suponiéndose que podría llegarse a una subversión a consecuencia de las revueltas locales de origen social, tales como carestía de víveres, huelgas, descontento de los campesinos, etc. Malatesta se enteró del plan al salir de la prisión y emprendió el trabajo por todo el Mediodía, de Nápoles a Sicilia. Si hubo quien cometió errores, Malatesta hizo todo lo que pudo en el asunto de aprestar armamentos y preparar la acción. Tampoco allí acudieron todos a la cita y lo que se hizo en Apulia desde ello al 14 o 15 de agosto de 1874, cerca del Castel del Monte, tuvo escasas proporciones. Se trataba de un desafío al Estado y al sistema actual, ataque que no ha podido ser olvidado. Viendo Malatesta que todos estaban detenidos, se dirigió a Locarno siendo arrestado antes de llegar, en Pistoia. Se siguió un enorme proceso contra él y otros camaradas en Trani (Apulia) en agosto de 1875. La actitud de los procesados mereció simpatías a todos, siendo absueltos y saludados como héroes victoriosos. Malatesta se trasladó a Lugano, donde vio a Bakunin por última vez y discutió con Cafiero en Locarno la reorganización del movimiento. No tardó en hacer su primer viaje a España, visitando a Morago en Madrid y a Alerini en la cárcel de Cádiz. Quería favorecer la fuga de este último, el cual se negó a evadirse creyendo próxima la libertad legal.

El invierno de 1875-76 lo pasó Malatesta haciendo propaganda activa en Nápoles. Fue entonces cuando Merlino (1856-1930), su condiscípulo del Liceo, se incorporó al movimiento atraído al campo de las ideas sin intervención de Malatesta, cuando intervino como abogado en el despacho de Gambuzzi, el ex camarada de Bakunin. Una reunión en Roma (marzo 1876) prepara la organización de la Internacional. Uno de los que participaron fue Malatesta, quien se vio obligado a volver a Nápoles. Quiso entonces batirse defendiendo a los serbios de la guerra contra Turquía, pero fue detenido dos veces, en Austria y en Hungría, y devuelto por la policía a Italia. Tuvo tanto interés por la causa de las nacionalidades oprimidas, que le obligó a interesarse por aquel preludio de la gran guerra ruso-turca, como si se tratara de una cuestión de honor. En 1874, en Apulia, no llegó en realidad a batirse y sentía una especie de rivalidad viendo que los republicanos garibaldinos luchaban como voluntarios. Los internacionalistas deseaban demostrar igual espíritu militar combativo.

Al regresar a Italia se puso en inteligencia con los camaradas de Florencia, y pasó cierto tiempo en Nápoles con Cafiero y Covelli. Se pusieron de acuerdo en la teoría para pasar desde el colectivismo al comunismo anarquista, determinación a la que llegaron los primeros en Italia, discutiendo y tratando de reorganizar bien la Internacional en el Congreso de Octubre en Florencia, para emplear toda la fuerza en un movimiento revolucionario de carácter general, social y anarquista, esta vez sin el concurso de los republicanos.

Contaban con el descontento social del pueblo urbano y campesino y resolvieron empezar por las montañas del Mediodía napolitano, con objeto de que la revolución pudiera tener alguna efectividad antes de ser combatida. Durante este tiempo, se suponía que los obreros del campo y de la ciudad se unirían contra las fuerzas gubernamentales antes de que éstas pudieran dominar. La traición de un campesino que tenía influencia en una localidad, y al que habían utilizado parcialmente, comprometió a los conjurados, que se vieron obligados a anticipar el movimiento, empezando en abril en vez de mayo. Hacía frío; en las montañas de Nápoles había nieve, y los revolucionarios fueron abatidos por el frío y las privaciones. Cercados por el ejército tuvieron que rendirse 23 revolucionarios, entre los que estaban Cafiero y Malatesta. Era la noche del 11 al 12 de abril, en un cortijo aislado, cuyo propietario les hizo traición delatándoles a los soldados. Estuvo preso mucho tiempo y a la muerte del rey, gran parte de los supuestos delitos fueron amnistiados, juzgándose los restantes en Benevento en agosto de 1878, siendo absueltos. La población se impresionó extraordinariamente, observando la dignidad y entereza de los prisioneros.

Con frecuencia se reprochó a los anarquistas el hecho de que los actos insurreccionales que consuman en nombre de la anarquía son poco reflexivos, simplistas. En 1877 como en 1874 fue algo fragmentaria, una parte incompleta del plan total, un hecho que por interés de la defensa no podía hacerse público.

Malatesta me habló posteriormente del tema, explicándome el verdadero carácter de aquellos movimientos. Hay que tener en cuenta que como en los años 1860-70, la década siguiente para muchos elementos de Italia, el Estado era débil y había mucha esperanza en la posibilidad de cambios políticos.

Fue maltratado Malatesta en Italia, en Egipto, en Siria, en Francia, en Suiza, en Rumania y en Bélgica, en toda Europa en 1878, 79 y 80, hasta hallar asilo seguro en Londres en la primavera de 1881. Fue a Ginebra cuando se fundó el *Révolte*; estuvo en París cuando surgieron los primeros grupos anarquistas; en Bélgica cuando el blanquismo revolucionario tenía influencia. Llegó a Londres cuando se preparaba el congreso internacional socialista en 1881. Pero ocurrió que en Italia la misma Internacional fue reducida al silencio, perseguida con grandes procesos y quebrantada por la defección de Andrea Costa, quien a partir de 1879 se entregó al socialismo de aspiraciones parlamentarias y arrastró por su antiguo prestigio a los internacionalistas de la Romaña. Malatesta, para referirme sólo a él, fue impotente para contener el mal hallándose solo y lejos. En ninguna parte encontró apoyo si se exceptúa Londres. Era allí precisamente donde no podía influir sobre el pueblo italiano contra el parlamentarismo. El Estado italiano se consolidó lo mismo que otros Estados a los cuales el estatismo daba atribuciones sociales y gran preponderancia que desembocó en la guerra universal, en el funestísimo período de 1880 a 1930, aproximadamente. Todavía perduran las formas extrañas y únicas de que se valió el estatismo. Nadie protestó como Malatesta contra la desviación, pero no pudo contenerla y paralizó su actuación denodada.

En Ginebra, al principio de 1879 hasta su expulsión de Suiza pocos meses después, conoció a Kropotkin, viéndose ambos con frecuencia en Londres en 1881 y 1882. Hay que subrayar el hecho de que el grupo limitado, íntimo, formado por Bakunin desde 1864, reconstruido en Zurich en 1872, la «Fraternidad Internacional» volvió a reconstituirse en el verano de 1877, eligiendo a Kropotkin como secretario. Malatesta y Cafiero estaban presos, sin dejar por ello de figurar como miembros de aquel grupo. Kropotkin y Malatesta fueron los más activos propagandistas del reducido círculo, teniendo confianza ilimitada uno en otro, confianza que no fue una homogeneidad en ideas y tácticas a pesar de que ambos fueran comunistas anarquistas convencidos.

En un ensayo de Malatesta sobre Kropotkin, publicado a fin de 1930 y por *La Revista Blanca* en 1931, explicó discretamente aunque no sin firmeza, la diferencia que le separaba de Kropotkin, haciendo constar que no estaban de acuerdo en la mayor parte de los asuntos. Puede comprobarse la diferencia leyendo los escritos antiguos y recientes de los dos revolucionarios. Unidos por amistad indestructible, cada uno de ellos consideraba la actividad del otro como de gran importancia general, absteniéndose mutuamente de restar eficacia con la crítica, ya que llevada ésta a sus últimas consecuencias se hubiera producido la separación, la escisión. Estuvieron tácitamente de acuerdo en seguir cada uno su camino, y andando el tiempo, por esta y otras causas, dejaron de verse con frecuencia. Malatesta explica que la posición crítica no podía continuar cuando estalló la guerra mundial, entrevistándose con Kropotkin y produciéndose una escena penosa para ambos, porque fue un rompimiento.

Sabemos lo que hay en el fondo de todo ello. Malatesta no carecía de fe revolucionaria, y la mantuvo hasta última hora, pero suponía que el optimismo y cierta expectación de Kropotkin carecían de base realista. La espontaneidad creadora, la abundancia, la cooperación armoniosa casi automática, pueden producirse por una evolución en condiciones favorables, pero no son, desde luego, datos presentes, actuales, palpables y sólidos con los que pueda contarse hoy y mañana, al día siguiente de estallar la revolución y antes de ésta para que sea eficaz. Malatesta buscaba fundamentos más reales y mucho más asequibles y abundantes en el mundo del cual ha de salir toda evolución. De ahí la simpatía de Malatesta por la organización, la relación mutua, los pactos, la previsión que se explica por la ausencia efectiva de abundancia, la cual no es todavía un hecho aunque los almacenes están hasta los topes.

Pensaba siempre Malatesta en todas estas cosas y se prevenía contra la ligereza de los amorfos, de los anti-organizadores, de los creyentes en la abundancia absoluta y en la felicidad automática, etc. Malatesta fue como el estorbo, el blanco predilecto de los ataques, odiosos muchas veces, de los fanáticos de una Jauja anarquista. Bien se ve que Kropotkin juzgaba muchas cosas de manera distinta, y le conocen poco quienes le juzgan por «La conquista del pan». La distancia que le separa de Malatesta no se acorta a pesar de todo. En el fondo, las ideas de todo pensador anarquista emanan de la ausencia íntima del propio ser, que expresa los deseos limitados por el propio carácter. En el fondo, Malatesta y Kropotkin son muy diferentes.

Merlino, no tan unido por los lazos indicados antes, inició una crítica de las ideas de Kropotkin en cierto artículo de revista que se publicó en noviembre de 1893. Al mes siguiente empezó a escribir Kropotkin un artículo que numeró como el primero de una serie, tal vez el prólogo de un libro sobre tales críticas. En enero fue detenido Merlino en Italia y suspendida semanas después *La Revolte*. La serie de artículos no fue escrita, o si lo fue, no se ha publicado.

De 1879 a 1887 se colocó Malatesta frente a la tendencia amorfa, partidaria de la espontaneidad, que hace imposible todo acuerdo para la acción revolucionaria; también se mostró contra la tendencia de Costa, que representaba la defección, la escapatoria con rumbo al parlamentarismo. Buscaba una cooperación para destruir el Estado y el capitalismo con los revolucionarios autoritarios, imaginando separarse de ellos en el momento de ser derrumbado el régimen actual, y aun atacarles si impedían a los anarquistas las realizaciones peculiares. Blanqui y los blanquistas parecían constituir entonces un factor serio, pero murió Blanqui y sus parciales perdieron el brío de aquél, brío que nunca se había puesto a prueba. Expuso Malatesta aquella idea en el Boletín del Congreso de Londres y con más franqueza en carta-circular dirigida a los íntimos de la «Fraternidad», carta que me envió en 1930 y que preparaba yo para el suplemento de «La Protesta» interrumpido a la sazón. Si existió el blanquismo revolucionario, murió con Blanqui a fin de 1880.

Luchó Malatesta por dar cohesión efectiva a la Internacional que quería fundarse. Los no partidarios de la organización sólo admiten un organismo sin otros órganos que una oficina que sea a la vez estafeta o buzón para ir depositando cartas. Las secciones acabarían por no hacer nada para que nadie oprimiera ni dominara a otro. Un alemán y un ruso constituían la oficina con Malatesta. No había cometido; nada había de hacerse y nada se hizo, extinguiéndose suavemente poco después la oficina. Para desquitarse Malatesta de aquella inactividad forzosa, fue a Egipto en enero de 1882 con algunos camaradas italianos deseosos de pelear en las filas árabes en insurrección entonces contra los ingleses y otros explotadores europeos en Egipto. Era en tiempo de la insurrección de Arabi Pasha que tenía cierto fondo social. Les fue imposible franquear las líneas inglesas, y unos meses después, a principios de 1883 se trasladó a Italia dispuesto a luchar abiertamente contra la desviación de Andrea Costa y a reorganizar la Internacional italiana.

Fue detenido y encarcelado hasta los últimos meses de 1883. Con Merlino y otros camaradas tuvo un gran proceso en puerta. La acusación se refería al Congreso y a la nueva Internacional de Londres, tal como se había hecho en Lyón para condenar a muchos años de presidio a Kropotkin y a tantos otros. En libertad provisional antes de la vista del proceso, pudo hacer que apareciera el periódico preparado «Il Popolo» como «La Questione Sociale» en Florencia desde el 22 de diciembre de 1883 al 3 de agosto de 1884. A pesar de estar condenado a tres años de reclusión y Merlino a cuatro, apeló aquél y mientras se resolvía la apelación pudo estar en libertad hasta la decisión inapelable del tribunal, en enero de 1885, que confirmó los tres años. Podrá decirse que en vísperas de ser condenado tenía cierta libertad para renovar sus «crímenes» de excitación y organización clandestina. De todas maneras consiguió hacer el mejor periódico que han tenido los anarquistas en Italia. *Entre campesinos* se escribió para combatir las desviaciones autoritarias y reformistas y constituir grupos numerosos que tuvieron desde entonces relaciones más estrechas, aunque su proyecto de Internacional, explicado en el «Programma ed organizazione della Associazione Internazionale dei Lavoratori» (Florencia, 1884, 64 páginas en 8º) no tuviera realización.

La epidemia del cólera paralizó todos los esfuerzos en la segunda mitad de 1884 y Malatesta acudió a Nápoles donde la situación era apurada, a atender a los enfermos en el hospital. Al regresar a Florencia, y en vista de la inminente condena prefirió la rebeldía y se ausentó de nuevo.

A fin de 1884desapareció, pues, de Florencia y desde Londres salió con unos cuantos camaradas militantes para Buenos Aires. Salido de Italia, expulsado de tantos países continentales, no siéndole posible la actuación eficaz desde Londres, prefirió ausentarse de Europa. En la Argentina desarrolló gran actividad de propagandista uniendo a los camaradas de lengua italiana y española, fundando una nueva publicación «Questione Sociale» (que no pude ver nunca) ayudando a la formación de los primeros sindicatos, de espíritu muy combativo como la organización de panaderos, etc.

Por el despertar de los elementos vitales, numerosos aunque dispersos, la propaganda intensiva y coordinada data, en la Argentina, de la actuación de Malatesta desde 1885 a 1889. La acción de las masas obreras de Europa, que parecía anunciar el año 1889 y confirmar el siguiente, le hicieron elegir este último período para entregarse de nuevo a la pelea. Debió llegar a Francia hacia mediados de julio o lo más tarde en agosto de 1889.

Terminó la evocación de Malatesta en su primera juventud, hasta los treinta y cinco años, en la plenitud del vigor. Puedo atestiguarlo, ya que le conocí en Londres meses después, en noviembre de 1889. A pesar de que de mí sólo podía esperar que le absorbiera el tiempo, ha sido, desde que nos conocimos hasta su muerte, el camarada más amable, en toda nuestra relación. Las últimas palabras que me dirigió fueron las contenidas en la carta citada, que lleva fecha 31 de mayo de 1932. Como sabía que me hallaba entonces en Barcelona, las últimas palabras de la carta decían: «Mi mejor recuerdo a Urales, a Soledad y a Federica». Nos satisfacía extraordinariamente que dijera: «Estoy un poco mejor por cada día que pasa». Y de pronto, llega la noticia irrevocable de su muerte.

La vida de Malatesta desde 1889 a 1932 ofrece otro nuevo panorama de pensamiento y actividad, que será objeto del próximo artículo.

**CAPÍTULO II**

**DE 1889 A 1896**[[3]](#footnote-3)

Al regresar Malatesta a Europa en verano de 1889, tras una ausencia de cuatro años y medio, el anarquismo parecía debilitado y el socialismo era parlamentario. Las masas populares se agitaban por ellas mismas, haciendo directamente contundentes reclamaciones. De pequeñas causas se derivaron entonces efectos de importancia: huelga violenta en Decazeville (Francia); huelga, enorme por sus proporciones, de mineros y vidrieros belgas; manifestaciones de parados forzosos en el Westend de Londres; Primero de mayo; huelga y explosivos el 4 de mayo en Chicago… Todo esto en 1886. La pugna por la jornada de ocho horas, las demostraciones de obreros parados, la huelga general, las luchas agrarias en Italia y el Primero de mayo de 1890 fueron inequívocas señales de agitación.

La socialdemocracia había llegado a soñar en una preponderancia marxista, reformista y electoral, antecedente para conseguir el poder. La esperanza se malogró por la afluencia de jóvenes independientes en Alemania y Holanda. El guesdismo francés se enfrentó con el germanismo relativamente antiparlamentario. Los políticos socialistas vieron de cerca la oposición que les hacían los sindicatos y la lucha económica representada por éstos. La derrota momentánea del principio de dictadura y nacionalismo que personificaba entonces el general Boulanger en Francia, el brío libertario de la época, cuando el arte y la juventud inspiraban el sentimiento social, incluso los recuerdos de 1789 evocados en 1889, integraban un conjunto de posibilidades activistas, y Malatesta reanudó su obra en ambiente propicio.

Creo muy útil reproducir aquí en parte su famoso llamamiento («Appello», 4 páginas en 4º), y en texto español la «Circular» (2 páginas en 4º), fechados en Nizza (septiembre de 1889) además del «Programme» de su periódico «L’Associazione» (3 noviembre) que fue apareciendo desde el 10 de octubre en Nizza y continuó en Londres hasta el 23 de enero de 1890 (números 4 al 7). Dice en «El Productor» de Barcelona, fecha 2 de octubre de 1889, al parecer Antonio Pellicer Paraire: «Bello, enérgico, profundo es el documento transcrito». A continuación subraya «la necesidad de abandonar exclusivismos y apasionamientos exagerados, sin razón de ser, para entrar de lleno en la organización y positiva inteligencia de todos los elementos verdaderamente revolucionarios».

He aquí cómo se describe el estado de la mentalidad de algunos anarquistas: «Desacreditado, aborrecido y perseguido todo síntoma autoritario, toda imposición en las antiguas organizaciones anárquicas, con un exaltado temor a caer en autoritarios extravíos, se ha llegado a la extravagancia de condenar como contradictoria toda inteligencia, toda organización, toda fórmula». El camarada español supone que los principios del «Apello» de Nizza y los de la organización anarquista en España, posterior a la Conferencia de Valencia (septiembre de 1888) se parecen fundamentalmente como dos gotas de agua: «la misma inspiración, la misma necesidad sentida, la misma obra».

Para Malatesta, el objetivo inmediato era la formación de un Partido socialista anárquico-revolucionario. Creía útil y posible una Internacional libertaria-revolucionaria, uniendo los elementos anarquistas revolucionarios de todas las tendencias. Según el punto de vista de Malatesta, una Internacional semejante hubiera representado la relación constante entre los libertarios todos, dispersos en grupos aislados o individualidades, y que no se conocían más allá de la frontera del país, frecuentemente ni en el interior. La idea de Malatesta no excluía las organizaciones locales que reunieran elementos socialistas y revolucionarios de una región, ni excluía tampoco la organización sindical de comarcas o territorios regionales, ni cualquier concentración con objetivo especial. Pero no se podía reaccionar contra los principios declarados obligatorios como dogmas absolutos, considerándose una ruina, una perdición y una esclavitud el hecho de que los anarquistas prescindieran de su autonomía para convivir con otros anarquistas organizándose debidamente. Ya Merlino se había pronunciado contra el veto al esfuerzo de coordinación entre elementos anarquistas, siendo insultado teórica y prácticamente por ello. Algo parecido le ocurrió a Malatesta. Los enemigos del esfuerzo orgánico consideraron siempre que hacer triunfar su punto de vista equivalía a inutilizar al enemigo.

En el «Appello» se expresaban los siguientes conceptos, que para muchos camaradas de la época eran verdaderas herejías. «Expropiación forzosa de la riqueza y del poder a la burguesía y al Estado…» «Posesión en común de una y otro (riqueza, poder), mediante la asociación y organización libre, con libres pactos para la vida social». «Fuera de estos extremos, no tendremos razón de dividirnos en pequeñas escuelas por el furor de determinar con exceso las particularidades, variables según el lugar y el tiempo, de la sociedad futura, de la que estamos lejos de prever todos los resortes y posibles combinaciones. No habrá motivo, por ejemplo, para dividirnos por cuestiones como las siguientes: si la producción alcanza su más o menos vasta escala; si la agricultura se hermanará en todas partes con la industria; si, por exceso, y a grandes distancias, podrán cambiarse los productos bajo la base de reciprocidad; si todas las cosas se disfrutarán en común o según norma; si el uso de alguna de ellas, será más o menos particular. En fin, los modos y particularidades de las asociaciones y de los pactos, de la organización del trabajo y de la vida social, ni serán uniformes, ni pueden ser desde hoy previstos ni determinados.

«No se pueden prever, sino muy vagamente, las transformaciones de las industrias, las costumbres, los mecanismos de producción, el aspecto físico de las ciudades y de los campos, las necesidades, las ocupaciones, los sentimientos del hombre y de las relaciones y vínculos sociales. Por lo menos no es lícito dividirnos por puras hipótesis. La cuestión entre el colectivismo anárquico y el comunismo anárquico es también de modalidad y de pacto».

Copio sólo unas líneas del «Programa» de «L’Associazione»: «Somos decididamente comunistas (anárquicos)… Pero, en todo esto cabe distinguir lo que ha sido científicamente demostrado y lo que se halla todavía en estado de hipótesis o previsión; se ha de distinguir lo que debe hacerse revolucionariamente, en seguida y mediante la fuerza (se refiere a la expropiación y liquidación del Estado), de lo que será consecuencia de la evolución futura y que debe dejarse a la libre voluntad de todos espontánea y gradualmente armonizada.

«Hay anarquistas que prevén y preconizan otras soluciones, otras formas futuras de organización social; sin embargo, ellos quieren, como nosotros, destruir el poder político y la propiedad individual: quieren, como nosotros, que la organización de las funciones sociales se haga espontáneamente, sin delegación de poder y sin gobierno; como nosotros, quieren combatir a todo trance y sin tregua hasta la completa victoria; ellos son compañeros y hermanos nuestros. Aparto, pues, todo exclusivismo de escuela; entendámonos bien sobre el camino y sobre los medios, y adelante…»

Con tal espíritu «L’Associazione» se propuso crear un partido internacional socialista-anárquico-revolucionario con programa general, el cual, «sin perjudicar las ideas de cada uno y sin estorbar el camino a las nuevas que puedan producirse, nos reúna a todos bajo una bandera dando unidad de acción a nuestra conducta hoy y durante la revolución». Se pone a libre plática la fórmula programática y Malatesta resume su opinión.

Lo que trataba de crear no existía entonces; existía en cambio, lo que combate, esto es, el exclusivismo y el dogmatismo. Se ve a Malatesta apartar con enojo muchas hipótesis convertidas en dogmas. Había entonces camaradas que consideraban como fórmulas definitivas las ideas particulares de Kropotkin en «Le Révolte» y también las teorías de los anti-organizadores, ultra-individualistas, etc., formadas a la izquierda de Kropotkin. Se destacó en el movimiento italiano el grupo de los «Intransigenti» de París, que se especializó en la lucha, contra los «organizadores», los «moralistas», etc., de la anarquía.

En Italia y en España (por «El Productor» en el último país y por «La Revolución Social» de Barcelona, publicación ésta de Fortunato Serantoni) se pudo comprobar el efecto de las proposiciones de Malatesta con más extensión, aun cuando «La Révolte» tradujo gran parte del «Appello» (12 octubre). Fascinaban entonces las ideas de Kropotkin, considerándose que eran las últimas palabras de la anarquía. Se vivía tranquilamente sin organización, ni más relación que la obligada del grupo o entre grupos vecinos, todo lo más. No se advirtió que el proyecto de Nizza, con motivo de la expulsión de Malatesta de Francia, expulsión que databa de 1879, se publicó sin su nombre.

Para mayor adversidad, cuando desde Niza tuvo que ir Malatesta a refugiarse a Inglaterra, apenas instalada la imprenta en Fulhman (Londres) huyó uno de los miembros del grupo editor con la cantidad de que se disponía; era ésta de alguna importancia y procedía de la Argentina. Tuvo que abandonarlo todo, limitándose Errico a editar los cinco folletos siguientes en los años 1890y 1891: «La política parlamentare nel’movimento socialista», «Entempo di elezioni», «L’Anarchia» y una nueva edición de «Fra Contadini» (1884). Estas cuatro obras de Malatesta. La quinta, era de otro autor y se titula «Un anarchico ed un republicano».

En 1892 empezó otra serie con la rúbrica general «Propaganda socialista-anarquista-revolucionaria». El título «Organisation et Tactique» de Malatesta, debió aparecer en la colección, pero no se publicó más que el primer folleto: «Nécessité et Bases d’une entente», por Merlino (Bruselas, mayo de 1892, 32 páginas en dieciseisavo). Esta obra de Merlino tuvo mucho eco polémico.

Dominados por el deseo frenético de salvar la autonomía absoluta, o por el hábito de inercia que parece dictar lo fácil -es mucho más asequible la abulia que la acción y más hacedero organizarse que permanecer sin organización- los anarquistas recibieron fríamente el proyecto de Malatesta, excepto «El Productor». Tuvo que contraer o reducir Malatesta su actividad y pensó en Italia. Como estaba condenado y en rebeldía, el plan no tenía perspectivas.

Par su correspondencia incesante -los viajes clandestinos son probablemente más frecuentes de lo que se cree, pero sólo me referiré a los que son ciertos- se sabe que a finales de abril de 1890 trató a muchos refugiados italianos, militantes revolucionarios. Quería observar Malatesta el movimiento del Primero de mayo en París (1890) y participar en él si tenía carácter revolucionario.

Las impresiones del Primero de mayo en París fueron deprimentes. Analizó entonces la significación en «La Révolte». No sólo se daba un caso de nulidad y de antirrevolucionarismo en los partidos socialistas, sino que los anarquistas tenían disociadas sus fuerzas por temor de que cualquier cooperación fuera autoritaria, limitándose la ambición de algunos a dar empujones para hacerse con abrigos. Malatesta hubiera querido la insurrección popular, apoderarse de una barriada extensa de París, las alturas de Belleville por ejemplo, construir barricadas y defenderse como una Comuna social en abierta insurrección. Nadie le acompañó en aquella idea.

Entre los militantes italianas de París, el proyecto de Malatesta de coordinar las fuerzas anarquistas y algunos elementos del socialismo revolucionario, no fueron rechazados por todos -aun cuando la enemistad a muerte que le dedicó Paolo Schicchi data de entonces-. Un nuevo núcleo de militantes se formó sobre base distinta de la preconizada por él. Había visto, por decirlo así, la formación del Estado unitario italiano de 1859 a 1870 y tal Estado era para él reciente, de formación transitoria, destinado a tambalearse, o por lo menos a modificarse esencialmente, lo que pareció contradecir la inmovilidad de aquel Estado de septiembre de 1870 a noviembre de 1922, pero que se confirmó entonces por la mano dura del fascismo entrando a saco en el poder, mano dura que sigue aún, fenómeno único hasta entonces entre los países de gran extensión superficial, y que prueba, a mi ver, que Malatesta tenía visión clara y que la acción colectiva revolucionaria hubiera sido más fácil y posible en Italia desde 1870 que en otro país europeo, con excepción de España y Rusia si los partidos avanzados se lo hubieran propuesto.

Para limitar estas consideraciones a anarquistas y socialistas, los hombres de 1880 a 1890 que quedaban en el país, estaban acostumbrados a contemplar ante ellos al Estado como poder fuerte y definitivo. El capital suponía para ellos otro poder en progresión. No estaban convencidos como lo estaba Malatesta de la movilidad, vida precaria y debilidad íntima del Estado y del capital. Consideraban, pues, los proyectos de Malatesta como rezagados y utópicos y no los sostenían con plena convicción. Los fracasos producidos por los críticos y desengañados se hacían servir de argumento para ir en contra de lo que se llamaban fantasías y quimeras de Malatesta.

Tal fue la tragedia íntima de sus esfuerzos, demostrados en el Congreso italiano de Capolago en enero de 1891 (anarquistas y socialistas revolucionarios, los de la Romaña y sobre todo Amílcar Cipriani). También se demostró en los preparativos y planes para el Primero de mayo de 1891 en toda Italia. Después del acto de la plaza pública en Roma aquel Primero de mayo, con asalto y consiguiente persecución policíaca hubo proceso y sentencias condenatorias. Baste decir que los deseos de Malatesta no se realizaron tal vez porque los socialistas revolucionarios -vacilantes en el vaivén electoral que duró diez años para salvar a Cipriani del presidio, interesados en las elecciones de políticos ambiciosos, como el ex anarquista Andrea Costa, ahítos de profesiones de fe revolucionaria social directa- estaban mucho más degenerados de lo que Malatesta imaginara. Tal vez influyera también la falta de confianza de los anarquistas en una acción colectiva y en los preparativos y organizaciones para procurarla.

Malatesta hizo un viaje clandestino a Italia, antes y después de aquel Primero de mayo de 1891 -entre abril y los primeros días de junio- y se dio cuenta directamente por una encuesta personal, íntima, de que el sector popular del republicanismo estaba dispuesto a secundar un movimiento revolucionario, pero que éste contaba con la hostilidad de los jefes porque si triunfaba no tardaría en desplazados. Lo mismo pensaban poco más o menos los dirigentes socialistas de Italia. Malatesta, como en otra ocasión Bakunin, hubieran podido sublevarse con las masas descontentas si los jefes republicanos y socialistas no hubieran creído que la jefatura se les evaporaba de entregarse a la insurrección. Los anarquistas seguían aferrados a sus convicciones negativas para todo cuanto fuera organización, y hubieran creído ensuciarse las manos procurándola. Trataba de hacer Malatesta hallándose aislado lo que Bakunin de 1864 a 1874, y pasó la vida viendo las masas engañadas por las promesas de los jefes; por otro lado los anarquistas se gastaban en actos individuales heroicos, pero de importancia limitada, esperándolo todo de la espontaneidad, de los instintos desencadenados, de los cambios bruscos y automáticos hacia la libertad que no brilla todavía.

No bastó abandonar a Malatesta. Hacía falta derribar al luchador, en 1899, en los Estados Unidos, un camarada disidente le disparó un tiro en plena reunión, hiriéndole en un pie, según creo. En viaje secreto por Italia, se proponía hallar a unos camaradas en Lugano (Suiza) y fue detenido el 12 de junio de 1891. Después de ser condenado y de negarse Suiza a entregarla, pues Italia pedía la extra dicción, no pudo ir a Londres hasta el mes de septiembre. Por aquel tiempo apareció «Pensiero e Dinamita» del joven Schicchi (desde el 15 de julio al 25 de agosto de 1891) en Ginebra. Schicchi emprendió una lucha feroz contra las ideas y la persona de Malatesta, lucha que continuó e intensificó después «El Porvenir anarquista» (en español, italiano y francés, Barcelona, 15 de noviembre y 20 de diciembre de 1891, edición del mismo camarada y de sus amigos). Apareció precisamente cuando Malatesta daba una serie de conferencias por España, a pesar de hallarse preso Schicchi o internado en Italia. Publicó «Pensiero e Dinamita» cuando Malatesta estaba encarcelado en Lugano y cuando el Consejo Federal de Suiza tenía conocimiento de la demanda italiana de extradición. Los camaradas suizos amigos de Malatesta, nuestro compañero Jacques Gross en particular, hicieron lo posible para influir en la opinión suiza en favor de Malatesta, cosa que consiguieron.

En septiembre de 1891 no creyó oportuno estando en Londres reanudar la propaganda en Italia, y concentró su optimismo -después del fracaso de París y Roma- en los magníficos movimientos catalanes del Primero de mayo (1890, 1891). Llegó en noviembre de 1891 a Barcelona. Después de dar muchas conferencias en Barcelona, en el Llano y en otras ciudades de Cataluña, casi siempre en compañía de Pedro Esteve, emprendió con éste una campaña en diciembre, enero y febrero pasando por Reus, Zaragoza, Logroño, Sestao, Ortuella, Santander, Valladolid y llegando a Madrid, donde les sorprendió la noticia de la insurrección campesina de Jerez (noche del 8 al 9 de febrero de 1892).

En las conferencias se expresaba Esteve en lenguaje colectivista y Malatesta comunista. Cierta vez habló Tarrida del Mármol con ellos como habla un anarquista, en redondo, sin adjetivos. Vicente García les acompañó en la gira de propaganda por el Norte y habló como anarquista comunista. La exposición doctrinal de Malatesta no correspondía al comunismo como si ya hubiera triunfado; lo habían hecho así los primeros grupos comunistas españoles. Tampoco se referían los propagandistas al comunismo extravagante (expresión de Mella) que difundían los primeros grupos, ni imitaron a los modelos franceses; tampoco al comunismo de Kropotkin, que no fue el de Malatesta, pero debió nutrir el espíritu de «Fra contadini» («Entre campesinos»), del «Appello», de los artículos y críticas de Malatesta desde 1889 a 1891 y del comunismo libertario. La propaganda fue bien recibida por todos, y desde entonces fueron los colectivistas acercándose a Malatesta. Gradualmente, tácitamente, insensiblemente, acabaron por confundirse con él, que no propagaba exclusivismos ni extravagancias.

Aquella excursión de propaganda respondió sin duda alguna al propósito de unir a los anarquistas para una actividad de carácter general a partir del Primero de mayo de 1892. Los movimientos de 1890 y 1891 se habían reducido a Cataluña. En el itinerario de los propagandistas figuraban muchos otros nombres: Salamanca, Córdoba, Granada, Málaga, Cádiz, Cartagena, Alicante, Alcoy y Valencia. A consecuencia de los hechos de Jerez hubo que renunciar a proseguir la campaña. Malatesta tuvo que ponerse a salvo embarcando en Lisboa para Londres, no sin atravesar el territorio andaluz por Córdoba, Sevilla y Cádiz. En esta última ciudad visitó a Salvochea, que estaba preso. El Primero de mayo de 1892 transcurrió en España bajo la impresión de las ejecuciones de Jerez y no tuvo la envergadura que se le quiso atribuir. La emigración de Pedro Esteve, que embarcó para los Estados Unidos en julio de 1892, fue consecuencia de aquellos acontecimientos.

Tuvo Malatesta que resistir a la sazón la enemistad de casi todas las tendencias anarquistas. Por entonces, hacia 1892, alboreaba, como anunciando el exclusivismo sindical autosuficiente, la teoría de la huelga general, con la que al parecer se quería sustituir la revolución social, haciéndola inoperante, superflua. He podido asistir en Londres a las controversias en que Malatesta se rebelaba contra aquella teoría de la huelga general. Para Malatesta, si la huelga general no es la revolución social, representa un conflicto tan pasajero como todos los demás. También estaba disconforme con la expropiación individual como panacea, y puede verse su opinión sobre los actos de todo género considerados como revolucionarios: «Un peu de théorie» en «L’en dehors» (París, 21 agosto de 1892). Por cierto se publicó una réplica de Emile Henry, el que pagó con la vida sus convicciones. Merlino pidió la ruptura con los elementos que preconizaban el individualismo egoísta y no reconocían en primer lugar el sentimiento social («Nécessité et Bases d’une entente», mayo de 1892). Sin identificarse Malatesta con esta publicación, consideraba imposible la convivencia. «La Révolte» de París publicó sin réplica la carta de un corresponsal de Londres, el cual tuvo muy mal fin, asegurando que el desplazamiento de Malatesta y Merlino hacia los partidos legalistas, se acentuaba de día en día. Al leer estas palabras se indignó Kropotkin y escribió que aquellas acusaciones eran indignas y que no debieron aparecer en «La Révolte». (Véanse de esta publicación los números correspondientes al 13 y 20 de abril de 1890). Siguieron los cargos sin que «La Révolte» se desembarazara del corresponsal de Londres («La Révolte», 27 de agosto a 17 de septiembre).

Malatesta tenía el pensamiento fijo de llegar a la revolución por medio de la propaganda anarquista; a la revolución hecha por las masas con el espíritu de las ideas anarquistas. Lo que llamaba goce aristocrático de conocer la verdad y vivir la propia vida, no le satisfacía como revolucionario. En muchos italianos influía el movimiento francés, que constituía un culto a la propia autonomía y superioridad, lejos del pueblo, con el ideal, íntimo o declarado, secreto o patente, de vivir al margen de la sociedad y «a costa del enemigo», a costa del capitalista, es decir, mediante el esfuerzo de los que son lo bastante estúpidos para trabajar y procurar más riquezas a los potentados. Reaccionó Kropotkin contra aquella tendencia con su «Moral anarquista» (marzo-abril 1890). Merlino lanzó la «Necesidad», que era una delimitación (mayo de 1892). El temporal contra Malatesta y sus escritos de entonces demuestra que las opiniones de Errico eran bien conocidas, incluso del adversario.

En primavera de 1893 estuvo Malatesta en Bélgica con Malato, mientras se desarrollaba la huelga general política organizada por los socialistas para conquistar el sufragio universal. Quería observar Malatesta cómo interpretaban la situación los pocos anarquistas que había en Bélgica. Malato relató con regocijo aquella excursión en uno de sus libros evocadores (1897) y en mi opinión está inspirado por él un artículo de «La Révolte» (4 de mayo de 1893) sobre el tema de si se estaba o no a la altura de los acontecimientos. ¿Fue escrito el artículo por Kropotkin? Así parece.

Para damos cuenta de la posición de Kropotkin en aquel tiempo, es preciso también examinar la «Déclaration» inserta en «La Révolte» del 18 de junio de 1892, que parece redactada por él. Se requiere un estudio profundo para llegar a conocer la posición de los dos protagonistas de la anarquía y la vida de relación entre los propios anarquistas. Surgieron líneas rectas y quebradas, fuerzas y debilidades, prosperidades, ideales y fracasos en el mundo de nuestras ideas, que recibieron la influencia de algunas poderosas individualidades.

En el invierno de 1893-94 la miseria de los campesinos de Sicilia parecía próxima a desembocar en una verdadera insurrección agraria. Los espíritus revolucionarios suponían que la revolución se extendería por todo el territorio italiano. Malatesta se trasladó clandestinamente a Italia, y se dice que estuvo por la parte central del país, mientras Merlino actuaba en el Mediodía, hasta que fue detenido en Nápoles el 30 de enero de 1894. Malatesta estuvo según se dijo en Bolonia, en la Romaña, y en Ancona. Esta última estancia, en pleno ambiente propicio a las ideas, ¿pudo contribuir a que fuera Ancona su refugio en 1897 y también en 1913? No hubo ningún episodio de importancia ni siquiera en Sicilia. Malatesta volvió a Londres.

En aquellos años se produjo una de las más grandes represiones en Francia, Italia y España. Muchos camaradas tuvieron que emigrar a Londres, entre otros, Pouget, redactor del «Père Peinard» (1860-1931). Los disidentes socialdemócratas se constituyeron en partido hacia el anarquismo de Kropotkin en Alemania; hacia el comunismo libertario, Domela Nieuwenhuis y Cornelissen en Holanda; hacia el sindicalismo independiente, no político, de Pelloutier convertido al anarquismo.

Resultó de todo ello un propósito firme de resistir al marxismo que dominaba en muchos países. El Congreso socialista internacional de Londres equivaldría en 1896 a la afirmación y «El socialismo somos nosotros», de Bebel, Liebknecht, Guesde, Lafargue, Millerand, Jaurès, Ferri, Pablo Iglesias, Vandervelde, Plejanoff…

Contra tales propósitos se organizó internacionalmente la resistencia sindical: Pelloutier y Agustín Hamon en París; Malatesta y Pouget en París más tarde, y los «Freedom Groups» en Londres; Cornelissen en Holanda; Gustavo Landauer en Alemania, y Pedro Gori, en 1896, en los Estados Unidos; movimiento que secundó la organización española reprimida radicalmente en junio de 1896 por las persecuciones en Cataluña después de la explosión de la calle de Cambios Nuevos, de Barcelona. En aquel ambiente, los poderes enviados a Malatesta no pudieron formalizarse; lo que permitió que fuera Pablo Iglesias como un representante de derecho divino, delegado de la totalidad de España, quien saboteara las credenciales de Malatesta.

Me he convencido este mismo año, por los documentos conservados en España, de la manera cuidadosa y aun meticulosa que se preparó la delegación de Malatesta. Asistió al Congreso con credencial de los sindicatos franceses. La mentalidad de la mayoría de congresistas era tal, que no valía la pena tomarla en cuenta ni discutir en serio. Una asamblea de accionistas de Banco con los proletarios o un cónclave de cardenales con los librepensadores, hubieran procedido aproximadamente lo mismo que aquellos marxistas con los delegados anarquistas de los sindicatos revolucionarios.

Yo presencié aquél espectáculo desde la galería, después de ver que los trabajadores londinenses, a los que se quería excluir, forzaron las puertas, tal como lo analizo en una obra que hizo editar Landauer. También asistí, en 1894, 1895 y 1896, a las entrevistas sobre sindicalismo, las primeras, de Pouget, Malatesta, los camaradas ingleses, Kropotkin y otros. Comprobé entonces hasta qué punto los anarquistas se impregnaban del sindicalismo de Pelloutier. Aquellos anarquistas sentían una verdadera atracción hacia el organismo obrero: Pouget, tan activo como su Sindicato de Empleados de París hacia 1880; Lucien Guerineau; varios oficios del Faubourg Saint Antoine; Malatesta mismo, el primer secretario en 1871 de la «Federazione Operaia Napoletana»; los camaradas ingleses, entre los que fueron excelentes tradeunionistas Sam Mainwaring, John Turner y otros; Kropotkin, fascinado por la Internacional de los trabajadores organizados desde 1872; Paul Brousse, autor del discurso de Ballivet en el Congreso francés de Lyón en 1878… Todos se consideraban satisfechos al ponerse en contacto con los medios obreros conscientes dispuestos a luchar contra los patronos y atalayando la significación del trabajo en la sociedad del porvenir. Ninguno de aquellos hombres creía que el anarquismo cedería el paso al sindicalismo, que el sindicato sería un régimen social universal; todos sabían que las prácticas corporativas son a veces egoístas y antisociales, favorables a la concepción autoritaria, corriente en los sindicatos franceses, ingleses, alemanes, americanos, etc.

El propósito de los anarquistas consistía en airear la mentalidad de los sindicados, despertar el sentimiento opuesto a la autoridad, enseñar con el ejemplo, el estímulo y la emulación de la iniciativa, la práctica de la acción directa, la solidaridad y la federación, la defensa contra las ambiciones de los autoritarios, la difusión de la verdad contra los políticos, la propaganda entre camarada y camarada en el medio cordial del sindicato, el taller, la reunión, la huelga, etc. Creo sintetizar el pensamiento de Malatesta, quien interpretó así el sindicalismo desde el primer momento hasta el último. Era la anarquía para él un objetivo querido, la más elevada forma de convivencia humana; no podía aceptar otro valor, considerando el sindicato como un campo abonado, un vivero de propaganda anarquista y no de otra. Un sindicato no anarquista era para Malatesta núcleo enemigo, como escuadrón de soldados o promoción de funcionarios.

No tengo recuerdo preciso del único número de «L’Anarchia» que Malatesta editó en Londres, colaborando él en primer lugar (mayo de 1896). Tampoco recuerdo exactamente los actos ni las obras del luchador contra la reacción personificada por Crispi en Italia por aquel tiempo. Se sabe que trató de coordinar una vez más los elementos de acción porque salió de su pluma el proyecto, impreso después, sobre una «Federazione internazionale fra socialisti-anarchici-rivoluzionari». Circuló en febrero de 1895 y apareció también en inglés; incluso en español en una publicación anarquista.

Se escribió con la firma de Malatesta en «El Corsario», de La Coruña (11 de abril de 1895), procedente el texto de «The Torch» (Londres), y publicado también en «Solidarity», de Nueva York: «Los miembros de esta Federación saben bien que algunos anarquistas, o así llamados, se opondrán al susodicho programa de organización. Lo que ellos quieren es unirse para un mismo propósito con quienes sean de su misma opinión y modo de pensar; y estarán muy satisfechos si la iniciativa que acaban de tomar contribuye a desvanecer errores que por desgracia prevalecen, demostrando asimismo la diferencia que hay entre principios y aspiraciones frecuentemente opuestas entre sí, y vaya todo con el nombre general de Anarquía. Ellos desean, en fin, que todas las teorías y métodos se sometan al juicio de la discusión y prueba, y sienten gran simpatía por todos aquellos que de buena fe pelean por cualquier medio en bien de la Humanidad».

No creo que el anterior proyecto haya tenido un principio de realización internacional. Vio la luz en 1895 el manifiesto de una «Alleanza rivoluzionaria socialista», encabezado con las siguientes palabras: «Ai rivoluzionari ed al popolo d’Italia». Se fundó la «Alleanza» en septiembre de 1895, por Malatesta y Cipriani, lo que parece indicar que contendría a los anarquistas como Malatesta y a los socialistas revolucionarios del temperamento de Cipriani.

Una cita del texto: «Les divergenze sulla futura organizzazione del a società, passano in seconda linea; e diventa urgente unirse per opporre la forza alla forza e realizzare questa grande insurrezione popolare che sola puo abbattendo l’ordine di cose attuale, aprire la vie al progresso e dare a tutti pane e libertà». Según el Manifiesto, la sociedad está «composta di rivolucionari di varie opinioni».

Como se explica en el primer artículo de esta serie, estaba dispuesto Malatesta a aliarse en 1881 incluso con los revolucionarios autoritarios para abatir el sistema actual y reivindicar después la propia libertad de acción. Vemos la misma manifestación en 1895 y existe una publicación clandestina, «Contro la Monarchia. Appello a tutti gli uomini di progresso» (agosto de 1899; sin indicación de lugar; quince páginas en dieciseisavo; una impresión hecha en Londres, cuya portada está compuesta para despistar, como si correspondiera a una «Aritmética elemental»). Se trata de un llamamiento a la lucha por todos los medios y con toda clase de elementos contra los sistemas represivos de la época en Italia. En fecha posterior a la muerte de Malatesta he sabido que fue éste el autor del «Appello» a que me refiero.

El último ministerio Crispi caducó en marzo de 1896 y volvió a publicarse prensa anarquista, conviniéndose posteriormente algún acuerdo entre los camaradas de Anconia y Malatesta para hacer un periódico que redactaría este último. Estando en rebeldía se trasladó secretamente a Ancona, y el 14 de marzo de 1897 apareció el semanario «L’Agitazione».

----------

Con gran sentimiento por mi parte, no podrá terminar este ensayo biográfico más que con el tercer artículo, el próximo, que será irrevocablemente el último de los tres dedicados a Malatesta. No quiero hacer un resumen de mi obra sobre Malatesta (Buenos Aires, «La Protesta», 1923, 263 páginas), sino que trato de aumentar el contenido de aquélla, explicar antecedentes y resumir algún fragmento.

Los lectores que se interesen por conocer el triste período inmediatamente anterior a la muerte de Malatesta, el 22 de julio último, pueden leer estas líneas dirigidas el 30 de junio por el propio Malatesta a Bertoni («Il Risveglio», 30 de julio de 1932): «Mi buen Luigi: Que puedas conservar mucho, mucho tiempo el vigor y la capacidad de trabajo. En cuanto a mí salud, te diré que se esfuerzan en hacerme creer que estoy mejor: yo hago como que lo creo para que no se aflijan, aunque sé que no mejoro. La verdad es que el buen tiempo del que tanto espero, no empezó todavía…» Se sentía mal y se resignaba a morir, salvo que llegara con el buen tiempo una tenue esperanza. C. Frigerio publica la noticia procedente de una carta de la compañera de Malatesta, explicando que éste murió a consecuencia de una recaída de la enfermedad, otra pulmonía que abatió el cuerpo, agotado ya. Murió con gran serenidad.

Fueron prohibidas con severidad incluso las esquelas mortuorias. Se reforzó la guardia continua que se hacía en la casa como en un retén, y sólo se consintió el acceso con mucha dificultad a los parientes cercanos y amigos más íntimos. Estos tuvieron que seguir el cadáver el día del entierro, 23 de julio, en coche cerrado, tal como quiso la policía, que dio escolta en dos furgones repletos de agentes al coche mortuorio, rodeado, como el conjunto, por policías ciclistas. El entierro siguió un itinerario fijado previamente por la policía. Esta arrebató un ramo de claveles rojos que la ahijada de Errico quería depositar sobre la tumba. Las flores enviadas por los vecinos tuvieron que ser retiradas también. El cadáver quedó en la fosa común. «Se puso una cruz sobre la sepultura tal como ordena el reglamento administrativo, aunque pudo retirarse el emblema religioso tras una intervención enérgica de la compañera de Errico». Con tan insigne felonía, con tal proceder canallesco, quisieron Mussolini y sus criados ensañarse hasta última hora con los restos del hombre que habían recluido tantos años. La afrenta después de matarlo literalmente golpe tras golpe, suspiro tras suspiro.

Otros lacayos de Mussolini se prestan a servir al amo escribiendo en un rotativo de Nueva York, que debe estar a las órdenes del fascismo, estas líneas que acabo de leer en «The New York Herald», del 26 de julio: «Vivía Malatesta en Roma en una casa modesta puesta a su disposición por el Gobierno» (Roma, 25 de julio, radiograma al «The New York Herald»). Y tras un relato fabuloso acerca de las detenciones que sufrió en vida el buen Errico, estas palabras: «Desde que Mussolini ocupa el Poder, *he was permitted the freedom of Italy*», lo que equivale a decir que se le permitió la libertad de usar los derechos de un ciudadano italiano. ¡Vaya unos derechos!

**CAPÍTULO III**

**DE 1889 A 1932**

Conocemos los hechos salientes de la vida de Malatesta; no conocemos su incesante acción cotidiana como podríamos conocerla por diario puntual o seguida correspondencia. Aparte del período puesto en claro por la documentación relativa a Bakunin y de los relatos posteriores, cuya significación se transmitió oralmente o por medio de obras de carácter retrospectivo impresas o discutidas; aparte de la luz que proyectan procesos e informaciones distintas, no tenemos referencias sobre los factores directos de la actividad de Malatesta. Podemos reconstruida estudiando el cuadro general de la época correspondiente en la situación de conjunto, aprovechada siempre por el luchador para proyectar y realizar en lo posible, si bien desconocemos los medios con que contaba en cada caso. Es fácil demostrar, por ejemplo, que estuvo acertado en 1897 eligiendo la ciudad de Ancona para publicar «L’Agitazione», aunque nada nos es dable decir sobre los motivos concretos que originaron o estimularon la iniciativa de Malatesta al trasladarse de Londres a Ancona. De todas maneras, «L’Agitazione» fue desde el principio un periódico de envergadura, como en otro tiempo lo habían sido «Questione sociale» y «L’Associazione»; «L’Agitazione» se convirtió sucesivamente en «L’Agitatori», «Agitiamoci» y «Agitatevi», atravesando el período represivo de la época del 1 de mayo (1897). Apareció normalmente la publicación redactada por Malatesta hasta la detención de éste (17 de enero de 1898). Sus camaradas la continuaron después.

Estaba en peligro de ir a la cárcel a consecuencia de la condena de 1885 que prescribió en verano de 1897, y vivió durante largos meses clandestinamente escribiendo para el periódico durante el día y paseando de noche vestido de mecánico con gorra de ferroviario. Estuvo en distintas localidades, interviniendo con nombre supuesto en actos públicos como orador. La policía debió averiguar que Malatesta había desaparecido de Londres; veía, por otra parte, que a pesar de la detención de otros colaboradores de «L’Agitazione», seguía la publicación con la misma amplitud; suponía, pues, que Malatesta andaba cerca, aunque no podía creer que residiera en la misma ciudad de Ancona. El 2 de septiembre declaró Errico que a pesar de estar extinguida la condena prefería seguir viviendo en la clandestinidad. El 15 de noviembre fue detenido.

Como en 1884 en Florencia se unieron grupos y secciones adhiriéndose al acuerdo antiparlamentario de Forlimpopoli, la adhesión a un manifiesto antielectoral fue en 1897 el aglutinante entre los grupos. En 1897 era tan necesario combatir el socialismo político como en 1884; convenía, además, oponerse al nuevo punto de vista de Merlino. Este salió de la cárcel en 1896 y se declaró escéptico respecto al anarquismo, en el que creía ver predominio de tendencias amorfas, concibiendo la idea de un anarquismo moderado que buscara la representación parlamentaria y estuviera en relación con el partido socialista político. Fue una defección que no dejaba de tener importancia dada la solvencia de Merlino. Malatesta combatió a éste con rigor en «L’Agitazione», sin que la polémica tuviera carácter agrio ni injurioso. Malatesta reconocía la buena fe de Merlino, de quien había sido condiscípulo en el Liceo.

No he vuelto a ver «L’Agitazione» desde 1897, y no puedo concretar de memoria. Todo indica que Malatesta proseguía el plan de unificar las fuerzas anarquistas y populares con objetivo revolucionario, más que hacer un periódico para los anarquistas. Pensaba siempre en la posibilidad de una acción, y era precisamente entonces cuando el hambre desesperada del pueblo iba a estallar con furor de Foggia a Milán en 1898. En esta última ciudad fueron demolidas las barricadas a cañonazos en mayo de 1898. Por desgracia para Malatesta, cuando en una cincuentena de localidades se produjeron desórdenes en invierno de 1897-98, a consecuencia de la carestía del pan, la policía tuvo pretexto en Ancona, los días 16 y 17 de enero de 1898, para detener a Errico. En abril del mismo año se vio el proceso (del 21 al 27), resultando condenado a siete meses de reclusión, o sea hasta el 17 de agosto. La sentencia hubiera sido indudablemente más dura de verse la causa semanas después, ya que sobrevinieron las insurrecciones de Bari y Foggia (el 27 y 28 de abril) y la de Milán a partir del 7 de mayo. Hubo en 1898 condenas por los tribunales ordinarios que sumaban mil novecientos cuarenta y nueve años de presidio; los tribunales militares dictaron sentencias en Milán que suponían mil cuatrocientos treinta y cinco años de presidio, en Florencia mil ciento cincuenta y seis años, en Nápoles cuatrocientos cincuenta, etc. Los tribunales de jurisdicción más extensa confirmaron la sentencia contra Malatesta, y al extinguirse la condena se le deportó a Utica y posteriormente a Lampedusa, donde fueron conducidos casi todos los militantes que no habían dejado el territorio italiano. Renunció a la libertad que se le ofrecía por el procedimiento de la elección parlamentaria y trató de salvarse directamente embarcando en una lancha que bogó rumbo a Malta. Desde esta isla embarcó para Londres en mayo de 1889 a bordo de un barco inglés.

La represión desatada en los últimos años del rey Humberto persiguió también a los parlamentarios socialistas. La insurrección prevista por la obra «Contro la Monarchia» (agosto de 1889) no se realizó entonces, y se ofreció ocasión a Malatesta para hacer una excursión de propaganda por los Estados Unidos. Mientras permaneciera en aquella parte de América, se avino a redactar «La Questione sociale», de Paterson, Nueva Jersey, el famoso semanario fundado el 15 de julio de 1895. Llegó Malatesta a Paterson el 12 de agosto.

Dijo en su primer discurso que si estallaba la revolución en Italia no podría tal vez realizarse la anarquía, pero que habría frente a los anarquistas un Gobierno débil, reciente, apenas constituido, sin consolidar ni fortalecer, un Gobierno al que se pondrían toda clase de obstáculos: negativa a hacer servicio militar, huelga de contribuyentes y de inquilinos, conflictos del trabajo, expulsión de los patronos de las fábricas, conservación de los productos de la tierra por los campesinos, etc. Recomendó la alianza con los socialistas si se trataba de hacer la revolución por parte de los republicanos y batirse (esto le parecía problemático) por la República. Una alianza «senza impegni» y no por cierto en favor de la República. Dijo contestando a la réplica de un socialista: «En primer lugar, los anarquistas no tienen la menor intención de gobernar después de hacerlo socialistas y republicanos. Se trata de invadir el coto cerrado abatiendo entre todos -anarquistas, socialistas y republicanos- el monstruo que guarda la puerta. ¿Qué harán entonces los anarquistas? A los socialistas no les importa lo que harán los anarquistas, ni a éstos mismos siquiera les interesa más que al pueblo. Si las circunstancias son favorables, expropiaremos la tierra, los útiles, las fábricas, los productos. Si podemos, fusilaremos a quien trate de gobernarnos y quemaremos el palacio de Montecitorio si continúa siendo refugio de los parlamentarios, es decir, de los patronos del pueblo». («Questione sociale», 19 agosto 1899).

Entonces como siempre se enfrentó Malatesta y sus íntimos contra los adversarios del sentido orgánico. En Londres se había constituido, el 5 de agosto, el «Circolo Socialista-Anarchico». El portavoz de los individualistas de Paterson era entonces G. Ciancabilla, que en 1897 era todavía socialista y tomó parte en la expedición militar de Cipriani (guerra greco-turca), haciéndose posteriormente anarquista y situándose en oposición abierta contra Malatesta, quien le demostró públicamente, por causa que ignoro, su falta de estima personal (véase «Questione sociale», 23 diciembre). Ciancabilla regularizó la oposición fundando un nuevo periódico, «L’Aurora», desde el 16 de septiembre, en West Hoboken. La labor de Malatesta en «Questione sociale» empezó probablemente en el número 1 de la nueva serie (9 septiembre) e inició la publicación de «Il nostro programma» que produjo una oposición decidida, de carácter anti-organizador, individualista, oposición que se manifestaba en conferencias y escritos, culminando en el disparo de un antagonista contra Malatesta en cierto acto público. Pedro Esteve fue maltratado en la campaña contra Malatesta, a pesar de que aquél había sido impresor del número 1 de «L’Aurora» de Ciancabilla, a petición de éste «e per dar prova di tolleranza» (Questione sociale», 23 diciembre).

«Il nostro programma» se editó aparte en folleto (Paterson, 1903), Tipografía de «El Despertar», 31 páginas en 16º) por el grupo socialista anarquista «L’Avvenire», de New London (Connecticut). He aquí cómo resume las ideas anarquistas:

1. Abolición de la propiedad privada de la tierra; expropiación de materias primas y útiles de trabajo, garantizando a todos los medios de producción y de vida para que sean verdaderamente independientes y puedan asociarse libremente con sus semejantes según el común interés de todos y de acuerdo con las propias simpatías de afinidad.
2. Abolición de todo gobierno y de todo poder que dicte o consolide cualquier ley; por consiguiente, abolición de Monarquías, Repúblicas, Parlamentos, ejércitos, policía, magistratura y cualquier institución provista de medios coercitivos.
3. Organización de la vida social por asociaciones y federaciones libres de productores y consumidores, complementadas y modificadas según se acuerde por voluntad de los participantes, orientados por la experiencia y sin más coacción que la que se deriva de las leyes naturales a las que se someten todos voluntariamente dominados por el sentimiento de que son ineluctables.
4. Garantía de medios de vida, desenvolvimiento y bienestar para la infancia y la pubertad incapaz de producir lo que consume.
5. Guerra a las religiones y a todas las mentiras, aunque se escondan bajo apariencias científicas. Instrucción para todos hasta los grados superiores.
6. Guerra al patriotismo, abolición de fronteras y fraternidad universal.
7. Reconstrucción de la familia por el amor, libertado de yugos y presiones económicas o físicas, como también de prejuicios religiosos.

Recuerdan estas palabras las síntesis de Bakunin en contenido y espíritu, como formando la segunda naturaleza de Malatesta. Por contraste, nada recuerda en ellas a Kropotkin. De la obra antes mencionada hay una traducción castellana debida a la pluma de José Prat, publicada el año 1909 en Barcelona (16 páginas en 12º).

Si las ideas de Malatesta expresadas en sus conferencias inspiraron a un antagonista el propósito de atentar contra la vida de Errico en Paterson, se ha escrito que al ser recibido en triunfo Malatesta por la ciudad de Génova, en diciembre de 1919, el agresor se recataba y escondía como poseído de vergüenza, lo que fue observado por Malatesta, que sonrió y estrechó la mano del adversario.

Gaetano Bresci liquidó el 29 de julio de 1900 la insostenible situación de Italia, dando fin al reinado de Humberto. Merlino, que había sido blanco tantos años de los más avanzados, ya que le colmaban de injurias, tuvo valor en pleno terror gubernamental para defender a Bresci de manera brillante y altiva.

Quiso Malatesta dar algunas conferencias en la isla de Cuba. Fue en vano, porque se le prohibió desembarcar, y hacia el verano de 1900 fue a Londres. Se expresó claramente sobre el regicidio de Bresci en el número único «Cause et Effetti, 1898-1890» que apareció en Londres en septiembre. Preparó su grupo un periódico socialista-anárquico, «L’Internazionale», y escribió en él. Sólo salieron cuatro números (del 12 enero al 5 mayo 1901). Tengo la vaga impresión, que no puedo comprobar ahora, de que intentaba crear un grupo internacional. En efecto: debió aparecer un «Programma e Tattica del Partito Socialista Anarchico» (véase «Questione sociale», 6 abril 1901), y apareció, puesto que fue publicado en cuarta edición en Roma en 1905 en la «Biblioteca dell’Agitazione» (20 páginas en 16º), y en portugués en San Paulo, en 1910, esta vez con el nombre de Malatesta como autor. De todas maneras, ninguna organización de carácter internacional se fundó en 1901 teniendo como tenían preponderancia las ideas de Malatesta.

La represión decreció un tanto después de la muerte de Humberto y contribuyó al nacimiento en Roma de una tendencia muy moderada del anarquismo, adaptable a los puntos de vista de Merlino. «L’Agitazione», de Roma, a partir del 2 de junio de 1901 fue órgano de aquella tendencia, y posteriormente «L’Alleanza Libertaria», que empezó a publicarse en 1º de mayo de 1908. En Milán se fundó el órgano «Il Grido della Folla» (19 abril 1902), periódico adversario de la organización y muy bien escrito. Galleani, en «Questione sociale» de Paterson, y a partir del 6 junio 1903 en «Cronaca sovversiva» de Barre, Vermont, difundió con señalado talento un kropotkinismo anti-orgánico y revolucionario, muy elocuente. Gori, que había vuelto a Italia, hizo que resonara su anarquismo, tan bello estéticamente, tan lógico y correcto como sentido por el propagandista, pero que fue defensa más que ataque. En «Il Pensiero», la revista fundada el 25 de julio 1903 y antes en «L’Università popolare» (Mantua, Milán; a partir del 15 de febrero 1901), se cuidó la exposición de doctrina anarquista, tan digna de ser cuidada, pero alejándose de la lucha social, que Malatesta veía siempre próxima. Tal vez en aquellos años «Il Risveglio», de Bertoni (Ginebra, a partir de 7 de julio de 1900), fue el único órgano del esfuerzo de Malatesta, si bien Bertoni no se decidió nunca a elegir entre Kropotkin y Malatesta, lo que tal vez le ha producido la satisfacción de abrazar lo mejor de las ideas de ambos.

Hubo otros periódicos italianos de vida efímera en Londres entre 1902 y 1912. Malatesta intervino en algunos, mientras fueron opuestos a sus puntos de vista. Me es imposible concretar sin ver de nuevo aquellas publicaciones. Siguió de cerca los movimientos proletarios de España, singularmente la gran huelga metalúrgica de Barcelona (1902). Tarrida del Mármol fue amigo excelente de Malatesta, aunque no estaban de acuerdo en muchas cosas. Siguió también con lucidez crítica la marcha del sindicalismo francés. Escribió el prólogo a «La resistenza operaia», de Paul Delesalle, versión italiana (Messina, 1901, 14 páginas). Debió seguir de cerca la crítica del sindicalismo autoritario suizo que Bertoni y Georges Herzig hicieron siempre en Réveil-Risveglio (Ginebra).

Por mediación de Tcherkesov conoció las esperanzas que éste, Kropotkin y algunos camaradas ingleses pusieron en la influencia del espíritu sindicalista de ciertos tradeunionismos, tipo Tom Man, aunque permaneció escéptico sobre el resultado. Vio con gusto manifestarse firmemente el antimilitarismo en Domela Nieuwenhuiss, sin que le impresionaran las palabras del tragediante Hervé o de sus discípulos.

Hay una pequeña serie de artículos de Malatesta en los que se refiere a desviaciones, ilusiones, dogmatismos, etc., de los anarquista s de aquella época, y también a las opiniones de los sindicalistas que creían sustituir definitivamente a los anarquistas, aquellas críticas contienen notas y observaciones que ya se encuentran en sus más antiguos escritos, como en los textos de 1920-22 («Umanità Nova»). También los vemos en «Pensiero e Volontà» (años de 1924-26) y en distintos trabajos dispersos, producidos hasta la fecha de la muerte. Si lo que ha dicho y escrito Malatesta de 1920 a 1932 tiene un fondo digno de máxima atención, cosa indudable para los comentaristas actuales, lo que dejó de 1900 a 1914 es digno también de estudio. Lo que ocurrió antes fue que no se prestó tanta atención. Es preciso decido claramente.

No fue Malatesta quien traicionó el movimiento internacional en los trece años que vivió en Londres antes de volver a Italia en 1913. Se decía de él que no era francamente comunista como Kropotkin, el enemigo puro de los «individualistas», no muy inclinado al sindicalismo, bakuninista en suma y no «espontanista» por decirlo así. Todo el mundo vio, a pesar de las críticas, la energía y habilidad de Malatesta en el Congreso anarquista internacional de Amsterdam (agosto 1907). Fue allí el alma de todo lo que se hizo, como lo había sido en 1881, en el Congreso revolucionario de Londres. El propio Malatesta ha tenido palabras de simpatía para el Congreso de Amsterdam. Debió contribuir a la impresión cordial el concurso de voluntades jóvenes y enérgicas; éstas eran adversarias del punto de vista orgánico en 1881; en 1907 estaban fascinadas por el sentido orgánico sindicalista; como en 1881, el punto de vista inalterable de Malatesta era en 1907: cooperación organizada para la propaganda y la acción anarquista. Fue mal comprendido el propósito de Malatesta. Conviene releer sus discursos de entonces y sus artículos «Le Congrès d’Amsterdam» («Temps Nouveaux», París, desde el 21 septiembre a 5 octubre 1907) y «Anarchism and Syndicalism» «Freedom», Londres, noviembre 1907).

El Congreso de Amsterdam fundó una Internacional Anarquista, y Malatesta ocupó un lugar destacado en el Comité; igual que en 1881-82, se entregó al trabajo. La Internacional sufrió un colapso, desapareciendo casi. Un Congreso propuesto para 1914 debía galvanizarle; pero era el año de la guerra. La Internacional de 1881 no interesó a los adversarios de la organización; la de 1907 fue desdeñada por los partidarios del punto de vista orgánico, fascinados por el sindicalismo. Una fracción de estos últimos fundaron una Internacional anarcosindicalista, la actual A. I. T.; otra fracción siguió las tácticas de la C. G. T. francesa y se adhirió con ella a la Internacional de los sindicatos reformistas (Amsterdam) donde conviven Jouhaux y Legien. No se hizo ilusiones Malatesta. En un artículo inserto en «Freedom» (junio 1909) titulado «Anarchists and the situation» previno los acontecimientos, comprobando que faltaba visión del futuro. Coincidió aquel artículo de Malatesta con la llamada «semana sangrienta» de Barcelona.

Fue uno de los primeros que se opusieron a la ola nacionalista que desencadenó la guerra de Trípoli en 1911 y enloqueció a tantos italianos, demostrando la facilidad que tiene un Estado para engañar a la opinión y hacer que se muestre favorable a una guerra cualquiera. Se opuso a Gustavo Hervé que en otoño de 1912 pasó por Londres predicando sus nuevas ideas, cuya esencia era rabiosamente autoritaria y patriótica. Pocos comprendieron tan bien como Malatesta la transformación del propagandista antibélico.

Varias veces se acordaron de Malatesta en Italia por aquellos años. Se le propuso para redactar el diario anarquista de Milán, «La Protesta Umana», y también se contó con él para una gira de propaganda. Sus esfuerzos se tradujeron en la fundación del semanario «Volontà», que era un «periódico de propaganda anarchica» de Ancona (8 junio 1913). Por entonces (1913-14) hizo Malatesta muchas campañas de propaganda anarquista, en tiempo de elecciones algunas. Las masas saludaron a Malatesta universalmente de manera tan elocuente, que los mismos críticos de Errico, sus contradictores más violentos, se dieron cuenta del talento, del vigor inteligente y desinteresado que reunía aquel hombre a quien se había tenido olvidado tantos años en Londres.

Tanto el equívoco socialista -sometimiento de los trabajadores a jefes políticos y sindicalistas reformistas de la «Confederazione Generale del Lavoro»- como el patriotismo, el irredentismo avivado por la esperada guerra europea, el colonismo, el sindicalismo boyante y aparatoso de Alceste De Ambris, tenían libre curso en Italia, persistiendo otros factores desfavorables. No podía cantar victoria Malatesta en pocos meses; no le era dable vencer o paralizar tanta oposición, ya que tenía que resistir y contrarrestar las campañas electorales de los socialistas, el reformismo disfrazado de insidioso revolucionarismo de los jefes sindicalistas, la misma campaña en favor de De Ambris, fomentada por James Guillaume en París. De Ambris era protagonista acérrimo del sindicalismo, al que sacrificaba el anarquismo, refiriéndose a Bertoni, Herzig y Malatesta como enemigos. Contestó Errico a la campaña con un artículo lleno de sugerencias retrospectivas: «Où mène le mouvement ouvrier?» («Le Réveil», Ginebra, 7 marzo 1914).

Halló elementos para integrar futuras fuerzas de acción en el antimilitarismo, en especial el soldado rebelde Masetti, en la juventud republicana, que parecía emanciparse del irredentismo y aspirar con empeño a derribar la monarquía, el clericalismo y la plutocracia.

Con el apoyo de la juventud y de la población obrera, cansada de la inacción del socialismo reformista, más la cooperación anarquista (se preparaba un Congreso general) y sin tantas trabas como se le habían puesto otras veces, parecía hallar camino.

Existía entonces en Italia en preparación un movimiento de carácter general y los anarquistas querían precipitarlo (véase Malatesta, «Umanità Nova», Roma, 28 junio 1922). De nada valió la previsión, inutilizada por demostraciones públicas e intervención policíaca violenta del primer domingo de junio de 1914, la masacre de la policía de Ancona, la huelga general de esta región y de la Romaña. Fue una semana roja briosa, de significación verdaderamente insurreccional, paralizada por socialistas y sindicalistas reformistas, que dieron bruscamente por terminada la huelga salvando así a la monarquía y a la burguesía y reservando al pueblo para que fuera carne de cañón en la guerra que no tardaría un año en hacer la Italia oficial, apoyada por los Mussolini y los De Ambris.

Una revolución italiana en junio de 1914 ¿hubiera podido evitar la guerra mundial que estalló un mes después? Nadie puede asegurarlo. Lo cierto es que la obediencia de los obreros a los jefes socialistas ha demostrado a los gobernantes y a los tutores del sistema actual que los trabajadores organizados por jefes políticos no eran temibles, ya que retrocedían a la voz de mando, incluso cuando la tormenta revolucionaria les ponía en situación favorable para conseguir la propia emancipación. La burguesía estaba convencida de que aquellos proletarios de fila harían la guerra y ya hemos visto que no se equivocó.

Malatesta fue la figura más visible en el momento decisivo de la guerra. Abandonado por el proletariado sometido, nada pudo hacer con un puñado de bravos como él. Se dirigió a Ginebra, fue a visitar a Jacques Gross y vio a Bertoni, Herzig y otros militantes suizos. Pasó por París y se entrevistó con James Guillaume, demostrándole que no le guardaba rencor ni mala voluntad. Finalmente embarcó para Londres, lugar de destierro habitual de Malatesta. Esta vez se prolongaría el destierro hasta diciembre de 1919).

----------

En el curso de la horrible conflagración de casi todo el mundo contra casi todo el mundo, no podía Malatesta rectificar su ideal de toda la vida. Los que prescindieron del ideal es porque nunca lo habían sentido. Descubrieron lo que ningún elemento de observación y reflexión pudo eliminar o cambiar en su mundo interior. Kropotkin siguió siendo lo que siempre había sido, Malatesta lo mismo. La ruptura entre ambos situó a cada uno en un plano de tan enorme responsabilidad, que no permitió cerrar los ojos y andar cada cual por su terreno como habían hecho en largo espacio de tiempo, divididos por radicales diferencias. La disidencia provocada por la guerra era definitiva.

Es fácil hallar trabajos de Malatesta sobre la guerra en las publicaciones anarquistas de 1914, 1915 y 1916. Las evocaciones de Rocker nos acercan más aún al Malatesta de aquellos tristes años. En España pueden consultar se los números de «Tierra y Libertad» de las oportunas fechas. Afirma Rocker que después de la revolución rusa -ignoro la fecha precisa- hubiera querido trasladarse Malatesta a Rusia. El Gobierno británico no le permitió que abandonara el territorio inglés. Hubiera querido ver el viejo luchador con sus propios ojos si el pueblo ruso hizo la revolución o si era el partido marxista-blanquista el que andaba a vueltas con el pueblo, aquel partido que conocía tan bien como adversario del anarquismo. Debió convencerse de que eran inevitables los cambios sociales en otros países en proporción a la fuerza, idealidad y voluntad revolucionaria puestas en acción. En Italia su ardorosa voluntad procuró siempre ser motor eficaz. Fue excluido de una amnistía.

«Umanità Nova», cuyo programa data de 1919, reproduce el espíritu del «Appello», de 1889, y el esfuerzo inicial para la convivencia de las diversas tendencias anarquistas de Italia. Este pensamiento coronó la obra anarquista de Malatesta, aunque la realización haya sido incompleta o difícil después de tan largas épocas de discordia. Todo el mundo sabe que a pesar de las prohibiciones salió secretamente de Inglaterra en viaje directo de Cardiff a Génova, a bordo de un vapor carbonero, y que al llegar al puerto de Génova se paralizó el trabajo, aclamando con entusiasmo los obreros a Errico el 28 de diciembre de 1919.

Aun sin conocer las observaciones de Galleani en su artículo «Malatesta in Italia» («Cronaca sovversiva», 17 enero 1920), se comprende que la posición de Malatesta era difícil y penosa en el campo de la actividad insurreccional. Existía el anhelo subversivo en las masas, pero carecían éstas de convicción anarquista.

Alguien que tal vez quería desviar a Malatesta: los ignorantes o los maliciosos; tal vez los comunistas, inspiraron los gritos que se oyeron en algún mitin: «Vive il Lenin d’Italia!». Dice Galleani al respecto: «… ha così amaramente offeso di Errico Malatesta il senso della modestia e della misura». Toda acción colectiva sostenido por las masas hubiera hallado la oposición de los jefes de cada fracción y también la falta de comprensión de los propios anarquistas, no acostumbrados a cooperar «por un objetivo común» con otras tendencias de carácter popular. No queriendo ser dictador y no siendo posible, por otra parte, educar repentinamente a militantes y masas para el objetivo común -propósito que siempre tuvo y que vio fracasar, repudiado por otros-, comprendió rápidamente que nada había cambiado en esencia y que nada podía intentarse.

El diario «Unità Nova» se publicó en Milán desde el 27 de febrero de 1920 al 24 de marzo de 1921, y en Roma desde el 14 de mayo de 1921 a 2 de diciembre de 1922. Era director Malatesta, y su aportación era vivaz y razonada, lógica. Hizo también mucha propaganda oral. No se hallaba muy satisfecho, según explicó después en las «Dichiarazioni personali» «Unità Nova», 22 marzo 1922). Ya en abril de 1920 comunicó su malestar a Bertoni, que visitó al camarada y amigo en Milán (véase «Il Risveglio», 30 julio 1932). Del discurso pronunciado en italiano por Bertoni en esta última fecha, se deduce que Malatesta no sabía qué hacer con tanto entusiasmo como le salía al paso, y que deseaba la sobriedad dialéctica con militantes inteligentes. Se hallaba desplazado en el Norte industrial y hubiera preferido instalarse en el Mediodía para preparar con todo empeño una sublevación del pueblo campesino. Según el artículo citado de Bertoni, Malatesta creía que no era momento de perder el tiempo en lamentaciones, porque de perderlo se llegarían a ver malos tiempos y tremendas agresiones, peores que nunca. «¡Dolorosa profecía!», añade Bertoni. Había pasado el año 1919: los tres siguientes, ¿qué fueron sino una carrera de muerte? Patriotismo, nacionalismo, D’Annunzio espiando tras el antifaz, Mussolini… El fanatismo y el egocentrismo de los bolcheviques, la traición de los socialistas y, hay que decirlo también, la inercia de los anarquistas. Seguramente creían éstos organizar tranquilamente su existencia mediante el II Congreso de la «Unione Anarchica Italiana» (Bolonia, 1 a 4 de julio de 1920), discutiendo un programa redactado por Malatesta y publicado después en folleto. Sé que se trató de constituir al margen de partidos y organizaciones existentes unos núcleos locales de acción para ir en momento propicio al terreno de los hechos. Aunque el acuerdo demuestra que aquellos grupos no existían… Y se entraba ya en el mes de julio de 1920…

El 20 de agosto se inició el «obstruzionismo operaio» de los metalúrgicos. Al empezar septiembre se procedió a la memorable ocupación de las fábricas, gesta que pedía expansión y que Malatesta y «Umanità Nova» procuraron dar al movimiento saboteado y estrangulado por los eternos traidores reformistas de la «Confederazione Generale del Lavoro». Hicieron éstos la paz con los patronos y malograron la acción revolucionaria como la malograron cuando la semana roja de la Romaña, en el año 1914.

Se desarrolló una represión brutal. Malatesta fue detenido el 17 de octubre. El trato que le dieron las autoridades fue abominable. En marzo de 1921 declaró con sus compañeros de prisión la huelga del hambre «Umanità Nova»). Se quiso hacer una huelga general de protesta. La impidieron los jefes, las jerarquías burocráticas, según «Umanità Nova» del 13 de mayo de 1922. El 23 de marzo se produjo una explosión en el teatro de Diana, a la que siguió una serie de venganzas envueltas en procesos, pereciendo algunos camaradas y muriendo lentamente otros en presidio. Los días 27, 28 y 29 de julio se vio el proceso contra Malatesta y resto de inculpados, siendo absueltos.

Vivió después en Roma, contribuyendo a redactar «Umanità Nova», que apareció como semanario después del 19 de agosto de 1922 y fue suspendida cuando los fascistas se instalaron en Roma el invierno siguiente. Escribe todavía Malatesta en febrero de 1923: «Estamos vencidos, pero no tenemos el espíritu de los vencidos. Ardiente es siempre en nosotros la fe, fuerte la voluntad, segura la esperanza de la revuelta inevitable». Tales sentimientos le animaron mientras tuvo un soplo de vida, y describen maravillosamente la actitud del viejo luchador y de otros camaradas a partir del año 1920. Él y sus más íntimos se dirigieron entonces a las masas en centenares de mítines diciendo: «Hagan pronto la revolución, o de lo contrario los burgueses les harán pagar con lágrimas de sangre el miedo que les causan hoy». Se pronunciaron contra los aplazamientos… «No fuimos escuchados… y vino el fascismo».

Trató de trabajar a los sesenta y nueve años cumplidos como lampista. La policía se estacionaba en lugar inmediato al que trabajaba, acabando Malatesta por perder la clientela; tuvo incluso que abandonar el taller.

En septiembre de 1922 respiró por última vez las auras no impregnadas de fascismo. Un camarada del Tessino le condujo por veredas de contrabandistas a través de las montañas y se detuvo en Bellinzona (Tessino), en casa de Gagliardi, un anciano que se había encargado de preparar secretamente en 1891 el Congreso de Capolago. Llegó en automóvil a Biel, donde se reunió la Conferencia de los camaradas italianos en Suiza. Finalmente, fue a Saint-Imier (Jura bernés). Allí se dieron cita algunos compañeros de distintos países para conmemorar el Congreso de Saint-Imier, de la Internacional (septiembre de 1872), al que asistieron Bakunin, Guillaume, Farga Pellicer, Morago, etcétera. E] único superviviente era Malatesta en el momento tan grave. La policía suiza quiso poner en ejecución la orden de expulsión del territorio suizo dictada contra Malatesta. Pudo saludar a los compañeros de Biel y entró en Italia, que sería sepulcro de su cuerpo y de su espíritu vibrante. «Casa de muertos», dice Dostoievski. «Tierra de muerte», puede decirse hoy de Italia, que yace en el ataúd fascista. No es el único país que vive tan desdichadamente.

Reaccionó intelectualmente Malatesta con la bella revista «Pensiero e volontà», que publicó cincuenta y siete números, desde 1º de enero de 1924 a 10 de octubre de 1926. Muchos fueron secuestrados por la policía. La revista se extinguió en octubre de 1926, cuando toda la vida intelectual italiana tuvo que callar o expresarse de acuerdo con el verdugo fascista. Creo que los trabajos más jugosos y fértiles, los más eficaces para el pensamiento anarquista en su evolución presente, se hallan en «Pensiero e Volontà». Corresponde la misma opinión a los artículos y cartas que se publicaron últimamente en periódicos italianos no editados en tierra italiana. Escribió también una introducción retrospectiva sobre la Internacional, más de dieciséis páginas, para prologar mi obra «Bakunin e l’Internazionale in Italia, del 1864 al 1872» (Ginebra, «Il Risveglio», 1928, XXXI, 397 páginas). Terminaba su introducción, escrita en agosto de 1928, con estas palabras: «Possiamo dunque guardare l’avvenire con fiducia. Malgrado la tristezza dell’ora que volge, malgrado l’ondata di servilismo e di paura che in questo momento disonora e paralizza le folle che si mostrano, malgrado l’eclissi temporaneo che oscura ogniluce di libertà e di dignità, noi sentiamo, noi sappiamo che l’uragano si addensa e che un giorno o l’altro dovra pure scoppiare ni pioggia feconda. Avanti sempre! La vittoria sera nostra. – *Errico Malatesta*».

----------

Repito una vez más que vivió y murió en plena saturación espiritual. Nos corresponde en todos los países ser dignos de la confianza que tenía en el porvenir de la humanidad al trazarse el camino de la libertad. Pensamiento, Voluntad, Acción, Libertad, Asociación, Amor: he aquí las fachadas de su bella construcción anarquista, amplia, rica y sensata. Es tal vez la más vital y realista de las concepciones de la Internacional, pareja de las que acreditaron Bakunin y Reclus.

M. Nettlau.

Entre 1903 y 1905, la revista teórica anarquista *Natura* publica una serie de artículos de Malatesta entre los que figura *Socialismo y anarquía*. Recogemos en su integridad la citada serie, que resume las posiciones del autor respecto a las relaciones con el socialismo, las actitudes terroristas o individualistas, el amor y el Estado. (*N. de los E*.)

**SOCIALISMO Y ANARQUÍA**

Cuando se discuten cuestiones de orden moral y social la dificultad más grande para entenderse depende del significado vario e incierto que se atribuye a las palabras. Todo partido, y a menudo cada individuo, dan a las palabras generales un significado diverso, y, lo que es peor, el mismo individuo usa a veces la misma palabra en sentido diverso y aun opuesto.

Así, por ejemplo, *socialismo y anarquía* se usan a veces como términos antagónicos y a veces como sinónimos. Los hay que combaten el individualismo cuando significa *el cada uno para sí* de la sociedad burguesa y después se dicen *individualistas* para expresar su ideal de una sociedad en la cual no se oprima a nadie y en la que cada uno tenga medios de alcanzar el pleno desenvolvimiento de la propia individualidad. Hoy combaten la inmoralidad burguesa y mañana protestarán contra toda *moral*. Dicen que el *derecho* es la fuerza, y al poco rato se alaban de ser defensores del derecho de los débiles. Se mofan de toda idea de *sacrificio* y *abnegación* y después se dicen -y se muestran- prontos a sacrificar bienestar, libertad, vida, para el bien de la generación futura.

Y observaciones similares podrían hacerse del uso de las palabras *evolución y revolución*, *organización*, *administración*, *autoridad*, *gobierno*, *estado* y de tantas cuantas se refieran a los problemas morales y sociales.

Así acontece que muchas cosas verdaderas parecen irrazonables por defecto de expresión, y se producen muchas escisiones entre compañeros que en el fondo están realmente de acuerdo; mientras que, por el contrario, a menudo se cree estar de acuerdo, sólo porque se usa la misma terminología, entre personas de ideas y tendencias diametralmente opuestas. Así acontece también que se aceptan, bajo la fe de una palabra, ideas absurdas y antisociales, y que gentes egoístas, verdaderos malhechores, se mezclan con las que, buenas y generosas, dan muestras de inmoralidad por la ínfima vanagloria de parecer originales.

Y no sólo esta falta de un lenguaje claro, común y constante hace difícil entenderse entre hombre y hombre; sino que la confusión en la expresión ofusca a cada uno la claridad de la idea y acaba por impedir que uno mismo se entienda. Ejemplo, ¡demasiado doloroso, por cierto!, tantos periódicos nuestros que parecen escritos por los habitantes de la legendaria torre de Babel, en los cuales generalmente cada escritor demuestra que no sabe lo que quiere decir y que apenas tiene una oscura y vaga visión de un vaporoso ideal que no saben traducir en términos inteligibles.

Definamos, pues, las palabras de las cuales nos servimos.

No pretendo que el sentido que yo doy a las varias palabras sea el sentido *verdadero*. El significado de las palabras es siempre una cosa convencional y puede sólo establecerlo el uso común y constante por el mayor número. Pero generalmente sucede que cuando una palabra ha sido inventada para indicar una idea dada, todas las transformaciones y las desviaciones que ocurren después en su significado tienen entre ellas una relación lógica que permite remontarse al significado originario, o recabar un significado general que responde al pensamiento más o menos consciente de todos. Este fondo común en los varios sentidos en que hoy se usan ciertas palabras, es el que yo me esfuerzo en determinar para hacer más clara la idea y más fácil la discusión. Como quiera que sea, mis definiciones, si no para otra cosa, servirán para que se comprenda bien lo que yo entiendo y tal vez para dar un ejemplo de lenguaje preciso, que otros podrán elaborar mejor.

En el estudio de la sociedad humana y en las concepciones ideales que pueden hacerse de una nueva sociedad tienen que considerarse dos puntos:

1. Las relaciones morales o jurídicas, si así quieren llamarse, entre los hombres; es decir, el objeto que se atribuye a la convivencia social.
2. La forma en la cual se encarnan estas relaciones; es decir, el modo de organizarse para asegurar la observancia social de los derechos y deberes respectivos, el método con el cual se tiende a la realización del objeto propuesto a la sociedad.

Desde el primer punto de vista, se puede concebir la sociedad humana de tres maneras fundamentales: O como una masa de hombres que nacen y viven para servir a uno o a pocos individuos privilegiados, por derecho de conquista, disfrazado con el pretendido derecho divino; es éste el régimen *aristocrático* que, en esencia, ha desaparecido en los países más avanzados y que va poco a poco desapareciendo en el resto del mundo. O como la convivencia de individuos originaria y teóricamente iguales, que luchan uno en contra del otro, cada uno para acaparar la mayor cantidad de riqueza y de poder posible, explotando el trabajo de los demás y sometiéndolos a su dominio; y éste es el *individualismo* que domina en el mundo burgués hoy, el cual produce todos los males sociales de que nos lamentamos. O como un lazo de solidaridad entre todos los hombres, cooperando cada uno con los demás para el mayor bien de todos, como un bien para asegurar a todos el máximo desarrollo, la máxima libertad, el máximo bienestar posible; y éste es el socialismo, que es el ideal por el cual luchan hoy todos los amigos sinceros e ilustrados del género humano.

Desde el segundo punto de vista, existen aún tres modos principales de organización social, tres métodos, tres constituciones políticas. Primero, el dominio exclusivo de uno o unos pocos (*monarquía absoluta*, *cesarismo*, *dictadura*), los cuales imponen a los demás la propia voluntad, ya en interés propio o de su casta, ya con la intención, que puede ser sincera, de hacer el bien de todos. Segundo, la llamada soberanía popular, esto es, la ley hecha en nombre del pueblo por los que el pueblo ha elegido. Dicha ley representa, teóricamente, la voluntad de la mayoría; pero, en la práctica, es el resultado de una serie de transacciones y de ficciones, por las cuales resulta falseada toda genuina expresión de la voluntad popular. Y esto es la *democracia*, la *república*, el *parlamentarismo*. Tercero, la organización directa, libre, consciente de la vida social, hecha y cambiada cuando ocurra, por todos los interesados, cada uno en la esfera de sus intereses, sin delegaciones ficticias, sin lazos inútiles, sin imposiciones arbitrarias; y esto es la *anarquía*.

Los varios conceptos sobre la esencia y objeto de la sociedad humana se juntan diversamente, tanto en la historia como en los programas de los partidos, con las diferentes formas de organización. Así puede haber una sociedad aristocrática con un régimen monárquico, republicano y aun anarquista. La sociedad burguesa, o individualista, existe igualmente en la monarquía que en la república y muchos de sus partidarios son hasta anarquistas, puesto que desean que no haya gobierno o que exista la menor cantidad posible. Así, respecto al socialismo, algunos quisieran realizarlo por medio de la dictadura, otros por el medio parlamentario y otros por medio de la anarquía.

Pero, a pesar de los errores de los hombres y de la acción y reacción que los factores históricos pueden determinar, y de hecho han determinado los más inverosímiles maridajes entre constituciones sociales y formas políticas de carácter disparatado, lo cierto es que los fines y los medios están ligados entre sí por relaciones íntimas, las cuales hacen que cada fin tenga un medio que le conviene más que los otros, como todo medio tiende a realizar el fin que le es natural, aun, sin y contra la voluntad de los que lo emplean.

La monarquía es la forma política que mejor se aviene a hacer respetar los privilegios de una casta cerrada; es por esto que toda aristocracia, cualquiera que sea la condición en que se ha formado, tiende a establecer un régimen monárquico, franco o encubierto; como toda monarquía tiende a crear y hacer estable y omnipotente a una clase aristocrática. El sistema parlamentario, esto es, la república (ya que la monarquía constitucional, en realidad, no es más que una forma intermediaria, en la cual la acción del parlamento está todavía obstaculizada por la supervivencia monárquica y aristocrática), es el sistema político que mejor responde a la sociedad burguesa; y toda república tiende a la constitución de una clase burguesa, como, por otra parte, la burguesía, en el fondo de su ánimo, si no en apariencia, es siempre republicana.

Pero, ¿cuál es la forma política que más se adapta a la realización del principio de solidaridad en las relaciones humanas? ¿Cuál es el método que más seguramente puede conducirnos al triunfo completo del socialismo?

Ciertamente que a esta pregunta no puede dársele una respuesta absolutamente segura, puesto que, tratándose de cosas no realizadas aún, a las deducciones lógicas les falta la comprobación de la experiencia. Es, por tanto, necesario contentarse con las soluciones que parecen tener en su favor la mayor suma de probabilidades. Pero queda cierta duda, que resta siempre en el espíritu cuando se trata de previsiones históricas, y que, por otra parte, viene a ser como una puerta que se deja abierta en el cerebro para que entren nuevas verdades, por lo que debe disponerse de gran tolerancia y de la más cordial simpatía hacia todos los que buscan por otras vías alcanzar el mismo fin, sin que deba esto paralizar nuestra acción ni impedir que escojamos nuestra vía para caminar resueltamente por ella.

El carácter esencial del socialismo es el de aplicarse igualmente a todos los miembros de la sociedad, a los seres humanos todos. Por eso ninguno debe poder explotar el trabajo de otros, mediante la acaparación de los medios de producir, y ninguno debe poder imponer a los demás la propia voluntad, mediante la fuerza brutal, o, lo que es lo mismo, mediante el acaparamiento del poder político: la explotación económica y la dominación política son dos aspectos de un mismo hecho, la sujeción del hombre por el hombre, resolviéndose siempre la una con la otra.

Por tanto, para alcanzar y consolidar el socialismo, se necesita un medio que, al mismo tiempo que no pueda ser un manantial de explotación y dominación, conduzca a una organización tal que se adapte lo más posible a los intereses y a las preferencias varias y mudables de los diversos individuos y grupos humanos. Este medio no puede ser la *dictadura* (*monarquía*, *cesarismo*, etc.), puesto que esa sustituye a la voluntad y a la inteligencia de todos por la voluntad y la inteligencia de uno o de pocos; tiende a imponer a todos una regla única, a pesar de las diferencias de condiciones; crea la necesidad de una fuerza armada para constreñir a los recalcitrantes a la obediencia; hace surgir intereses antagónicos entre la masa y los que están más cerca del poder, y acaba, o con la rebelión triunfante o con la consolidación de una clase gobernante, que luego, naturalmente, se convierte en clase propietaria. Y tampoco parece un buen medio el *parlamentarismo* (*democracia*, *república*), puesto que también ese sustituye la voluntad de pocos a la de todos, y si, por un lado, deja alguna más libertad que la dictadura, por otro crea más ilusiones, y en nombre de un interés colectivo ficticio, holla todos los intereses reales y contradice, a través de la maraña de las elecciones y de las votaciones, la voluntad de cada uno y la de todos.

Queda la organización libre, de abajo a arriba, de lo simple a lo complejo, mediante el pacto libre y la federación de las asociaciones de producción y de consumo; esto es, la *anarquía*, y éste el método que preferimos nosotros.

Para nosotros, pues, *socialismo* y *anarquía* no son términos antagónicos, ni equivalentes; sino términos estrechamente ligados uno con otro, como lo es el fin a su medio necesario, como lo es la sustancia a la forma en que se encarna.

El socialismo sin la anarquía, esto es, el socialismo gubernamental, lo creemos imposible, puesto que sería destruido por el mismo órgano destinado a mantenerlo.

La anarquía sin el socialismo nos parece igualmente imposible, puesto que, en tal caso, esa no podría ser más que el dominio de los más fuertes, y, por tanto, pronto comenzaría la organización y la consolidación de este dominio; esto es, la constitución del gobierno.

Hay tanta gente hoy diversa que se llama anarquista, y con el nombre de anarquía se exponen tantas ideas disparatadas y contradictorias, que verdaderamente no tenemos razón de maravillarnos cuando el público, que es nuevo a nuestras ideas y no puede al primer golpe de vista distinguir las grandes diferencias que se ocultan bajo el velo de una palabra común, se haga el sordo a nuestra propaganda y nos mire con recelo.

Naturalmente nosotros no podemos impedir a los demás que adopten el nombre que quieran; ni el abandonar nosotros el nombre de anarquistas serviría para otra cosa más que para aumentar la confusión, ya que el público creería simplemente que habíamos cambiado de bandera.

Lo más que podemos y debemos hacer es distinguimos claramente de todos los que de la anarquía tienen un concepto distinto al nuestro, o que del mismo concepto teórico deducen consecuencias prácticas contrarias a las deducidas por nosotros. Y la distinción debe resultar de la exposición clara de nuestras ideas y del continuo repetir franca y altamente nuestra opinión sobre todos los hechos que estén en contradicción con nuestras ideas y con nuestra moral, sin ningún miramiento personal ni de partido. Ya que la pretendida solidaridad de partido, entre gente que no pertenecía ni podía pertenecer al mismo partido, ha sido precisamente una de las primordiales causas de la confusión. Y se ha llegado a un punto tal que muchos ensalzan en los «compañeros» las acciones que vituperarían en los burgueses; y parece que el único criterio que tienen del bien y del mal sea éste: si el autor del acto que se juzga toma o deja de tomar el nombre de anarquista.

Muchos son los errores que han llevado a ponerse en completa contradicción con los principios que teóricamente profesan a unos, y a los otros el soportar esta contradicción; como muchas son las causas que han traído en medio de nosotros a gente que en el fondo se ríen del socialismo y de la anarquía, y de todo lo que está por encima de los intereses de su persona.

Yo no puedo emprender un examen metódico y completo de estos errores; sólo señalaré algunos de esos tal como me vengan a la mente.

Ante todo hablemos de moral.

Es cosa común encontrar anarquistas que «niegan la moral». Al principio es un simple modo de decir para significar que, desde el punto de vista teórico, no admiten una moral absoluta, eterna, inmutable, y que, en la práctica, se rebelan contra la moral burguesa, que sanciona la explotación de la masa y condena los actos que ponen en peligro y dañan a los privilegiados. Pero después, poco a poco, como suele suceder en tantas otras cosas, toman la figura retórica por la expresión exacta de la verdad. Olvidan que en la moral corriente, además de las reglas inculcadas por los curas y por los amos en interés de su dominio, se encuentran también, y son en realidad la mayor parte y las más sustanciales, las reglas que son la consecuencia y la condición de toda coexistencia social; olvidan que el rebelarse contra toda regla impuesta a la fuerza no quiere de ningún modo decir que se renuncie a todo freno moral y a todo sentimiento de obligación hacia los demás; olvidan que para combatir razonablemente una moral, necesitara oponerle, en teoría, y prácticamente, una moral superior; y, por poco que el temperamento y las circunstancias les ayuden, acaban por volverse *inmorales* en la acepción absoluta de la palabra; esto, es hombres sin regla de conducta, sin criterio para guiar sus acciones, que ceden pasivamente a los impulsos del momento. ¡Hoy se quitan el pan de la boca para socorrer a un compañero y mañana matarán a un hombre para poder ir a un burdel!

La moral es la regla de conducta que cada hombre considera buena. Se puede encontrar mala la moral dominante en una época dada, en un determinado país, en una dada sociedad, y, con efecto, nosotros encontramos pésima la moral burguesa; pero no se puede concebir una sociedad sin una moral, cualquiera que sea, ni un hombre consciente que no tenga algún criterio para juzgar lo que es bueno y lo que es malo para sí y para los demás. Cuando nosotros combatimos a la sociedad presente, oponemos a la moral individualista de los burgueses, a la moral de la lucha y de la competencia, la moral del amor y de la solidaridad, y tratamos de establecer instituciones que correspondan a esta nuestra concepción de las relaciones entre los hombres. De otro modo, ¿cómo podríamos encontrar malo el que los burgueses exploten al pueblo?

Otra de las afirmaciones dañinas, que en muchos es sincera, pero que es una excusa en otros, es que el actual ambiente social no permite ser morales; y que, por consecuencia, es inútil hacer esfuerzos con los cuales nada se puede lograr, y que lo mejor que puede hacerse es arañar lo más que se pueda para uno mismo, dadas las presentes circunstancias, sin cuidarse de los demás, salvo el cambiar de vida cuando haya cambiado la organización social. Ciertamente que todo anarquista, que todo socialista comprende la fatalidad económica que hoy constriñe al hombre a luchar contra el hombre, y todo buen observador ve la impotencia de la rebelión personal, contra la fuerza prepotente del ambiente social. Pero es igualmente cierto que sin la rebelión del individuo, que se asocia con los otros individuos rebeldes para resistir el ambiente y tratar de transformarlo, este ambiente no cambiaría nunca.

Todos nosotros, sin excepción alguna, estamos constreñidos a vivir, más o menos, en contradicción con nuestros ideales; pero somos socialistas y anarquistas por lo que sufrimos con esta contradicción y porque tratamos de hacerla lo menos grande posible. El día que nos adaptásemos al ambiente, nos pasaría naturalmente el deseo de transformarlo y nos convertiríamos en simples burgueses: burgueses sin dinero tal vez, pero no por esto menos burgueses en los actos y en las intenciones.

Otra fuente de errores y de culpas gravísimas ha sido el modo como se ha interpretado por muchos la teoría de la violencia.

La sociedad actual se mantiene con la fuerza de las armas. Nunca ninguna clase oprimida ha logrado emanciparse sin recurrir a la violencia; nunca las clases privilegiadas han renunciado a una parte, siquiera mínima, de sus privilegios, sino por la fuerza, o por miedo a la fuerza. Las instituciones sociales actuales son tales que resulta imposible el transformarlas por reformas graduales y pacíficas, y la necesidad de una revolución violenta que, violando, destruyendo la legalidad, funde una sociedad sobre nuevas bases, se impone. La obstinación, la brutalidad con que la burguesía responde a las más anodinas demandas del proletariado, demuestran la fatalidad de la revolución violenta. Es, pues, lógico y necesario que los socialistas y los anarquistas especialmente sean un partido revolucionario y prevean y apresuren la revolución.

Mas, desgraciadamente, hay en los hombres una tendencia a trastocar el fin con los medios; y la violencia, que para nosotros es, y debe continuar siendo, una dura necesidad, se ha convertido para muchos en único fin de la lucha. La historia está llena de ejemplos de hombres que, habiendo comenzado a luchar por un fin elevado, en el calor de la refriega, han perdido todo dominio sobre sí mismos, y perdiendo de vista el fin perseguido, se han convertido en feroces carniceros. Y, como lo demuestran hechos recientes, muchos anarquistas no han escapado a este terrible peligro de la lucha violenta. Irritados con las persecuciones, enloquecidos con los ejemplos de ciega ferocidad que da cada día la burguesía, han comenzado a imitar el ejemplo de los burgueses, y el espíritu de amor ha sido suplantado por el espíritu de venganza, por el espíritu de odio. Y, al par de los burgueses, han llamado justicia alodio y a la venganza. Después, para justificar sus actos, que podían, sin embargo, explicarse como efecto de las horribles condiciones del proletariado y servir como una razón más para invocar la destrucción de un orden de cosas que produce tan tristes resultados, algunos han comenzado a formular la más extraña, la más fanática, la más autoritaria de las teorías, y, no fijándose en la contradicción, la han presentado como un novísimo progreso de la idea anarquista. Esos, que se dicen, además, al mismo tiempo deterministas y niegan toda responsabilidad, se han dedicado a rebuscar a los responsables del estado actual de cosas y los han encontrado no sólo en los burgueses conscientes que hacen el mal sabiendo que lo hacen, no sólo entre la masa de burgueses que son burgueses porque así nacieron y no se han preguntado nunca el por qué de su situación; sí que también entre la masa de trabajadores que, soportando la opresión sin rebelarse, son su principal sostén; y han resuelto para todos… la pena de muerte. ¡Y ha habido hasta quien ha delirado sobre no sé qué «responsabilidad potencial» para resolver el exterminio de las mujeres embarazadas y de los muchachos! Los que con razón niegan a los jueces burgueses el derecho de aplicar ni una hora de cárcel, se hacen árbitros de la vida y la muerte de los demás y llegan a decir que ¡*se tiene el derecho de matar al que no piense como nosotros*! Parece increíble y muchos no querrán creerlo. Y sin embargo, poco tiempo hace, han podido todos leer en un periódico «anarquista» palabras como éstas: «En Barcelona ha estallado una bomba en una procesión religiosa, dejando sobre el terreno cuarenta muertos y no sabemos cuántos heridos. La policía ha arrestado más de noventa anarquistas con la esperanza de poner la mano sobre el heroico autor del atentado». Ninguna razón de lucha, ninguna excusa, nada: es heroico matar mujeres, niños, hombres inermes, ¡porque eran católicos! Esto es ya algo peor que la venganza: es el furor morboso del místico sanguinario, es el holocausto sangriento sobre el ara de un dios… o de una idea, que a la postre es lo mismo. ¡O Torquemada, o Robespierre!

Me apresuro a manifestar que la gran parte de los anarquistas españoles han protestado del acto insano. Pero los hay también que se llaman anarquistas y ensalzan el acto, y esto basta para que el gobierno finja confundirlos a todos en un haz, y para que el público los confunda de verdad.

Gritémoslo con fuerza y siempre: los anarquistas no deben, no pueden ser justicieros: son libertadores. Nosotros no odiamos a nadie; no luchamos para vengamos, ni para vengar a los demás; nosotros queremos el amor para todos, la libertad para todos.

Puesto que la actual fatalidad social y la obstinada resistencia de la burguesía, fuerza a los opresores a recurrir al último expediente de la fuerza física, no retrocedamos ante la dura necesidad y preparémonos a usarla victoriosamente. Pero no hagamos víctimas inútiles, ni siquiera entre los enemigos. El mismo fin por el cual luchamos nos fuerza a ser buenos y humanos aun en medio del furor de la batalla; de otro modo, no se explica cómo podríamos querer luchar por un fin cual es el nuestro, si buenos y humanos no fuésemos. Y no olvidemos que una revolución libertadora, no puede salir del exterminio y del terror, que fueron y serán siempre generadores de tiranía.

Por otra parte, un error, contrario a aquel en que caen los terroristas, amenaza al movimiento anarquista. Un poco por reacción contra el abuso que en estos últimos años se ha hecho de la violencia, un poco por supervivencia de la idea cristiana, y sobre todo por la influencia de las predicaciones místicas de Tolstoi, a las cuales el genio y las altas cualidades del autor les dan boga y prestigio, comienza a adquirir cierta importancia entre los anarquistas el partido de la resistencia pasiva, la cual tiene por principio que hay que dejar oprimir y vilipendiar a uno mismo y a los demás antes que hacer daño al agresor. Es lo que se ha llamado *anarquía* *pasiva*.

Puesto que algunos, impresionados por mi aversión contra la violencia inútil y dañina, han querido atribuirme, no sé si con la intención de alabarme o con la de denigrarme, tendencias hacia el tolstoismo, aprovecho la ocasión para declarar que, según mi modo de ver, esta doctrina, por mucho que parezca sublimemente altruista, es en realidad la negación del instinto y de los deberes sociales. Puede un hombre, si es muy… cristiano, sufrir pacientemente toda suerte de vejaciones sin defenderse con todos los medios posibles, y continuar siendo tal vez un hombre moral. Mas en la práctica, ¿no sería él y cualquiera, aun sin quererlo, un terrible egoísta si dejara oprimir a los demás sin intentar el defenderlos; si, por ejemplo, prefiriera que fuera reducida a la miseria una clase, atropellado un pueblo por el invasor, que fuera un hombre ofendido en su vida y en su libertad, antes que magullar la piel del opresor?

Puede haber casos en los cuales la resistencia pasiva sea un arma eficaz, y ciertamente que entonces sería la mejor de las armas, puesto que sería la más económica de sufrimientos humanos. Pero, las más de las veces, profesar la resistencia pasiva significa asegurar a los opresores contra el pavor a la rebelión y, por tanto, traicionar la causa de los oprimidos.

Es curioso observar cómo los *terroristas* y los *tolstoístas*, precisamente porque unos y otros son místicos, llegan a consecuencias prácticas casi iguales. Aquéllos no dudarían en destruir media humanidad con tal de hacer triunfar la *idea*; éstos dejarían que toda la humanidad estuviese bajo el peso de los más grandes sufrimientos antes que violar un principio.

Por lo que a mí respecta, yo violaría todos los principios del mundo con tal de salvar a un hombre: lo que, por otra parte, de hecho, sería respetar el principio, puesto que, según mi modo de ver, todos los principios morales y sociológicos se reducen a éste sólo: el bien de los hombres, de todos los hombres.

**EL INDIVIDUALISMO EN EL ANARQUISMO**[[4]](#footnote-4)

**CAPÍTULO I**

No pretendo hablar aquí de aquellos que, con llamarse individualistas, creen justificarse de cualquier acción repugnante y que tienen que ver tanto con el anarquismo como los esbirros con el orden público del cual se creen defensores, o como los burgueses con los principios de moral y de justicia con los que a veces intentan defender sus homicidas privilegios.

Tampoco pretendo hablar de aquellos anarquistas que se llaman «individualistas en los medios», los cuales, en la lucha que hoy combatimos, prefieren, o exclusivamente admiten la acción individual, sea porque la creen más eficaz, sea por medidas de prudencia, o porque temen que una organización cualquiera, una inteligencia colectiva cualquiera, redundaría en menoscabo de su libertad.

Hablaré del individualismo como filosofía, como concepción general de la naturaleza de las sociedades humanas y de las relaciones entre individuo y colectividad, en cuanto aquel individualismo está profesado (a veces hasta sin darse cuenta) por parte de los anarquistas.

Hay quien se llama individualista por creer que el individuo tiene derecho a su completo desarrollo físico, moral e intelectual y debe encontrar en la sociedad una ayuda, no un obstáculo, para alcanzar el máximo de felicidad posible. En este sentido todos somos individualistas y en este caso no se trata sino de una palabra o de un calificativo más o menos que nosotros no adoptamos para que no origine confusiones. Y no tan sólo somos individualistas en el sentido susodicho los socialistas y los anarquistas de todas las escuelas, sino que lo son también todos los hombres de cualquier escuela o partido, pues que el individuo es el único ser senciente y consciente, y siempre que se habla de goces o de sufrimientos, de libertad o de esclavitud, de derechos, de deberes, de justicia, etc., nos referimos y no podemos dejar de referimos sino a los individuos vivientes.

A veces no se trata sino de una simple cuestión de palabras que no vale la pena de hacerla caso. Pero a menudo existe realmente una importante diferencia de ideas entre aquellos que profesan y aquellos que repudian el individualismo e importa determinar esta diferencia porque son graves las consecuencias que de ella se derivan, a pesar de que los objetivos finales de unos y otros sean los mismos. No hay motivo ni razón para mirarse rabiosamente y tratarse como adversarios por más que, desde que los anarquistas se han metido a «filósofos», se ha originado una confusión tal de ideas y de palabras, que ya no hay modo de saber si estamos o no de acuerdo; pero urge que nos expliquemos bien, siquiera para desembarazarnos para siempre de cuestiones abstractas que absorben la entera actividad de algunos anarquistas en detrimento del trabajo de verdadera propaganda.

Examinando todo lo que han dicho y escrito los anarquistas individualistas, descubrimos la coexistencia de dos ideas fundamentales, contradictorias, que muchos no afirman explícitamente, pero que en una u otra forma las hallamos siempre, y a menudo hasta en las ideas de muchos anarquistas que no suelen llamarse individualistas.

La primera de estas ideas consiste en considerar la sociedad como un agregado de individuos autónomos, completos en sí mismos, que no tienen razón de estar juntos si no hallan su propio interés y que pueden separarse cuando hallaran que las ventajas que la sociedad les ofrece no compensan los sacrificios de libertad individual que la sociedad les exige. En suma, consideran la sociedad humana como si fuera una especie de compañía comercial que deja o tendría que dejar libre a los socios de formar parte de ella según sus conveniencias. Hoy, dicen los que así piensan, como algunos pocos individuos han acaparado todas las riquezas naturales o producidas, los demás vienen obligados a observar a la fuerza las reglas impuestas por la sociedad o por los individuos que en la sociedad imperan; pero si la tierra, si los medios de trabajo fueran libres para todos, y si la fuerza organizada de una clase no esclavizara al pueblo, nadie vendría obligado a vivir en sociedad cuando su interés le aconsejara diferentemente. Y como que una vez satisfechas las necesidades materiales la suprema necesidad del hombre es la libertad, cualquier forma de convivencia que exigiera el más mínimo sacrificio de la voluntad individual, tiene que repudiarse. *Haz lo que quieras*, tomado en el sentido más estrecho y absoluto de la frase, es el principio supremo, la regla única de la conducta.

Pero, de otra parte, admitidos el individuo autónomo y su absoluta, ilimitada libertad, se deriva que, apenas los intereses se hallan en antagonismo y las voluntades varían, surge la lucha, y en la lucha unos quedan vencedores y vencidos los otros y, por lo tanto, se vuelve a la opresión y a la explotación que quería evitarse. Por esto los anarquistas individualistas, que a nadie ceden en su ardiente deseo del bien para todos, han tenido que inventar un lazo para poder, más o menos lógicamente, conciliar el bien permanente de todos con el principio de la absoluta libertad individual, y este modo de conciliación lo han hallado adoptando otro principio; el de la *armonía por la ley natural*.

Haz lo que quieras, que ciertamente, dicen, espontáneamente, *naturalmente*, no querrás sino aquello que no pueda perjudicar el igual derecho de los demás a hacer lo que quieran.

«Nuestra libertad -me escribía tiempo atrás un amigo- no lesionará la libertad de los demás. Como los astros gravitando en torno del propio centro recorren trayectorias especiales, del propio modo los hombres podrán recorrer su propia línea de libertad sin confundirse nunca y sin degenerar en el caos». Y otros, sustituyendo la fisiología a la astronomía, hablan de una «simpática aglomeración de células en los vegetales y en los animales», y de la formación de los cristales otros, pasando de este modo revista a todas las ciencias naturales.

Pero de los cristales contrahechos, de la lucha por la existencia, de las catástrofes cósmicas, de las enfermedades, de los abortos, de toda la infinita sumarle desastres y de dolores que también existen en la naturaleza, nadie se acuerda.

La desarmonía, el antagonismo de intereses, son consecuencias de las instituciones presentes. Destruyan el Estado, respeten la completa libertad de comercio, de la banca, de la casa de moneda; que el derecho de posesión de la tierra esté limitado por la obligación de cultivarla; que sea libre, completamente libre la competencia, dicen los anarquistas individualistas de la escuela de Tucker, y la paz reinará en el mundo: la renta económica, o sea la diferencia de valor, por productividad y por posición, de las varias partes del suelo desaparecerá *naturalmente* y la competencia nos conducirá *naturalmente* a la más provechosa utilización de las fuerzas naturales a beneficio de todos.

Destruyan el Estado y la propiedad individual -dicen los anarquistas individualistas de la escuela comunista (la cosa existe a pesar de la aparente contradicción de los términos)- y todo marchará bien; todos estarán *naturalmente* de acuerdo; todos trabajarán porque el trabajo es una necesidad fisiológica; la producción corresponderá siempre y *naturalmente* a los pedidos de los consumidores y no habrá necesidad de pactos ni de reglas porque… haciendo cada uno lo que quiera se hallará que sin saberlo ni quererlo habrá hecho lo que querían los demás.

Así es que, yendo hasta el fondo de la cosa, nos hallamos con que el anarquismo individualista no es más que una especie de *armonismo*, de *providencialismo*.

Según mi modo de ver, los principios del individualismo son completamente erróneos.

El individuo humano no es un ser independiente de la sociedad, sino su producto. Sin sociedad no habría podido salir de la esfera de la animalidad brutal y transformarse en un verdadero hombre, y fiera de la sociedad retornaría más o menos rápidamente a la primitiva animalidad.

El doctor Stokmann del *Enemigo del pueblo* de Ibsen, que irritado por no verse comprendido y seguido del público exclama que «el hombre más fuerte es el que está más solo», y que algunos han tomado por anarquista cuando no es más que un aristócrata, decía un solemne despropósito. Si él sabía más que los demás y podía mucho más que los demás, era porque había vivido más que los demás en comunicación intelectual con los hombres presentes y pasados, porque se había beneficiado más que los otros de la sociedad y por tanto debía a ésta mucho más que los demás individuos.

El hombre puede ser en la sociedad libre o esclavo, feliz o infeliz, pero en la sociedad debe permanecer, porque ésta es la condición de su ser hombre. Por consiguiente, en lugar de aspirar a una autonomía nominal e imposible, debe buscar las condiciones de su libertad y de su felicidad en el acuerdo con los demás hombres, modificando de acuerdo con ellos aquellas instituciones que no les convengan.

Vana es, y completamente desmedida por los hechos, la creencia en una ley natural en virtud de la cual la armonía entre los hombres se establece automáticamente, sin necesidad de su acción consciente y querida.

Aún destruido el Estado y la propiedad individual, la armonía no nace espontáneamente, como si la naturaleza se ocupara del bien o del mal de los hombres, sino que es necesario que los mismos hombres produzcan, establezcan esta armonía.

Pero para hacer comprender esto precisa hablar ampliamente y lo dejaré para el próximo artículo.

**CAPÍTULO II**

Decía en el número anterior que el *armonismo* -la fe en una ley natural en virtud de la cual todas las cosas se arreglarán por sí mismas a las mil maravillas- está en el fondo de las ideas de los individualistas y que únicamente con este armonismo podían éstos conciliar su ferviente y sincero deseo del bienestar de todos con su ideal de una sociedad en la que cada uno disfrute de una libertad *absoluta* sin necesidad de establecer pactos ni tener que llegar a una transacción con nadie.

A decir verdad, un fondo de *armonismo*, o dicho también de otro modo, de *fatalismo optimista*, se halla asimismo en casi todos los anarquistas y tal vez en todos los socialistas modernos de las escuelas más diversas. Depende esto de varias y opuestas causas: hay un poco de sobrevivencia de las ideas religiosas según las cuales el mundo ha sido creado y ordenado para bien de los hombres; un poco de influencia de los economistas que intentaron justificar con una pretendida armonía de intereses los privilegios de la burguesía; un poco el favor casi exclusivo que gozaron las ciencias naturales y también el deseo de embellecer y hacer fáciles las cosas para el mejor éxito de la propaganda y lo cómodo que resulta siempre saltar a pies juntos por encima de las dificultades y no tener que tomarse la molestia de afrontarlas y resolverlas. Y los individualistas tienen únicamente la culpa, o el mérito, de haber sacado las consecuencias lógicas del error de todos.

Pero el haberse equivocado todos más o menos no es una razón para perseverar en el error. La pretendida armonía que reina en la naturaleza significa tan sólo esto: si un hecho existe, quiere decir que se han verificado las condiciones necesarias y suficientes para la existencia del hecho.

La naturaleza no tiene finalidad, o, en todo caso, no tiene las finalidades humanas: para ella la muerte, los dolores, los estragos de los seres vivos son indiferentes y pueden ser elementos de su «armonía». El hecho de que el gato se coma al ratón es un hecho natural y por tanto perfectamente en armonía con el orden cósmico, pero si interrogáramos a los ratones acaso nos responderían que esta armonía la encuentran excesivamente desafinada.

Es ley natural que los seres vivos tengan que nutrirse y que, por consiguiente, el número y la fuerza de los vivientes estén limitados por la cantidad de alimentos adaptados para cada especie; pero la naturaleza mantiene el límite, indiferentemente, con los estragos, el hambre, las degeneraciones, y los ejemplos se podrían multiplicar hasta lo infinito.

Para poder hacer ver Carlos Fourier cuán superior es la naturaleza al arte, se sirvió de un parangón que se ha hecho clásico a fuerza de repetirlo. «Pongan dentro de un vaso muchas piedrecitas de distintos colores, agítenlas, vacíen luego el vaso sobre una mesa y obtendrán una combinación de colores que ningún pintor será capaz de hallarla». Es muy posible… pero seguramente no se obtendrá tampoco una *madonna* del Tiziano; no obtendréis tampoco aquello que hubieran querido, por feo que fuera lo deseado. Y esto es lo esencial.

La verdad es que esta ley misteriosa en virtud de la cual la naturaleza, providencia benéfica, tendría que hacer las cosas a gusto de los hombres, es un absurdo que todos los hechos contradicen y que ni por un momento resiste al examen. Se puede concebir el fatalismo, por más que éste contradiga todos los móviles que nos hacen obrar; pero el fatalismo optimista, un hado inteligente que se ha preocupado de la felicidad de las generaciones humanas, es una cosa verdaderamente inconcebible.

¿Cómo es posible que esta ley de armonía haya tardado millones de siglos a entrar en funciones, esperando precisamente a que los anarquistas proclamen la anarquía?

El Estado y la Propiedad individual son, ciertamente, la causa de los más graves antagonismos sociales presentes; pero estas instituciones no pueden haber sido producidas por una milagrosa suspensión de las leyes de la naturaleza y forzosamente han de ser el efecto de antagonismos preexistentes. Destruidas, se reproducirían otra vez, si los hombres no procurasen arreglar de otro modo aquellos conflictos que les dieron nacimiento.

Conflictos de intereses y de pasiones existen y existirán siempre, pues aunque se pudiese eliminar los existentes hasta el punto de conseguir un acuerdo automático entre los hombres, otros conflictos se presentarían a cada nueva idea que germinase en un cerebro humano. De hecho, ¿cómo imaginarse que cuando se produzca un deseo nuevo en un individuo los cerebros de los demás hombres vayan a modificarse inmediatamente y de modo que estén dispuestos a acoger favorablemente aquel deseo? ¿Cómo creer que toda nueva idea vaya a ser inmediatamente aceptada por todo el mundo? Además, ¿serán justas todas las ideas nuevas? ¿Ya no se dirán más disparates? ¿O es que se imaginan que el ambiente será tan uniforme que suprimirá toda diferencia inicial entre los hombres y que todos se desarrollarán sincrónicamente con matemática igualdad?

¡Y aun sería necesario que esta uniformidad de muerte fuera obra querida por los hombres, pues que la naturaleza entregada a sí misma produce siempre nuevas variedades!

Es necesario no contentarse con vanas palabras. Cuando se dice que «la libertad de un individuo halla, no el límite, sino el complemento en la libertad de los demás», se expresa en forma afirmativa un ideal sublime, acaso el más perfecto que pueda asignarse a la evolución social; pero si con ello se entiende afirmar un hecho positivo, actual, o que podría actuarse después de destruir las instituciones presentes, se cambia simplemente la realidad objetiva por las concepciones ideales de nuestro cerebro. Dejando a un lado la opresión que soportamos como proletarios y como gobernados ¡cuántas cosas no haríamos y que dejamos de hacer para no disgustar o incomodar a los demás! Podemos abstenernos voluntariamente y aun hallar placer en sacrificarnos a la comunidad; pero nos gustaría mucho más que los demás hombres tuvieren gustos y necesidades diferentes que nos permitieran hacer aquello que nos gusta, y esto prueba que muchas veces nuestra libertad halla un límite en la libertad de los demás.

Y no es que entendamos hablar únicamente de los «gustos y caprichos», ciertamente respetables, pero secundarios. Los conflictos se producen también naturalmente en la esfera de la satisfacción de las necesidades esenciales y a los hombres corresponde eliminarlos o suavizarlos para el mayor bien de todos. Uno puede tener deseo o necesidad de comer una cosa que no puede procurarse sin quitarla a otro, ocupar un puesto que ocupa ya otro, etc., etc. Podrá proveerse para que toda clase de alimentos puedan estar a disposición de todos, para que todos puedan acomodarse… pero *es necesario proveer*.

Decir que *naturalmente*, sin pactos, se producirá precisamente todo aquello que pueda desearse, significa prepararnos a recibir desilusiones terribles; significa, en la práctica, renunciar a *hacer*, y por lo tanto colocarse en situación de tener que aguantar aquello que *harán* los demás.

Se dice que todos trabajarán porque el trabajo es un ejercicio higiénico y una necesidad orgánica la aplicación de las propias facultades. Es verdad; pero lo que no es verdad es que esta necesidad de ejercicio corresponda exactamente con la necesidad que los hombres tienen de los productos y que se adaptará espontáneamente a las condiciones impuestas por el instrumento de producción. Si cada uno estuviere convencido de que haciendo lo que mejor le place hace todo lo que debe porque todo marchará bien del mismo modo, ciertamente que muchos trabajos accesorios dejarían de hacerse porque no agradan a nadie y otros trabajos habrá que no podrán hacerse porque para que se efectúen es necesario que un cierto número de individuos se pongan de acuerdo y respeten los acuerdos que tomen.

Verdad que la tierra puede alimentar abundantemente a todos sus habitantes y que el trabajo puede organizarse de modo que sea un placer, o un leve esfuerzo que todos harán voluntariamente… *pero es necesario organizarlo*. Creer que trabajando cada uno a salga lo que saliere, cuando le parezca bien y como le parezca mejor, sin tener en cuenta lo que hagan los demás y sin coordinar y subordinar la propia actividad a la actividad colectiva, vamos a encontrarnos al final del año con que habremos producido el grano, las máquinas, los zapatos y las alcachofas necesarias para satisfacer los deseos de todos… es como si pusiéramos nuestro destino en manos de dios.

En conclusión: el hombre tiene necesidad de vivir en sociedad y para vivir en sociedad tiene necesidad de ponerse de acuerdo con los demás hombres y cooperar con ellos. O esta cooperación se logrará voluntariamente, por medio de pactos libres, y a beneficio de todos, o se logrará por la fuerza, por la imposición de unos cuantos y será explotada a beneficio particular de los que la impongan.

La cooperación libre, voluntaria, a beneficio de todos, es la Anarquía.

La cooperación forzada, a beneficio principal de determinadas clases, es el régimen autoritario.

**EL PROBLEMA DEL AMOR**

Al principio puede parecer extraño que la cuestión del amor y todas las que le son conexas preocupen mucho a un gran número de hombres y de mujeres mientras hay otros problemas más urgentes, si no más importantes, que debieran acaparar toda la atención y toda la actividad de los que buscan el modo de remediar los males que sufre la humanidad.

Encontramos diariamente gentes aplastadas bajo el peso de las instituciones actuales; gentes obligadas a alimentarse malamente y amenazadas a cada instante de caer en la miseria más profunda por falta de trabajo o a consecuencia de una enfermedad; gentes que se hallan en la imposibilidad de criar convenientemente a sus hijos, que mueren a menudo careciendo de los cuidados necesarios; gentes privadas de los beneficios y de los goces de las artes y .de las ciencias; gentes condenadas a pasar su vida sin ser un solo día dueñas de sí mismas, siempre a merced de los patronos o de la policía; gentes para las cuales el derecho de tener una familia y el derecho de amar es una ironía sangrienta y que, sin embargo, no aceptan los medios que les proponemos para sustraerse a la esclavitud política y económica si antes no sabemos explicarles de qué modo, en una sociedad libertaria, la necesidad de amar hallará su satisfacción y de qué modo comprendemos la organización de la familia. Y, naturalmente, esta preocupación se agranda y hace descuidar y a veces hasta despreciar los demás problemas en personas que tienen resuelto, particularmente, el problema del hambre y que se hallan en situación normal de poder satisfacer las necesidades más imperiosas porque viven en un ambiente de bienestar relativo.

Este hecho se explica dado el lugar inmenso que ocupa el amor en la vida moral y material del hombre, puesto que en el hogar, en la familia, es donde el hombre gasta la mayor y mejor parte de su vida.

Y se explica también por una tendencia hacia el ideal que arrebata al humano espíritu tan pronto como se abre a la conciencia.

Mientras el hombre sufre sin darse cuenta de los sufrimientos, sin buscar el remedio y sin rebelarse, vive semejante a los brutos, aceptando la vida tal como la encuentra.

Pero desde que comienza a pensar y a comprender que sus males no se deben a insuperables fatalidades naturales, sino a causas humanas que los hombres pueden destruir, experimenta en seguida una necesidad de perfección y quiere, idealmente al menos, gozar de una sociedad en que reine la armonía absoluta y en que el dolor haya desaparecido por completo y para siempre.

Esta tendencia es muy útil, ya que impulsa a marchar adelante, pero también se vuelve nociva sí, con el pretexto de que no se puede alcanzar la perfección y que es imposible suprimir todos los peligros y defectos, nos aconseja descuidar las realizaciones posibles para continuar en el estado actual.

----------

Ahora bien, y digámoslo en seguida, no tenemos ninguna solución para remediar los males que provienen del amor, pues no se pueden destruir con reformas sociales, ni siquiera con un cambio de costumbres. Están determinados por sentimientos profundos, podríamos decir fisiológicos, del hombre y no son modificables, cuando lo son, sino por una lenta evolución y de un modo que no podemos prever.

Queremos la libertad; queremos que los hombres y las mujeres puedan amarse y unirse libremente sin otro motivo que el amor, sin ninguna violencia legal, económica o física.

Pero la libertad, aun siendo la única solución que podemos y debemos ofrecer, no resuelve radicalmente el problema, dado que el amor, para ser satisfecho, tiene necesidad de dos libertades que concuerden y que a menudo no concuerdan de modo alguno; y dado también que la libertad de hacer lo que se quiere es una frase desprovista de sentido cuando no se sabe querer alguna cosa.

Es muy fácil decir: «Cuando un hombre y una mujer se aman, se unen, y cuando dejan de amarse, se separan». Pero sería necesario, para que este principio se convirtiese en regla segura y general de felicidad, que se amaren y cesaren de amarse ambos al mismo tiempo. ¿Y si uno ama y no es amado? ¿Y si uno aún ama y el otro ya no le ama y trata de satisfacer una nueva pasión? ¿Y si uno ama a un mismo tiempo varias personas que no pueden adaptarse a esta promiscuidad?

«Yo soy feo, nos decía una vez un amigo, ¿qué haré si nadie quiere amarme?» La pregunta mueve a risa, pero también nos deja entrever verdaderas tragedias.

Y otro, preocupado con el mismo problema, nos decía: «Actualmente, si no encuentro el amor, lo compro, aunque tenga que economizar mi pan. ¿Qué haré cuando no haya mujeres que se vendan?» La pregunta es horrible, pues muestra el deseo de que haya seres humanos obligados por el hambre a prostituirse; pero es también terrible… y terriblemente humano.

Algunos dicen que el remedio podría hallarse en la abolición radical de la familia; la abolición de la pareja sexual más o menos estable, reduciendo el amor al solo acto físico, o por mejor decir, transformándolo, con la unión sexual por añadidura, en un sentimiento parecido a la amistad, que reconozca la multiplicidad, la variedad, la contemporaneidad de afectos.

¿Y los hijos?... Hijos de todos.

¿Puede ser abolida la familia? ¿Es de desear que lo sea?

Hagamos observar antes que nada, que, a pesar del régimen de opresión y de mentira que ha prevalecido y prevalece aún en la familia, ésta ha sido y continúa siendo el más grande factor de desarrollo humano, pues en la familia es donde el hombre normal se sacrifica por el hombre y cumple el bien por el bien, sin desear otra compensación que el amor de la compañera y de los hijos.

Pero, se nos dice, una vez eliminadas las cuestiones de intereses, todos los hombres serán hermanos y se amarán mutuamente.

Ciertamente, no se odiarán; cierto que el sentimiento de simpatía y de solidaridad se desarrollaría mucho y que el interés general de los hombres se convertiría en un factor importante en la determinación de la conducta de cada uno.

Pero esto no es aún el amor. Amar a todo el mundo se parece mucho a no amar a nadie.

Podemos, tal vez, socorrer, pero no podemos llorar todas las desgracias, pues nuestra vida se deslizaría entera entre lágrimas y, sin embargo, el llanto de la simpatía es el consuelo más dulce para un corazón que sufre. La estadística de las defunciones y de los nacimientos puede ofrecernos datos interesantes para conocer las necesidades de la sociedad; pero no dice nada a nuestros corazones. Nos es materialmente imposible entristecernos a cada hombre que muere y regocijarnos a cada nacimiento.

Y si no amamos a alguien más vivamente que a los demás; si no hay un solo ser por el cual no estemos más particularmente dispuestos a sacrificarnos; si no conocemos otro amor que este amor moderado, vago, casi teórico, que podemos sentir por todos, ¿no resultaría la vida menos rica, menos fecunda, menos bella? ¿No se vería disminuida la naturaleza humana en sus más bellos impulsos? ¿Acaso no nos veríamos privados de los goces más profundos? ¿No seríamos más desgraciados?

----------

Por lo demás, el amor es lo que es. Cuando se ama fuertemente se siente la necesidad del contacto, de la posesión exclusiva del ser amado.

Los celos, comprendidos en el mejor sentido de la palabra, parecen formar y forman generalmente una sola cosa con el amor. El hecho podrá ser lamentable, pero no puede cambiarse a voluntad, ni siquiera a voluntad del que personalmente los sufre.

Para nosotros el amor es una pasión que engendra por sí misma tragedias. Estas tragedias no se traducirían más, ciertamente, en actos violentos y brutales si el hombre tuviera el sentimiento del respeto a la libertad ajena, si tuviera bastante imperio sobre sí mismo para comprender que no se remedia un mal con otro mayor, y si la opinión pública no fuera, como hoy, tan indulgente con los crímenes pasionales; pero las tragedias no serían por esto menos dolorosas.

Mientras los hombres tengan los sentimientos que tienen -y un cambio en el régimen económico y político de la sociedad no nos parece suficiente para modificarlos por entero- el amor producirá, al mismo tiempo que grandes alegrías, grandes dolores. Se podrá disminuidos o atenuados, con la eliminación de todas las causas que pueden ser eliminadas, pero su destrucción completa es imposible.

¿Es ésta una razón para no aceptar nuestras ideas y querer permanecer en el estado actual? Así se obraría como aquel que no pudiendo comprarse vestidos lujosos prefiriese ir desnudo, o que no pudiendo comer perdices todos los días renunciase al pan, o como un médico que, dada la impotencia de la ciencia actual ante ciertas enfermedades, se negase a curar las que son curables.

Eliminemos la explotación del hombre por el hombre, combatamos la pretensión brutal del macho que se cree dueño de la hembra, combatamos los prejuicios religiosos, sociales y sexuales, aseguremos a todos, hombres, mujeres y niños, el bienestar y la libertad, propaguemos la instrucción y entonces podremos regocijarnos con razón si no quedan más males que los del amor.

En todo caso, los desgraciados en amor podrán procurarse otros goces, pues no sucederá como hoy, en que el amor y el alcohol constituyen los únicos consuelos de la mayor parte de la humanidad.

**INFILTRACIONES BURGUESAS EN LA DOCTRINA SOCIALISTA**

Hace algún tiempo que los socialistas reformistas, para justificar todas las renuncias en que incurren, han comenzado por modificar no tan sólo la táctica, sino hasta las mismas teorías del socialismo. De este modo poquito a poco se han ido infiltrando en la doctrina socialista un cierto número de ideas y de prejuicios morales, políticos y económicos esencialmente burgueses.

Se comprenderá fácilmente toda la gravedad de este fenómeno si se considera que no se produce solamente en las fracciones más moderadas del partido socialista-demócrata, sino que principia a manifestarse también en las demás fracciones que se proclaman revolucionarios e intransigentes.

Los periódicos, por ejemplo, nos cuentan que el mismo Arturo Labriola, el bien conocido socialista italiano intransigente, ha sostenido en sus recientes conferencias que «el problema más urgente y que más importa resolver, no es el de la distribución de la riqueza, sino el de la organización racional de la producción».

Creemos necesario poner de manifiesto un error que compromete las mismas bases de la doctrina socialista porque permite deducir lógicamente conclusiones que nada tienen de socialista.

----------

Desde Malthus, los conservadores de todas las escuelas han venido sosteniendo que la miseria no es debida al reparto injusto de la riqueza, sino a la limitación de la producción o a la insuficiencia de la industria humana.

El socialismo, en su origen histórico y en su esencia fundamental, es la negación de esta tesis. Pero desde que los socialistas comenzaron a pactar con el poder y las clases poseedoras, es decir, desde que cesaron de ser socialistas, sostienen también, bajo una forma un poco renovada, las tesis de los conservadores.

Si la tesis adoptada por Labriola fuera verdad, el antagonismo entre patronos y obreros no sería ya irreductible, porque tendría una solución en el interés común de patronos y asalariados, en aumentar la cantidad de los productos, es decir, que el socialismo sería falso, por lo menos como medio inmediato para resolver la cuestión social. Y, en efecto, ya hemos visto a Turati sostener que los obreros deben preocuparse durante las huelgas de no arruinar al patrono y a su industria, y antes que Turati, ya el mismo Ferri dijo que los socialistas tienen interés en favorecer el enriquecimiento de los burgueses. Por lo demás, todos los representantes más distinguidos de la democracia-social italiana hacen resaltar a cual más las numerosas ventajas que reportarían los proletarios italianos de ser gobernados por una burguesía rica, instruida, «moderna».

Esta nueva predicación de los socialistas, tendiendo a que el proletariado consciente abandone el camino de la lucha de clases para lanzarlo por los senderos sin salida del reformismo burgués, es tanto más peligrosa cuando que se sirve de un hecho verdadero, el de la insuficiencia actual de los productos para satisfacer hasta en límites restringidos las necesidades de todos. Después de haber impresionado al público con la demostración de este hecho, gracias a un pequeño expediente sofístico, cambian el efecto en causa para sacar las conclusiones más erróneas con un objeto que no se confiesa.

Es necesario descorrer el velo que cubre este engaño.

Sin duda que la producción en general, y particularmente la de las cosas de primera necesidad, es defectuosa, insuficiente, ridículamente mínima, *vis-á-vis* de lo que podría y debería ser.

El hambriento que pasa cada día por delante de los almacenes rebosantes de vituallas, el que privado de todo ve los esfuerzos de los comerciantes para vender mercancías demasiado abundantes en comparación de las demandas del público, pueden creer que los géneros abundan y que los hay para todo el mundo, faltando tan sólo el dinero para comprarlos. Anarquistas ilusionados por las cifras más o menos cabalísticas de los estadísticos y tal vez por tener en la propaganda un argumento sorprendente y bien forjado para que lo comprendan las masas ignorantes, han podido sostener que la producción efectiva traspasa de mucho las necesidades racionales y que bastaría que el pueblo se apoderara de ella para que todo el mundo pudiera vivir cómodamente. Y las sedicentes crisis de superproducción, es decir, el trabajo que falta porque los patronos no logran vender los productos abarrotados, sirven muy a menudo para confirmar en los espíritus superficiales esta errónea idea.

Pero todo aquel que sepa razonar fríamente un poco no tarda en darse cuenta de que toda esta pretendida riqueza es ilusoria.

El consumo de la gran masa del pueblo es insuficiente para satisfacer las necesidades más elementales; la mayor parte de los hombres están mal alimentados, mal albergados, mal vestidos, desprovistos casi de todo; muchos mueren de hambre y de frío. Si se produjera verdaderamente con qué satisfacer a todo el mundo, ¿dónde se amontonaría el excedente anual de la producción, puesto que la multitud no consume lo suficiente? Los capitalistas, que hacen producir para vender y sacar un beneficio, ¿serían tan locos de continuar haciendo producir lo que no podrían vender?

La competencia que se hacen los capitalistas y la ignorancia de cada uno sobre la cantidad de productos que los demás pueden arrojar sobre el mercado en un momento dado, el espíritu de especulación, la sed de la ganancia y las falaces previsiones pueden engendrar, y muy a menudo engendran, sobre todo en la industria manufacturera, cuyo poder productivo es el más elástico, una considerable diferencia entre la oferta y la demanda; pero entonces no tarda en producirse la crisis, la suspensión del trabajo viene a restablecer el equilibrio, y, en fin de cuentas, normalmente, no se produce sino lo que se consume. El consumo regula la producción y no lo contrario.

Además, con respecto a los productos alimenticios, los más importantes entre todos, basta observar las terribles consecuencias en los países agrícolas cuando la cosecha ha faltado para convencerse de que, aunque la mayor parte de los hombres están mal nutridos, se produce apenas con qué vivir de uno a otro año.

Si el conjunto de la riqueza producida cada año -y de la que más de la mitad la absorbe hoy un pequeño número de capitalistas- estuviera equitativamente repartida entre todos, las condiciones del trabajador no habrían mejorado gran cosa. Su parte no se hallaría aumentada con cosas necesarias, sino con una multitud de nonadas casi inútiles y a veces nocivas. Por lo que toca al pan, la carne, la habitación, los vestidos y otros objetos de primera necesidad, aun cuando la parte consumida o despilfarrada por los ricos estuviera repartida entre todos, no resultaría algún cambio sensible.

----------

Estamos, pues, de acuerdo en que la producción es insuficiente y que es preciso aumentarla.

¿Pero por qué actualmente no se produce más? ¿Por qué hay tantos terrenos sin cultivar? ¿Por qué tantas máquinas y brazos sin empleo? ¿Por qué no se construyen casas para todo el mundo ni se fabrica con qué cubrir todas las desnudeces, cuando los materiales abundan y con ello los hombres capaces y deseosos de utilizados?

La razón es clara, y todos los que se dicen socialistas no debieran ignorada. Es porque los medios de producción, el suelo, las primeras materias, los instrumentos del trabajo, no pertenecen a los que tienen necesidad de los productos, sino que constituyen la propiedad privada de un pequeño número de personas que se sirven de dichos medios de producción para hacer trabajar a los demás por su cuenta en la medida y forma que mejor responde al propio interés de esta minoría.

Actualmente el hombre no tiene derecho a ninguna parte de productos por el simple hecho de ser hombre; come y vive únicamente si el capitalista, el poseedor de los instrumentos de producción, halla un interés en explotar su trabajo. Ahora bien: el capitalista no tiene interés en desarrollar la producción más allá de cierto límite, hasta lo halla en mantener constantemente una carestía relativa. En otros términos, hace producir mientras puede revender el producto más caro que el precio de producción, y aumenta su producción mientras sus beneficios aumentan paralelamente; pero tan pronto como se apercibe de que para vender tiene que rebajar el precio y que la abundancia engendraría una disminución absoluta del beneficio, detiene la producción y en muchos casos hasta destruye una parte de los productos disponibles para que aumente el valor de la parte restante.

Para acrecentar, por tanto, la producción de modo que satisfaga las necesidades de todos, es necesario que se efectúe en vista de estas mismas necesidades y no en vista del beneficio de unos pocos individuos solamente. Todos han de tener el derecho de gozar de los productos y disponer de los medios de producción.

Si todo hambriento tuviera derecho a tomarse el pan, forzoso sería producido para todo el mundo y se cultivarían entonces los terrenos sustituyendo a la antigua rutina métodos de cultivo más productivos. Y, si al contrario, como actualmente, las riquezas existentes en medios de producción y en productos acumulados pertenecen a una clase particular de personas, y esta clase, que no carece de nada, puede hacer fusilar a los hambrientos que griten demasiado fuerte, la producción estará continuamente detenida en el límite marcado por los intereses de los capitalistas.

En conclusión: la causa actual de la falta de producción se halla en la distribución restringida y esta causa es la que hay que destruir para suprimir el efecto.

Para que se produzca lo suficiente para todos es necesario que todo el mundo tenga derecho a consumir suficientemente.

La tesis socialista, o sea que el problema de la miseria es ante todo una cuestión de distribución, queda de este modo demostrada.

**EL ESTADO SOCIALISTA**

«La conquista de los poderes públicos» es el objetivo de los socialistas-demócratas.

No examinaremos esta vez hasta qué punto este fin está de acuerdo con sus teorías históricas, según las cuales la clase económicamente predominante detendrá siempre y fatalmente el poder político, y, por tanto, la emancipación económica debería necesariamente preceder a la emancipación política. No discutiremos si, admitida la posibilidad de la conquista del poder político por parte de una clase desheredada, los medios legales pueden bastar para lograrla.

Queremos hoy discutir únicamente si esta conquista de los poderes públicos se armoniza o no con el ideal socialista de una sociedad de seres, libres e iguales, sin supremacías ni división en clases.

Los socialistas demócratas, especialmente los italianos, que, quieran o no, han sufrido más que otros la influencia de las ideas anarquistas, suelen decir en alta voz, por lo menos cuando polemizan con nosotros, que también quieren abolir el Estado, o de otro modo dicho, el gobierno, y que precisamente para poder abolirlo quieren apoderarse de él. ¿Qué significa esto? Si significa que pretenden con el acto de conquistarlo, abolir el Estado, anular toda garantía legal de los «derechos adquiridos», disolver toda la fuerza armada oficial, suprimir todo poder legislativo, dejar en su plena y completa autonomía a todas las localidades, a todas las asociaciones, a todos los individuos, e instaurar una organización social de abajo a arriba, mediante ]a libre federación de los grupos de productores y consumidores, entonces toda ]a cuestión quedaría reducida a ésta: que expresan con ciertas palabras las mismas ideas que nosotros expresamos con otras palabras: Decir: *queremos asaltar aquella fortaleza y destruirla*, o decir: *queremos apoderarnos de aquella fortaleza para demolerla*, es una misma cosa.

Quedaría, sin embargo, entre los socialistas-demócratas y nosotros la diferencia de opinión, ciertamente de máxima importancia, sobre la participación en las luchas electorales y saber si yendo los socialistas al parlamento favorecen o estorban la, revolución, si preparan los hombres para una radical transformación del presente orden de cosas o si educan al pueblo para aceptar, después de la revolución, una nueva tiranía; por lo menos en aquella finalidad estaríamos de acuerdo.

Pero la verdad es que estas declaraciones de querer apoderarse del Estado *para destruirlo*, o son censurables artificios de polémica, o, si son sinceras, provienen de anarquistas en formación que aún se consideran demócratas.

Los verdaderos socialistas demócratas tienen una idea bien diferente de esta «conquista de los poderes públicos». En el Congreso de Londres, para no citar más que una declaración reciente y solemne, dijeron claramente que es necesario conquistar los poderes públicos «para legislar y administrar la sociedad nueva». En la *Critica Sociale* leímos que *es un error creer que el partido socialista una vez llegado al poder podrá o querrá disminuir los impuestos, que, al contrario, el Estado deberá, por medio de un aumento gradual de los impuestos, absorber gradualmente la riqueza privada para poner en práctica las grandes reformas que el socialismo se propone* (institución de retiros para la vejez, para los inválidos, para los accidentes del trabajo; organización de escuelas dignas de los países civilizados; rescate de los grandes capitales, etc.) y de este modo irse encaminando hacia *la lógica meta del perfecto comunismo, cuando todo se transformará en beneficio público y la riqueza privada en riqueza de la sociedad*. (José Bonzo, «El partido socialista y los impuestos», *Critica Sociale*, mayo de 1897).

Por lo visto es un gobierno completo lo que nos prometen los socialistas-demócratas, un gobierno con toda la necesaria secuela de múltiples y diversos funcionarios, de policías y carceleros (para los que tuvieren intención de no obedecer), sus jueces, administradores de fondos públicos; con sus programas escolares y sus profesores oficiales, etc., etc., y, naturalmente, con todo un cuerpo legislativo que hará leyes y fijará los impuestos y los varios ministerios que ejecutan y administran las leyes.

Sobre esto podrá haber diferencias de modalidad, de tendencias más o menos centralizadoras, de métodos más o menos dictatoriales o democráticos, de procesos más o menos rápidos o graduales; pero en el fondo todos están de acuerdo, porque esta es la sustancia de su programa.

Es necesario ver ahora si este gobierno que los socialistas desean ofrece garantías de justicia social, si podría o querría abolir las clases, destruir toda explotación y opresión del hombre sobre el hombre, si, en una palabra, podría y querría fundar una sociedad verdaderamente socialista.

Los socialistas-demócratas parten del principio de que el Estado, o gobierno, es simplemente el órgano político de la clase dominante. En una sociedad capitalística, dicen, el Estado sirve necesariamente los intereses de los capitalistas y les garantiza el derecho de explotar a los trabajadores; pero en una sociedad socialista, abolida la propiedad individual y desaparecidas, con la destrucción del privilegio, todas las distinciones de clase, entonces el Estado representaría y se volvería el órgano de los intereses sociales de todos los miembros de la sociedad.

Pero aquí se presenta una inevitable dificultad. Si es verdad que el gobierno es necesariamente y siempre el instrumento de los que poseen los medios de producción, ¿cómo podrá e efectuarse el milagro de un gobierno capitalista con la misión de abolir el capital? ¿Será, como querían Marx y BIanqui, por medio de una dictadura impuesta revolucionariamente, como un acto de fuerza, que revolucionariamente decreta e impone la confiscación de las propiedades privadas a favor del Estado, representante de los intereses colectivos? ¿O será, como parece quieren todos los marxistas y gran parte de los blanquistas modernos, por medio de una mayoría socialista mandada al parlamento por el sufragio universal?

¿Se procederá de golpe a la expropiación de la clase dominante por parte de la clase económicamente sujeta, o se procederá gradualmente obligando a los propietarios y a los capitalistas a que se dejen quitar poco a poco todos sus privilegios?

Todo esto parece extrañamente en contradicción con la teoría del «materialismo histórico» que para los marxistas es dogma fundamental. Nosotros no queremos ahora examinar estas contradicciones ni saber lo que pueda haber de verdad en la doctrina del materialismo histórico.

Supongamos que de cualquier modo que sea, el gobierno ha caído en manos de los socialistas y quedó bien y fuertemente constituido un gobierno socialista. ¿Habría, por este solo hecho, llegado la hora del triunfo del socialismo?

Nosotros creemos que no.

Si la institución propiedad individual es el origen de todos los males que conocemos, no es porque una cierta parte de terreno esté inscrita en el registro de la propiedad en nombre de fulano o de zutano, sino porque dicha inscripción da a este individuo el derecho de usar de la tierra como le plazca, y el uso que de ella hace es regularmente malo, es decir, en perjuicio de sus semejantes. En su origen todas las religiones dijeron que la riqueza es un gravamen que obliga a sus poseedores a cuidarse del bienestar de los pobres y servirles de padre, y en las fuentes del derecho civil vemos que el señor de la tierra está preso por tantas obligaciones cívicas que mejor parece un administrador de los bienes en interés del público, que propietario en el sentido moderno de la palabra. Pero el hombre está de tal modo forjado que cuando tiene modo de dominar e imponer a los demás su voluntad, usa y abusa hasta reducirles a la esclavitud y a la abyección. Así el señor, que debía ser padre y protector de los pobres, se transformó siempre en su más feroz explotador. Así sucedió y sucederá siempre con los gobernantes.

De nada sirve decir que cuando el gobierno salga del pueblo hará los intereses del pueblo; todos los poderes salieron del pueblo, porque el pueblo es quien da la fuerza, y todos oprimen al pueblo. De nada sirve repetir que cuando no haya clases privilegiadas el gobierno no podrá dejar de ser el órgano de la voluntad colectiva. Los gobernantes constituyen por sí mismos una clase, y entre ellos se desarrolla una solidaridad de clase mucho más poderosa que la existencia entre las clases fundadas sobre los privilegios económicos.

Es verdad que hoy el Gobierno es siervo de la burguesía, pero más lo es porque sus miembros son burgueses que por ser gobierno; como todos los siervos detesta al amo y le engaña y roba. No fue para servir a la burguesía que Crispi saqueó los bancos, como tampoco era para servirle que violó la Constitución.

Aunque el gobernante no abuse ni robe personalmente, provoca en torno suyo una clase que le debe sus privilegios y tiene interés en que permanezca en el poder. Los partidos de gobierno son en el campo político lo que las clases propietarias en el económico.

Mil veces lo hemos repetido los anarquistas y toda la historia lo confirma: propiedad individual y poder político son dos eslabones de la cadena que sujeta la humanidad. Imposible librarse de uno sin librarse del otro. Abolan la propiedad individual sin abolir el gobierno y aquélla se reconstituirá por obra de los gobernantes. Abolid el gobierno sin abolir la propiedad individual y los propietarios se reconstituirán en gobierno.

Cuando Federico Engels, tal vez previendo la crítica anarquista, decía que, desaparecidas las clases, el Estado propiamente dicho no tiene ya razón de ser y se transforma de gobierno de hombres en administrador de las cosas, no hacía más que un vano juego de palabras. Quien tiene el dominio sobre los hombres, quien gobierna al producto gobierna al productor, quien mide el consumo es dueño del consumidor.

La cuestión es ésta: o se administran las cosas según los libres pactos de los interesados y entonces es la anarquía, o son administradas según la ley fabricada por los administradores y entonces es el gobierno, es el Estado, y fatalmente será tiránico.

Aquí no se trata de la buena o de la mala fe de este o aquel hombre, sino de la fatalidad de las situaciones, y de las tendencias que en general los hombres desarrollan cuando se hallan en ciertas circunstancias.

Además, si se trata verdaderamente del bien de todos, si verdaderamente *administrar las cosas* quiere decir en interés de los administrados, ¿quién mejor puede hacerla que los mismos productores y consumidores de estas cosas?

¿Para qué sirve un gobierno?

El primer acto de un gobierno socialista apenas llegado al poder debería ser este: *Considerando que siendo gobierno nada podemos hacer y paralizaríamos la acción del pueblo obligándole a esperar leyes que no podemos hacer sino sacrificando los intereses de unos y de otros y de todos los nuestros en particular, nosotros, gobierno, etc., declaramos abolida toda autoridad, invitamos a todos los ciudadanos a que se organicen en asociaciones que correspondan a sus varias necesidades, confiamos en la iniciativa de esas instituciones y para bien de ellas les aportaremos el tributo de nuestra obra personal*.

Jamás gobierno alguno hizo cosa semejante y tampoco lo haría un gobierno socialista. Por esto si algún día el pueblo tiene la fuerza en sus manos y saber ser juicioso impedirá que se constituya un gobierno cualquiera.

**EL SUFRAGIO UNIVERSAL**

Durante muchísimos años los partidarios de la democracia (que significa *gobierno del pueblo*) han sostenido que el sufragio universal es la fuente legítima del derecho y el remedio para todos los males sociales.

Cuando todos tengan derecho al voto, dicen, el pueblo enviará al poder a sus amigos y hará triunfar su voluntad. Si las instituciones que funden los elegidos por el voto no son perfectas, si éstos traicionan los intereses de sus representados, los electores tendrán que culparse a sí mismos y escoger en lo sucesivo mejores representantes.

Más aún, agregan los más radicales; para mayor seguridad se puede establecer la revocación del mandato y el referéndum, es decir, que los electores sean siempre libres de destituir a su elegido y nombrar a otro, y que las leyes hechas por los diputados no sean válidas sino después de haber las aprobado el pueblo por medio de una votación directa.

El sufragio universal estuvo en vigor en diversas épocas y en casi todos los países civilizados, hasta en forma de plebiscito, que es la votación directa de todos en una cuestión determinada; fue practicado como conquista del pueblo insurreccionado o como concesión de vencedores que creyeron útil fortificar su dominio con apariencias de consentimiento popular, y sirvió siempre para sancionar toda clase de usurpación, respondió siempre según los deseos de quien tuvo en sus manos el poder y desde el poder lo interrogó. El sufragio universal funciona normalmente ya desde mucho tiempo en muchos países; en algunos hasta existe el referéndum, y el pueblo continúa, a pesar de todo, en la esclavitud, y los burgueses, los que poseen o disfrutan las riquezas sociales en detrimento de los trabajadores, no dejan de hallarse tan guapamente como si el sufragio universal no funcionara.

A los demócratas puros y simples, caídos en el descrédito, se han unido estos socialistas que se califican de demócratas, y éstos también pretenden hacer el bien de todo el mundo mediante un gobierno del pueblo salido del sufragio universal. Y en todas partes se agitan para la conquista de este sufragio, y se esfuerzan para atraerse los trabajadores diciéndoles y repitiéndoles la más vulgar de las ilusiones: cuando ustedes voten, mandarán ustedes.

----------

¿Por qué el sufragio universal no sirvió durante el pasado para emancipar al pueblo? ¿Por qué no puede tampoco servir en el porvenir?

A los socialistas no deberíamos recordarles el efecto que las condiciones materiales hacen sobre el espíritu de los hombres, ni tampoco como los trabajadores no pueden emanciparse políticamente mientras perdure su servidumbre económica. Son cosas que han hecho muy mal en olvidarlas.

Para los socialistas -que no hayan dejado de serlo- el sufragio universal puede servirles, a lo sumo, para organizar la sociedad futura; pero tendría que ir siempre precedido de la expropiación efectuada revolucionariamente, y de haber puesto a disposición de todos los medios de producción y toda la riqueza existente. Este sufragio podría ser, para los socialistas autoritarios, la fuente del derecho en una sociedad basada en la igualdad de condiciones; pero no podría ser nunca un medio para salir de las condiciones presentes, ni será nunca un instrumento de emancipación.

En cambio los susodichos socialistas reclaman actualmente el sufragio como medio supremo para conquistar la igualdad económica y actuar el socialismo. Y si en algún país hablan de revolución, y tal vez la provoquen y secunden, es tan sólo para conquistar el sufragio universal, sin perjuicio de aceptar la república o de soportar la monarquía allí donde el monarca, con tal de conservar el trono y la lista civil, se avenga a dejar al sufragio universal la plena soberanía. Quiere decir que estos socialistas quisieran, por todo socialismo, hacernos aceptar las condiciones políticas que existen en Francia, en Suiza y en América y que desde años y siglos no han servido para traernos el socialismo, ni siquiera refrenar la acumulación capitalista… ni siquiera impedir la matanza de los trabajadores recalcitrantes.

----------

Pero supongamos que existen las condiciones necesarias para que todo individuo pueda votar libremente y sepa votar bien; supongamos asimismo que la revolución social está hecha, que todos los individuos están en condición económica independiente y que las nuevas condiciones han producido ya un público inteligente e instruido. El sufragio universal, es decir, el gobierno elegido por el sufragio universal, sería igualmente impotente, por razones inherentes a su naturaleza, para representar los intereses de todos y satisfacerlos.

Ante todo, el gobierno «elegido por el pueblo» no es en realidad elegido sino por aquellos que triunfan en la batalla electoral: los demás, que pueden ser una minoría grandísima y aun mayoría, quedan sin representación. Sería un régimen en que la mayoría legal (mayoría real únicamente en la mejor de las hipótesis) tendría el derecho de mandar a la minoría.

He aquí, pues, y desde luego, una cosa muy desagradable, ya que la minoría puede tener tanta o más razón que la mayoría, y en todo caso los derechos de cada individuo son igualmente sagrados, tanto si pertenece a la mayoría, como a la minoría como si está solo. Pero la realidad es peor aún. Los elegidos que hacen la ley pueden haber sido nombrados por la mayoría de los electores, pero la ley la hace únicamente una mayoría de aquéllos, y resulta, por consiguiente, que en la mayor parte de los casos los que aprueban una ley representan tan sólo a un número de electores que están en minoría frente al entero cuerpo electoral.

Así, pues, con el sistema del sufragio universal, igual que con cualquier sistema de gobierno representativo, muy a menudo, aun suponiendo que los elegidos cumplan realmente la voluntad de los electores, es la minoría la que resulta gobernar a la mayoría. Y si injusto y tiránico es el dominio de la mayoría, más tiránico e injusto es el de la minoría, tanto más que a través de la alquimia de la política no es ciertamente la minoría más ilustrada, más progresiva y más buena la que queda en el poder, muy al contrario.

----------

Otras consideraciones más importantes nos quedan por hacer y que explican lo falaz del sistema representativo, así como del referéndum, de la legislación directa y de cualquier otro sistema que no esté fundado en la libre voluntad de cada uno, pactando libremente con los demás.

Se habla del pueblo y de los intereses populares sin tener en cuenta que el pueblo no es un cuerpo único con intereses únicos. Este es, simplemente, un nombre colectivo que sirve para indicar el conjunto de· varios individuos y de varias colectividades, cada una con pasiones, intereses e ideas variadas, diferentes, y a menudo opuestas.

¿Cómo podría un gobierno, un parlamento, representar y dar satisfacción a estos intereses opuestos? ¿Cómo puede un cuerpo electoral, que no puede dar más que una sola solución a cada cuestión, satisfacer el deseo de todos los individuos que lo componen y que están diversamente interesados en la cuestión?

En un parlamento, como en un país, cada interés se halla en minoría enfrente de la suma de los demás intereses, y si la colectividad es quien debe decidir sobre los intereses particulares, cada interés se halla abandonado a la discreción de quien no está en él interesado, o lo desconoce, o no le preocupa, o tiene intereses diferentes y opuestos.

En una determinada cuestión, por ejemplo, la provincia A, la B, y todas las demás regiones de una nación tienen intereses diversos. Si el pueblo por entero debe decidir por todos, sucederá necesariamente que cada región tendrá que sufrir la voluntad de las demás regiones juntas, y cada una se verá oprimida, y cada una concurrirá a oprimir a las demás. Así los intereses, por ejemplo, de los mineros serán ventilados por la masa de la población con la que comparados son una pequeña minoría, y así en todos los intereses, por todas las localidades y con todas las opiniones.

Existen ciertamente los intereses generales, comunes a colectividades numerosas, a enteras naciones y hasta a toda la humanidad, que requieren, por consiguiente, el concurso y el acuerdo de todos los interesados; y destruidos los antagonismos provenientes de la propiedad individual, estos intereses generales y comunes se ampliarán más aún.

¿Pero quién establece cuáles intereses son exclusivos de un individuo o de un grupo, y cuáles son más o menos generales? Si hay un gobierno, representativo o no, éste debe forzosamente decidir sobre las varias jurisdicciones y establecer qué intereses son de incumbencia exclusiva del individuo o del grupo, y cuáles incumben al gobierno central, pues que, si así no fuera, cada uno negaría la competencia del gobierno en aquellas materias en que la ley gubernamental no le conviniera y el gobierno no podría gobernar.

Y como que todo gobierno, todo cuerpo constituido, tiene naturalmente una tendencia a ensanchar siempre más su esfera de acción, sucede siempre que quiere mezclarse en todo con la excusa de que todo es de interés general; de este modo queda ahogada toda libertad, y los intereses de cada uno quedan sacrificados a los intereses políticos, o de otro género, de quién o quiénes ocupen el poder. El único modo de determinar cuáles son los intereses colectivos y a qué colectividad incumben; el único modo de destruir los antagonismos, de armonizar los intereses opuestos y de conciliar la libertad de cada uno con la libertad de los demás, es el libre acuerdo entre aquellos que sienten la utilidad y la necesidad del acuerdo.

Únicamente así, partiendo del individuo al grupo y de éste a la colectividad, se puede llegar a una organización social, en la cual, al mismo tiempo que queda respetada la voluntad y la autonomía de cada miembro, se obtiene la ventaja de la máxima cooperación social y queda siempre abierto el camino a todos los perfeccionamientos, a todos los futuros progresos.

----------

Una última observación.

En todo cuerpo político existen hoy enormes diferencias de condiciones materiales y de desarrollo intelectual y moral de región a región, de ciudad a ciudad, de oficio a oficio, de partido a partido, de igual modo que existen entre las ciudades y el campo, etc., y las partes más míseras, más atrasadas, más reaccionarias están siempre en gran mayoría.

Es una cuestión de hecho que se puede comprobar en todos los países del mundo. En todas partes, a causa del Estado que obliga a estar juntos los más diversos y contrarios elementos, a causa de la ley que todos se ven obligados a obedecer, en todas partes las regiones más atrasadas son las que dan la fuerza a los respectivos gobiernos para que puedan hacer obedecer a las más avanzadas y de este modo las impiden constituirse de modo que responda a las propias aspiraciones y al propio grado de desarrollo material y moral. El campo es el freno de las ciudades. Los embrutecidos por la miseria, los analfabetos, los sometidos, los supersticiosos sirven de instrumento a los dominadores para oprimir a los inteligentes, a los despreocupados y rebeldes.

Ahora bien; con el sufragio universal los legisladores salen de la mayoría, y de esta mayoría de legisladores, es la parte más reaccionaria quien hace las leyes. De aquí resulta que la ley la hace efectivamente la minoría, pero la minoría más atrasada.

Añádase a esto la ilusión que se forjan las minorías más progresivas de poder ser pacíficamente mayoría y se dejan paralizar por la legalidad, y quedará demostrado cómo el sufragio universal, muy lejos de ser un instrumento de emancipación y de progreso, es, al contrario, el medio más eficaz para conservar y consolidar la opresión… cuando no un medio para ir retrocediendo.

Den, por ejemplo, el sufragio universal en Italia, y en lugar de haber realizado un progreso habrán instaurado un dominio, peor del actual, de los curas y de los grandes propietarios rurales.

¿Es que nosotros queremos el dominio de las minorías? ¿Queremos lo que se llama el despotismo ilustrado?

De ningún modo. Primeramente, porque no admitimos que nadie tiene el derecho de imponerse a los demás ni siquiera para labrar su bien, ni creemos en el bien labrado a la fuerza; en segundo lugar, porque cada uno cree tener razón y precisaría un tribunal supremo para fallar quién la tiene; y, finalmente, porque cuando se trata de imponerse por la fuerza y dominar, no son los mejores aquellos que poseen las cualidades adaptadas para ello y que lo logran, sino los farsantes y los violentos.

Nosotros creemos que el único medio para emancipar y progresar, estriba en que todos tengamos la libertad y los medios para propagar y actuar las propias ideas. Y esto es precisamente la Anarquía. Entonces las minorías más avanzadas persuadirán y arrastrarán a las más atrasadas con la fuerza de la razón y del ejemplo.

Por lo demás, así es como ha progresado siempre la humanidad, gracias a aquella poca libertad que los gobiernos no han podido ahogar.

----------

Pero, se nos objeta a menudo, si en verdad el sufragio universal no sirve para labrar la felicidad del pueblo, ¿cómo se explica que los gobiernos no lo conceden nunca voluntariamente y hasta se oponen con todas sus fuerzas?

Explicase esto un poco por la ignorancia, el miedo y la ceguera conservadora de las clases dominantes, pero, sobre todo, por el hecho real de que con el advenimiento del sufragio universal se verifica un cambio de lugar de intereses y de personal gubernativo, cambio temido por quienes están en funciones y pueden salir perdiendo. Pero cambiar de gobernantes no significa de modo alguno que el pueblo vaya a estar mejor.

----------

Únicamente de un modo el sufragio universal podría ser útil, y es cuando la experiencia de su funcionamiento demostrare su falacia a los que de él esperan beneficios. Sería una ilusión menos y otro error eliminado. En la mayoría de los casos los hombres no llegan a la verdad sino después de haber recorrido todos los errores posibles.

Pero aun este último beneficio no puede obtenerse sino a condición de que haya quien combata con energía contra esta mentira, pésima entre las pésimas, con que se engaña al pueblo.

**ENTRE CAMPESINOS**[[5]](#footnote-5)

*Pepe*. – ¡Hola! ¿Tú por aquí? Hace mucho que habría querido hablarte, y estoy contento por haberte encontrado… Jorge, ¡cuánto me das que pensar! Cuando estabas en el pueblo eras un buen muchacho, el mejor de los jóvenes de tu edad. ¡Oh, si viviera tu padre!

*Jorge*. – Pepe, ¿por qué me hablas así? ¿Qué es lo que he hecho para merecer esos reproches? ¿y por qué habría debido estar mi padre descontento de mí?

*Pepe*. – No te ofendas de mis palabras, Jorge; soy viejo y hablo por tu bien. Y, además, era tan amigo del viejo Andrés, que al verte por un mal camino me desagrada como si fueras mi hijo, tanto más cuanto que pienso en las esperanzas que tu padre ponía en ti, y en los sacrificios que ha hecho para dejarte un nombre sin mancha.

*Jorge*. – ¿Pero qué es lo que dices, Pepe? ¿No soy quizá un trabajador honesto? No he hecho nunca mal a nadie, al contrario, y disculpa que lo diga, he hecho siempre el poco bien que he podido; ¿por qué habría de avergonzarse mi padre de mí? Hago todo lo posible por instruirme y mejorarme; trato, con mis compañeros, de remediar los males que me afligen a mí, que te afligen a ti y que afligen a todos: por tanto, querido Pepe, ¿en qué he merecido esos reproches?

*Pepe*. – ¡Ah!, ¡ah!, así te quería. Sé bien que trabajas, que ayudas al prójimo, que eres un muchacho honrado; lo dicen todos en el pueblo. Pero mientras tanto has estado preso más de una vez; dicen que los gendarmes te vigilan, y que solamente por estar contigo en la calle, se pasan malos ratos… Quién sabe si yo mismo no me comprometeré ahora…, pero te quiero mucho y te hablo a pesar de todo. Vamos, Jorge, escucha el consejo de un viejo: deja que hagan política los señores, ya que ellos no tienen nada que hacer; piensa en trabajar y en hacer el bien. Así vivirás tranquilo y en gracia con Dios; de lo contrario perderás el alma y el cuerpo. Óyeme, deja a los malos compañeros, porque, como se sabe, son ellos los que desvían a los pobres muchachos.

*Jorge*. – Pepe, créeme, mis compañeros son todos jóvenes de bien; el pan que llevan a la boca les cuesta lágrimas y sudor. Deja que los patrones hablen mal de ellos, pues quisieran chuparnos hasta la última gota de sangre, y luego dicen que somos una canalla si nos permitimos aunque no sea más que murmurar, y gente de presidio si procuramos mejorar nuestra posición y sustraernos a su tiranía. Yo y mis compañeros hemos estado en la cárcel, es verdad, pero hemos estado allí por la causa justa; volveremos todavía y quizá nos ocurra algo peor, pero será por el bien de todos, será por destruir tantas injusticias y tanta miseria. Y ustedes, que han trabajado toda la vida y han sufrido también el hambre, y que cuando no puedan trabajar más tal vez tendrán que ir a morir a un hospital, no deberían unirse con los señores y con el gobierno para caer contra quien trata de mejorar la condición de la gente pobre.

*Pepe*. – Hijo mío, sé bien que el mundo va mal; pero querer arreglado es como querer enderezar las patas a los perros. Tomémoslo como viene y roguemos a Dios que no nos falte por lo menos el puchero. Siempre hubo ricos y pobres y nosotros, que hemos nacido para trabajar, debemos trabajar y contentarnos con lo que Dios nos manda; si no perderemos la paz y la honra.

*Jorge*. – ¡Vuelta con la honra! Los señores que nos lo han quitado todo, después que nos han obligado a trabajar como bestias para ganar un pedazo de pan, mientras ellos con nuestros sudores viven sin hacer nada bueno, en la riqueza y en la crápula, dicen luego que nosotros, para ser hombres honrados, debemos soportar voluntariamente nuestra posición y verlos engordar a nuestras espaldas sin quejarnos siquiera. Si en cambio nos recordamos de que también nosotros somos seres humanos, y que el que trabaja tiene derecho a comer, entonces somos malos; los gendarmes nos llevan a la cárcel y los curas por añadidura nos mandan al infierno.

Escúchame, Pepe, tú que eres un trabajador y no has chupado nunca la sangre del semejante. Los verdaderos bandidos, las gentes sin honor son los que viven de prepotencia, los que se han apoderado de todo lo que hay bajo el sol y los que a fuerza de padecimientos han reducido al pueblo a la situación de un rebaño de ovejas que se deja esquilar y matar tranquilamente. ¿Y ustedes se ponen con los amos para caer contra nosotros? No basta que tengan de su parte el gobierno, el cual, estando formado por señores y para los señores, no puede menos de apoyados: es preciso, por tanto, que nuestros mismos hermanos, los trabajadores, los pobres, se pongan en contra nuestra porque queremos que tengan pan y libertad.

¡Oh! si la miseria, la ignorancia forzosa, el hábito contraído en siglos de esclavitud, no explicaran este hecho doloroso, diría que no tienen honor y dignidad aquellos pobres que apuntalan a los opresores de la humanidad, y nosotros, que ponemos en peligro este mísero pedazo de pan y este fragmento de libertad, para llegar al punto en que todos estemos bien.

*Pepe*. – Sí, sí, todo eso está bien; pero sin el temor de Dios no se hace nada bueno; he oído hablar a aquél santo varón que es nuestro párroco, el cual dice que tú y tus compañeros son una banda de excomulgados; he oído decir al señor Antonio, que ha estudiado y lee siempre los periódicos, que son o bien locos o bien bandidos, que quisieran comer y beber sin hacer nada, y que en lugar de hacer el bien de los trabajadores, impiden a los amos arreglar las cosas lo mejor que se puede.

*Jorge*. – Pepe, si queremos razonar, dejemos en paz a Dios y a los santos; porque, como ves, el nombre de Dios sirve de pretexto y medio para todos los que quieren engañar y oprimir a sus semejantes. Los reyes dicen que Dios les ha dado el derecho a reinar, y cuando dos reyes se disputan un país, los dos pretenden ser enviados de Dios. Luego Dios da siempre la razón al que tiene más soldados y mejores armas. El propietario, el usurero, el especulador, todos hablan de Dios; y representantes de Dios se dicen el sacerdote católico, el protestante, el hebreo, el turco, y en nombre de Dios se hacen la guerra, y tratan cada cual de llevar el agua para su molino. Del pobre no se encarga nadie. Al oírles parece que Dios se lo ha dado todo a ellos, y que a nosotros nos habría condenado a la miseria y al trabajo. El paraíso es para ellos en este mundo y en el otro; para nosotros existe el infierno en esta tierra, y el paraíso solamente en el mundo del más allá si hemos sido esclavos sumisos… y si queda puesto.

Oye, Pepe, en asuntos de conciencia yo no quiero entrar y cada cual es libre de pensar lo que quiera. Por mi cuenta, no creo en Dios ni en las historias que nos cuentan los curas, porque quien las cuenta tiene un interés poco excesivo en ellas; y porque existen muchas religiones cuyos sacerdotes pretenden ser los que dicen la verdad, no dando pruebas. También yo podría inventar un mundo de fábulas y decir que el que no me crea y no me obedezca será condenado al fuego eterno. Me trataran de impostor; pero si tomara a un niño y le dijera siempre lo mismo sin que nadie le dijera jamás lo contrario, al llegar a grande creería en mí, lo mismo que ustedes creen en el párroco.

Pero, en resumen, eres libre de creer lo que te parezca, pero no vengas a contarme que Dios quiere que trabajes y sufras hambre, que tus hijos crezcan débiles y enfermizos por falta de pan y cuidados, y que tus hijas deban estar expuestas a convertirse un día en queridas del perfumado patroncito, porque entonces diré que ese Dios es un asesino.

Si Dios existe, no ha dicho a nadie lo que quiere. Pensemos, por consiguiente, en hacer en este mundo el bien nuestro y el de los demás; si hubiera un Dios en el otro mundo y fuera justo, nos. encontraremos siempre mejor si hemos combatido por hacer el bien, que si hemos hecho sufrir o hemos permitido que otros hiciesen sufrir a los hombres, los cuales, según el párroco, son todos criaturas de Dios y hermanos nuestros.

Y por otra parte, créeme: hoy que eres pobre, Dios te condena a las privaciones; si mañana consiguieran de un modo cualquiera, incluso con la acción más censurable, reunir mucho dinero, adquirirías de inmediato el derecho a no trabajar, a pasear en coche, a maltratar a los campesinos, a atentar contra el honor de las pobres muchachas… y Dios dejaría hacer como deja hacer a tu amo.

*Pepe*. – ¡La virgen! Desde que aprendiste a leer y a escribir y te tratas con la gente de la ciudad has reunido tanta habilidad para hablar que enredarías a un abogado. Y si he de decirlo francamente, has dicho cosas que me han dejado una cierta comezón… ¡Imagínate! Mi Rosina, que ha crecido, tiene un joven pretendiente que la quiere mucho; pero tú comprendes, somos gente pobre; habría necesidad de una cama, de un poco de ropa, y algún dinero para abrirle un tallercito, pues él es cerrajero, y si pudiera librarse de estar bajo el patrón que le hace trabajar por una miseria, podría sacar adelante la familia que formará. El amo podría adelantarme algo, que yo le repondría poco a poco. Pues bien, ¿lo crees?, cuando le hablé respondió, riendo a carcajadas, que esas son obras de caridad de que se ocupa su hijo; y el hijo del amo, en efecto, ha ido a vemos, ha visto a Rosina, le acarició sus mejillas y dijo que justamente tenía listo un ajuar que había hecho para otra y que Rosina debía ir personalmente a recibirlo. Y en sus ojos brillaron ciertos deseos que casi me hacen cometer una barbaridad… ¡Oh!, si mi Rosina… pero dejemos estos pensamientos.

Soy viejo y sé que este es un mundo infame; pero esta no es una razón para hacer también de pillos. En pocas palabras: ¿es verdad o no que queréis quitar los bienes a quien los posee?

*Jorge*. – Bravo, así te quiero. Cuando quieran saber algo que interesa a los pobres, no lo preguntes jamás a los amos, los cuales no los dirán nunca la verdad, porque nadie habla contra sí mismo. Y si quieren saber lo que quieren los anarquistas, preguntádmelo a mí y a mis compañeros, no al párroco, o al señor Antonio. Y cuando el cura habla de estas cosas, pregúntenle por qué ustedes que trabajan comen un pobre puchero, cuando lo hay, y él, que pasa todo el día sin hacer nada, con un dedo dentro de un libro cerrado, come buenos manjares y capones junto a su… sobrina; pregúntele por qué se las pasa siempre con los amos y sólo viene hacia ustedes cuando tiene que pedir algo; pregúntele por qué da razón siempre a los amos y a los gendarmes, y por qué, en lugar de quitar a los pobres el pan de la boca con el pretexto de rogar por las almas de los muertos, no se pone a trabajar para ayudar un poco a los vivos, en vez de vivir a expensas de los demás. Y al señor Antonio, dado que es un joven robusto, que ha estudiado, y que pasa su tiempo jugando en el café y haciendo enredos en el municipio, díganle que, antes de hablar de nosotros, sería bueno que dejara de hacer de vagabundo y que aprendiera un poco lo que es el trabajo y lo que es la miseria.

*Pepe*. – Sobre esto tienes todas las razones, pero volvamos a nuestro pensamiento. ¿Es verdad o no que quieren apoderarse de los bienes ajenos?

*Jorge*. – No es verdad; nosotros no queremos quitar nada a nadie; pero queremos que el pueblo tome los bienes de los señores, los bienes a quien los tiene, para ponerlos en común para todos.

Al hacer esto el pueblo no quitaría nada a los demás, sino que entraría simplemente en posesión de lo que es suyo.

*Pepe*. – ¿Cómo es eso? ¿Es que son nuestros los bienes de los amos?

*Jorge*. – Ciertamente: son bienes nuestros, son bienes de todos. ¿Quién ha dado esas riquezas a los señores? ¿Cómo han hecho para ganárselas? ¿Qué derecho tenían a posesionarse de ellas y qué derecho tienen a conservarlas?

*Pepe*. – Se las han dejado sus antepasados.

*Jorge*. – ¿Y quién las dio a sus antepasados? ¡Cómo! Algunos hombres más fuertes y más afortunados se posesionaron de todo lo que existe, obligaron a los otros a trabajar para ellos y, no contentos con vivir ellos en el ocio, oprimiendo y condenando al hambre a la gran masa de sus contemporáneos, dejaron a sus hijos y a los hijos de sus hijos las riquezas que habían usurpado, condenando a toda la humani.dad futura a ser esclava de sus descendientes, los cuales, enflaquecidos por el ocio y por el hecho de poder hacer todo lo que quieren sin dar cuenta a nadie, si no lo tuviesen todo a mano, y quisieran ahora arrancárnoslo por la fuerza como hicieron sus padres, nos causarían verdaderamente piedad.

¿Y a ti te parece justo todo esto?

*Pepe*. – Si se tomaron los bienes por la fuerza, entonces no. Pero los señores dicen que sus riquezas con el fruto del trabajo, y no me parece que esté bien el quitar a uno lo que ha producido con sus esfuerzos.

*Jorge*. – ¡Eso es, siempre la misma historia! Los que no trabajan y no han trabajado nunca, hablan siempre en nombre del trabajo.

Ahora, ¿cómo se produce y quién ha producido la tierra, los metales, el carbón, las piedras y otras cosas semejantes? Estas cosas, las haya hecho Dios o existen por obra espontánea de la naturaleza, lo cierto es que todos, al venir al mundo, las hemos encontrado; por tanto deberían servir para todos. ¡Qué dirías si los amos se quisieran apoderar del aire para aprovecharlo ellos y darnos a nosotros sólo una pequeña parte y de la más maloliente, haciéndola pagar con sacrificios y sudores? La única diferencia entre la tierra y el aire es que han hallado para la tierra el modo de apoderarse de ella y dividirla entre ellos, y para el aire no; pues si encontraran el medio, harían con el aire lo que han hecho con la tierra.

*Pepe*. – Es verdad; esta me parece una razón justa; la tierra y todo lo que no ha hecho nadie, deberían ser de todos… Pero no todas las cosas se han encontrado bellas y listas.

*Jorge*. – Ciertamente, hay muchísimas cosas que han sido producidas por el trabajo del hombre, la tierra misma no tendría sino poco valor de no haber sido desmontada y abonada por la obra humana. Y bien, esas cosas deberían por justicia pertenecer a quien las ha producido. ¿Por qué milagro se encuentran precisamente en manos de aquellos que no hacen nada y que no han hecho nunca nada?

*Pepe*. – Pero los amos dicen que sus antepasados han trabajado y ahorrado.

*Jorge*. – Y deberían decir, en cambio, que sus antepasados han hecho trabajar a los demás sin pagarles, lo mismo que se hace ahora. La historia nos enseña que las condiciones del trabajador han sido siempre miserables y que, lo mismo que ahora, el que ha trabajado sin explotar a otros, no sólo no ha podido hacer nunca economías, sino que no ha tenido siquiera bastante para aplacar el hambre.

Observa los ejemplos que tienes ante los ojos: todo lo que producen los trabajadores, de mano en mano, ¿no va quizá a manos de los patronos que se contentan con mirar?

Hoy uno compra por poco dinero una parcela inculta y pantanosa; pone allí hombres a quienes apenas da lo necesario para que no se mueran de hambre de golpe, y queda en el ocio de la ciudad. Después de algunos años aquel pedazo inútil de tierra se ha convertido en un jardín, y vale cien veces más de lo que valía al comienzo. Los hijos del amo, que heredarán ese tesoro, dirán que disfrutan por los sudores de su padre y los hijos de los que han trabajado y sufrido realmente continuarán trabajando y sufriendo. ¿Qué te parece?

*Pepe*. – Pero si verdaderamente, como tú dices, el mundo ha marchado siempre como ahora, no hace falta decirlo, a los amos no les correspondería absolutamente nada.

*Jorge*. – Pues bien, quiero suponer todo a favor de los amos. Dejemos sentado que los propietarios fueran todos hijos de gente que ha trabajado y ahorrado y los trabajadores hijos todos de hombres holgazanes y malgastadores. Ten presente que es un absurdo lo que digo, pero sin embargo, aunque las cosas estuviesen así, ¿habría por eso tal vez mayor justicia en la actual organización social? Si tú trabajas y yo hago de vagabundo, es justo que sea castigado por mi holgazanería; pero no es justo por esto que mis hijos, que podrán ser buenos trabajadores, tengan que reventar de cansancio y morir de hambre para mantener a tus hijos en el ocio y en la abundancia.

*Pepe*. – Cosas son esas en las que no puedo menos que darte la razón; pero entretanto los señores poseen los bienes, y al fin y al cabo debemos darles las gracias, porque sin ellos no se podría vivir.

*Jorge*. – Sí; poseen los bienes porque los han obtenido con la violencia y los han aumentado apropiándose el fruto del trabajo de los demás. Pero del mismo modo que nos los han quitado, pueden dejarlos.

Hasta hoy en el mundo los hombres se han hecho la guerra unos a otros, han buscado el modo de quitarse el pan de la boca y cada uno ha hecho lo posible para someter a su semejante y servirse de él como una bestia. Pero ya es tiempo de que esto concluya. En hacernos la guerra no ganamos nada; el hombre, precisamente, sólo ha ganado miseria, esclavitud, crímenes, prostitución y, además, de tanto en tanto, alguna de esas sangrías llamadas guerras o revoluciones. Si, al contrario, nos pusiéramos de acuerdo, amándonos y ayudándonos los unos a los otros, no existirían tantos males, no habría quien tuviera mucho y otros poco, y se buscaría la manera de estar todos lo mejor posible.

Sé bien que los ricos, que se han habituado a mandar y a vivir sin trabajar, no querrán saber nada cuando se trate de cambiar de sistema. Veremos lo que dicen. Si quisieran comprender por las buenas o por miedo, que el odio y la superioridad entre los hombres no deben existir y que todos deben trabajar, tanto mejor; pero si, por el contrario, quieren continuar gozando del fruto de la violencia y del robo de sus antepasados, entonces la solución es fácil. Por la fuerza ellos se han apropiado de todo lo que existe; pues por la fuerza nosotros se lo quitaremos. Si los pobres se ponen de acuerdo, ellos son los más fuertes.

*Pepe*. – Pero, entonces, cuando no hubiera ya más señores, ¿cómo haríamos para vivir? ¿Quién nos daría trabajo?

*Jorge*. – ¡Parece imposible! ¿Cómo? Lo están viendo todos los días; son ustedes quienes cavan, siembran, siegan, trillan y llevan el grano al granero; son ustedes quienes hacen el vino, el aceite, el queso, ¿y me preguntas cómo harían para vivir sin los señores? Pregunta más bien: ¿cómo vivirían ellos si no fuésemos nosotros, pobres imbéciles, trabajadores del campo y de la ciudad, que somos los que les alimentamos, vestimos y… suministramos nuestras hijas para que puedan divertirse?

Hace poco querías agradecer a los amos porque nos dan con qué vivir. ¿No comprendes que son ellos los que viven de nuestros esfuerzos y que cada pedazo de pan que se llevan a la boca es quitado a nuestros hijitos? ¿Que todo regalo que hacen a sus mujeres representa el hambre, la miseria, el frío, tal vez la prostitución de las mujeres nuestras?

¿Qué es lo que producen los señores? Nada. Por consiguiente todo aquello que consumen es quitado a los trabajadores.

Figúrate que mañana desaparecieran todos los trabajadores del campo; no habría quien trabajase la tierra y se morirían de hambre; si desaparecieran los albañiles, no se podrían hacer casas, y así en todos los demás ramos; por cada clase de trabajadores que faltara, se suspendería un ramo de producción, y el hombre tendría que privarse de objetos útiles y necesarios.

¿Pero qué daño sufriríamos si desapareciesen los señores? Sería como si desapareciera la langosta.

*Pepe*. – Sí, está muy bien; nosotros producimos todo; pero ¿cómo hago para producir el grano si no tengo tierras, ni animales, ni semillas? Vamos, te digo que no hay manera de arreglarlo; por fuerza hay que estar sujeto a los amos.

*Jorge*. – Pero, Pepe, ¿nos entendemos o no? Me parece que ya lo he dicho; necesitamos desposeer a los amos de todo aquello que sirve para trabajar y vivir: la tierra, los instrumentos, las semillas y todo lo demás.

Sé muy bien que mientras la tierra y los instrumentos de trabajo pertenezcan a los amos, el trabajador estará sujeto siempre y no tendrá más que esclavitud y miseria. Por eso, y retenlo bien en la memoria, lo primero que habrá que efectuar es quitar los bienes a los señores; si no el mundo no se arregla.

*Pepe*. – Tienes razón; ya me lo habías dicho. Pero, ¿qué quieres? Son cosas esas tan nuevas para mí, que no acabo de comprenderlas. Explícame un poco cómo quisieras arreglarlo. Estos bienes que se quitarían a los señores, ¿qué haríamos de ellos? Nos los repartiríamos a tanto para cada uno, ¿verdad?

*Jorge*. – No; antes al contrario, cuando oigas decir que nosotros queremos repartir, que nosotros queremos la mitad y otras cosas por el estilo, ten en cuenta que quien lo dice es un ignorante o un bribón.

*Pepe*. – Pues entonces, ¿qué haríamos? Yo no comprendo nada de ello.

*Jorge*. – Y sin embargo no es difícil; nosotros lo que queremos es ponerlo todo en común.

Nosotros partimos de este principio: que todos han de trabajar y todos deben estar lo mejor posible. En este mundo, sin trabajar no se puede vivir; por eso si uno no trabajara, debería vivir del trabajo de los demás, lo que al mismo tiempo que es injusto, es dañoso. Se entiende que, cuando digo que todos deben trabajar, me refiero a todos los que pueden y por lo que puedan. Los inútiles, los impotentes, los viejos, deben ser mantenidos por la sociedad, porque es un deber humano no hacer sufrir a nadie, y, además, que todos seremos viejos un día, e inválidos e inútiles podemos serlo de un momento a otro, tanto nosotros como los de nuestra familia.

Ahora, si reflexionas bien, verás que todas las riquezas, o sea, todo lo que existe de útil para el hombre, puede dividirse en dos partes. Una parte -que comprende la tierra, las máquinas y todos los instrumentos de trabajo, el hierro, la madera, las piedras, los medios de transporte, etc.- es indispensable para trabajar y debe ser puesta en común para servir a todos como instrumentos o materias de trabajo. Referente al modo de trabajar después, es una cosa que ya veremos. Lo mejor sería trabajar en común, porque así con menos fatiga se produce más: es casi cierto que el trabajo en común se adoptará en todas partes, porque para trabajar cada uno aisladamente necesitaría renunciar a la ayuda de las máquinas, que reducen el trabajo a cosa fácil y gustosa y además, porque cuando los hombres no tengan que disputarse el pan que se llevan a la boca, y, por consiguiente, no estén como perro y gato, encontrarán más placer en estar reunidos y hacer el trabajo en común. De cualquier modo, hasta si en un lugar la gente quisiera trabajar aisladamente, libre será de hacerla. Lo esencial es que nadie viva sin trabajar, obligando a los demás a que trabajen para ellos, y esto no podrá suceder ya, ninguno querrá ciertamente trabajar por cuenta de los demás.

La otra parte comprende las cosas que sirven directamente al consumo del hombre, como alimentos, vestidos y casas. Todas estas cosas, las que ya existen, deben ser puestas inmediatamente en común y distribuidas de modo que se pueda esperar hasta la nueva cosecha y a que la industria haya producido nuevos productos. Todas aquellas cosas que se produzcan después de la revolución, cuando ya no existan amos ociosos que vivan del esfuerzo de los trabajadores hambrientos, se distribuirán según la voluntad de los trabajadores de cada localidad. Si éstos quieren trabajar en común, tanto mejor; entonces se buscará el medio de regular la producción y el consumo, de manera que puedan satisfacerse las necesidades de todos, como para que tienda a asegurar a todos el máximo disfrute posible y todo está dicho con eso.

O si no, se tendrá en cuenta lo que cada uno haya producido, para que pueda tomar la cantidad de objetos equivalente a su producto. Es un cálculo bastante difícil, que creo hasta imposible; pero esto quiere decir que, cuando se vean las dificultades de la distribución proporcional, se aceptará más fácilmente la idea de ponerlo todo en común.

De cualquier modo, será necesario que las cosas de primera necesidad, como el pan, las casas, el agua y otras semejantes, se aseguren para todos independientemente de la cantidad de trabajo que cada uno pueda efectuar. Sea cual sea la organización adoptada la herencia no podrá subsistir ya; porque no es justo que uno encuentre al nacer todas las comodidades, y el otro el hambre y las privaciones; que uno nazca rico y el otro pobre, y hasta si se aceptara la idea de que cada uno es dueño de lo que produce y que, por consiguiente, puede hacer economías por cuenta propia, a su muerte todas sus economías deberían volver a la masa común…

Los niños deberán ser educados e instruidos a costa de todos, de manera que se les procure el máximo desarrollo y la máxima capacidad posible. Sin esto no existirían la justicia e igualdad y se violaría el principio del derecho de cada uno a los instrumentos de trabajo, puesto que la instrucción, la fuerza física y la moral son verdaderos instrumentos del trabajo, y dar a todos solamente la tierra y las máquinas sería una cosa muy insuficiente, si no se procurara poner a todos en condiciones de servirse de ellas lo mejor posible.

Respecto de la mujer, no quiero hablar, porque para nosotros la mujer debe ser igual que el hombre; y cuando decimos hombre, queremos decir ser humano, sin distinción de sexo.

*Pepe*. – No obstante, hay una cosa; quitar los bienes a los señores que han robado y empobrecido a la pobre gente, está muy bien, pera si uno, a fuerza de trabajar y ahorrar, hubiese logrado arrinconar cuatro céntimos y hubiese comprado un trozo de tierra o abierto una tienducha, ¿con qué derecho podrían quitarle aquello que verdaderamente es fruto de su trabajo?

*Jorge*. – La cosa es muy fácil, porque con el propio trabajo, sólo con el propio trabajo, hoy que los capitalistas y el gobierno nos quitan los mejores productos, no se pueden hacer economías, y me parece que tú debes saberlo, pues con tantos años de continuo trabajo, continúas siendo tan pobre como al principio. Además, ya te he dicho que cada uno tiene derecho a las primeras materias y a los instrumentos de trabajo; así es que si uno tiene un trozo de tierra, mientras él mismo se lo trabaje con sus propios brazos, puede muy bien guardárselo y aun se le darán los utensilios perfeccionados, los abonos y todo lo demás que sea necesario para sacar el mejor y mayor producto posible de aquella tierra. Ciertamente que sería preferible que lo pusiera todo en común; pero para ello no hay necesidad de forzar a nadie porque el mismo interés aconsejará a todos el sistema de la comunidad. Con la propiedad y el trabajo común se estará mucho mejor que trabajando solos, tanto más cuanto que con la invención de las máquinas el trabajo aislado resulta más impotente.

*Pepe*. – ¡Ah! ¡Las máquinas! ¡A éstas sí que convendría quemarlas! Ellas son las que arruinan los brazos y quitan el trabajo a la pobre gente. Aquí, en el campo, se puede estar bien seguro: cada vez que llega una máquina disminuye nuestro salario y cierto número de nosotros queda sin trabajo y constreñido a marcharse para ir a morir de hambre a otra parte. En la ciudad debe ser peor aún. A lo menos si no existieran las máquinas, los señores tendrían mayor necesidad de nuestros brazos y se viviría algo mejor.

*Jorge*. – Tienes razón, Pepe, al creer que las máquinas son una de las causas de la miseria y falta de trabajo; pero esto sucede porque las máquinas pertenecen a los señores. Si pertenecieran a los trabajadores, sucedería todo lo contrario; ellas serían la causa principal del bienestar humano. De hecho, las máquinas, en resumen, no hacen sino trabajar por nosotros y más rápidamente. Por medio de las máquinas el hombre no tendrá que trabajar horas y más horas para satisfacer sus necesidades y no estará obligado a los trabajos penosos que excedan a sus propias fuerzas. Si las máquinas fueran aplicadas a todos los ramos de la producción perteneciesen a todos, se podría con pocas horas de trabajo ligero, sano y agradable, satisfacer todas las necesidades del consumo, y cada obrero tendría tiempo para instruirse, cultivar las relaciones de amistad; en una palabra: vivir y gozar aprovechando todas las conquistas de la ciencia y la civilización. Así, pues, recuérdalo bien: no se necesita destruir las máquinas, hay que apropiárselas. Y después ten presente esto: los señores defenderían sus máquinas, o, mejor dicho, harían defender sus máquinas, tanto contra quien quisiera destruirlas, como contra quien quisiera tomar posesión de ellas; teniendo, pues, que hacerla de todos modos y correr los mismos peligros, sería una locura destruirlas en lugar de quitárselas. ¿Destruirías el grano y las casas si en su lugar encontráramos el medio de que fueran de todos? Seguramente que no. Pues igual debe hacerse con las máquinas, porque éstas, si en manos de los amos son la miseria y esclavitud nuestra, en manos nuestras serían, al contrario, la riqueza y la libertad.

*Pepe*. – Pero para seguir adelante con este sistema se necesitaría que todos trabajáramos con buena voluntad, ¿no es verdad?

*Jorge*. – Ciertamente.

*Pepe*. – ¿Y si hay quien quiere vivir sin trabajar? El trabajo fatigoso es duro y no gusta ni siquiera a los perros.

*Jorge*. – Confundes la sociedad actual con la sociedad de después de la revolución. La fatiga, has dicho, no gusta siquiera a los perros; pero, ¿sabrías estar el día entero sin hacer nada?

*Pepe*. – Yo no, porque estoy acostumbrado al esfuerzo, y cuando no tengo nada que hacer, me parece que las manos me sobran; pero hay tantos que se estarían todo el día en la taberna jugando a las cartas o en la plaza tomando el sol…

*Jorge*. – Hoy sí; pero después de la revolución no puede suceder, y te diré por qué. Hoy el trabajo es penoso, mal pagado y despreciado. Hoy quien trabaja debe matarse de fatiga, muere de hambre y es tratado como una bestia. Quien trabaja no tiene ninguna esperanza y sabe que irá a parar a un hospital, si no concluye en la cárcel; no puede ayudar a su familia, no goza nada en la vida y sufre continuos maltratos y humillaciones. El que no trabaja, por el contrario, goza de todas las comodidades posibles y es apreciado y estimado; todos los honores, todas las diversiones son para él. Aun entre los mismos trabajadores, sucede que el que trabaja menos y hace las cosas menos penosas, gana mucho más y es mucho más apreciado. ¿Qué extraño es que la gente trabaje de mala gana y si puede no deje escapar la ocasión de no trabajar?

Si al contrario, el trabajo se efectuara en condiciones humanas, por un tiempo racionalmente corto, con ayuda de las máquinas, en condiciones higiénicas; si el trabajador supiera que trabajaba por el bienestar de todos, de su familia y de los demás hombres; si el trabajo fuera la condición indispensable para ser apreciado en la sociedad, y el ocioso fuera señalado al público desprecio, como sucede hoy con los espías y encubridores, dime, ¿quién sería el que querría renunciar al placer de sentirse útil y amado, para vivir en la inercia, que además es tan dañosa a nuestro cuerpo y a nuestra moral?

Hoy mismo, salvo algunas raras excepciones, todos sienten una repugnancia tan invencible como instintiva por el oficio de espía. Y, sin embargo, haciendo estos degradantes oficios, se gana mucho más que cavando la tierra, se trabaja poco o nada y se es, más o menos indirectamente, protegido por la autoridad; pero son cargos infames, señales de una profunda abyección moral, y porque no producen sino dolores y males, casi todo el mundo prefiere la miseria antes que la infamia. Cierto que hay excepciones, hombres débiles y corrompidos que prefieren la infamia; sin embargo, se trata de escoger entre la infamia y la miseria. ¿Pero quién sería el desgraciado que escogería una vida infame y dificultosa, cuando trabajando tuviera asegurado el bienestar y la estimación pública? Si este hecho se produjera, sería tan contrario a la índole normal del hombre, que debería considerarse y tratarse como un caso de locura cualquiera.

No lo dudes, no; la pública reprobación contra el ocio no faltaría ciertamente, porque el trabajo es la primera necesidad de una sociedad, y el ocioso no tan sólo haría daño a todos viviendo del producto de los demás, sin contribuir, sino que rompería la armonía de la nueva sociedad y sería el elemento de un partido de descontentos que desearía volver al punto de partida, al pasado. Las colectividades son como los individuos: aman y veneran todo lo que es o creen útil, odian y desprecian lo que saben o creen dañoso. Pueden engañarse y aun se engañan a menudo; pero en el caso que citamos, el error no es posible, porque es demasiado evidente que quien no trabaja, come y bebe a costa de los demás, y, por consiguiente, perjudica a todos.

Hagan la prueba uniéndoos en sociedad con otros para efectuar un trabajo en común y dividir el producto en partes iguales; tendrían consideraciones para con el débil o el incapaz, pero al que pudiendo no quisiera trabajar, le envolveríais en un desprecio y en una vida tan dura que, o bien os dejaría o le entrarían seguramente ganas de trabajar. Esto es lo que sucederá en la gran sociedad siempre que la ociosidad voluntaria de algunos pueda producir un daño sensible.

Además, al fin y al cabo, cuando no se lograra adelantar a causa de aquellos que no quieren trabajar, cosa que yo creo imposible, el remedio estaría pronto buscado; se expulsaría de la comunidad, y así, reducidos al solo derecho de poseer las primeras materias y los instrumentos de trabajo, estarían obligados a trabajar si quisieran vivir.

*Pepe*. – Estoy persuadido… pero dime, ¿todos tendrían que cavar la tierra?

*Jorge*. – ¿Y por qué no? El hombre no tiene sólo necesidad de pan, vino y carne; necesita casas, vestidos, calles, libros, en suma, todo aquello que los trabajadores de cualquier ramo producen, y ninguno puede producir por sí solo todo lo que necesita. ¿Acaso para trabajar la tierra no se necesita el auxilio del herrero y el carpintero para hacer los utensilios y del minero para extraer el hierro de la mina, del albañil para construir las casas y los almacenes, y así todo lo demás? No se trata, pues, de cavar la tierra, sino de trabajar todos para producir cosas útiles.

La variedad de los oficios hará de modo que cada uno pueda escoger aquel que mejor se adapte a sus inclinaciones, y de esta manera, al menos en todo lo que sea posible, el trabajo no será para el hombre sino un ejercicio, una diversión ardientemente deseada.

*Pepe*. – ¿Cada uno, pues, será libre de escoger el oficio o trabajo que quiera?

*Jorge*. – Ciertamente: teniendo cuidado, no obstante, que los brazos no se acumulen en determinados oficios y escaseen en otros. Como se trabaja en interés de todos, hay que procurar el modo de producir todo aquello que se necesita, conciliando todo lo posible el interés general con la predilección individual.

Verás como todo se arreglará, cuando no existan amos que nos hagan trabajar por un trozo de pan, sin tener que ocuparnos del fin a que sirve y a quien sirve nuestro trabajo.

*Pepe*. – Tú dices que todo se arreglará, y yo creo, al contrario, que nadie querrá trabajar en oficios penosos y que más bien querrán ser abogados y doctores. Entonces, ¿quién irá a cavar? ¿quién querrá arriesgar la salud y la vida en el fondo de una mina? ¿quién querrá confundirse en los negros pozos y entre los estiércoles?

*Jorge*. – Referente a los abogados, pongámoslos aparte, porque son una gangrena semejante a la de los curas, que la revolución social hará desaparecer completamente. Hablemos de los trabajos útiles y no de aquellos que dañen al prójimo, porque si no resultaría un trabajador hasta el asesino que muchas veces tiene que soportar también grandes sufrimientos.

Hoy preferimos un oficio a otro, no porque éste esté más o menos adaptado a nuestras inclinaciones, sino porque nos es más fácil aprenderlo, porque con él ganamos o esperamos ganar más dinero, porque con él esperamos encontrar con más facilidad trabajo, y, en segundo término, porque ciertos y determinados trabajos pueden ser más o menos penosos. Y, finalmente, la elección nos es impuesta desde que nacemos, por el *acaso* o por prejuicios sociales.

Por ejemplo, el oficio de campesino es hoy una de las ocupaciones a que ningún hijo de la ciudad quiere someterse, ni aun aquellos que más miseria sufren. Y, sin embargo, la agricultura no tiene nada de repugnante en sí ni la vida del campo carece de atractivos. Al contrario, si lees a los poetas encontrarás a todos entusiasmados con la vida campestre. El hecho verdadero estriba en que los poetas que escriben los libros no han cavado la tierra nunca, y aquellos que la trabajan verdaderamente se matan de fatiga, mueren de hambre, viven peor que las bestias y son considerados como gente de poco valor, de tal modo, que el último vagabundo de la ciudad se creerá ofendido si le llaman campesino; ¿cómo quieres que la gente vaya a trabajar la tierra voluntariamente? Nosotros mismos, que en ella hemos nacido, la dejamos apenas tenemos la posibilidad, porque en cualquier cosa que trabajemos estamos mejor y más respetados; ¿pero quién de nosotros dejaría el campo si trabajase por su propia cuenta y encontrase en la labor campestre bienestar, libertad y respeto?

Esto es lo que sucede en todos los oficios, porque actualmente el mundo es así, que cuando un trabajo es más necesario, cuando es más penoso, resulta peor retribuido, despreciado y hecho en condiciones inhumanas. Por ejemplo, vete a un taller de joyería y encontrarás que, comparándolo con los inmundos talleres en que nosotros trabajamos, aquel local es aseado, aireado en verano, caliente en invierno, el trabajo diario no es enormemente largo y los obreros, por mal retribuidos que estén (pues el amo les quita la mayor parte del beneficio), relativamente a los demás obreros están discretamente bien; por la noche o en días de fiesta, después de quitarse los vestidos de trabajo, pueden ir a donde les dé la gana, sin peligro de que la gente los desprecie por su condición de trabajadores. Vete, al contrario, a una mina, y verás la pobre gente que trabaja bajo tierra, en atmósferas pestilentes y consume en pocos años su vida entera con un salario irrisorio. y si después, fuera del trabajo, el minero quisiera permitirse ir a donde concurren los señores, podría darse por afortunado si se saliera sólo con la burla. ¿De qué extrañarnos, pues, si uno escoge mejor el oficio de joyero que el de minero?

¡Y no quiero hablar siquiera de aquellos que no manejan otros utensilios que la pluma! Uno que tal vez no hace sino charadas y sonetos adocenado s, gana diez veces más que un campesino y es apreciado más que cualquier honrado trabajador.

Los periodistas, por ejemplo, trabajan en salas elegantes; los zapateros en oscuros rincones; los ingenieros, los médicos, los artistas, los profesores, cuando tienen trabajo y saben bien su obligación, están como señores; los albañiles, enfermeros, artesanos, y podemos añadir, a decir verdad hasta los médicos abonados y los maestros elementales mueren de hambre, aun matándose trabajando.

No pretendo decir con esto que sólo sea útil el trabajo manual, porque, al contrario, el estudio da al hombre el modo de vencer a la Naturaleza, de civilizarse y ganar cada vez más en libertad y bienestar; los médicos, ingenieros, químicos y maestros, son útiles y necesarios en la humana sociedad, tanto como los campesinos y demás obreros. Quiero decir solamente que todos los oficios deberían ser igualmente apreciados y efectuados de manera que el trabajador encuentre igual satisfacción al efectuados que en los trabajos intelectuales, los cuales, por sí solos, son ya un gran placer y dan al hombre una gran superioridad sobre quien trabaja manualmente y se queda ignorante, y deben ser accesibles a todos, y no ser, como hoy, privilegio de unos pocos.

*Pepe*. – Pero, si como tú dices, el trabajar intelectualmente es ya un gran placer y da una gran ventaja sobre los ignorantes claro es que todos querrán estudiar, y yo el primero. Entonces los trabajos manuales, ¿quién querrá hacerlos?

*Jorge*. – Todos, porque al mismo tiempo que cultivarán las letras y las ciencias deberán efectuar un trabajo manual; todos deberán trabajar con el cerebro y con los brazos. Estas dos especies de trabajo, lejos de perjudicarse, se ayudan y completan, porque el hombre, para estar bien, tiene necesidad de ejercitar todos sus órganos, el cerebro y los músculos. Quien posee la inteligencia desarrollada y está habituado a pensar, logra salir más airoso en el trabajo manual, y quien está en buena salud, como sucede cuando se ejercitan los brazos en condiciones higiénicas, poseerá también el cerebro más despejado y penetrante.

Además, como que las dos especies de trabajo son necesarias y una de ellas es más placentera que la otra y es el medio por el cual el hombre conquista conciencia y dignidad, no es justo que una parte de los hombres estén condenados al embrutecimiento del trabajo exclusivamente manual, para dejar a unos pocos el privilegio de la ciencia y, por consiguiente, del mando; por lo cual, repito, todos deben efectuar los trabajos manuales y los intelectuales.

*Pepe*. – Esto también lo comprendo; pero entre los trabajos manuales, siempre los habrá penosos y fáciles, agradables y repulsivos, ¿quién querrá, por ejemplo, ir a trabajar de minero y a vaciar las letrinas?

*Jorge*. – Si supieras, querido Pepe, cuántas invenciones y cuántos estudios se han hecho y se hacen aún, comprenderías fácilmente que cuando la organización del trabajo no dependiera de los que no trabajan y que, por consiguiente, sólo se cuidan de su utilidad propia, sin tener en cuenta para nada el bienestar del obrero, comprenderías, repito, que todos los oficios manuales se podrían efectuar de modo que no tuvieran nada de repugnantes y malsanos o fatigosos, y se encontrarían fácilmente obreros que los preferirían. Y esto, en nuestros días. Figúrate, pues, lo que sucedería cuando, debiendo trabajar todos, los cuidados, el interés y el estudio de todos fueran encaminados a procurar que el trabajo fuera menos penoso y más agradable.

Y aun cuando existieran ciertos trabajos que persistiesen en ser más penosos que otros, se buscaría el modo de compensar la diferencia con otras ventajas especiales; sin contar que, cuando se trabaja en común, para el común interés, nace siempre el espíritu de fraternidad y condescendencia, como en la familia, de modo que más bien que litigar para ahorrar esfuerzo, cada uno tomará entonces para sí los trabajos más penosos.

*Pepe*. – Tienes razón; pero si esto no sucediera, ¿cómo se arreglaría?

*Jorge*. – Pues bien; si a pesar de todo lo dicho hubiese aún trabajos necesarios que nadie quisiera efectuar voluntariamente, entonces los efectuaremos todos, trabajando en ellos un determinado tiempo cada individuo, por ejemplo, un día cada mes o una semana al año. Siendo una cosa necesaria a todos, ten la seguridad de que se encontrará el modo de efectuarlo. ¿Acaso no somos soldados hoy por mandato de los demás, yendo a combatir a gente que no conocemos y que ningún mal nos ha hecho y aun contra nuestros propios hermanos y amigos? Me parece que más fácilmente trabajaremos gustosos cuando sepamos que es una utilidad para todos.

*Pepe*. – ¿Sabes que principias a convencerme? Pero hay algo aún que no me persuade, y es aquello de quitar los bienes a los señores… esto… ¡qué quieres que te diga!... ¿no podría evitarse?

*Jorge*. – ¿Cómo quieres hacerlo? Mientras las riquezas estén en sus manos, ellos serán los que mandarán y harán sus intereses sin preocuparse de nosotros, como lo han hecho desde que el mundo es mundo; ¿por qué diablos no te convence eso de quitar los bienes a los señores? ¿Crees acaso que sería una cosa injusta, una mala acción?

*Pepe*. – No; verdaderamente, después de lo que me has dicho, creo, al contrario, que sería una gran cosa, porque quitándoles los bienes no haríamos sino reintegramos la sangre que nos han chupado desde hace tanto tiempo. Además, que si los quitamos a ellos, no es para poseerlos sólo nosotros, sino para ponerlos en común y que todos vivan bien, ¿no es eso?

*Jorge*. – Ninguna duda queda; y si consideras bien la cosa, verás que hasta los mismos señores ganan en ello. Ciertamente que deberán concluir de mandar, de estar ociosos y de ser poderosos. Deberán trabajar; pero el trabajo, cuando fuera hecho con ayuda de las máquinas y con el interés del bienestar de los trabajadores, quedaría reducido a un útil y agradable ejercicio. ¿Acaso ahora no van a la caza los señores para hacer ejercicio?; ¿no efectúan las carreras de caballos, la gimnasia y otras mil cosas que demuestran que el trabajo muscular es una necesidad y un placer para todos los hombres que están sanos y bien nutridos? Se trata, pues, de que hagamos en beneficio de la producción aquel trabajo que hacemos hoy por pura diversión. Y, ¡cuántas ventajas no lograrían los señores del bienestar general y de la progresiva civilización! Observa, por ejemplo, en nuestro país: los pocos señores que en él hay, son ricos, viven como príncipes; pero, entre tanto, las calles son sucias y malas, tanto para ellos como para nosotros; el aire pésimo que sale de nuestras casas y de los pantanos vecinos los enferma también a ellos; el cólera causado por la miseria de gente que vive lejos de aquí y se propaga por entre nosotros les contagia a veces también a ellos: nuestra ignorancia hace que también ellos se embrutezcan. ¿Podrían, con todas sus riquezas particulares, sanear el país, construir los caminos e iluminar las calles? ¿Cómo podrían evitar la adulteración de los artículos de consumo? ¿Cómo podrían usufructuar todos los progresos de la ciencia y de la industria? Cosas todas que, cuando se hicieran con el concurso de todos, se efectuarían fácilmente. Y su propia vanidad, ¿cómo puede ser satisfecha, cuando su sociedad se reduce a unos pocos?

Todo esto sin contar el peligro continuo de una bala de fusil que los hiera de improviso y el miedo a una revolución o a una desgracia que los reduzca a la miseria, exponiendo a sus familias al hambre, al delito, a la prostitución, como están expuestas las nuestras actualmente.

Esto significa que no solamente con quitarles sus riquezas les otorgamos sus derechos, sino que les ocasionamos un gran bien.

Verdad es que los señores no quieren ni querrán nunca comprenderlo, porque lo que quieren es mandar y creen que los pobres son de otra clase; pero, ¿qué quieren que hagamos nosotros? Si no podemos entendernos con ellos por las buenas, tanto peor, lo comprenderán por las malas, inevitablemente.

*Pepe*. – Cosas verdaderas son esas, pero difíciles de efectuar. ¿No se podría buscar el medio de efectuarlas de acuerdo, poco a poco? Dejemos los bienes a quien los posea, pero a condición de que nos aumenten el sueldo y nos traten como hombres. Así, gradualmente, podríamos ahorrar algo, comprar un trozo de tierra, y después, cuando todos fuésemos propietarios, ponerlo todo en común y hacer como tú dices. Una vez oí a uno que me explicó algo por el estilo.

*Jorge*. – Escucha: para hacer de común acuerdo, hay solamente un medio: que los propietarios se dispongan a renunciar a sus propiedades, porque es evidente que cuando uno da una cosa, no hay necesidad de quitársela. Pero en esto no hay que pensar; lo sabes mejor que yo.

Mientras exista la propiedad individual, o sea, mientras la tierra y todo lo demás pertenezca a Pedro o a Pablo en lugar de pertenecer a todos, habrá siempre miseria, incluso se puede decir que cuanto más se tire adelante, peor se estará. Con la propiedad individual cada uno trata de vender su mercancía lo más cara que pueda, y cada comprador por su parte trata de comprar al menor precio posible, ¿qué sucede entonces? Los propietarios, los fabricantes, los negociantes más ricos, dado que tienen medios para fabricar y comprar al por mayor, para proveerse de maquinaria, para aprovechar todas las condiciones favorables que surgen en el mercado, y para esperar el momento oportuno para la venta, o hasta para vender con pérdida por algún tiempo, concluyen por reducir a la liquidación o a la quiebra a los propietarios y comerciantes más débiles, los cuales, poco a poco, caen en la pobreza y deben, ellos o sus hijos, ir a trabajar a jornal. Así, y esto se ve casi todos los días, los patrones que trabajan solos o con pocos obreros en pequeños talleres, después de una dolorosa lucha han de cerrar sus talleres e ir a buscar trabajo en las grandes fábricas; los pequeños propietarios que no pueden apenas pagar los impuestos, han de vender las casas o las tierras a los grandes propietarios, y así sucesivamente; de modo que si algún propietario de buen corazón quisiera mejorar las condiciones de sus obreros, no haría otra cosa que batirse en condiciones de no poder resistir la competencia y vendría la quiebra en seguida.

Por otra parte, los trabajadores, impulsados por el hambre, están obligados a hacerse la competencia entre ellos y como que existen más brazos disponibles que demandas de trabajo (no porque no hay necesidad de trabajo, sino porque no interesa a los amos hacer trabajar más), tienen que disputarse el pan de sus bocas, y si tú trabajas para ganar dos, siempre encontrarás uno que trabajaría para ganar uno.

De tal modo, todo progreso resulta una desgracia. Se inventa una máquina, y en seguida queda sin trabajo un gran número de obreros, los cuales, no ganando nada, no pueden consumir, e indirectamente quitan el trabajo a otros obreros. En América se cultivan muchas tierras y se produce mucho grano; los propietarios, sin ocuparse de si en América la gente come según su apetito requiere, para ganar en su venta, mandan d grano a Europa. El grano de aquí baja de precio; pero los pobres, en vez de estar mejor, están peor, porque los propietarios, no encontrando salida a sus granos, competidos por los de América, dejan de cultivar las tierras o solamente hacen cultivar aquel trozo más productivo, y por esta causa gran número de campesinos queda sin trabajo. El grano cuesta poco, es verdad; pero la pobre gente no gana siquiera aquel poco necesario para comprarlo.

*Pepe*. – Ahora comprendo. Oí decir que no querían dejar venir el grano extranjero, y me parecía una gran barbaridad el rechazar así esta gracia de Dios; creí que los señores querían dejar morir de hambre al pueblo; pero ahora he comprendido que tenían razón.

*Jorge*. – No; no es eso: porque si el grano de América no viene, el mal queda en pie. Los propietarios, no teniendo entonces la competencia extranjera, venden su mercancía al precio que les da la gana y…

*Pepe*. – ¿Y qué?

*Jorge*. – ¿Y qué? Me parece haberlo dicho; se necesita ponerlo todo en común a beneficio de todos. Entonces, cuantos más productos haya, mejor estaremos. Si se inventan nuevas máquinas fabricaremos más o se fabricará menos, según convenga, y si en un país, por ejemplo, tienen demasiado grano y nos lo mandan, nosotros les mandaremos lo que a nosotros nos sobre, y resultará el bienestar para todos.

*Pepe*. – Dime una cosa… ¿Y si fuéramos a medias con los propietarios? Ellos pondrían sus tierras y capitales y nosotros el trabajo; después nos repartiríamos el producto: ¿qué dices a esto?

*Jorge*. – Primeramente he de decirte que si quisieras repartir tú no querrían los amos. Tendríamos que apelar a la fuerza, y tanto nos costaría obligarlos a repartir como el quitárselo todo. ¿Por qué, pues, hacer las cosas a medias y dejar subsistir un sistema que perpetúa la injusticia y el parasitismo, e impide el aumento general de la producción que, sin embargo, es una cosa tan necesaria?

Además, ¿con qué derecho -pregunto yo- algunos hombres, sin trabajar, tomarían la mitad de aquello que producen los trabajadores?

Como ya he dicho, no solamente tendríamos que dar la mitad de los productos a los amos, sino que el mismo producto total sería muy inferior al que podría ser; porque cuando existe la propiedad individual, la producción está cohibida y fuera del interés general, por la competencia y falta de organización, y por eso se produce menos de lo que se produciría si el trabajo fuera hecho en común y guiado por el interés general de los productores y consumidores. Es lo mismo que para alzar un gran peso; cien hombres, uno a uno, no bastan para levantarlo, ni los mismos reunidos, si cada uno tirara por su cuenta y tratara de contrariar los esfuerzos de los demás; pero tres o cuatro personas que obren a la vez, combinando sus esfuerzos y sirviéndose de útiles oportunos, lo elevarán más fácilmente. Si uno intenta hacer una aguja, puede que no la haga en una hora; diez hombres reunidos producirían al día millares y millares de ellas. Y cuanto más se adelanta, más máquinas se inventan y más necesidad hay de efectuar el trabajo en común si queremos que los nuevos progresos sean beneficiosos para todos.

En este particular, quiero responder a una objeción que nos hacen muy a menudo.

Los economistas (que es una gente que, pagada o no, reúne bajo el nombre de ciencia una cantidad de embustes y de enredos para demostrar que los señores tienen derecho a vivir del trabajo de los demás) y los demás sabios, dicen a menudo que no es verdad que la miseria exista por causa de que los propietarios lo retengan todo para ellos, sino porque los productos son pocos y no bastan para todos. Dicen esto, para deducir de ellos que de la miseria nadie tiene la culpa y que no hay necesidad ni motivo para rebelarse. El cura os mantiene dóciles y sometidos con decir que es la voluntad de Dios; los economistas dicen que es la ley de la Naturaleza. No los creáis. Verdad es, no obstante, que los actuales productos de la agricultura y de la industria son insuficientes para dar a todos una nutrición buena y abundante, y todas aquellas comodidades de que hoy gozan unos pocos; pero esto es culpa del actual sistema social, porque los dueños no se preocupan del interés general y hacen producir para evitar la baja de los precios. De hecho, verás que mientras dicen que hay pocos productos, dejan infinidad de tierras sin cultivar y muchos obreros sin trabajo.

Pero a esto responden que, aunque se cultivasen todas las tierras y todos los hombres trabajasen con los mejores sistemas conocidos, la miseria existiría igual, porque siendo limitada la productividad de la tierra y pudiendo los hombres procrear un número grandioso de hijos, llegaríamos pronto a un punto en que la producción de los géneros alimenticios quedaría estacionada, mientras la población crecería indefinidamente y la carestía con ello. Por eso, dicen, el único remedio a los males sociales estriba en que los pobres no procreen hijos, o procreen sólo aquellos pocos que puedan mantener discretamente.

Mucho podría discutirse en esta cuestión, en lo que se refiere al porvenir lejano. Hay quien sostiene, y con buenas razones, que el aumento de población encuentra un límite en la misma Naturaleza, sin que haya necesidad de recurrir a frenos artificiales, voluntarios o no. Parece que con el desarrollo de la raza, con el crecimiento de las facultades intelectuales, con la emancipación de la mujer y con el aumento del bienestar, las capacidades generatrices disminuyen naturalmente. Pero éstas son cuestiones que hoy no tienen ninguna importancia práctica ni relación con las causas actuales de la miseria.

Hoy no es cuestión de población, sino cuestión de organización social; y el remedio de no procrear hijos no remedia propiamente nada. De hecho vemos que en los países en que la tierra es abundante y la población escasa, hay tanto miseria como en los países de población densa, y a veces mucha más. Hoy la producción, a pesar de todos los obstáculos derivados de la propiedad individual, crece más rápidamente que la población; la disminución causada por la miseria, depende de la superabundancia de producción relativamente a los medios que para consumir tienen los pobres. Verás cómo los obreros se pasean sin trabajar, mientras los almacenes están llenos de géneros que ellos han producido y que no encuentran compradores. Las tierras que se cultivaban quedan sin cultivar, volviendo a ser bosques, porque hay demasiado grano, los precios bajan y los propietarios no encuentran conveniente el hacerlos cultivar, preocupándose poco o nada de si los campesinos quedan sin trabajo y sin pan.

Se necesita, pues, primeramente, cambiar la organización social, cultivar toda la tierra, organizar la producción y el consumo en interés de todos, dejar el campo libre a la acción de todos los progresos adquiridos y por adquirir, ocupar toda la inmensa parte del mundo deshabitado aún, o casi, y cuando después, a pesar de todas las previsiones optimistas, se viese que la población tiende a ser realmente demasiado numerosa, entonces será ocasión, para los que vivan en aquella época, de pensar en imponer un límite a la procreación. Pero este límite deberán imponérselo todos, sin excepción para un pequeño número de individuos, los cuales no contentos de vivir en la abundancia a expensas del trabajo de los demás, quisieran ser ellos solos los que tuvieran el derecho ilimitado a procrear hijos. Por otra parte mientras existan pobres, éstos no se impondrán nunca el límite, sea porque no tengan otro placer que el de generar, sea porque no pueden pensar en la escasez absoluta de los productos cuando tienen ante sus ojos una causa más inmediata de miseria, es decir, el amo, que se apropia de la parte del león. Cuanto más desgraciado es uno, más inseguro está del mañana, y, naturalmente, más imprevisor y menos se preocupa. Sólo cuando todo sea de todos y todos sufran igualmente, sólo entonces los hombres podrán, allí donde sea necesario, imponerse voluntariamente un límite que ningún poder humano lograría imponer a la fuerza.

Pero volvamos a la cuestión del reparto del producto entre el propietario y el trabajador; ¿qué es lo que daríais a aquellos que no hubiesen trabajado? A los propietarios, mientras son propietarios, no se les puede obligar a emplear gente de la cual no tiene necesidad.

Este sistema, llamado *participación* o *mediería*, era bueno antes para el trabajo de los campos en muchas partes de la Europa meridional, y aun hoy en alguna parte de Italia, como en Toscana. Pero poco a poco irá desapareciendo; desaparecerá hasta en Toscana, porque los propietarios encuentran más ventajoso hacer trabajar a jornal. Hoy, además, con las máquinas, con la agricultura científica y con los productos que vienen del extranjero, adoptar el gran cultivo con obreros asalariados es para los propietarios una necesidad y aquellos que no lo adopten a tiempo, se verán reducidos a la miseria por la competencia.

En conclusión, para no alargarnos más, si se continúa con el sistema actual, se llegará a los siguientes resultados: la propiedad se concentrará cada día más en manos de unos pocos, y el trabajador será gradualmente arrojado a la calle por las máquinas y por los métodos rápidos de producción. Así tendremos a unos cuantos señores dueños del mundo: pocos trabajadores ocupados al servicio de las máquinas y criados y soldados que servirán para defender a los señores. La masa general, o morirá de hambre o vivirá de limosna. Se principia a tocar este resultado; la pequeña propiedad desaparece, los obreros sin trabajo aumentan, y los señores, por miedo o por piedad hacia toda esta gente que muere de hambre, organizan las cocinas económicas y otras obras llamadas de beneficencia. Si el pueblo no quiere verse reducido a mendigar un plato de sopa a las puertas de los señores o del municipio, como sucedía antes a las puertas de los conventos, no tiene sino un solo medio: tomar posesión de la tierra y las máquinas y trabajar por su cuenta.[[6]](#footnote-6)

*Pepe*. – ¿Pero si el gobierno hiciese buenas leyes, que obligaran a los señores a no hacer sufrir a la gente pobre?

*Jorge*. – Estamos donde estábamos. El gobierno está compuesto de señores, y no hay que dudar, éstos no querrán nunca hacer leyes contra ellos. Y cuando llegara el día en que gobernaran los pobres, ¿por qué hacer las cosas a medias y dejar en poder de los señores lo suficiente para que después, poco a poco, nos pusiesen otra vez el pie al cuello? Porque, y tú lo comprendes muy bien, allí donde hay ricos y pobres, éstos podrán gobernar un momento, mientras dure el motín, pero después son siempre los señores los que concluyen mandando. Por eso, si logramos por un momento ser los más fuertes, quitemos en seguido los bienes a los ricos, y así éstos no tendrán ya los medios de hacer volver las cosas al estado de antes.

*Pepe*. – He comprendido. Es preciso hacer una buena república. Todos iguales, y después, quien trabaje que coma, y quien no, que se rasque la barriga… lo que siento es que ya soy viejo. Felices vosotros, los jóvenes, que alcanzaréis esos buenos tiempos.

*Jorge*. – Poco a poco, amigo. Por *república* entiendes la revolución social, y así, para quien sabe comprender tu pensamiento, tienes perfecta razón. Pero te expresas muy mal, porque república no significa, ni con mucho, lo que tú comprendes por tal. Retén en la memoria que la república es un gobierno tal como el que actualmente gobierna, solamente que, en lugar de un rey, hay un presidente, o ni siquiera el presidente, y gobiernan entonces los ministros. Suprimido el rey, el gobierno se llama siempre república, aunque hubiera la inquisición, los tormentos, la esclavitud. Si quieres la república tal como quieren hacerla en Italia, a la supresión del rey debes añadir el siguiente cambio: en vez de dos cámaras, habrá una sola, la cámara de diputados.

Y nada más, porque todo lo demás, como, por ejemplo, aquello de no haber más soldados, de pagar pocas contribuciones, de tener muchas escuelas, de proteger a los pobres, son promesas que serán mantenidas… si los señores diputados quieren. Tocante a prometer, no hay necesidad de que sean republicanos, porque actualmente, cuando los candidatos tienen necesidad de ser elegidos, prometen el oro y el moro, y después, una vez elegidos, si te he visto no me acuerdo.

Además, todo eso son charlatanerías; mientras existan ricos y pobres, mandarán siempre los ricos. República o monarquía, los hechos que derivan de la propiedad individual son siempre los mismos. La competencia regula todas las relaciones comerciales; la propiedad se concentra así en pocas manos; las máquinas reemplazan a los trabajadores, y las masas del pueblo estarán reducidas, como ya he dicho, a morir de hambre o a vivir de limosna.

Además, ya se ve. República ha habido, y hay aún algunas y nunca han traído una mejora de las condiciones del pueblo.

*Pepe*. – ¡Toma, qué escucho! ¡Y yo que creía que república significaba que todos debíamos ser iguales!

*Jorge*. – Los republicanos así lo dicen, apoyándose en el siguiente raciocinio: «En república -dicen- los diputados que hacen las leyes son elegidos por todo el pueblo; por eso cuando el pueblo no está contento manda a otros que sean mejores, y todo se arregla; como que los pobres son la mayoría, en el fondo ellos son los que mandan». Pero lo cierto, lo real, es diferente. Los pobres, y precisamente porque son pobres, son también ignorantes y supersticiosos, votan tal como quieren los curas y los amos, y votarán siempre igual, hasta que conquisten la independencia económica y la conciencia clara de sus intereses.

Tú y yo, si hemos tenido la inmensa fortuna de ganar algo más o de podernos instruir mejor, podemos tener la capacidad necesaria para comprender nuestro interés y la fuerza para afrontar la venganza de los amos; pero la gran masa, mientras duren las condiciones presentes, no; y frente a la urna no es como en una revolución, que un hombre valeroso e inteligente vale por cien tímidos y arrastra tras sí a muchos que por sí propios no hubieran tenido jamás la energía de rebelarse. Frente a la urna, lo que vale es el número, y mientras existan curas, amos y gobiernos, el número será siempre del cura, que dispone del infierno y del paraíso; del amo, que da o quita el pan a quien quiere, y del gobierno, que tiene los policías para intimidar y los empleos para corromper.

Aun hoy, en sustancia, la mayor parte de los electores son pobres, y, sin embargo, ¿qué hacen cuando van a votar? ¿Acaso nombran a pobres que conozcan y quieran defender sus intereses?

*Pepe*. – Esto ya se sabe; preguntan al amo a quién han de votar y hacen lo que él quiere. Además, que si no lo hicieran así, el amo los despediría.

*Jorge*. – Pues ya lo ves. ¿Qué quieres esperar, pues, del sufragio universal? El pueblo mandará al parlamento a los señores, y éstos sabrán arreglarse de modo que puedan tener al pueblo, siempre ignorante y esclavo, como en la actualidad, y cuando vieran que con la República no podían lograrlo, tienen en sus manos medios suficientes para echarlo todo a rodar.

Por eso no hay más que un medio: expropiar a los señores y entregarlo todo al pueblo. Cuando el pueblo vea que todo es suyo y que es cuestión suya saberse arreglar para poder estar bien, entonces sabrá gozar de las riquezas y hasta sabrá guardárselas.

*Pepe*. – ¡Ya lo creo! Pero los campesinos no comprenden la república tal como tú dices que es. Al contrario ahora comprendo que aquello que nosotros llamamos república es lo mismo que ustedes llaman socialismo. ¿Pero no podría marchar adelante con el nombre de la república? ¡Qué nos importa el nombre! Lo esencial es que se hagan las cosas como se requiere.

*Jorge*. – Lo que tú dices es justo; pero hay en ello un peligro grande. Si el pueblo continúa creyendo que la república es un bien para él, cuando llegue un día en que ya no pueda más y haga la revolución, los republicanos lo contentarán en seguida, diciéndole que ya puede marcharse tranquilo a su casa y pensar en nombrar diputados, porque luego quedará todo arreglado.

El pueblo, crédulo como siempre, dejará el fusil y se desahogará en cantos, músicas y alegrías. Entre tanto, los señores todos se harán republicanos, rivalizarán en ser todo corazón para el pueblo, repartirán algún dinero, un poco de vino y muchas fiestas, pagarán algo mejor a los trabajadores y se harán nombrar diputados para alcanzar el poder. Después, poco a poco, dejarán calmar la tempestad, y prepararán las fuerzas para refrenar al pueblo, el cual, un día comprobará que ha vertido su sangre por otros y que continúa peor que antes.

Como sucede muy pocas veces que el pueblo se rebele y salga vencedor, necesita que se aproveche de la primera ocasión y aplique en seguida el socialismo, no escuchando promesas, tomando directamente posesión de las riquezas, ocupando las casas, las tierras y los talleres. Al que le hable de república deberá considerársele y tratársele como a un enemigo, o si no, sucederá otra vez como en el 59 y el 60.

Las palabras parece que tienen poco valor, pero precisamente con las palabras ha sido como se ha burlado y engañado al pueblo.

*Pepe*. – Tienes razón; hemos sido tantas veces sacrificados, que necesitamos ahora abrir mucho los ojos.

Pero un gobierno siempre es necesario que lo haya. Si no hay alguno que mande, ¿cómo irían las cosas?

*Jorge*. – ¿Y por qué han de mandarnos? ¿Por qué no podremos arreglarnos según nuestros intereses?

Quien manda, procura siempre su comodidad e interés, y siempre, sea por ignorancia o por maldad, traiciona al pueblo. El poder pervierte siempre hasta a los más buenos. Además, se necesita, y ésta es la razón principal por la que no queremos que nos manden, se necesita, repito, que los hombres cesen de ser un rebaño de ovejas, y se habitúen a pensar y hacer por medio de su dignidad y de su fuerza. El mando de unos educa a los demás en la obediencia, y aunque tuviéramos un gobierno bueno éste sería más corruptor, más perjudicial que un gobierno malo; durante su dominio, o el de sus inmediatos sucesores, sería más fácil que nunca un golpe de Estado que destruiría las mejoras conquistadas, restableciendo otra vez los privilegios y la tiranía. Para educar al pueblo en la libertad y en el uso de sus intereses, es preciso dejarlo que obre por sí mismo, hacerle sentir la responsabilidad de sus actos, tanto en el bien como en el mal que de ellos puedan derivarse. Obrará mal algunas veces y aun muchas veces; pero por las consecuencias que sufrirá, comprenderá que ha obrado mal, y buscará nuevos caminos para evitarlo, sin contar que el mal que pueda hacer un pueblo abandonado a sí mismo no es ni la milésima parte del que hace el más benigno de los gobiernos. Para que un niño aprenda a caminar, es preciso dejarlo que camine, y no espantarse de algunas caídas y tropezones que pueda dar.

*Pepe*. – Sí, pero para que el niño ande, necesita cierta fuerza en las piernas, o si no tiene que continuar en brazos de la madre.

*Jorge*. – Es verdad; pero los gobiernos no se parecen en nada a una madre, y no son ellos los que mejoran y fortalecen al pueblo; antes al contrario, todos los progresos sociales se cumplen casi siempre a pesar de los gobiernos. Estos, todo lo más que hacen, es traducir en leyes aquello que pasa a ser necesidad y voluntad de la masa y lo adulteran después por espíritu de dominio o monopolio. Hay pueblos más o menos avanzados, pero en cualquier estado de civilización, aun en el salvajismo, el pueblo atendería a sus intereses mejor de lo que podría hacerla cualquier gobierno nacido de su seno.

Tú supones, según estoy viendo, que el gobierno está compuesto de los más inteligentes y capaces, y esto no tiene nada de verdad, porque generalmente los gobiernos están compuestos, directamente o por delegación, por los que tienen más dinero. Pero aunque fuera lo que supones, ¿acaso la gente inteligente resulta serlo porque ocupe el poder? Aquellos que poseen más capacidad, dejándolos en medio del pueblo y bajo su estímulo, puestos en el gobierno, no sintiendo ya las necesidades del pueblo, forzados a ocuparse de los intereses creados por la política, o sea, de mantenerse en el poder, más bien que de los intereses y necesidades reales de la sociedad, corrompidos por la falta de emulación y estímulo, distraídos del ramo de la actividad en que poseían una competencia real para dictar leyes sobre asuntos que ni siquiera conocían antes, concluirían, aun los más inteligentes y los mejores, por creerse de naturaleza superior, por constituirse en casta y ocuparse del pueblo sólo cuando se necesita esquilmarlo y tenerlo sujeto.

Sería, pues, mejor y más seguro que nosotros mismos pensáramos en nuestros intereses, principiando por lo que atañe a nuestra comunidad y a nuestros oficios, que conocemos mejor, y poniéndonos después de acuerdo con los otros pueblos y otros oficios, no solamente de Italia, sino de todo el mundo, porque los hombres son todos hermanos, y su interés estriba en querer y ayudarse unos a otros. ¿No te parece?

*Pepe*. – Me persuades. Pero y los vividores, los ladrones y los malvados, ¿qué se hará de ellos?

*Jorge*. – Primeramente te diré que cuando no exista ya más miseria e ignorancia, todos estos tampoco existirán. Pero aunque existiera alguno, ¿hay por eso necesidad de tener gobierno y policía? ¿Acaso no seremos aptos nosotros mismos para poner a raya al que no respete a los demás? Lo que haremos no será suprimirlos, como sucede hoy con los reos y aun con los inocentes; pero los pondremos en condiciones que no puedan dañar, y haremos lo posible para volverlos al buen camino.

*Pepe*. – Así, pues, cuando sea un hecho el socialismo, todos estarán contentos y felices, y no habrá ya más miseria, odios, celos, prostitución, guerras e injusticias.

*Jorge*. – No sé hasta qué punto de felicidad podrá alcanzar la humanidad, pero estoy convencido que viviremos lo mejor posible, y que se buscará el modo de mejorar e ir progresando, y los mejoramientos no serán ya, como hoy, en beneficio solamente de unos pocos y en daño de muchos, sino que serán en bien de todos.

*Pepe*. – ¡Ojalá! ¿Pero cuándo sucederá esto? Yo soy ya viejo, y ahora que sé que el mundo no continuará como hoy, me disgustaría morir sin haber visto a lo menos un día de justicia.

*Jorge*. – ¿Cuándo será? No puedo decirlo. Depende de nosotros; cuanto más trabajemos para abrir los ojos a los demás, más pronto vendrá.

Un buen trozo de camino ya está andado. Mientras pocos años atrás sólo unos cuantos predicaban el socialismo y eran tratados de ignorantes, de locos o de charlatanes, hoy la idea es conocida de muchos, y los pobres que al principio sufrían pacientemente, o se rebelaban movidos por el hambre, pero sin conciencia de las causas y de los remedios a sus males, dejándose matar y matándose entre ellos, por cuenta de los señores, hoy en todo el mundo se agitan, se conciertan entre ellos, se rebelan con la idea de libertarse de los amos y de los gobiernos, y no cuentan ya sino con sus propias fuerzas, comprendiendo al fin que todos los partidos en que se dividen los señores, son todos igualmente sus enemigos.

Activemos la propaganda ahora que el momento es propicio: unámonos todos los que comprendemos la cuestión; aticemos el fuego que arde en medio de la masa; aprovechémonos de todos los descontentos, de todos los movimientos, de todos los motines, demos un golpe vigoroso, sin miedo, y pronto, muy pronto, el edificio burgués caerá en tierra y el reino de la libertad y del bienestar habrá principiado.

*Pepe*. – Está bien; pero procuremos no hacer las cosas sin contar con la huéspeda. Quitar la riqueza a los señores está pronto dicho; pero hay los soldados, la policía, la guardia civil, y ahora que en ellos pienso tengo miedo de sus grilletes y cárceles; sus cañones están construidos para esto; para defender a los señores y no para otra cosa.

*Jorge*. – Esto se sabe, amigo Pepe, la policía y el ejército están ahí para enfrentar al pueblo y asegurar la tranquilidad de los señores; pero si ellos tienen los fusiles y los cañones, no quiere decir que nosotros tengamos que hacer la revolución con las manos vacías. Sabemos muy bien disparar los fusiles y con la astucia podemos procurárnoslos; hay además la pólvora, la dinamita y todas las materias explosivas, las materias incendiarias y demás útiles que, si en manos del gobierno sirven para tener sujeto al pueblo a la esclavitud, en manos del pueblo sirven para conquistar la libertad. Las barricadas, las minas, las bombas y los incendios son los medios con los cuales se resiste al ejército, y no nos haremos rogar mucho para servirnos de ellos. Ya se sabe que la revolución no se hace con agua bendita y letanías.

Por otra parte, considera que los pobres son la inmensa mayoría y que si llegan a comprender las ventajas del socialismo, no hay fuerza en el mundo que pueda obligarles a quedarse como hoy están. Considera que los pobres son los que trabajan y lo producen todo, y que si sólo una parte importante de ellos suspendiera el trabajo, habría un desequilibrio tal, un tal pánico, que la revolución se impondría en seguida como una única solución posible. Considera también que los soldados en general son también pobres, obligados por la fuerza a hacer de espías y verdugos con sus propios hermanos, y que simpatizarán, primero en secreto, abiertamente después con el pueblo, y podrás persuadirte que la revolución no es tan difícil como pueda parecer a primera vista.

Lo esencial es tener siempre presente la idea de que la revolución es necesaria, estar siempre dispuesto a hacerla, prepararse continuamente… y no dudes que la ocasión, espontánea o provocada, no dejará de presentarse.

*Pepe*. – Tú dices eso y yo creo que tienes razón. Pero los hay también que dicen que la revolución no sirve y que las cosas maduran por sí mismas. ¿Qué dices a ello?

*Jorge*. – Debes saber que desde que el socialismo se ha hecho poderoso y los burgueses, o sea, los señores, han principiado a tener miedo seriamente, están intentando todos los medios para cambiar la marcha de la tempestad y engañar al pueblo. Todos han dicho que eran socialistas, hasta los emperadores… y dejo a tu consideración qué clase de socialismo se habrán inventado. Del seno de nuestros propios compañeros han salido, desgraciadamente, traidores que, atraídos por la importancia que los burgueses les daban para atraérselos y por las ventajas que podían obtener, abandonando la causa revolucionaria, se han puesto a predicar las «vías legales», las elecciones, la alianza con los partidos que dicen ser afines, y de esta manera se han procurado un puesto en la burguesía y tratan de locos o peor a todos aquellos que queremos hacer la revolución; pero entretanto… quieren que los nombren diputados.

Cuando alguno te diga que la revolución no es necesaria o te hable de nombrar diputados o consejeros comunales, o de hacer causa común con una fracción cualquiera de la burguesía, si es un compañero tuyo, y que como tú trabaja, procura persuadirle de su error; pero si es un burgués o uno que quiere serio, considéralo como un enemigo y continúa con la misma idea.

Basta; otra vez hablaremos más largamente de toda esta cuestión. Hasta la vista.

*Pepe*. – Hasta la vista, y estoy contento porque me has hecho comprender muchas cosas que, ahora que me las has explicado, me parece imposible que no se me hayan ocurrido antes. Hasta la vista.

----------

*Pepe*. – Espera, ahora que estamos reunidos, para no separarnos con la boca seca, vamos a beber un vasito, y entretanto te preguntaré alguna otra cosa. Todo lo que me has dicho lo he comprendido…; después recapacitaré en ello y procuraré persuadirme por mí mismo. Pero tú no me has dicho casi ninguna de aquellas palabras difíciles que oigo pronunciar siempre que se habla de estas cosas y que me enredan la cabeza porque no las comprendo. Por ejemplo, he oído decir que ustedes son *comunistas*, *socialistas*, *internacionalistas*, *colectivistas*, *anarquistas* y qué se yo. ¿Puede saberse qué significan precisamente estas palabras y qué es lo que son verdaderamente?

*Jorge*. – ¡Ah!, justo; has hecho bien en preguntarme esto, porque las palabras son necesarias para entenderse y distinguirse; pero cuando no se comprenden bien, son causa de confusiones.

Debes saber, pues, que los «socialistas» son aquellos que creen que la miseria es la causa primera de todos los males sociales, y que hasta que no se le haya hecho desaparecer, no habrá modo de destruir la ignorancia, la esclavitud, la desigualdad política, la prostitución y todos los demás males que mantienen al pueblo en tan terrible estado y que son, sin embargo, casi nada comparados con los sufrimientos que se derivan directamente de la miseria. Los «socialistas» creen que la miseria depende del hecho de que la tierra y todas las primeras materias, las máquinas y los instrumentos del trabajo pertenezcan a unos pocos individuos, los cuales disponen por esto de la vida y muerte de la clase trabajadora, y se encuentran en un continuo estado de lucha y competencia, no sólo contra los *proletarios*, que nada poseen, sino entre ellos mismos, para disputarse unos a otros la propiedad. Los «socialistas» creen que aboliendo la propiedad individual, o sea la causa, se abolirá al propio tiempo la miseria, o sea el efecto. Y esta propiedad se puede y debe abolir, porque la producción y la distribución de las riquezas debe hacerse según el interés actual de los hombres, sin ninguna consideración a los llamados derechos conquistados, o sean los privilegios que los señores actuales se abrogan con la excusa de que sus antepasados fueron más fuertes o más afortunados y astutos, o sea más virtuosos o laboriosos que los demás.

Así, pues, se da el nombre de «socialista» a todos aquellos que quieren que la riqueza social sirva a todos los hombres, y que quieren también que desaparezcan los propietarios y los proletarios, ricos o pobres, amos o subordinados.

Años atrás, esto era regla sabida; bastaba llamarse «socialista» para que uno fuera perseguido y odiado por los señores, los cuales hubieran preferido mejor un millón de asesinos que un solo socialista. Pero, como ya he dicho, cuando los señores y todos aquellos que quieren serlo, vieron que, a pesar de todas sus persecuciones y calumnias, el «socialismo» avanzaba y el pueblo principiaba a abrir los ojos, pensaron que había necesidad de enredar la cuestión para mejor engañarlo; muchos de ellos comenzaron por decir que también eran socialistas, porque ellos también querían el bien del pueblo y comprendían perfectamente la necesidad de destruir o disminuir la miseria. Primero dijeron que la cuestión de la miseria y los males que de ella se derivan, no existían; hoy que el socialismo los amedrenta, dicen que es socialista todo aquel que estudia dicha cuestión social, como podría llamarse médico al que estudiara una enfermedad, no con la intención de curarla, sino de alargarla todo lo posible.

Así, pues, hoy se encuentran personas que se llaman socialistas, entre los republicanos, realistas, magistrados, policías, en todas partes, y su socialismo consiste en entretener al pueblo o hacerse nombrar diputados prometiendo cosas que, aunque quisieran, no podrían mantenerlas.

Hay ciertamente, entre estos falsos socialistas, algunos de buena fe, y que creen obrar bien; pero, ¿qué importa? Si uno, creyendo hacerles bien, los matara a bastonazos, procurarían seguramente quitarle el palo de las manos, y todas sus buenas intenciones servirían a lo sumo para evitar que le rompieran la cabeza, cuando se lo hubieran quitado.

Por eso, cuando uno les dice que él es «socialista», pregúntenle si quiere abolir la propiedad individual, o en una palabra, si quiere o no desposeer a los señores de todas sus riquezas para ponerlas en común. Si responde que sí, abrásenlo; si no, pónganse en guardia, porque trataran con un enemigo.

*Pepe*. – Así, pues, tú eres «socialista», he comprendido. ¿Pero qué es lo que quiere decir *comunista* y *colectivista*?

*Jorge*. – Los *comunistas* y los *colectivistas* son todos *socialistas*, pero tienen ideas diversas respecto a lo que debe hacerse, después que la propiedad sea común; haz memoria, pues creo haber explicado algo de esto; los *colectivistas* dicen que, cada trabajador, o mejor dicho, cada asociación de trabajadores, debe poseer las primeras materias y los instrumentos para trabajar, y cada uno debe ser dueño del producto de su trabajo. Mientras que uno vive, lo gasta o lo conserva, hace de él lo que quiere, menos hacerla servir para hacer trabajar a los demás por su cuenta, y cuando muere, si ha ahorrado algo, vuelve a la comunidad. Sus hijos tienen, naturalmente, los medios para poder trabajar y gozar del fruto de su trabajo y hacerles heredar sería un primer paso para volver a la desigualdad y al privilegio. En lo referente a la instrucción, al mantenimiento de los niños, de los viejos o inutilizados por el trabajo; de las calles, agua, iluminación e higiene pública, y a todas aquellas cosas que deben realizarse en beneficio de todos, cada asociación de trabajadores aportaría un tanto para compensar a los que desempeñan estos oficios.

Los *comunistas* van más lejos aún, diciendo: ya que para adelantar bien es necesario que los hombres se amen y se consideren como miembros de una sola familia; ya que la propiedad debe ser común, ya que el trabajo para ser muy productivo y servirse de las máquinas, debe hacerse por grandes colectividades obreras: ya que, para aprovechar todas las variaciones del terreno y condiciones atmosféricas y hacer que cada lugar produzca lo que mejor a él se adapte, y para evitar, por otra parte, la competencia y los odios entre diferentes países y que la gente acuda a los puntos más ricos, es necesario establecer una solidaridad perfecta entre todos los hombres del mundo, como que, además, sería una cosa muy difícil de distinguir en un producto la parte que a cada factor diverso pertenece, en lugar de confundirnos con lo que cada uno puede haber trabajado, trabajaremos todos y lo pondremos todo en común.

Así, *cada individuo dará a la sociedad todo aquello que sus fuerzas le permitan dar, mientras no existan productos suficientes para todos; y cada uno tomará todo aquello que necesite, limitándose, se entiende, en todas aquellas cosas en las cuales no se haya podido llegar a la abundancia*.

*Pepe*. – Un momento. Antes debes explicarme qué significa la palabra *solidaridad*, porque has dicho que debe existir una *solidaridad* perfecta entre todos los hombres, y yo, a decirte verdad, no lo he comprendido.

*Jorge*. – Por ejemplo, en tu familia, todo aquello que ganas tú, tus hermanos, tu mujer, los hijos, los ponen en común. En común se reparten la comida y si no hay bastante para todos, todos juntos comen menos. Ahora, si uno de ustedes tiene una fortuna o gana más dinero, es un bien para todos; si, al contrario, uno queda sin trabajo o se pone enfermo, es mal para todos, porque ciertamente, entre ustedes, aquél que no trabaja come igual que los demás, y aquel que está enfermo causa gastos mayores a veces. De esta manera sucede que en su familia, en lugar de quitarse unos a otros el pan de la boca procura ayudarse porque el bien de uno lo es de todos y el mal de otro también. De este modo se evitan los odios y la envidia y se desarrolla un afecto recíproco, que no existe nunca en aquella familia cuyos intereses están divididos.

Esto se llama *solidaridad*. Se trata, pues, de establecer entre todos los hombres las mismas relaciones que existen en una familia cuyos individuos se quieren de verdad.

*Pepe*. – He comprendido. Ahora, volviendo a la cuestión, dime si tú eres *comunista* o *colectivista*.

*Jorge*. – Soy comunista porque, cuando se ha de ser amigos, vale más serlo por completo que amigos a medias. El *colectivismo* deja aún los gérmenes de la rivalidad y del odio. Pero aún hay más. Si cada uno pudiese vivir con lo que él mismo produce, el *colectivismo* sería siempre inferior al *comunismo*, porque tendería a mantener a los hombres aislados, y, por consiguiente, disminuiría sus fuerzas y sus afectos; pero a pesar de esto, se podría marchar con él. Pero como, por ejemplo, el zapatero no puede comer zapatos, ni el fundidor hierro, y el agricultor no puede fabricar por sí mismo todo aquello que necesita, y no puede siquiera cultivar la tierra sin los operarios que extraen el hierro y los que fabrican los instrumentos, y así todo lo demás, habría necesidad de organizar el cambio entre los diversos productores, teniendo en cuenta para cada una aquello que produce. Entonces sucedería necesariamente que el zapatero, por ejemplo, procuraría dar el mayor valor posible a sus zapatos, pretendería por un par de ellos, adquirir la mayor cantidad posible que quisiera de otros productos, y el agricultor por su parte procuraría darle la menor cantidad posible. ¿Quién sería capaz de arreglarlo? El *colectivismo* me parece que daría lugar a una cantidad de cuestiones y se prestaría siempre a muchos enredos que, a durar mucho, tal vez nos volverían al punto de partida.

El *comunismo*, por el contrario, no da lugar a ninguna dificultad; todos trabajan y todos disfrutan de todo. Basta sólo saber cuáles son las cosas que se necesitan para satisfacer a todos, y hacer de modo que todas estas cosas sean abundantemente producidas.

*Pepe*. – ¿En el *comunismo* no habría, pues, necesidad de moneda?

*Jorge*. – Ni de moneda ni de nada que la sustituya. Nada más que un registro de las cosas pedidas y de las producidas, para tener siempre la producción a la altura de las necesidades.

La sola dificultad sería si hubiera muchos que no quisieran trabajar; pero ya he dicho las razones por las cuales el trabajo, que hoyes una pena tan grave, se cambiaría en un placer, al mismo tiempo que en una obligación moral, que sólo un loco podría rechazar. También he dicho que lo peor que puede suceder si por efecto de la mala educación que hemos recibido o por alguna privación a la cual deberíamos sustraernos antes que la nueva sociedad fuese organizada y la producción multiplicada en proporción de las nuevas necesidades, si, repito, hubiera quienes no quisieran trabajar o que quisieran crear dificultades, todo se reduciría a echarlos de la comunidad, dándoles las primeras materias y los instrumentos de trabajo, para que trabajaran por su cuenta. Así, cuando quisieran comer, se pondrían a trabajar. Pero ya verás cómo estos casos no abundarán.

Además, que lo que nosotros queremos hacer por la fuerza es poner en común los terrenos, materias primas, instrumentos de trabajo, edificios y todas las riquezas que actualmente existen. Referente al modo de organizarse y de distribuir la producción, el pueblo hará lo que quiera, tanto más cuanto que en la práctica puede verse cuál es el mejor sistema. Hasta puede preverse, casi con certeza, que en unos sitios se establecerá el comunismo, en otros el colectivismo y en otros otra cosa, y cuando se haya visto cuál sistema es el mejor, los demás lo irán adoptando.

Lo esencial, recuérdalo bien, es que nadie empiece queriendo mandar a los demás y apropiarse de la tierra y útiles de trabajo. A esto hay que estar atentos, para impedirlo, si sucediera, aunque tuviéramos que recurrir a las armas; lo demás irá por sí solo.

*Pepe*. – Esto también lo he comprendido. Dime ahora, ¿qué es la *anarquía*?

*Jorge*. – *Anarquía*, significa no gobierno. ¿No te he dicho ya que el gobierno no sirve sino para defender a los señores, y que cuando se trata de nuestros intereses, lo más lógico es que procuremos por ellos nosotros mismos, sin que alguien venga a mandarnos? En lugar de nombrar diputados y consejeros comunales que hacen y deshacen, a los cuales nos toca obedecer, trataremos nosotros mismos lo que nos atañe y decidiremos lo que hay que hacer, y cuando, para poner en ejecución nuestras deliberaciones, hubiese necesidad de encargarlas a alguno, le encargaríamos hacer tal o cual cosa y nada más. Si se tratara de cosas que no pueden establecerse en seguida, entonces encargaríamos a los que son capaces de ello, que lo vieran, estudiaran y propusieran; de todos modos nada se efectuaría sin nuestra voluntad. Así, nuestros delegados, en lugar de ser individuos a los que habríamos dado el derecho de mandarnos, serían personas escogidas entre las más inteligentes en todas las materias, que no tendrían autoridad y sí sólo el deber de efectuar lo que los interesados quisieran; por ejemplo: uno se encargaría de organizar las escuelas, o trazar una calle o proveer el cambio de productos, de la misma manera como se encarga hoy al zapatero que haga un par de zapatos.

Esto es la *anarquía*. Además, que si quisiera explicarte todo lo que sobre este tema hay que hablar, debería explicar otro tanto más de lo que ya hemos hablado. Otra vez lo haremos más extensamente.

*Pepe*. – Está bien, pero entretanto, ya que me has excitado la curiosidad, te pido que me des otra explicación respecto a lo mismo.

Explícame cómo debería arreglarme, pobre ignorante como soy, para entender todas aquellas cosas que llaman política y efectuar por mí mismo lo que hacen los ministros y diputados.

*Jorge*. – ¿Qué es lo que hacen ministros y diputados para que tengas que lamentarte de no saberlo hacer? Hacen las leyes y organizan la fuerza para sujetar al pueblo y garantizar la expoliación que ejercen los propietarios: he ahí todo. Esta ciencia no tenemos ninguna necesidad de aprenderla.

Verdad es que los ministros y diputados se ocupan de muchas cosas que son buenas y necesarias; pero mezclarse en ellas para volverlas en provecho de una clase dada o de una persona, o entorpecer el desarrollo con reglamentos inútiles y vejatorios no quiere esto significar que uno se ocupe de dichas cosas. Por ejemplo: esos señores intervienen en los asuntos ferroviarios; pero para construir y aprovechar un ferrocarril, no hay ninguna necesidad de ellos, como no hay necesidad de los accionistas; bastan los ingenieros, los mecánicos, obreros y empleados de todas categorías, y éstos siempre subsistirán, aun cuando los ministros, diputados, y otros parásitos hayan desaparecido por completo.

Lo mismo puede decirse del correo, del telégrafo, de la navegación, de la instrucción pública, de los hospitales, cosas todas ellas efectuadas por trabajadores diversos, como empleados postales, telegrafistas, marineros, maestros, médicos y en las cuales el gobierno sólo se introduce para estorbar, aprovecharse y esquilmar.

La política, tal como la entienden y efectúan las gentes del gobierno, es para nosotros una cosa difícil, porque se ocupa de cosas que, a nosotros, los trabajadores, nos importan dos cominos y porque no tienen nada que ver con los intereses reales de la población, a la que sólo tiende a engañar y dominar. Si, al contrario, se tratase de establecer lo mejor posible las necesidades del pueblo, entonces resultaría mucho más difícil para el diputado que para nosotros.

De hecho, ¿qué quieres que sepan los diputados que viven en Roma de las necesidades de todas las ciudades y campiñas de Italia? ¿Cómo quieres que gente que, generalmente, ha perdido su tiempo en el latín y el griego y lo pierde actualmente con peor utilidad, pueda comprender los intereses de los diferentes oficios? De otra manera sucedería si cada uno se ocupara de las cosas que sabe y de las necesidades que siente y ve.

Hecha la revolución, necesitamos principiar las cosas por abajo e ir subiendo gradualmente. El pueblo se encuentra dividido en agrupaciones y en cada una hay diversos oficios que en seguida, bajo el efecto del entusiasmo y el impulso de la propaganda, se constituirían en asociaciones. Ahora dime, los intereses de su agrupación y de su oficio, ¿quién mejor que ustedes los comprenderá?

Cuando se trate de poner de acuerdo muchas agrupaciones u oficios, los delegados respectivos llevarán a una asamblea a propósito los votos de los que los envíen y tenderán a armonizar las diversas necesidades y los varios deseos. Las deliberaciones estarán siempre sujetas a la comprobación y aprobación de los mandantes, de modo que no hay peligro de que los intereses del pueblo sean relegados al olvido.

Y de este modo se procederá hasta poner de acuerdo a todo el género humano.

*Pepe*. – Pero si en un país o en una asociación hay quien lo comprende de una manera y quien de otra, ¿cómo se arreglará? Vencerán los que estén en mayoría, ¿verdad?

Jorge. – De derecho, no, porque ante la verdad y la justicia, el número no tiene valor y a veces uno solo puede tener razón contra cien. En la práctica se arreglará como se pueda; se harán esfuerzos por conseguir la unanimidad cuando fuese posible, o se remitirá la decisión a una tercera persona árbitro, salvo siempre la inviolabilidad de los principios de igualdad y de justicia, por los cuales se rige la sociedad.

Nota, sin embargo, que las cuestiones en que no podrá ponerse de acuerdo sin recurrir al voto o al arbitraje, serán muy pocas o de escasa importancia, porque no existirán ya las divisiones de intereses como existen hoy, porque cada uno podrá elegir el pueblo y la asociación, o sea los compañeros más afines y, sobre todo, porque se tratará siempre de decidir sobre asuntos claros, que todos puedan comprender y que pertenecen más bien al campo positivo de la ciencia que al campo movible de la opinión. Y cuanto más se adelante, tanto más inútil será el voto, anticuado y hasta ridículo, porque cuando se haya encontrado, mediante la experiencia, en un problema dado, la solución que mejor satisfaga las necesidades de todos entonces habrá sólo necesidad de demostrar y persuadir, no de aplastar con una mayoría numérica a la opinión contraria. Por ejemplo, ¿no los haría reír el que se llamara hoy a los campesinos a votar sobre la época en que se debe sembrar el trigo, cuando ese es un asunto solucionado ya por la experiencia? Y si no fuera así, ¿recurrirían al voto o a la experiencia? Así pasará con todo lo que se refiere a la utilidad pública y privada.

*Pepe*. – Pero, ¿y si, a pesar de todo, hubiese quien por un capricho cualquiera quisiera oponerse a una deliberación acordada en interés de todos?

*Jorge*. – Entonces claro está que se necesitaría recurrir a la fuerza, porque, si no es justo que una mayoría oprima a una minoría tampoco lo es lo contrario, y como las minorías tienen el derecho de insurrección, las mayorías lo tienen de defensa, y, no ofenda la palabra, el de represión.

No olvides que siempre y en todas partes los hombres tienen el derecho imprescindible a las materias primeras y a los útiles de trabajo, así es que pueden siempre separarse de los demás y quedar libres e independientes. Verdad que esta no es una solución satisfactoria, porque así los disidentes quedarían privados de muchas ventajas sociales que el individuo aislado o el grupo no pueden producir y que reclaman el concurso de toda una gran colectividad… ¿qué quieres? los mismos disidentes no podrían pretender que la voluntad de muchos fuese sacrificada a la de pocos.

Convéncete; fuera de la solidaridad, del amor, de la mutua asistencia y cuanto surge de la mutua tolerancia, no hay sino tiranía y guerra civil; pero ten la seguridad de que, como la tiranía y la guerra civil dañan a todos indistintamente, apenas los hombres sean árbitros de sus destinos, se inclinarán a la solidaridad, por la cual solamente pueden realizarse nuestros ideales, y por ello la paz, el bienestar y el progreso universal.

Nota también que el progreso, mientras tiende a solidarizar cada día más a los hombres entre sí, tiende también a hacerlos más independientes y capaces de bastarse a sí solos. Por ejemplo: Hoy para viajar rápidamente por tierra, hay que recurrir al ferrocarril, el cual requiere, para ser construido y aprovechado, el concurso de gran número de personas; así es que cada uno está obligado, aun ·dentro de la anarquía, a adaptarse al trazado, al horario y a las otras reglas que la mayoría cree mejores. Pero si mañana se inventa una locomotora que un hombre solo pueda manejar sin peligro para él y para los demás, en una calle cualquiera, hete aquí que ya no hay necesidad de contar en este caso con el parecer de los demás, y cada uno puede viajar por donde le parezca y a la hora que guste.

Y así en miles de otros casos que podrían citarse en la actualidad o que el porvenir encontrará. Puede decirse que la tendencia del progreso es hacia un género de relaciones entre los hombres que puede definirse en la siguiente forma: *solidaridad moral e independencia material*.[[7]](#footnote-7)

*Pepe*. – Está bien. Tú, pues eres *socialista* y entre los socialistas, eres comunista y anarquista: ¿por qué te llaman, además, *internacionalista*?

*Jorge*. – Los socialistas han sido llamados *internacionalistas* porque la primera gran manifestación del socialismo moderno fue la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, que para abreviar se llama la *Internacional*.

Esta asociación, nacida en 1864, con el objeto de unir los trabajadores de todas las naciones en la lucha por la emancipación económica, tenía al principio un programa muy indeterminado. Al determinarse se dividió en varias fracciones, y la parte más avanzada llegó hasta formular y propagar los principios del socialismo anárquico, que es lo que he intentado explicar.

Actualmente esta asociación ha dejado de existir, en parte por haber sido perseguida y proscripta, en parte por las divisiones intestinas y por las varias opiniones que se disputaban el campo. De esta asociación ha nacido el gran movimiento obrero que actualmente agita el mundo, y los varios partidos socialistas de los diversos países, y el *Partido Internacional Socialista-anárquico Revolucionario*, que ahora se está organizando para dar el golpe mortal al mundo burgués.

Este partido tiene por objeto propagar con todos los medios posibles los principios del socialismo anárquico; combatir toda esperanza en las concesiones voluntarias de los amos o del gobierno y en las reformas graduales o pacíficas; despertar en el pueblo la conciencia de sus derechos y el espíritu de rebeldía y empujarlo y ayudarlo a efectuar la revolución social, o sea a destruir el poder político o gobierno y a poner en común todas las riquezas existentes.

Forma parte de este partido, el que acepta su programa y quiere combatir junto con los demás para su ejecución. No teniendo el partido jefes ni autoridad de ninguna especie y estando fundado en el acuerdo espontáneo y voluntario entre los combatientes por la misma causa, cada uno conserva la plena libertad de juntarse íntimamente con quien tenga por conveniente, practicar aquellos medios que cree preferibles y propagar sus ideas particulares, mientras no se ponga en contradicción con el programa o con la táctica general del partido, en cuyo caso no podría ser considerado como miembro del partido.

*Pepe*. – Todos aquellos que aceptan los principios socialista-anárquico-revolucionarios, ¿son miembros de este partido?

*Jorge*. – No, porque uno puede estar de acuerdo con nuestro programa, pero puede, por una razón cualquiera, preferir luchar solo o de acuerdo con unos pocos, sin contraer vínculos de solidaridad o de cooperación efectiva con la masa de aquellos que acepten el programa. Este puede ser también un método bueno para ciertos individuos y para ciertos fines inmediatos que uno se proponga; pero no puede aceptarse como método general, porque el aislamiento es causa de debilidad y crea antipatías y rivalidades allí donde hay necesidad de fraternización y concordia. En cualquier caso, nosotros consideramos siempre como amigos y compañeros a todos aquellos que de cualquier modo combatan por las ideas por las cuales también nosotros combatimos.

Puede haber individuos que están convencidos de la verdad de la idea y, sin embargo, se están en casa, sin ocuparse de propagar aquello que creen justo. A éstos no se les puede decir que no sean socialistas y anarquistas de idea, puesto que piensan como nosotros; pero es cierto también que deben tener la convicción muy débil o el ánimo tímido; porque cuando uno ve los males terribles que le afligen a él y sus semejantes y cree conocer el remedio que ha de ponerles fin, si tiene algo de corazón, ¿cómo puede mantenerse tranquilamente sin obrar? El que no conoce la verdad, no es culpable; pero lo es grandemente quien la conoce y hace como si la ignorara.

*Pepe*. – Tienes razón y apenas haya reflexionado un poco sobre todo lo que me has dicho y me haya persuadido buenamente, quiero entrar yo también en el partido y propagar estas santas verdades, y si después los señores me llaman a mí también malhechor y criminal, les diré que vengan a trabajar y a sufrir como yo hago, y sólo entonces tendrán derecho a hablar.

**EN EL CAFÉ**

**CAPÍTULO I**

*Próspero* (gordo burgués entendido en economía política y otras ciencias). – Sí, sí… lo sabemos. Hay gentes que sufren hambre, mujeres que se prostituyen, niños que mueren por falta de cuidados. Dices siempre lo mismo… ¡al fin te vuelves aburrido! Déjanos sorber en paz nuestros refrescos… Sí, hay males en la sociedad: hambre, ignorancia, guerra, delito, peste, el diablo que te lleve… y ¿en último resultado? ¿Qué te importa a ti?

*Miguel* (estudiante que tiene relaciones con socialistas y anarquistas). – ¡Cómo! ¿Y en último resultado? ¿Que qué es lo que me importa? Usted tiene una casa cómoda, una mesa rica, criados a sus órdenes. Usted mantiene los hijos en el colegio, envía la mujer a los baños; para usted todo va bien. Y porque usted está bien, que se hunda el mundo, nada le importa. Pero, si tuviera un poco de corazón, si…

*Próspero*. – Basta, basta… no nos sermonees ahora. Y además, jovencito, termina con ese tono. Tú me crees insensible, indiferente a los males ajenos. Al contrario, mi corazón sangra (*mozo*, *un cognac y un habano*), mi corazón sangra; pero con el corazón no se resuelven los grandes problemas sociales. Las leyes de la naturaleza son inmutables, y no es con declamaciones como pueden ser modificadas. El sabio se doblega ante los hechos y goza de la vida lo mejor que puede sin correr tras sueños insensatos.

*Miguel*. – Ah, ¿se trata de leyes naturales?... ¿Y si a los pobres se les metiera en la cabeza corregir esas famosas leyes de la naturaleza? Conozco gentes que pronuncian discursos verdaderamente poco tranquilizadores para esas señoras leyes.

*Próspero*. – Sí, sí, sabemos con quién andas. Di de parte mía a esa canalla de socialistas y anarquistas, de quienes haces tu compañía predilecta, que para ellos y para los que incurran en la tentación de poner en práctica sus teorías malvadas, tenemos buenos soldados y óptimos policías.

*Miguel*. – Oh, si pone en medio los soldados y la policía, no hablo más. Es como si para demostrarme que estoy en un error me propusiera una partida de pugilato. Pero si no tiene más argumentos que la fuerza bruta, no se fíe de ella. Mañana podrán encontrarse ustedes los más débiles; ¿y entonces?

*Próspero*. – ¿Entonces? Entonces, si sucediera eso desgraciadamente, habría un gran desorden, una explosión de malas pasiones, estragos, saqueos… y luego se volvería a la vieja situación. Tal vez algún pobre se habría vuelto rico, algún rico habría caído en la miseria, pero en suma no se habría cambiado nada, porque el mundo no se puede cambiar. Tráeme, tráeme alguno de tus agitadores anarquistas y verás cómo te lo arreglo. Valen para llenarles la cabeza de patrañas a ustedes que la tienen vacía; pero ya verás si pueden sostener conmigo sus absurdos.

*Miguel*. – Muy bien, traeré algún amigo mío que profesa los principios socialistas y anarquistas y asistiré con placer y provecho a la discusión. Pero, entretanto, razone un poco conmigo, que no tengo aún opiniones bien formadas, pero veo, sin embargo, claramente que la sociedad tal como está organizada, es algo contrario al buen sentido y al corazón humano. Vamos, usted está tan gordo y robusto que un poco de excitación no le hará mal. Le ayudará a su digestión.

*Próspero*. – Pues bien, sea, razonemos. Pero ¡cuánto mejor sería que pensaras en estudiar en lugar de lanzar juicios sobre cosas que preocupan a los hombres más doctos y más sabios! ¿Sabes que tengo veinte años más que tú?

*Miguel*. – Eso no demuestra que usted haya estudiado más; y si debo juzgarlo por lo que le oigo decir de ordinario, dudo que si estudió mucho, lo haya hecho con provecho.

*Próspero*. – Jovencito, jovencito, un poco más de respeto, ¡eh!

*Miguel*. – Sí, le respeto. Pero no me eche en cara la edad como hace poco me oponía los policías. Las razones no son ni viejas ni jóvenes; son buenas o malas, he ahí todo.

*Próspero*. – Bien, bien, adelante. ¿Qué tienes que decir?

*Miguel*. – Tengo que decir que no comprendo por qué los campesinos que arán, siembran y cosechan no tienen pan, vino, ni carne en suficiencia; por qué los albañiles que hacen las casas no tienen un techo bajo el cual reposar, por qué los zapateros tienen los zapatos rotos; por qué, en suma, los que trabajan, los que lo producen todo carecen de lo necesario, mientras los que no hacen nada útil nadan en lo superfluo. No puedo comprender por qué hay gentes que carecen de pan, cuando hay tantas tierras incultas y tantas gentes que serían felices si pudieran cultivadas; por qué hay tantos albañiles desocupados cuando tantas personas tienen necesidad de casas; porque no tienen trabajo tantos zapateros, sastres, etc., mientras la mayoría de la población carece de zapatos, de vestidos, y de todas las cosas necesarias a la vida civil. ¿Podrá decirme cuál es la ley natural que explica y justifica estos absurdos?

*Próspero*. – Nada más simple y claro.

Para producir no bastan los brazos, sino que se necesita tierra, materiales, instrumentos, locales, máquinas y se necesitan también los medios para vivir, en espera de que se haga el producto y se pueda llevar al mercado; se necesita, en suma, capital. Tus campesinos, tus obreros, no tienen más que brazos; por consiguiente, no pueden trabajar si no le agrada a quien posee la tierra y el capital. Y como nosotros somos poco numerosos y tenemos suficiente aun dejando por un tiempo inculta la tierra e inactivos los capitales, mientras los obreros son muchos y están apremiados siempre por la necesidad inmediata, ocurre que éstos deben trabajar cuándo y cómo nos plazca a nosotros y en las condiciones que queramos. Y cuando no tenemos necesidad de su trabajo y calculamos que no ganamos nada haciéndoles trabajar, son obligados a permanecer inactivos aun cuando tengan la mayor necesidad de las cosas que podrían producir.

¿Estás contento ahora? ¿Quieres que te hable más claramente aún?

*Miguel*. – Sí, eso es lo que se llama hablar claro, no hay nada que decir.

Pero, ¿con qué derecho pertenece la tierra a algunos? ¿Cómo es que el capital se encuentra en pocas manos, y precisamente en manos de los que no trabajan?

*Próspero*. – Sí, sí, sé todo lo que puedes decirme y sé también las razones más o menos deficientes que otros te opondrían: el derecho de propiedad se deriva de las mejoras hechas en la tierra, del ahorro mediante el cual el trabajador se convierte en capitalista, etc. Pero a mí me gusta ser franco.

Las cosas, así como están, son el resultado de hechos históricos, el producto de toda la secular historia humana. Toda la vida de la humanidad ha sido y será siempre una continua lucha. Hay quienes salieron bien en ella y quienes salieron mal. ¿Qué puedo hacer? Tanto peor para unos y tanto mejor para los otros. ¡Ay de los vencidos! He ahí la gran ley de la naturaleza contra la cual no hay rebeldía posible.

¿Qué querrías tú, que me despojase de lo que tengo para pudrirme luego en la miseria mientras otro gozaría de mi dinero?

*Miguel*. – No quiero precisamente eso. Pero pienso: ¿si los trabajadores, aprovechándose de que son muchos y apoyándose en su teoría de que la vida es lucha y de que el derecho se deriva de los hechos, se metieran en la cabeza la idea de hacer un nuevo «hecho histórico», el de quitar les a ustedes la tierra y el capital e inaugurar un derecho nuevo?

*Próspero*. – ¡Eh!, es verdad, eso podría embrollar un poco nuestros negocios.

Pero… continuaremos otra vez. Ahora tengo que ir al teatro.

Buenas noches a todos.

**CAPÍTULO II**

*Ambrosio* (juez). – Escuche, señor Próspero, ahora que estamos entre nosotros, todos buenos conservadores, la otra noche, cuando hablaba con ese cabeza hueca de Miguel, no quise entrometerme; pero, ¿es aquél modo de defender las instituciones? ¡Casi parecía usted anarquista!

*Próspero*. – Oh, ¿y por qué?

*Ambrosio*. – Porque decía, en sustancia, que toda la organización presente de la sociedad está fundada en la fuerza, dando así razón a los que quisieran destruida y entonces los supremos principios que rigen las sociedades civiles, el derecho, la moral, la religión, ¿no los cuenta para nada?

*Próspero*. – Sí, usted tiene siempre la boca llena con su derecho. Es un vicio que procede del oficio.

¡Y decir que si mañana el gobierno decretase, supongamos, el colectivismo, usted condenaría a los partidarios de la propiedad individual con la misma impasibilidad con que condena hoy a los anarquistas… y siempre en nombre de los supremos principios del derecho eterno e inmutable!

Usted ve bien que es cuestión de nombres. Usted dice derecho, yo digo fuerza, pero al fin lo que decide de veras son los sacrosantos policías y tiene razón el que los tiene de su parte.

*Ambrosio*. – ¡Vamos, vamos, señor Próspero! Parece imposible cómo en usted el amor al sofisma sofoca siempre los instintos del conservador. No comprende qué mal efecto causa ver una persona como usted, uno de los más pudientes de la región, dar argumentos a los peores enemigos del orden. Créame: dejemos de disputar entre nosotros, al menos en público, y agrupémonos para defender las instituciones que por la malignidad de los tiempos están sufriendo rudas sacudidas… y para defender nuestros intereses en peligro…

*Próspero*. – Estrechemos las filas, bien; pero si no tomamos enérgicas medidas, si no se acaba con el doctrinarismo liberal no se hará nada.

*Ambrosio*. – Ah, sí, eso es verdad. Son necesarias leyes severas y severamente aplicadas.

Pero eso no basta. Sólo con la fuerza no se tiene largo tiempo sujeto al pueblo, máxime en los tiempos que corren. Es preciso oponer la propaganda a la propaganda, es preciso persuadir a las gentes de que tenemos razón.

*Próspero*. – ¡Estará fresco entonces! Pobre amigo mío, por los comunes intereses, le ruego que se guarde bien de la propaganda. Es una cosa subversiva aunque se haga por conservadores; y su propaganda se volvería siempre beneficiosa para los socialistas, los anarquistas o cómo diablos se llamen.

Vayamos a persuadir a uno que tiene hambre de que es justo que no coma; ¡tanto más cuanto que es él mismo el que produjo los alimentos! Mientras no piense, y marche bendiciendo a Dios y al patrón por lo poco que le dejan, está bien. Pero desde el momento que comienza a reflexionar sobre su condición, todo acabó; se convierte en un enemigo con el que no será posible reconciliarse.

¡Sí, sí! Es preciso evitar a todo precio la propaganda; sofocar la prensa con o sin o aun contra las leyes…

*Ambrosio*. – ¡Seguramente, seguramente!

*Próspero*. – Impedir toda reunión, disolver las asociaciones, meter en la cárcel a todos los que piensan…

*César* (negociante). – Poco a poco, no se deje llevar de la pasión. Recuerde que otros gobiernos y en tiempos más propicios han adoptado los métodos que usted aconseja… y han precipitado su caída.

*Ambrosio*. – Silencio, silencio; he ahí a Miguel que viene acompañado de un anarquista a quien condené el año pasado a seis meses de cárcel por un manifiesto subversivo. En realidad, sea dicho entre nosotros, el manifiesto estaba hecho de modo que las leyes no habrían podido echarse encima, pero, ¿qué quieren? La intención delictuosa estaba allí… ¡Y además, la sociedad debe ser defendida!

*Miguel*. – Buenas noches, señores. Les presento un amigo anarquista que ha querido aceptar el desafío lanzado la otra noche por el señor Próspero.

*Próspero*. – ¿Qué desafío, qué desafío? Se discute así, entre amigos, para pasar el tiempo. Por tanto, usted se explicará sobre lo que es esa anarquía de la cual no hemos podido comprender nunca nada.

*Jorge* (anarquista). – No oficio de profesor de anarquía y no vengo a darles un curso de anarquía; pero en suma, mis ideas puedo defenderlas. Por lo demás, aquí está ese señor (señalando a Ambrosio, con tono irónico), que debe saber más que yo. Ha condenado a tanta gente por anarquismo, y como, ciertamente, es hombre de conciencia, no lo habrá hecho sin haber estudiado previamente el argumento.

*César*. – Vamos, vamos, no hagamos cuestiones personales… y ya que debemos hablar de anarquía, entremos pronto en el asunto.

Vea, yo reconozco que las cosas van mal y que es preciso remediarlas. Pero no hay que caer en utopías y sobre todo hay que huir de la violencia. Ciertamente, el gobierno debería preocuparse más a fondo de la causa de los trabajadores; debería proporcionar trabajo a los desocupados, proteger la industria nacional, estimular el comercio. Pero…

*Jorge*. – ¡Cuántas cosas quiere usted hacerle al pobre gobierno! Pero el gobierno no quiere preocuparse de los intereses de los trabajadores y se comprende…

*César*. – ¿Cómo, se comprende? Hasta ahora el gobierno se ha mostrado verdaderamente incapaz y tal vez poco voluntarioso para remediar los males del país, pero mañana ministros instruidos y celosos podrían hacer lo que no se hizo hasta aquí…

*Jorge*. – No, querido señor, no es cuestión de un ministerio o de otro. Es cuestión del gobierno en general; de todos los gobiernos, del de hoy como del de ayer y como del de mañana. El gobierno emana de los propietarios, sus miembros son ellos mismos propietarios; ¿cómo podría, pues, obrar en interés de los trabajadores?

Por otra parte, el gobierno, aunque quisiera, no podría resolver la cuestión social, porque ésta depende de causas generales, que no pueden ser destruidas por un gobierno y que, al contrario, determinan ellas mismas la naturaleza y la tendencia del gobierno. Para resolver la cuestión social es preciso cambiar radicalmente todo el sistema que el gobierno tiene precisamente por misión defender.

Usted habla de dar trabajo a los desocupados. ¿Pero, cómo puede hacer eso el gobierno si no tiene trabajo? ¿Debe realizar obras inútiles? ¿Y quién las pagará luego? ¿Debería hacer producir para proveer a las necesidades insatisfechas de las gentes? Pero entonces los propietarios no encontrarían modo de vender los productos que usurpan a los trabajadores, al contrario, deberían cesar de ser propietarios, pues el gobierno, para poder hacer trabajar a la gente, tendría que quitarles la tierra y el capital que tienen monopolizados.

Eso sería la revolución social, la liquidación de todo el pasado, y usted comprende bien que si eso no lo hacen los trabajadores, los pobres, los desheredados, el gobierno, ciertamente, no lo hará nunca.

Proteger la industria y el comercio, dice usted; pero el gobierno no puede a lo sumo más que favorecer una clase de industriales en perjuicio de otra; los comerciantes de una región en perjuicio de los de otra y, por consiguiente, en resumen; no se habría ganado nada y se tendría un poco de favoritismo, un poco de injusticia y muchos gastos improductivos a más. En cuanto a un gobierno que protegiera a todos, es una idea absurda, puesto que el gobierno no produce nada y por tanto no puede hacer más que cambiar de lugar la riqueza producida por los otros.

*César*. – ¿Pero, entonces? Si el gobierno no quiere y no puede hacer nada, ¿qué remedio queda? Aun si ustedes hicieran la revolución será preciso que formen otro gobierno y como usted dice que todos los gobiernos son los mismos, después de la revolución se estará lo mismo que antes.

*Jorge*. – Usted tendría razón si la revolución que nosotros queremos fuese un simple cambio de gobierno. Pero nosotros queremos la completa transformación del régimen de la propiedad, del sistema de producción y de cambio; y en cuanto al gobierno, órgano parasitario, inútil y nocivo, no lo queremos de ningún modo. Consideramos que mientras haya un gobierno, es decir, un ente sobrepuesto a la sociedad y provisto de medios para imponer con la fuerza la propia voluntad, no habrá emancipación real, no habrá paz entre los hombres.

Usted sabe que soy anarquista, y anarquía quiere decir sociedad sin gobierno.

*César*. – ¿Pero cómo? ¿Una sociedad sin gobierno? ¿Cómo se haría para vivir? ¿Quién haría las leyes? ¿Quién las haría ejecutar?

*Jorge*. – Veo que no tiene ninguna idea de lo que queremos nosotros. Para no perder el tiempo en divagaciones, será preciso que me deje explicarle breve, pero metódicamente, nuestro programa y así podremos discutir con utilidad recíproca. Pero ahora es tarde, comenzaremos el día próximo.

**CAPÍTULO III**

*César*. – Así, pues, ¿nos explicará esta noche cómo se hará para vivir sin gobierno?

*Jorge*. – Haré lo que pueda. Pero ante todo examinemos un poco cómo se está en la sociedad actual y si es verdaderamente necesario cambiar su constitución.

Observando la sociedad en que vivimos, los primeros fenómenos que llaman la atención del observador son la miseria que aflige a las masas, la incertidumbre del mañana que pesa más o menos sobre todos, la lucha encarnizada que llevan a cabo todos contra todos por la conquista del pan…

*Ambrosio*. – Señor mío, usted puede continuar un buen rato describiendo los males sociales; la materia no falta. Pero eso no sirve para nada y no demuestra que se estaría mejor poniendo las cosas al revés. No es sólo la miseria la que aflige a la humanidad; existen también pestes, terremotos, cólera… y sería curioso que usted quisiera hacer la revolución contra esos flagelos.

El mal está en la naturaleza de las cosas…

*Jorge*. – Pero quiero precisamente demostrarle que la miseria depende del modo actual de organización social y que en una sociedad más equitativa y más razonablemente organizada debe desaparecer.

Cuando no se conocen las causas de un mal y no se sabe cómo remediarlo, paciencia; pero en cuanto se descubre el remedio está en el interés y el deber de todos el aplicarlo.

*Ambrosio*. – Ahí está su error; la miseria depende de causas superiores a la voluntad y a las leyes humanas. La miseria depende de la naturaleza avara que produce insuficientemente para los deseos de los hombres.

Vea entre los animales, donde no hay que acusar al capital de infame ni al gobierno de tiránico; no hacen más que luchar por el alimento y a menudo mueren de hambre.

Cuando no hay, no hay. La verdad es que somos demasiados en el mundo. Si la gente supiese contenerse y no hiciera hijos más que cuando pudiese mantenerlos… ¿Ha leído a Malthus?

*Jorge*. – Sí, un poco; pero si no lo hubiese leído sería lo mismo. Lo que yo sé, sin tener necesidad de leerlo en parte alguna, es que se necesita una buena cara dura, perdóneme, para sostener esas cosas.

La miseria depende de la naturaleza avara, dice usted, y sin embargo, sabe que hay tantas tierras incultas…

*Ambrosio*. – Pero si hay tierras incultas, eso quiere decir que son incultivables, que no pueden producir bastante para pagar los gastos.

*Jorge*. – ¿Lo cree usted?

Pruebe un poco y regáleselas a los campesinos y verá qué jardines harán de ellas. Por lo demás, ¿es que razona usted en serio? Muchas de esas tierras han sido cultivadas en otros tiempos, cuando el arte agrícola estaba en la infancia y la química y la mecánica aplicada a la agricultura no existían apenas. ¿No sabe que hoy se pueden transformar en tierras fértiles incluso los pedregales? ¿No sabe que los agrónomos, aun los menos entusiastas, han calculado que un territorio como Italia, si fuera cultivado racionalmente, podría mantener en la abundancia una población de cien millones?

La verdadera razón por la cual las tierras fueron dejadas incultas y no se saca de las cultivadas más que una pequeña parte de lo que podrían dar si se adoptasen métodos de cultivo menos primitivos, está en que los propietarios no tienen interés en aumentar los productos. Estos no se preocupan del bienestar del pueblo: hacen producir para vender, saben que cuando se tienen muchos artículos los precios bajan y el provecho disminuye y puede acabar siendo, al fin de cuentas, menor de lo que obtienen cuando los productos escasean y pueden ser vendidos al precio que les agrada.

Esto no ocurre sólo en lo que se refiere a los productos agrícolas. En todas las ramas de la actividad humana pasa lo mismo. Por ejemplo: en todas las ciudades los pobres son constreñidos a vivir en tugurios infectas, amontonados sin preocupación alguna por la higiene y la moral, en condiciones en que es imposible mantenerse limpios y vivir una vida humana. ¿Por qué ocurre eso? ¿Tal vez porque faltan las casas? ¿Pero por qué no se construyen casas sanas, cómodas y hermosas en cantidad suficiente para todos?

Las piedras, la tierra para hacer ladrillos, la cal, el hierro, la madera, todos los materiales de construcción abundan; abundan los albañiles, los carpinteros, los arquitectos sin trabajo que no desean nada mejor que trabajar. ¿Por qué se deja, pues, inactivas tantas. fuerzas que podrían ser empleadas con ventaja para todos?

La razón es simple, y es que si hubiera muchas casas los alquileres disminuirían. Los propietarios de las casas hechas, que son los mismos que tendrían medios para hacer otras, no tienen ninguna voluntad de ver disminuir sus rentas por los bellos ojos de la pobre gente.

*César*. – Hay verdad en lo que usted dice; pero se engaña al explicar los hechos dolorosos que afligen a nuestro país.

La causa de las tierras mal cultivadas o incultas, de la paralización de los negocios, de la miseria general, es que nuestra burguesía no es emprendedora. Los capitalistas son miedosos e ignorantes y no quieren o no saben desarrollar las industrias, los propietarios de tierras no saben hacer más que lo que hicieron sus abuelos y por otra parte no quieren molestias, los comerciantes no saben abrirse nuevos mercados y el gobierno con su fiscalismo y su estúpida política aduanera, en lugar de estimular las iniciativas privadas, las obstaculiza y las sofoca en la cuna. Vea en Francia, Inglaterra, Alemania.

*Jorge*. – Que nuestra burguesía sea negligente e ignorante, no lo pongo en duda, pero su inferioridad explica sólo porqué es derrotada por la burguesía de los otros países en la lucha por la conquista del mercado mundial; no explica, de ningún modo, el porqué de la miseria del pueblo. Y la prueba evidente es que la miseria, la falta de trabajo y todo el resto de los males sociales existen en los países donde la burguesía es más activa e inteligente que en Italia; incluso esos males son generalmente más intensos en los países donde la industria está más desarrollada, salvo que los obreros hayan sabido conquistar mejores condiciones de vida con la organización, la resistencia o las sublevaciones.

El capitalismo es el mismo en todas partes. Tiene necesidad, para vivir y prosperar, de una condición permanente de semi-carestía; y tiene necesidad de ella para mantener los precios y para encontrar siempre hambrientos dispuestos a trabajar en cualquier condición.

Usted ve, en efecto, que cuando en un país cualquiera es impulsada activamente la producción, no es para dar a los productores el medio de consumir más, sino siempre para vender en un mercado exterior. si el consumo local aumenta es sólo cuando los obreros han sabido aprovechar las circunstancias para exigir un aumento de salario y han conquistado así la posibilidad de comprar más; pero luego, cuando por una razón o por otra el mercado exterior, para el que se trabaja, no compra más, viene la crisis, el trabajo se detiene, los salarios se reducen y la negra miseria vuelve a comenzar sus estragos. Y, sin embargo, en el país mismo la gran mayoría carece de todo ¡y sería tan razonable trabajar para el propio consumo! Pero entonces, ¿qué ganarían los capitalistas?

*Ambrosio*. – ¿Así, pues, usted cree que toda la culpa es del capitalismo?

*Jorge*. – Sí, o más generalmente, el hecho que algunos individuos han acaparado la tierra y todos los instrumentos de producción y pueden imponer a los trabajadores su voluntad de tal manera que, en lugar de producir para satisfacer las necesidades de la población, y en vista de esas necesidades, se produce para el beneficio de los patrones.

Todas las razones que podría imaginar para salvar los privilegios burgueses son otros tantos errores, u otras tantas mentiras. Hace poco decía usted que la miseria es la escasez de los productos. En otro momento, puesto ante el problema de los desocupados, habría dicho que los almacenes están repletos, que los artículos no se pueden vender y que los patrones no pueden hacer trabajar para arrojar luego los productos del trabajo.

Y en efecto, tal es el absurdo del sistema: se muere de hambre porque los almacenes están repletos y no hay necesidad de cultivar, o más bien los propietarios no tienen necesidad de hacer cultivar la tierra; los zapateros no trabajan y, sin embargo, van con los zapatos rotos porque hay demasiados zapatos… y así por el estilo.

*Ambrosio*. – ¿Por consiguiente, son los capitalistas los que se deberían morir de hambre?

*Jorge*. – ¡Oh, no! De ningún modo. Deberían simplemente trabajar como los demás. Eso le parecerá un poco duro, pero no lo crea, cuando se come bien el trabajo no es el diablo. Le podría demostrar aún que es una necesidad y una alegría del organismo humano.

Pero, a propósito, mañana tengo que trabajar y es ya demasiado tarde. Hasta otra vez.

**CAPÍTULO IV**

*César*. – Me agrada razonar con usted. Tiene una manera de presentar las cosas que parece tener razón… y no digo que se equivoque del todo.

En el presente orden social hay ciertamente absurdos reales o aparentes. Por ejemplo, una cosa imposible de comprenderse es la de la aduana. Mientras que entre nosotros la gente muere de hambre o de pelagra por no tener pan bueno y abundante, el gobierno dificulta la recepción del grano de América, que tiene más de lo que es necesario y no quiere nada mejor que vendérnoslo. ¡Es como uno que, teniendo hambre, rehusara comer! Sin embargo…

*Jorge*. – Sí, pero el gobierno no tiene hambre; y tampoco la tienen los propietarios de granos de Italia, en interés de los cuales pone el gobierno derechos de entrada sobre el trigo. ¡Si decidiesen los que tienen hambre, usted vería si rehusaría el grano!

*César*. – Lo sé, y comprendo que con esos argumentos logre usted abrir camino en el pueblo, que ve las cosas en conjunto y por un solo lado. Pero a fin de no engañarse es necesario examinar todos los aspectos de la cuestión y yo me preparaba a hacerlo cuando me interrumpió.

Es verdad que los intereses de los propietarios influyen mucho en la imposición de las tarifas de entrada. Pero por otra parte, si las fronteras fuesen abiertas, los americanos que pueden producir el grano y la carne en mejores condiciones que nosotros, acabarían por abastecer completamente nuestro mercado; y entonces, ¿qué harían nuestros campesinos? Los propietarios serían arruinados, pero los trabajadores estarían peor aún. El pan podría venderse a cinco céntimos el kilo, pero si no hubiera manera de ganar esos cinco céntimos, se moriría de hambre lo mismo que antes. Por otra parte, los americanos querrían que fuera pagada más cara o más barata la mercadería que envían; y si Italia no produjera, ¿con qué se pagaría?

Me dirá que en Italia se podrían cultivar aquellos productos para los cuales son más propicios el suelo y el clima y cambiarlos con los de otras comarcas: el vino, por ejemplo, las naranjas, las flores y ¡qué sé yo! Pero, ¿si esas cosas que nosotros podemos producir a buen precio no las quieren los otros, porque no tienen empleo para ellas o porque las hacen ellos mismos? Sin contar que para transformar el cultivo se necesitan capitales, conocimientos y, sobre todo, tiempo: ¿qué se come entretanto?

*Jorge*. – ¡Perfectamente! Usted ha puesto el dedo en la llaga. El libre cambio no puede resolver la cuestión de la miseria como no puede resolverla el proteccionismo. El libre cambio favorece a los consumidores y perjudica a los productores, y viceversa, el proteccionismo favorece a los productores y perjudica a los consumidores, de modo que para los trabajadores, que son al mismo tiempo productores y consumidores, en definitiva la cosa es la misma siempre.

Y será siempre así hasta que sea abolido el sistema capitalista.

Si los obreros trabajasen por su cuenta y no para beneficio de los patrones, entonces toda región podría producir lo suficiente para sus necesidades y después no tendría más que ponerse de acuerdo con los otros países para distribuirse el trabajo de producción según la calidad del suelo, el clima, la facilidad para tener las materias primas, las disposiciones de los habitantes, etc.; de manera que todos los hombres podrían tener el máximo de disfrutes con el mínimo de esfuerzo posible.

*César*. – Sí, pero esos no son más que sueños dorados.

*Jorge*. – Serán sueños ahora; pero cuando el pueblo haya comprendido que de aquel modo se estará mejor, el sueño se transformará pronto en realidad. No hay más obstáculos que los opuestos por el egoísmo de los unos y la ignorancia de los otros.

*César*. – Hay muchos obstáculos, amigo mío. Usted se imagina que una vez expulsados los patrones, nadarán en la opulencia…

*Jorge*. – No digo eso. Al contrario, pienso que para salir del estado de penuria en que nos mantiene el capitalismo y para organizar la producción de modo que satisfaga ampliamente las necesidades de todos será preciso trabajar mucho; pero no es la voluntad de trabajar la que falta al pueblo, es la posibilidad. Nosotros nos lamentamos del sistema actual, no tanto porque nos toca mantener a los ociosos en el bienestar -aunque esto nos causa muy poco placer- como porque son los ociosos los que regulan el trabajo y nos impiden trabajar en buenas condiciones y producir en abundancia y para todos.

*César*. – Usted exagera. Es verdad que a menudo los propietarios no hacen trabajar para así especular sobre la escasez de los productos, pero más a menudo aún es porque carecen ellos mismos de capitales.

La tierra y las materias primas no bastan para producir. Necesitamos, usted lo sabe, instrumentos, máquinas, locales, medios para pagar los obreros, mientras trabajan, es decir, capital; yeso no se acumula más que lentamente. ¡Cuántas empresas permanecen en proyecto o comenzadas, y fracasan, por falta de capitales! ¡Figúrese además si, como usted quisiera, viniera una revolución social! Con la destrucción del capital y el gran desorden que se sucedería, no llegarían ustedes más que a la miseria general.

*Jorge*. – Ese es otro error, otra mentira de los defensores del orden presente: la falta de capital.

El capital puede faltar a ésta o aquella empresa a causa del acaparamiento hecho por otros, pero tomada la sociedad en general, encontrará que hay una gran cantidad de capital inactivo, lo mismo que hay una gran cantidad de tierras incultas.

¿No ve cuántas máquinas se herrumbran, cuántas fábricas permanecen cerradas, cuántas están deshabitadas o poco habitadas, mientras la masa de la población no encuentra casa y los albañiles no encuentran trabajo?

Se necesita alimento para los obreros mientras trabajan; pero, en suma, esos obreros deben comer, aunque estén desocupados. Comen poco y mal, pero quedan en vida y dispuestos a trabajar en cuanto un patrón tenga necesidad de ellos. Por tanto, no es porque faltan los medios para vivir por lo que los obreros no trabajan y si éstos pudiesen trabajar por su cuenta, aceptarían también -si fuera verdaderamente necesario- el trabajo viviendo como viven cuando están desocupados, porque sabrían que con aquel sacrificio temporal saldrían después definitivamente del estado de miseria y de sujeción.

Figúrese, lo que se ha visto muchas veces, que un terremoto destruye una ciudad, arruina una comarca entera. En poco tiempo la ciudad es reconstruida más bella que antes y en la comarca no quedan restos del desastre. Como en tal caso los propietarios y los capitalistas tienen interés en hacer trabajar, los medios se encuentran pronto, y se reconstruye en un abrir y cerrar de ojos una ciudad entera, donde tal vez antes se había dicho continuamente durante decenas de años que no había medios para fabricar alguna «casa obrera».

En cuanto a la destrucción de los capitales que acontecería en tiempo de revolución, es de esperar que en un movimiento consciente hecho con el fin de poner en común las riquezas sociales, el pueblo no querrá destruir lo que va a convertirse en cosa suya. De cualquier modo no causará más mal que un terremoto.

No, habrá, ciertamente, dificultades antes de que las cosas se pongan en marcha; pero impedimentos serios, sin vencer los cuales no se puede comenzar, no veo más que dos: la inconsciencia del pueblo y… los policías.

*Ambrosio*. – Pero diga un poco: usted habla de capitales, de trabajo, de producción, de consumo, etc., pero de derecho, de justicia, de moral y de religión no habló nunca.

Las cuestiones sobre el modo mejor de utilizar la tierra y el capital son muy importantes; pero más importantes aún, por ser más fundamentales, son las cuestiones morales. Yo desearía que todos estuvieran bien; pero si para alcanzar esa utopía hubiera de renegar de los principios eternos del derecho, sobre los cuales debe fundamentarse toda sociedad civil, oh, entonces prefiero que continúen para siempre los sufrimientos de hoy.

Y además, píense que debe haber una voluntad suprema que regule el mundo. El mundo no se ha hecho por sí mismo y debe haber un *más allá*, no digo Dios, paraíso, infierno, porque usted sería capaz de no creer en ello -debe haber un *más allá* que explique todo y en el cual las aparentes injusticias de aquí abajo deben encontrar su compensación-. ¿Cree usted que puede violar la armonía preestablecida del universo? Usted no puede y nosotros no tenemos más remedio que inclinarnos.

Cese, pues, de una vez de sobornar las masas, cese de suscitar quiméricas esperanzas en el alma de los desheredados, cese de soplar sobre el fuego que está bajo la ceniza. ¿Quieren ustedes, oh bárbaros modernos, .destruir en un terrible cataclismo social la civilización que es la gloria de nuestros padres y la nuestra? Si quiere hacer buena obra, si quiere aliviar en lo que es posible los sufrimientos de los míseros, dígales que se resignen con su propia suerte; pues la verdadera felicidad está en contentarse. Que, por otra parte, cada cual lleva su cruz; todas las clases tienen sus tribulaciones y sus deberes, y no siempre los más felices son los que viven en la riqueza.

*Jorge*. – Vamos, honorable magistrado, deje a un lado las declamaciones sobre los «grandes principios» y las indignaciones convencionales; no estamos en el tribunal y, en este momento, no tiene que pronunciar sentencia alguna contra mí.

¡Cómo se adivina, al oírle hablar, que usted no está entre los desheredados! Y es tan útil la resignación de los míseros… para quienes viven sobre sus hombros.

Ante todo, déjese, le ruego, de argumentos transcendentales, religiosos, en los cuales ni usted mismo cree. De los misterios del universo no sé nada y usted no sabe más que yo; por eso es inútil traerlos a discusión. Por otra parte, considere que la creencia en un supremo autor, en un Dios creador y padre de los hombres no sería un arma segura para usted. Si los sacerdotes, que estuvieron siempre y están al servicio de los señores, deducen el deber de los pobres de resignarse a su suerte, otros podrían deducir (y en el curso de la historia hay quien lo ha deducido) el derecho a la injusticia y a la igualdad. Si Dios es nuestro padre común, todos nosotros somos hermanos, Dios no puede querer que algunos de sus hijos exploten y martiricen a los otros y los ricos, los dominadores, serían los Caínes malditos por el padre.

Pero dejemos eso.

*Ambrosio*. – Bien, dejemos la religión, porque con usted sería inútil hablar de ella.

¡Pero admitirá seguramente un derecho y una moral superior!

*Jorge*. – Escuche, si fuese verdad que el derecho, la justicia, la moral, exigieran y consagraran la opresión y la infelicidad, aunque fuera de un solo ser humano, le diría de inmediato que derecho, justicia, moral, no son más que mentiras, armas infames forjadas para la defensa de los privilegiados y tales han sido cuando se entienden como usted las entiende.

Derecho, justicia, moral deben tender al máximo bienestar posible de todos, o de otro modo son sinónimos de prepotencia y de injusticia. Y es tan cierto que este concepto responde a la necesidad de la existencia y del desarrollo del consorcio humano, que se ha formado y persiste en la conciencia humana y va adquiriendo cada vez más fuerza a pesar de todos los esfuerzos en contra de aquéllos que hasta ahora gobernaron el mundo.

Usted mismo no podrá defender más que con pobres sofismas las presentes instituciones sociales con los principios de la moral y de la justicia como usted los entiende cuando habla abstractamente.

*Ambrosio*. – Usted es ciertamente muy presuntuoso. No le basta negar, como me parece que hace, el derecho de propiedad; pretende que nosotros somos incapaces de defenderlo con nuestros propios principios.

*Jorge*. – Justamente. Si quiere se lo demostraré la próxima vez.

**CAPÍTULO V**

*Jorge*. – Por tanto, señor magistrado, si no me engaño, quedábamos en la cuestión del derecho de propiedad.

*Ambrosio*. – Efectivamente. Y siento verdadera curiosidad por oírle defender en nombre de la justicia y del derecho sus propósitos de expropiación y de rapiña.

Una sociedad en que nadie estuviera seguro de lo suyo, no sería una sociedad, sino una horda de lobos dispuestos siempre a devorarse entre sí.

*Jorge*. – ¿Y no le parece que sea ese propiamente el caso de la sociedad actual?

Usted nos acusa de querer la expoliación y la rapiña; pero al contrario, ¿no son los propietarios los que expolian continuamente a los trabajadores y les arrebatan el fruto de su trabajo?

*Ambrosio*. – Los propietarios emplean sus bienes como mejor les parece y tienen el derecho de hacerla, del mismo modo que los trabajadores disponen libremente de sus brazos. Patrones y obreros contratan libremente el precio de la obra, y cuando el contrato no es violado, ninguno tiene derecho a quejarse.

La caridad podrá aliviar los dolores demasiado agudos, los sufrimientos inmerecidos, pero el derecho debe permanecer intangible.

*Jorge*. – ¡Pero qué dice usted de contrato libre! Si el obrero no trabaja, no come, y su libertad se parece a la del viajero asaltado por los ladrones, que da la bolsa para que no le quiten la vida.

Ambrosio. – Admitámoslo; pero no por eso puede negar el derecho a cada cual de disponer de lo suyo como le plazca.

*Jorge*. – ¡Lo suyo, lo suyo! Pero, ¿cómo y por qué puede decir el propietario agrícola que la tierra y los productos son suyos y cómo puede llamar bienes suyos el capitalista a los instrumentos de trabajo y a los demás capitales creados por la actividad humana?

*Ambrosio*. – La ley les reconoce el derecho.

*Jorge*. – Ah, si no es más que la ley, entonces también el bandolero de los caminos podría sostener el derecho a asesinar y a robar; no tendría más que formular algunos artículos de la ley que le reconociese ese derecho. Y por lo demás, eso es precisamente lo que han hecho las clases dominantes: o han hecho la ley para consagrar las usurpaciones ya perpetradas o la han hecho como medio para usurpaciones nuevas.

Si todos sus «supremos principios» están fundados en los códigos, bastará mañana que una ley decrete la propiedad privada, y lo que usted llama rapiña y expoliación se convertirá repentinamente en un «principio supremo».

*Ambrosio*. – ¡Oh, pero la ley debe ser justa! Debe conformarse con los principios del derecho y de la moral y no ser simplemente el efecto del capricho desenfrenado, de otro modo…

*Jorge*. – Por tanto, no es la ley la que crea el derecho, sino el derecho el que justifica la ley. Y entonces, ¿cuál es el derecho según el que toda la riqueza existente, tanto natural como creada por el trabajo del hombre, pertenece a pocos individuos y les da derecho de vida y de muerte sobre las masas de los desheredados?

*Ambrosio*. – Es el derecho que tiene, que debe tener todo hombre a disponer libremente del producto de su actividad. Es un sentimiento natural del hombre, sin el cual no habría sido posible civilización alguna.

*Jorge*. – ¡Hola! He aquí cómo se convierte en defensor de los derechos del trabajo. ¡Muy bien! Pero dígame ahora, ¿cómo es que aquéllos que trabajan son los que no tienen nada, mientras que la propiedad pertenece precisamente a los que no trabajan?

¿No le parece que el resultado lógico de su teoría sería que los actuales propietarios son los ladrones, y que, en justicia, sería necesario expropiarlos para devolver las riquezas usurpadas a sus legítimos propietarios, los trabajadores?

*Ambrosio*. – Si hay propietarios que no trabajan, es porque han trabajado antes, ellos o sus antepasados, y tuvieron la virtud de ahorrar y el ingenio de hacer fructificar sus ahorros.

*Jorge*. – ¡Sí, imagínese usted un trabajador, que en general apenas gana para sostenerse en pie, ahorrando y amontonando riquezas!

Usted sabe bien que los verdaderos orígenes de la propiedad están en la violencia, en la rapiña, el robo legal o ilegal. Pero admitamos que uno haya hecho economías sobre el producto de su trabajo, de su propio trabajo personal: si las quiere disfrutar más tarde, cuando y como le parezca, no hay nada que objetar. Pero la cosa cambia completamente de aspecto cuando comienza lo que usted llama hacer fructificar los ahorros. Eso significa hacer trabajar a los demás y robarles una parte de su trabajo; significa acaparar mercaderías y venderlas más caras de lo que cuestan; significa crear artificialmente la carestía para especular sobre ella; significa quitar a los otros los medios para vivir trabajando libremente a fin de obligarles luego a trabajar por un salario mezquino, y tantas otras cosas semejantes que no corresponden ya al sentimiento de justicia y que demuestran que la propiedad, cuando no deriva de la rapiña franca y abierta, deriva del trabajo de los demás, que los propietarios han hecho girar de un modo u otro en su propio beneficio.

¿Le parece a usted justo que un hombre que, concedámoslo, con su trabajo y con su ingenio ha reunido un poco de capital, pueda después robar a los otros productos de su trabajo y además asociar a todas las generaciones de sus descendientes el derecho a vivir ociosos sobre las espaldas de los trabajadores?

¿Le parece justo que porque haya habido unos pocos hombres laboriosos y económicos -hablo así para ponerme en su manera de ver- que han acumulado capital, ]a gran masa de la humanidad deba ser condenada a la perpetua miseria y al embrutecimiento?

Y por otra parte, aun cuando uno haya trabajado por sí mismo, con sus músculos y su cerebro, sin explotar a nadie; aun cuando contra toda posibilidad concebible hubiera uno podido producir mucho más de lo que le es necesario, sin el concurso directo o indirecto de toda la sociedad, no podría por eso ser autorizado para causar mal a los demás, para quitarles los medios de vida. Si alguien hiciera un camino a lo largo del litoral, no podría reivindicar por eso el derecho a impedir a los otros el acceso al mar. Si alguien pudiese desmontar y cultivar por sí solo todo el territorio de una provincia, no podría por eso pretender condenar al hambre a todos los habitantes de la provincia. Si uno hubiera creado nuevos y poderosos medios de producción, no tendría derecho a usar de su invención de modo para someter a los hombres a su dominio y menos aún el de asociar a toda la serie infinita de sus descendientes el derecho a dominar y explotar las generaciones futuras.

Pero, ¿cómo suponer, aunque sólo sea un instante, que los propietarios son los trabajadores o descendientes de trabajadores? ¿Quiere usted que le cuente los orígenes de la riqueza de todos los señores de nuestra comuna, tanto de los nobles de vieja estirpe como de los comendadores recién enriquecidos?

*Ambrosio*. – No, no, por favor, dejemos a un lado las cuestiones personales.

Si hay riquezas mal adquiridas, no es esa una razón para negar el derecho de propiedad. Lo pasado, pasado y de nada sirve remover los vicios originales.

*Jorge*. – No los removamos, si así lo desea. Para mí la cosa no tiene importancia. La propiedad individual debe ser abolida, no sólo porque puede haber sido más o menos mal adquirida, sino porque da el derecho y los medios de explotar el trabajo ajeno, y, desarrollándose, acaba siempre por poner la gran masa de los hombres bajo la dependencia de unos pocos.

Pero, a propósito, ¿cómo puede justificar usted la propiedad individual de la tierra con su teoría del ahorro? De ella no puede decirse que ha sido producida por el trabajo de los propietarios o de sus antepasados.

*Ambrosio*. – He aquí la cuestión. La tierra inculta, estéril, no tiene valor. El hombre la ocupa, la abona, la hace fructífera, y, naturalmente, tiene derecho a los frutos que sin su obra no habría producido la tierra.

*Jorge*. – Perfectamente: ese es el derecho de los trabajadores a los frutos de su trabajo; pero ese derecho cesa apenas cesan de cultivar la tierra. ¿No le parece?

Ahora bien: ¿cómo es que los propietarios actuales poseen territorios, a menudo inmensos, que no trabajan ellos mismos, que no han trabajado nunca y que, a menudo, no hacen siquiera trabajar a los otros? ¿Cómo es que pertenecen a personas privadas tierras que jamás fueron cultivadas? ¿Cuál es el trabajo, cuál es la mejora que puede haber dado origen, en tal caso, al derecho de propiedad?

La verdad es que para la tierra, como para lo demás, el origen de la propiedad es la violencia. Y usted no logrará justificada si no es aceptando el principio de que el derecho es la fuerza en cuyo caso… ¡ay de ustedes si un día son los más débiles!

*Ambrosio*. – Pero en suma, usted pierde de vista la utilidad social, las necesidades inherentes al consorcio civil. Sin el derecho de la propiedad no habría seguridad ni trabajo ordenado; y la sociedad se disolvería en el caos.

*Jorge*. – ¡Cómo!, ¿ahora habla de utilidad social? ¡Pero si en nuestras primeras conversaciones yo no me ocupaba más que de los males que la propiedad privada produce, y usted me recordó la cuestión del derecho abstracto!

Pero basta por esta noche, discúlpeme, debo marchar. Volveremos a hablar.

**CAPÍTULO VI**

*Jorge*. – Y bien: ¿han visto lo que ha sucedido? Alguien comunicó a un periódico la conversación que tuvimos la vez pasada y por haberla publicado aquel periódico ha sido secuestrado.

*Ambrosio*. – ¡Ah!

*Jorge*. – No, usted no sabe nada, claro está… No comprende cómo puede pretender tener razón cuando tiene tanto miedo de que el público oiga discutir sobre sus ideas. En aquel periódico estaban fielmente reflejados sus argumentos y los míos. Usted debería estar contento de que el público pueda apreciar las bases racionales sobre las cuales se apoya la presente constitución social, y hacer justicia a las vanas críticas de sus adversarios. ¡Pero al contrario, usted cierra la boca a la gente, confisca!

*Ambrosio*. – Yo no intervengo en eso para nada; pertenezco a la magistratura judicial y no al ministerio público.

*Jorge*. – Sí, sí, pero son todos colegas y el mismo espíritu les anima.

Si mis conversaciones le aburren, dígamelo… e iré a hablar a otra parte.

*Ambrosio*. – No, no, al contrario. Le confieso que me interesan mucho. Continuemos, y en cuanto al secuestro, diré una palabra al procurador. Después de todo, tal como es la ley, nadie puede negarle el discutir.

*Jorge*. – Continuemos, pues. La otra vez, si me recuerdo bien, al defender el derecho de propiedad, usted tomó por base primero la ley positiva, es decir, el código, después el sentimiento de justicia, y, por tanto, la utilidad social. Permítame que recapitule en pocas palabras mis ideas al respecto.

Según mi opinión, la propiedad individual es injusta e inmoral porque está fundada o bien sobre la violencia abierta o sobre el fraude, o sobre la explotación legal del trabajo ajeno; y es nociva porque obstaculiza la producción e impide que se obtenga de la tierra y del trabajo todo lo necesario para satisfacer las necesidades de todos los hombres, porque crea la miseria de las masas y engendra el odio, los crímenes y la mayor parte de los males que afligen a la sociedad moderna. Por eso la quisiera abolida para sustituirla por un régimen de propiedad común, en el cual todos los hombres, dando su justa contribución de trabajo, obtuvieran el máximo de bienestar posible.

*Ambrosio*. – Pero verdaderamente yo no veo con qué lógica llega usted a la propiedad común. Usted ha combatido la propiedad porque, según su opinión, deriva de la violencia y de la explotación del trabajo; ha dicho que los capitalistas regulan la producción en vista de su beneficio y no para satisfacer lo mejor que se pueda las necesidades del público con el menor esfuerzo posible de los trabajadores; usted ha negado el derecho a obtener una renta de una tierra que no se cultiva con las propias manos, de prestar a interés el propio dinero o de sacar un beneficio empleándolo en la construcción de casas y otras industrias; pero el derecho del trabajador al producto del propio trabajo lo ha reconocido usted mismo; más aún, se ha hecho su paladín.

Por consiguiente, en lógica estricta, usted puede reclamar la verificación de los títulos de propiedad hecha según su criterio, la abolición del interés del dinero y de la renta; puede incluso pedir la liquidación de la sociedad presente y la división de las tierras y de los instrumentos de trabajo entre los que quieren servirse de ellos… pero no puede hablar de comunismo. La propiedad individual de los productos del trabajo personal deberá existir siempre; y si quiere que su trabajador emancipado tenga la seguridad del mañana, sin la cual no se hace trabajo alguno que no da un fruto inmediato, debe reconocer también la propiedad individual de la tierra y de los instrumentos de producción que uno emplee, al menos mientras los emplee.

*Jorge*. – Muy bien, continúe; se diría que también usted es afecto al socialismo. Es una escuela diferente de la mía: pero, en fin, es siempre socialismo. Un magistrado socialista es un fenómeno interesante.

*Ambrosio*. – No, no, nada de socialista. Lo hacía sólo para sorprenderle en contradicción y mostrarle que lógicamente debería ser no un comunista libertario, sino un «repartidor», un partidario de la división de los bienes.

Y entonces le diría que el fraccionamiento de la propiedad haría imposible toda gran empresa y produciría la miseria general.

*Jorge*. – Yo no soy un repartidor, un partidario de la división de los bienes, ni, que yo sepa, lo es ningún socialista moderno. No creo que dividir los bienes sería peor que dejarlos unidos en manos de los capitalistas; pero sé que esa división, si fuera posible, sería perjudicial para la producción. Además, no podría durar y llevaría de nuevo a la constitución de las grandes fortunas, a la proletarización de las masas y a la miseria y a la explotación exagerada.

Digo que el trabajador tiene derecho al producto íntegro de su trabajo; pero se reconoce que ese derecho no es más que una fórmula de justicia abstracta; y significa, en la práctica, que no debe haber explotadores, que todos deben trabajar y todos disfrutar de los frutos del trabajo, según los modos que convengan entre sí.

El trabajador no es un ser aislado en el mundo, que vive por sí y para sí, sino un ser racional que vive en un cambio continuo de servicios con los demás trabajadores, y debe coordinar sus derechos con los derechos de los demás. Por lo demás, es imposible, máxime con los métodos modernos de producción, determinar en un producto cuál es la parte exacta de trabajo que cada trabajador ha proporcionado, como es imposible determinar, en la diferencia de productividad de cada obrero, o de cada grupo de obreros, qué parte se debe a la diferencia de habilidad y de energía desplegada por los trabajadores y qué parte depende de la diferencia de fertilidad de suelo, de la calidad de los instrumentos empleados, de las ventajas o dificultades dependientes de la situación topo gráfica o del ambiente social. Y por tanto, la solución no puede encontrarse en el respeto al derecho estricto de cada uno, sino que debe buscarse en el acuerdo fraternal, en la solidaridad.

*Ambrosio*. – Pero entonces no existirá la libertad.

*Jorge*. – Al contrario, es entonces solamente cuando habrá libertad. Ustedes, los llamados liberales, llaman libertad al derecho teórico, abstracto, de hacer una cosa y serían capaces de decir, sin reír ni ruborizarse, de un hombre que ha muerto de hambre por no haber podido procurarse alimento, que estaba libre de comer o no. Nosotros, al contrario, llamamos libertad a la posibilidad de hacer una cosa o no hacerla – y esta libertad, que es la única verdadera, se vuelve tanto mayor cuanto más crece el acuerdo entre los hombres y el apoyo que se dan entre sí.

*Ambrosio*. – Usted ha dicho que si se dividieren los bienes, se reconstituirían las grandes fortunas y se volvería al estado de antes. ¿Por qué?

*Jorge*. – Porque desde el principio sería imposible ponerlos a todos en estado de perfecta igualdad y conservar luego esa igualdad. Las tierras difieren grandemente entre ellas, las unas producen mucho con poco trabajo y las otras poco con mucho trabajo; las ventajas y desventajas de toda especie que ofrecen las diversas localidades son grandes, y grandes también las diferencias de fuerza física e intelectual entre hombre y hombre. Ahora bien: en el momento de la división surgiría naturalmente la rivalidad y la lucha: las mejores tierras, los mejores instrumentos, los mejores lugares irían a manos de los más fuertes o más inteligentes o más astutos. Por consiguiente, encontrándose los mejores medios materiales en manos de los hombres mejor dotados, éstos se verían pronto en posición muy superior a los demás, y, partiendo de estas ventajas primitivas, fácilmente aumentarían en fuerza, volviendo a comenzar así un nuevo proceso de explotación y expropiación de los débiles que reconstituiría la sociedad burguesa.

*Ambrosio*. – Pero eso se podrá impedir con buenas leyes que declarasen inalienables las cuotas individuales y circundasen a los débiles de serias garantías legales.

*Jorge*. – ¡Uf! Usted cree siempre que se puede remediarlo todo con leyes. ¡No es en vano magistrado! Las leyes se hacen y se deshacen según el capricho de los fuertes.

Los que son un poco más fuertes que el término medio, las violan; los que son mucho más fuertes aún, las suprimen y hacen otras en su interés.

*Ambrosio*. – ¿Y entonces?

*Jorge*. – Entonces, se lo he dicho ya; es preciso sustituir la lucha entre los hombres con el acuerdo y la solidaridad, para eso se necesita ante todo abolir la propiedad individual.

*Ambrosio*. – En resumen, seriamente, ¿es usted comunista libertario?

Todo es de todos, trabaja el que quiere y el que no quiere hace el amor; come, bebe, o diviértete. ¡Qué país de Jauja! ¡Oh, qué hermosa vida! ¡Oh, qué bello manicomio! Ja, ja, ja.

*Jorge*. – Al ver el aspecto que usted ofrece al querer defender con razonamientos esta sociedad que sólo se rige con la fuerza bruta, no me parece verdaderamente que tenga mucho de qué reír.

Sí, señor, soy comunista libertario. Pero usted parece tener nociones muy extrañas sobre el comunismo libertario. La próxima vez trataré de hacérselo comprender. Por hoy, buenas noches.

**CAPÍTULO VII**

*Ambrosio*. – Y bien, ¿quiere explicarme lo que es su comunismo libertario?

*Jorge*. – Con mucho gusto.

El comunismo libertario es un modo de organización social en que los hombres, en lugar de luchar entre sí por acaparar las riquezas naturales, explotarse y oprimirse recíprocamente, como en la sociedad actual, se asociarán y se pondrán de acuerdo para cooperar todos al mayor bienestar posible de cada uno. Partiendo del principio de que la tierra, las minas y todas las riquezas naturales pertenecen a todos y que a todos pertenecen también los productos acumulados y las adquisiciones de todo género de las generaciones pasadas, los hombres, en el comunismo libertario, se entenderán para trabajar cooperativamente y producir todo lo necesario.

*Ambrosio*. – He comprendido. Usted quiere, como decía un periodicucho que he tenido en las manos en un proceso de anarquistas, que cada uno produzca según sus fuerzas y consuma según sus necesidades; o bien que cada uno dé lo que puede y tome lo que necesite. ¿No es eso?

*Jorge*. – Efectivamente, esas son máximas que solemos repetir a menudo; pero para que representen correctamente lo que sería una sociedad comunista libertaria, tal como nosotros la concebimos, habría que saberlas interpretar. No se trata, evidentemente, de un derecho absoluto a satisfacer todas las necesidades propias, pues las necesidades son infinitas, crecen más rápidamente que los medios para satisfacerlas, y por consiguiente su satisfacción es siempre limitada por las posibilidades de la producción; no sería ni útil ni justo que la colectividad, para satisfacer las necesidades excesivas, o mejor dicho, los caprichos de algún individuo, se sometiera a un trabajo desproporcionado con la utilidad producida.

Y no se trata tampoco de emplear en la producción todas las fuerzas personales, pues eso, tomado literalmente, significaría que es preciso trabajar hasta el agotamiento, es decir, que para satisfacer mejor las necesidades del hombre habría que destruir al hombre.

Lo que nosotros queremos es que todos estén lo mejor posible; es que todos alcancen el máximo de satisfacción con el mínimo de esfuerzo penoso. No podría darle una fórmula teórica que represente exactamente tal estado de cosas; pero cuando se hayan quitado de en medio a los patrones, a los gendarmes, y los hombres se consideren hermanos y piensen en ayudarse y no en explotarse unos a otros, la fórmula práctica de la vida social sería encontrada pronto. De cualquier modo, se obrará como se sepa y se pueda, salvo modificar y mejorar a medida que se aprendiese a hacerla mejor.

*Ambrosio*. – He comprendido: usted es partidario de la *prise au tas*, como dicen sus compañeros franceses; cada cual produce lo que mejor le parece y lo *echa al montón* o, si usted quiere, lleva a los almacenes comunales lo que ha producido; y cada cual *toma del montón* todo lo que necesita y le place. ¿Es así?

*Jorge*. – Advierto que usted está decidido a informarse un poco sobre la cuestión y supongo que ha ido a leer los documentos de los procesos más atentamente de lo que lo hace cuando se trata de enviarnos a la cárcel. ¡Si los magistrados y los policías hicieran como usted, lo que se nos roba en los allanamientos a nuestros domicilios serviría al menos para algo!

Pero volvamos al argumento. Tampoco esa fórmula de la *toma del montón* es más que un modo de hablar, que expresa la tendencia a querer sustituir el espíritu mercantil de hoy por el espíritu de fraternidad y de solidaridad, pero no indica cierta mente un modo concreto de organización social. Tal vez encuentre entre nosotros quien toma esa fórmula al pie de la letra, porque supone que el trabajo hecho espontáneamente será siempre superabundante y los productos se acumularían en tal cantidad y variedad que harían inútil toda regulación en el trabajo y en el consumo. Pero yo no pienso así: pienso, como le he dicho, que el hombre tiene siempre más necesidades que medios para satisfacerlas y me alegro de ello, porque ese hecho es causa de progreso; y creo que, aunque se pudiera, sería un derroche absurdo de energía el producir a ciegas para colmar todas las necesidades posibles, en lugar de calcular las necesidades efectivas y organizarse para satisfacerlas con la menor fatiga posible. Por tanto, una vez más, la solución está en el acuerdo entre los hombres y en los pactos tácitos o expresos, a que llegarán cuando hayan conquistado la igualdad de condiciones y estén inspirados por el espíritu de la solidaridad.

Trate de penetrar en el espíritu de nuestro programa y no se preocupe demasiado de las fórmulas, que en nuestro movimiento, como en todos los partidos, no son más que una manera concisa e impresionante, pero casi siempre vaga e inexacta, de expresar una tendencia.

*Ambrosio*. – ¿Pero no se apercibe que el comunismo libertario es la negación de la libertad, de la personalidad humana? Tal vez haya podido existir en los tiempos primitivos de la humanidad, cuando el hombre, poco desarrollado intelectual o moralmente, estaba contento cuando podía satisfacer en la tribu sus apetitos materiales; tal vez es posible en una sociedad religiosa, monástica, que se propone la supresión de las pasiones humanas, que se vanagloria de la absorción del individuo en la comunidad conventual y hace de la obediencia el primer deber. Pero en la sociedad moderna, en tanto florecimiento de civilización producido por la libre actividad individual, con la necesidad de independencia y de libertad que atormenta y ennoblece al hombre moderno, el comunismo libertario, si no fuese un sueño imposible, sería el regreso a la barbarie. Toda actividad sería paralizada; toda fecunda emulación para distinguirse, para afirmar la propia individualidad, se extinguiría…

*Jorge*. – Y así sucesivamente…

Basta, no derroche su elocuencia. Esas son frases hechas que conozco desde hace mucho tiempo… y no son más que otras tantas mentiras, descaradas e inconscientes. ¡La libertad, la individualidad del que muere de hambre! ¡Qué cruel ironía! ¡Qué profunda hipocresía!

Usted defiende una sociedad en donde la gran mayoría vive en condiciones animales, una sociedad en donde los trabajadores mueren de hambre y de miseria, donde los niños perecen a millares y millones por falta de cuidados, donde las mujeres se prostituyen para tener que comer; una sociedad donde la ignorancia entenebrece los espíritus, donde el que es instruido debe vender su saber y mentir para comer, donde ninguno está seguro del mañana ¿y se atreve a hablarme de libertad y de individualidad?

Tal vez la libertad y la posibilidad de desarrollar la propia individualidad existirán para usted, para una pequeña casta de privilegiados… ¡y ni siquiera! Los mismos privilegiados son víctimas del estado de lucha entre hombre y hombre, que corrompe toda la vida social, y ganarían viviendo en una sociedad solidaria, libres entre libres, iguales entre iguales.

¿Cómo puede usted sostener que la solidaridad perjudique la libertad y el sentimiento de la individualidad? Si discutiésemos sobre la familia -y de ella hablaremos algún día- no dejaría usted de entonar uno de los himnos habituales a esa santa institución. Ahora bien: en la familia -en aquella al menos que se glorifica, no en la que existe realmente- reinan el amor y solidaridad. ¿Sostendría usted que los hermanos serían más libres y desarrollarían mejor su individualidad si, en lugar de quererse bien y trabajar todos de acuerdo por el bienestar común, se pusieran a robarse mutuamente, a odiarse y darse bastonazos?

*Ambrosio*. – Pero para regular la sociedad como una familia, para organizar y hacer marchar una sociedad comunista libertaria se necesita una centralización intensa, un despotismo de hierro, un Estado omnipotente. ¡Figúrese qué opresivo sería un gobierno que dispusiera de toda la riqueza social y asignase a cada uno el trabajo que debe hacer y la parte que puede consumir!

*Jorge*. – Ciertamente, si el comunismo libertario tuviera que ser como lo concibe usted y alguna escuela autoritaria, sería imposible o, si fuera posible, se resolvería en una colosal y complicadísima tiranía, que provocaría necesariamente después una gran reacción.

Pero nada de todo eso hay en el comunismo libertario que nosotros queremos. Nosotros queremos el comunismo libre, *anarquista*, si la palabra no les ofende. Es decir, queremos que el comunismo libertario se organice libremente, de abajo a arriba, comenzando por los individuos que se unen en asociaciones y continuando poco a poco por federaciones cada vez más complejas de asociaciones, hasta abarcar toda la humanidad en un pacto general de cooperación y de solidaridad. Y como ese comunismo se habrá constituido libremente, libremente también deberá mantenerse, por la voluntad de los interesados.

*Ambrosio*. – ¡Pero para que todo ese fuera posible sería necesario que los hombres fueran ángeles, que fueran todos altruistas! Y, al contrario, el hombre es por naturaleza egoísta, malo, hipócrita, haragán.

*Jorge*. – Ciertamente, para que sea posible el comunismo libertario se necesita que los hombres, en parte por impulso de sociabilidad y en parte por una justa comprensión de sus intereses, no se odien entre sí y quieran ir de acuerdo y ayudarse mutuamente. Pero esto, lejos de ser una imposibilidad, es ya hoy un hecho normal y general. La presente organización social es causa permanente de antagonismos y conflictos entre las clases y los individuos; y si, no obstante, la sociedad puede mantenerse y no degenera literalmente en una horda- de lobos que se devoran entre sí, es precisamente por el profundo instinto social humano que provoca los mil actos de solidaridad, de simpatía, de abnegación, de sacrificio que se realizan en todos los momentos, sin pensar siquiera en ellos, y que hacen posible que la sociedad perdure no obstante las causas de disolución que lleva en su seno.

El hombre es al mismo tiempo egoísta y altruista y lo es en su misma naturaleza, diré así, biológica, pre-social. Si no hubiera tenido el instinto de sacrificarse por los demás, cuya primera manifestación se encuentra en el amor a la prole, no habría podido existir como especie, ni con mayor razón, llegar a la vida social.

La coexistencia del sentimiento egoísta y del sentimiento altruista y la imposibilidad en la sociedad actual de satisfacerlos a ambos hace que hoy ninguno esté contento, ni siquiera los que ocupan una posición privilegiada. Al contrario, el comunismo libertario es la forma social en donde el egoísmo y el altruismo se confunden o tienden a confundirse -y todos los hombres lo aceptarán, porque originará el bien suyo y el bien de los demás-.

*Ambrosio*. – Será como usted dice; ¿pero cree que todos querrán y sabrán adaptarse a los deberes que impone una sociedad comunista libertaria? ¿Si, por ejemplo, la gente no quisiera trabajar? Sí, usted lo acomodará todo, en la imaginación, como mejor le agrade, y me dirá que el trabajo es una necesidad orgánica, un placer, y que todos rivalizarán para tener la mayor parte posible de ese placer.

*Jorge*. – Yo no digo eso precisamente, aunque esa sea la opinión de muchos de mis amigos. Según mi manera de ver, lo que es una necesidad orgánica y un placer es el movimiento, la actividad tanto muscular como nerviosa; pero el trabajo es actividad disciplinada en vista de un fin objetivo, exterior del organismo. Y yo sé muy bien que uno puede preferir los ejercicios ecuestres cuando, al contrario, sería necesario plantar coles. Pero creo que el hombre sabe adaptarse y se adapta muy bien a las condiciones necesarias para llegar al fin que persigue.

Dado que los productos que se obtienen del trabajo son necesarios para vivir, y nadie tendría los medios para obligar a los demás a trabajar para él, todos reconocerían la necesidad de trabajar y preferirían la organización donde el trabajo fuera menos penoso y más productivo como es, según mi opinión, la organización comunista libertaria.

Considere, además, que en el comunismo libertario son los mismos trabajadores los que organizan y dirigen el trabajo, y por consiguiente, tienen el mayor interés en hacerla agradable y fácil; considere que en el comunismo libertario se formaría naturalmente una opinión pública que condenaría la ociosidad como perjudicial a todos, y comprenderá que aunque hubiera ociosos, no serían más que una minoría insignificante que se podría compadecer y soportar sin daño sensible.

*Ambrosio*. – Pero supóngase que, a pesar de sus previsiones optimistas, los ociosos fueran muchos, ¿qué harían? ¿Los mantendría lo mismo? ¡Entonces sería lo mismo mantener a los que llama burgueses!

*Jorge*. – En verdad existiría una diferencia y grande; pues los burgueses no sólo nos quitan una parte de lo que producimos, sino que nos impiden producir lo que queremos. Yo no digo de ningún modo que habría que mantener los ociosos cuando fueran tan numerosos como para originar perjuicios; tanto más cuanto que el ocio y el hábito de vivir a su capricho les daría también la idea de mandar. El comunismo libertario es un pacto libre; el que no lo acepta, o no lo mantiene, queda fuera.

*Ambrosio*. – ¿Pero entonces habría una nueva clase de desheredados?

*Jorge*. – De ningún modo. Todos tienen derecho a la tierra, a los instrumentos de trabajo y a todas las ventajas de que puede gozar el hombre en el estado de civilización a que ha llegado la humanidad. Si uno no quiere aceptar la vida comunista libertaria y las obligaciones que implica, es cuestión suya. Se acomodará como crea con aquellos con quienes esté de acuerdo, y si se encuentra peor que los demás, eso le demostrará la superioridad del comunismo libertario y le impulsaría a unirse con los comunistas libertarías.

*Ambrosio*. – ¿Pero entonces uno sería libre de aceptar o no el comunismo libertario?

*Jorge*. – Ciertamente; y tendría los mismos derechos que tendrían los comunistas libertarías sobre las riquezas naturales y sobre los productos acumulados por las generaciones pasadas. ¡Qué diablo! ¿No le hablé siempre de libre acuerdos, de comunismo libre? ¿Cómo podría haber libertad si no hubiese alternativa posible?

*Ambrosio*. – ¿Por tanto usted no quiere imponer sus ideas con la fuerza?

*Jorge*. – ¿Está usted loco? ¿Nos toma por policías… o por magistrados?

*Ambrosio*. – Entonces bien, nada hay de malo. Cada cual es libre de soñar lo que quiera.

*Jorge*. – Cuidado, sin embargo, con equivocarse; una cosa es imponer las ideas y otra es defenderse de los ladrones y de los violentos, y reconquistar sus propios derechos.

*Ambrosio*. – ¡Ah, ah! por consiguiente, para *reconquistar los derechos* emplearán la fuerza, ¿no es así?

*Jorge*. – Eso no se lo diré. Usted podría tejer sobre mi respuesta una requisitoria contra nosotros en algún proceso. Lo que le diré es que, ciertamente, cuando el pueblo tenga conciencia de sus derechos y quiera terminar… ustedes correrán el riesgo de ser tratados un poco rudamente. Pero eso dependerá de la resistencia que opongan. Si ceden de buena gana, todo será paz y amor; si en cambio, se obstinan, y yo estoy convencido que se obstinarán, tanto peor para ustedes.

Buenas noches.

**CAPÍTULO VIII**

*Ambrosio*. – ¿Sabe usted? Cuanto más pienso en su comunismo libertario más me persuado de que es usted… un hermoso original.

*Jorge*. – ¿Y por qué?

*Ambrosio*. – Porque habla siempre de trabajo, de disfrute, de acuerdos, de pactos, pero de autoridad social, de gobierno no habló nunca. ¿Quién regulará la vida social? ¿Quién será el gobierno? ¿Cómo será constituido? ¿Quién lo elegirá? ¿Cuáles serán los medios de que dispondrá para obligar a respetar las leyes y para castigar a los contraventores? ¿Cómo serán constituidos los varios poderes, legislativo, educativo y judicial?

*Jorge*. – De todos esos poderes suyos nosotros no sabemos qué hacer. Nosotros no queremos gobierno. ¿No sabe aún que soy anarquista?

*Ambrosio*. – ¿No le digo que es usted un original? Comprendería aún el comunismo libertario y admito que podría ofrecer grandes ventajas, pero si todo fuera regulado por un gobierno instruido que tuviera la fuerza de imponer a todos el respeto a la ley. ¡Pero así, sin gobierno, sin leyes! ¿Qué maremagnun no sería?

*Jorge*. – Lo preveía: antes era contrario al comunismo libertario diciendo que éste tiene necesidad de un gobierno fuerte y centralizado; ahora, después de oír hablar de una sociedad sin gobierno, aceptaría incluso el comunismo libertario siempre que hubiera un gobierno de puño de hierro. En suma, es la libertad la que le causa miedo.

*Ambrosio*. – Eso querría decir que por huir de un escollo se va a dar en otro. Lo que es cierto es que una sociedad sin gobierno no puede existir. ¿Cómo quiere que las cosas puedan marchar sin regla, sin norma de conducta de ninguna especie? Sucedería que uno querría ir a la izquierda, otro a la derecha y la barca quedaría quieta, o más bien iría al fondo.

*Jorge*. – Yo no le he dicho que no quiero ni reglas ni normas. Le dije que no quiero gobierno, y entiendo por gobierno un poder que hace la ley y la impone a todos.

*Ambrosio*. – Pero si ese gobierno es elegido por el pueblo no representa más que la voluntad del pueblo mismo… ¿De qué podrá usted quejarse?

*Jorge*. – Eso no es más que una mentira. Una voluntad popular, genérica, abstracta, no es más que una patraña metafísica El pueblo está compuesto de hombres y los hombres tienen mil voluntades diferentes y variables según la diversidad de temperamentos y de circunstancias, y querer obtener de ellos, con la operación mágica de las urnas, una voluntad general común a todos, es simplemente un absurdo. Sería ya imposible para un hombre solo encargar a otro que siguiera su voluntad en todas las cuestiones que pudieran presentarse durante un determinado tiempo; porque ese hombre no podría decir él mismo anticipadamente cuál sería su voluntad en las diversas ocasiones. ¿Cómo podría decirlo una colectividad, un pueblo, cuyos miembros están en desacuerdo en el momento mismo de dar el mandato?

Piense sólo un momento en el modo de hacer las elecciones y advierta que entiendo hablar del modo cómo se podrían hacer cuando todos los hombres fueran instruidos e independientes y por consiguiente el voto perfectamente consciente y libre. Usted, por ejemplo, vota por el que estima más adecuado para defender sus intereses y aplicar sus ideas. Eso es ya conceder mucho, porque usted tiene tantas ideas y tanta diversidad de interés que no podrá encontrar un hombre que piense como usted siempre y sobre todas las cosas; pero, además, aquel a quien le da su voto, ¿será el que le gobernará? De ningún modo. Ante todo su candidato podrá fracasar y por lo tanto su voluntad no tendrá ya parte alguna en la llamada voluntad popular; pero supongamos que triunfe.

¿Será, por eso, su gobernante? Ni en sueños. No será más que uno entre tantos (en el parlamento italiano, por ejemplo, uno entre 335) y usted será realmente gobernado por una mayoría de personas a quien no ha dado mandato alguno. Y eso. mayoría (cuyos miembros han recibido tantos mandatos diferentes o contradictorios, o mejor dicho no han recibido más que una delegación general de poderes, sin ningún mandato determinado) imposibilitada, aunque quisiera, para expresar una voluntad general que no existe y para contentar a todos, hará como le parezca o como les parezca a aquellos que dominen momentáneamente.

Vamos, es mejor dejar a un lado esa vieja ficción del gobierno que representa la voluntad popular.

Hay ciertas cuestiones de orden general sobre las cuales, en un momento dado, todo el pueblo se encuentra de acuerdo. Pero entonces, ¿para qué sirve el gobierno? Cuando todos quieren una cosa no necesitan más que hacerla.

*Ambrosio*. – Pero, en suma, usted admitió que necesitamos reglas, normas de vida. ¿Quién deberá establecerlas?

*Jorge*. – Los mismos interesados, aquellos que deban seguir esas normas.

*Ambrosio*. – ¿Y quién impondrá ese respeto?

*Jorge*. – Nadie, porque se trata de normas libremente aceptadas y libremente seguidas. No confunda usted las normas de que le hablo, que son convenios prácticos basados en el sentimiento de la solidaridad y en la preocupación que todos deberán tener por el bien colectivo con la ley, que es una regla prescripta por algunos e impuesta por la fuerza a los demás. Nosotros no queremos leyes, sino pactos libres.

*Ambrosio*. – ¿Y si alguien viola el pacto?

*Jorge*. – ¿Por qué habría de violarlo si el pacto le conviene? Por lo demás, si fuera violado, eso serviría para advertir que el pacto no satisface a todos y que hay que modificarlo. Y todos buscarían un arreglo mejor, porque todos tienen interés en que nadie esté descontento.

*Ambrosio*. – Por lo tanto, según parece, usted sueña con una sociedad primitiva en la que cada cual haría lo que necesita por sí mismo y las relaciones entre los hombres serían pocas, restringidas y elementales.

*Jorge*. – Nada de eso. Desde el momento que la multiplicidad y la complejidad de las relaciones produce a los hombres mayores satisfacciones morales y materiales, nosotros trataremos de tener las relaciones más numerosas y complejas posibles.

*Ambrosio*. – Pero entonces tendrán necesidad de delegar funciones, de dar encargos, de nombrar representantes para establecer acuerdos.

*Jorge*. – Ciertamente. Pero no crea que esto equivale a nombrar un gobierno. El gobierno hace la ley y la impone, mientras que una sociedad libre las delegaciones no tienen más que encargos determinados, temporales, para hacer ciertos trabajos, y esos encargos no dan derecho a ninguna autoridad y a ninguna compensación especial. Y las resoluciones de los delegados están siempre sujetas a la aprobación de su mandato.

*Ambrosio*. – Pero usted no supone que todos estarán de acuerdo. Si hay gente a quien no convenga el orden social de ustedes, ¿qué harán?

*Jorge*. – Esa gente se arreglará como crea mejor, y nosotros y ellos tomaremos acuerdos para no perjudicarnos recíprocamente.

*Ambrosio*. – ¿Y si los otros quieren molestarles?

*Jorge*. – Entonces… nos defenderemos.

*Ambrosio*. – Ah, ¿pero no ve que de esa necesidad de defensa puede nacer un nuevo gobierno?

*Jorge*. – Ciertamente que lo veo. Es precisamente por eso que le he dicho siempre que la anarquía no es posible más que después de haber sido eliminadas las mayores causas de conflicto, y cuando el acuerdo se haya convertido en interés de todo y el espíritu de solidaridad esté bien desarrollado entre los hombres.

Si se quisiera realizar hoy la anarquía, dejando intacta la propiedad individual y las otras instituciones sociales que se derivan de ella, pronto estallaría tal guerra civil, que un gobierno, aunque tiránico, sería acogido como una bendición.

Pero si al mismo tiempo que establece la anarquía suprime la propiedad individual, las causas de conflicto que subsistan no serán insuperables y se llegará al acuerdo, porque con el acuerdo todos serán beneficiados.

Por lo demás, se entiende que las instituciones valen lo que valen los hombres que las hacen funcionar, – y que la anarquía especialmente, que es el Régimen del libre acuerdo, no puede existir si los hombres no comprenden los beneficios de la solidaridad y no quieren ponerse de acuerdo.

Para eso hacemos propaganda.

**CAPÍTULO IX**

*Ambrosio*. – Déjeme volver sobre su comunismo libertario. Francamente, no puedo tragarlo…

*Jorge*. – Oh, lo creo. Después de haber pasado toda la vida entre los códigos y las pandectas defendiendo el derecho del Estado y el del propietario, una sociedad sin Estado y sin propietarios en donde no habrá rebeldes y hambrientos que condenar a galeras le debe parecer algo del otro mundo.

Pero si quisiera hacer abstracción de su posición, si tuviera energía para vencer sus hábitos de espíritu y quisiera reflexionar sobre la cosa, sin prevenciones, comprendería fácilmente que, admitido que el fin de la sociedad debería ser el mayor bienestar posible de todos, el comunismo libertario es la solución a que se llega necesariamente. Pero si, al contrario, usted piensa que la sociedad ha sido hecha para engordar algunos pocos pillos a expensas de todos, entonces…

*Ambrosio*. – No, no, admito qué la sociedad debe proponerse el bien de todos, pero no por eso puedo aceptar su sistema. Me esfuerzo verdaderamente por ponerme en su punto de vista, pues he tomado interés en la discusión y quisiera al menos darme una idea clara de lo que ustedes quieren; pero sus conclusiones me parecen de tal modo utópicas, de tal modo…

*Jorge*. – He ahí la cuestión… no sé… todo el sistema.

Dejemos a un lado la cuestión del derecho, sobre la cual no podremos entendernos; suponiendo que -como usted sostiene- todos tengan un derecho igual a gozar de la riqueza existente, comprendo que el comunismo libertario pueda parecer el orden más simple y tal vez el mejor. Pero lo que no me parece de ningún modo posible es una sociedad sin gobierno.

Usted funda todo su edificio sobre la libre voluntad de los asociados…

*Jorge*. – Justamente.

*Ambrosio*. – Y este es su error. Sociedad significa jerarquía, disciplina, sumisión del individuo a la colectividad. Sin autoridad no hay sociedad posible.

*Jorge*. – Todo lo contrario. La sociedad propiamente dicha no existe más que entre iguales; y los iguales tienen hábito de entenderse entre sí cuando hallan placer y conveniencia en ello, pero no se someten uno al otro.

Sus relaciones de jerarquía y sumisión, que le parecen la esencia de la sociedad, son relaciones de esclavo a patrón; y usted admitirá, creo yo, que el esclavo no es, propiamente hablando, el asociado del amo, como el animal doméstico no es el asociado del hombre a quien pertenece.

*Ambrosio*. – Pero ¿cree verdaderamente posible una sociedad en donde cada cual haga lo que quiera?

*Jorge*. – A condición, se entiende, de que los hombres quieran vivir en sociedad y se adapten, por consiguiente, a las necesidades de la vida social.

*Ambrosio*. – ¿Y si no quieren?

*Jorge*. – Entonces no habría sociedad posible. Pero como es sólo en la sociedad donde el hombre, al menos el hombre moderno, puede encontrar satisfacción a sus necesidades materiales y morales, es extraño suponer que quiera renunciar a lo que es para él condición de vida y de bienestar.

Los hombres se ponen difícilmente de acuerdo cuando discuten en abstracto; pero apenas hay algo que hacer que es necesario hacer y que interesa a todos, siempre que nadie tenga medios de imponer a los demás su voluntad y de obligarles a obrar como desea; pronto cesan las obstinaciones y las tiranteces del amor propio, se vuelven conciliadores y la cosa se realiza con la mayor satisfacción posible de cada uno.

Se comprende: nada humano es posible sin la voluntad de los hombres. Todo el problema, para nosotros, está en cambiar esa voluntad, es decir, en hacer comprender a los hombres que combatiéndose uno a otro, odiándose, explotándose recíprocamente, pierden todos, y en persuadirlos a que quieran un orden social fundado en el apoyo mutuo y en la solidaridad.

*Ambrosio*. – Por consiguiente, para establecer su comunismo libertario deberán esperar a que todos estén persuadidos y tengan la voluntad de establecerlo.

*Jorge*. – ¡Oh, no! ¡Buenos estaríamos! La voluntad es determinada en gran parte por el ambiente, y es probable que mientras duren las condiciones actuales la mayoría continuará creyendo que la sociedad no puede ser organizada diversamente a como lo está.

*Ambrosio*. – ¿Y entonces?

*Jorge*. – Entonces el comunismo libertario y la anarquía serán establecidos entre nosotros… cuando seamos un número suficiente para establecerlos -convencidos de que si los demás ven que nos encontramos bien, harán pronto como nosotros-. O al menos, si no pudiéramos realizar el comunismo libertario y la anarquía, trabajaremos para que las condiciones sociales cambien de modo para determinar la voluntad en el sentido que nosotros queremos…

Comprenda bien: se trata de una acción recíproca de la voluntad sobre el ambiente y del ambiente sobre la voluntad… Nosotros hacemos y haremos lo que podamos para que todo se encamine hacia nuestro ideal.

Lo que debe entender bien es esto. Nosotros no queremos violentar la voluntad de nadie; pero no queremos que otros violenten la nuestra o la del público. Nos rebelamos contra aquella minoría que explota y oprime al pueblo con la violencia. Una vez conquistada la libertad para nosotros y para todos, y, claro está, los medios para ser libres, es decir, el derecho a servirnos de la tierra y de los instrumentos de producción, no contaremos ya más que con la fuerza de la palabra y del ejemplo para hacer triunfar nuestras ideas.

*Ambrosio*. – Muy bien; ¿y cree llegar así a una sociedad que se rija simplemente por la voluntad concordante de sus miembros? ¡Sería el caso de decir que eso sentaría un caso *sin precedente*!

*Jorge*. – No tanto como lo imagina. En realidad ha sido siempre así, si se considera que los vencidos, los dominados, las bestias de carga y de matadero del consorcio humano no forman propiamente parte de la sociedad.

En los Estados despóticos, donde todos los habitantes son tratados como un rebaño al servicio de uno solo, ninguno más que el soberano tiene voluntad… y aquellos de quienes el soberano tiene necesidad para tener sumisa a la masa. Pero a medida que otros consiguen emanciparse y entrar en la clase dominadora, en la sociedad propiamente dicha, sea por medio de la participación directa en el gobierno, sea por medio de la posesión de la riqueza, la sociedad se va plasmando de manera como para satisfacer la voluntad de todos los dominadores. Todo el aparato legislativo y ejecutivo, todo el gobierno, con sus leyes, sus soldados, sus esbirros, sus jueces, etc., no sirve más que para regular y asegurar la explotación del pueblo. De otro modo los patrones encontrarían más simple y más económico ponerse se acuerdo entre sí y pasarse sin el Estado. Los burgueses mismos lo dicen… cuando olvidan por un momento que sin los soldados y sin los esbirros el pueblo iría a aguarles la fiesta.

Destruya las divisiones de clase, haga que no existan esclavos para el freno, e inmediatamente el Estado no tendrá razón de ser.

Por lo demás, aun hoy, la parte esencial de la vida social, tanto en la clase dominadora como en dominada, se realiza por acuerdo espontáneo y a menudo entre individuos: por costumbres, punto de honor, respeto a la palabra dada, temor a la opinión pública, sentimientos de honestidad, de amor, de simpatía, reglas de buena conducta -sin ninguna intervención de la ley y del gobierno-. ¡Ley y gobierno se vuelven necesarios sólo cuando se trata de relaciones entre dominadores y dominados! ¡Entre iguales todos tienen vergüenza de llamar al esbirro, de recurrir al juez!

*Ambrosio*. – No exagere. El Estado realiza también cosas útiles a todos, da la instrucción, vela por la salud pública, defiende la vida de los ciudadanos, organiza los servicios públicos… ¡No dirá que éstas son cosas inútiles o perjudiciales!

*Jorge*. – Oh, hechas como el Estado suele hacerlas, se podría casi decirlo. Lo cierto es que quien hace realmente esas cosas es siempre el trabajador, y el Estado, erigiéndose en su regulador, no hace más que transformadas en instrumentos de dominación y volverlas en provecho especial de los gobernantes y de los propietarios.

La instrucción se propaga si existe en el público el deseo de instruirse; la salud pública es próspera cuando el público conoce, aprecia y puede poner en práctica las reglas de la higiene y cuando existen médicos capaces de aconsejar bien a la gente; la vida de los ciudadanos está segura cuando los hombres son habituados a considerar como sagrada la vida y la libertad humanas y cuando… no hay jueces ni gendarmes para dar el ejemplo de brutalidad; los servicios públicos se organizan cuando el pueblo experimenta la necesidad de ellos.

El Estado no crea nada; en la mejor de las hipótesis no sería más que un rodaje superfluo, un derroche inútil de fuerzas. ¡Pero si no fuese más que inútil!

*Ambrosio*. – Basta. Pienso que me ha dicho lo suficiente; quiero reflexionar.

Hasta la vista.

**CAPÍTULO X**

*Gino* (obrero). – He sabido que se discute aquí por la noche sobre la cuestión social y he venido para hacer, con permiso de estos señores, una pregunta a mi amigo Jorge.

Dime, ¿es verdad que ustedes los anarquistas quisieran que no hubiera policía?

*Jorge*. – Ciertamente. ¡Oh, qué es eso!, ¿no estás de acuerdo? ¿De cuándo acá te has vuelto amigo de los policías?

*Gino*. – No soy su amigo, tú lo sabes. Pero no soy tampoco amigo de los ladrones y de los asesinos y quiero que mi bien y mi vida sean guardados y bien guardados.

*Jorge*. – ¿Y quién te guarda de los guardianes?...

¿Crees que los hombres se vuelven ladrones y asesinos sin causa alguna?

¿Y que el mejor modo de proveer a la propia seguridad es el de echarse al cuello una banda de gentes que, con el pretexto de defendernos, nos oprime y nos desuella y hace mil veces más daño que todos los ladrones y todos los asesinos? ¿O no sería mejor destruir las causas del mal obrando de manera que todos pudiesen estar bien sin quitarse uno al otro el pan de la boca, y que todos pudieran educarse y desarrollarse de manera como para desterrar del corazón las malas pasiones de la envidia, del odio y de la venganza?

*Gino*. – ¡Qué dices! Los hombres son malos por naturaleza, y si no hubiera leyes, jueces, soldados y policías para imponerles respeto, nos devoraríamos entre nosotros peor que los lobos.

*Jorge*. – Si fuera así, habría una razón de más para no dar a nadie el poder de mandarnos y de disponer de la libertad ajena. Obligados a luchar contra todos, cada cual con las propias fuerzas, correríamos el riesgo de la lucha y podríamos ser de tanto en tanto vencedores o vencidos; seríamos salvajes, pero gozaríamos al menos de la libertad relativa de las selvas y de las ásperas emociones de la bestia de presa. Pero si diéramos voluntariamente a algunos el derecho a imponernos su voluntad, según tu opinión por el solo hecho de ser hombres, dispuestos a devorarnos, sería equivalente a entregarnos nosotros mismos a la esclavitud y a la miseria.

Pero tú te engañas, amigo mío; los hombres son buenos o males según las circunstancias. Lo que es común a todos es el instinto de conservación al bienestar y al desarrollo de sus propias facultades. Si para vivir bien es preciso causar el mal a los demás, pocos y con muchos esfuerzos resistirán a la tentación. Pero haz de modo que los hombres encuentren en la sociedad de sus semejantes las condiciones de su bienestar y de su desenvolvimiento y habrá tanta dificultad en ser malos como la que existe hoy para ser buenos.

*Gino*. – Supongámoslo. Pero en espera de que llegue la transformación social, la policía impide que se cometan delitos.

*Jorge*. – ¿Lo impide?

*Gino*. – En fin, impide un gran número y entrega a la justicia los autores de los delitos que no puede impedir.

*Jorge*. – Ni siquiera eso es verdad. La influencia de la policía sobre el número y la importancia de los delitos es casi nula. En efecto, cualesquiera que sean las reformas que se hagan en la organización de la magistratura, de la policía y de las prisiones, y por mucho que se aumente o se disminuya el número de los esbirros, mientras no cambien las condiciones económicas y morales del pueblo, la delincuencia permanecerá inalterada o poco menos.

Al contrario, basta la más ligera modificación de las relaciones entre propietarios y trabajadores, o una alteración en el precio del trigo o de los demás alimentos de primera necesidad, o una crisis que deje a los obreros sin trabajo, o la propaganda de una idea que abra al pueblo nuevos horizontes y le aporte la sonrisa de nuevas esperanzas, para que pronto se observen los efectos en la disminución o en el aumento de la delincuencia.

La policía, es verdad, envía a la cárcel los delincuentes cuando puede echar les mano; pero esto, puesto que no sirve para evitar nuevos delitos, es un mal agregado al mal, un sufrimiento más infligido inútilmente a seres humanos.

Y aun cuando la obra de la policía consiguiera evitar algún delito, eso no bastaría, ni con mucho, a compensar los delitos que provoca y las vejaciones que impone al público.

La función misma que ejercen, hace que los esbirros tengan sospechas de todo el mundo; haciéndolos cazadores de hombres se les induce a poner su amor propio en el descubrimiento de los «bellos» casos de delincuencia, creando en ellos una mentalidad especial que acaba a menudo desarrollando instintos absolutamente antisociales. No es raro el hecho de que el policía, que debería prevenir y descubrir el delito, lo provoca, al contrario, o lo inventa, en interés de su carrera o simplemente para darse importancia y hacerse necesario.

*Gino*. – ¿Pero entonces los policías serían ellos mismos los malhechores? Eso puede ser verdad algunas veces, tanto más cuanto que el personal de policía no es reclutado siempre en la flor y nata de la población; pero en general…

*Jorge*. – En general, el ambiente obra inexorablemente, y la deformación profesional alcanza aun a aquellos que habrían sido llamados a cosas mejores.

Dime, ¿cuál puede ser o cuál puede llegar a ser la moralidad de uno que se compromete, por un salario, a perseguir, arrestar, martirizar a cualquiera que le sea indicado por sus superiores, sin preocuparse si es un reo o un inocente, si es un malhechor o un apóstol?

*Gino*. – Sí… pero…

*Jorge*. – Déjame que te diga algunas palabras sobre el punto más importante de la cuestión; es decir, sobre lo que son los llamados delitos que la policía se encarga de prevenir y reprimir.

Ciertamente, entre los actos que el código castiga hay algunos que son y serán siempre malas acciones; pero son excepciones, y dependen del estado de embrutecimiento y de desesperación a que la miseria reduce a los hombres.

Pero, en general, los actos castigados son los que lesionan los privilegios que los señores se atribuyeron y los que atacan al gobierno en el ejercicio de su autoridad. Por consiguiente, la policía, eficaz o no, sirve para proteger, no a la sociedad entera, sino, a los señores, y a tener sometido al pueblo.

Tú hablabas de ladrones. Pero, ¿quién es más ladrón que el propietario que se enriquece robando el producto del trabajo de los obreros?

Hablabas de asesinos. Pero, ¿quién es más asesino que los capitalistas que, por no renunciar al privilegio de mandar y vivir sin trabajar, son la causa de las privaciones atroces y de la muerte prematura de millones de trabajadores, sin hablar de la continua hecatombe de niños?

Estos ladrones y estos asesinos, mucho más culpables y mucho más peligrosos que los pobres diablos impulsados al crimen por las miserables condiciones en que se encuentran, no son molestados por la policía; ¡al contrario!...

*Gino*. – En resumen: tú crees que, hecha la revolución, los hombres se volverán de inmediato, de los pies a la cabeza, angelitos. Todos serán respetuosos de los derechos ajenos: todos se querrán bien y se ayudarán; no habrá ya odios ni envidias… el paraíso terrestre, ¿no es así?

*Jorge*. – De ningún modo. Yo no creo que las transformaciones morales tengan lugar repentinamente. Es verdad, un cambio grande, inmenso lo habrá por el solo hecho del pan asegurado y de la libertad conquistada; pero todas las malas pasiones, que se encarnaron en nosotros por la acción secular de la esclavitud y de la lucha de cada uno contra todos, no desaparecerán de un golpe. Existirá por largo tiempo aún quien se sentirá tentado a imponer con la violencia la propia voluntad a los demás, quien querrá aprovecharse de las circunstancias favorables para crearse privilegios, quien conservará hacia el trabajo la aversión que le han inspirado las condiciones de esclavitud en que está constreñido a trabajar hoy, etc.

*Gino*. – Por tanto, ¿aun después de la revolución será preciso defenderse contra los malhechores?

*Jorge*. – Muy probablemente. Bien entendido que entonces serán considerados malhechores no los que no desean morir de hambre sin rebelarse, y menos los que atacan la organización social actual y tratan de sustituirla por una mejor, sino aquellos que causen mal a todos, los que atenten a la integridad personal, a la libertad y al bienestar ajenos.

*Gino*. – En consecuencia, se necesitará siempre un policía.

*Jorge*. – De ningún modo. Sería verdaderamente una imbecilidad si, para guardarse contra algún violento, algún haragán y algún degenerado, se abriese escuela de haraganería y de violencia, constituyendo un cuerpo de bandidos que se habitúan a considerar a los ciudadanos como carne de esposas y de prisión y a hacer de la caza del hombre su principal y única ocupación.

*Gino*. – ¡Y entonces!

*Jorge*. – Entonces nos defenderemos por nuestra cuenta.

*Gino*. – ¿Y crees que eso sea posible?

*Jorge*. – No sólo creo que sea posible que el pueblo se defienda por sí mismo sin delegar a nadie la función especial de la defensa social; sino que estoy convencido que es el único modo eficaz.

¡Dime! Si mañana llega a tu casa alguien perseguido por la policía, ¿lo denunciarías?

*Gino*. – ¡Estás loco! Ni aunque fuera el peor de los asesinos. ¿O es que me tomas por un policía?

*Jorge*. – ¡Ah, ah!, debe ser un buen oficio el de policía si todo hombre que se respeta se estimaría deshonrado ejerciéndolo, aun cuando lo considere útil y necesario a la sociedad. Y ahora dime otra cosa. Si llegara a tu casa un enfermo de enfermedad infecciosa o un poco peligroso, ¿lo llevarías al hospital?

*Gino*. – Ciertamente.

*Jorge*. – ¿Incluso por la fuerza?

*Gino*. – Pero… ¡comprende! ¡Si se le dejase libre, podría hacer daño a tanta gente!

*Jorge*. – Ahora explícame, ¿por qué te guardarías bien de denunciar a un asesino, mientras llevarías al hospital, incluso con la fuerza, a un apestado o a un loco?

*Gino*. – Pero… ante todo porque me repugna oficiar de policía, mientras que considero cosa honrosa y humanitaria hacer de enfermero.

*Jorge*. – Por tanto tú ves que el primer efecto de la policía es el de desinteresar a los ciudadanos de la defensa social, más aún: el de ponerlos de parte de aquellos a quienes, con razón o sin ella, persigue la policía.

Y además, cuando llevo alguien al hospital sé que lo dejo en manos de los médicos, los cuales tratan de curarlo para ponerlo en libertad en cuanto se haya vuelto inofensivo para sus semejantes. En todo caso, aunque sea incurable, tratan de aliviar sus sufrimientos y no le infligen nunca un tratamiento más severo del que es estrictamente necesario. Y si los médicos no cumplieran con su deber, el público les obligaría a ello, porque se entiende que la gente está en el hospital para ser curada y no para ser martirizada.

Mientras que al contrario, si se consigna a alguien en manos de la policía, ésta considera cosa de amor propio el hacerla condenar, importándole poco que sea reo o inocente; además, lo encierra en una prisión donde, en lugar de tratar de mejorarlo a fuerza de atenciones afectuosas, hace todo lo posible para hacerla sufrir y lo exaspera cada vez más, poniéndolo luego en libertad como enemigo mucho más peligroso para la sociedad de lo que lo era cuando entró en la cárcel.

*Gino*. – Pero eso se podría modificar con una reforma radical…

*Jorge*. – Para reformar, amigo mío, o destruir una institución, lo primero que hay que hacer es no crear una corporación interesada en conservarla.

La policía (y lo que digo de la policía se aplica también a la magistratura) al ejercer el oficio de enviar la gente a la cárcel y de masacrarla cuando se presenta la ocasión, acaba siempre por considerarse y por estar en lucha con el público. Se encarniza con el delincuente verdadero o supuesto con la misma pasión con que el cazador persigue la caza, pero al mismo tiempo tiene interés en que haya delincuentes, porque ellos son la razón de su existencia; y cuanto más crece el número y la nocividad de los delincuentes, ¡más crece el poder y la importancia social de la policía!

Para que el delito sea tratado racionalmente. para que se investiguen las causas y se haga realmente todo lo posible para eliminarlo, es preciso que este trabajo sea confiado a los que están expuestos a sufrir las consecuencias del delito, es decir, al pueblo entero y no ya a aquellos para quienes la existencia del crimen es fuente de poder y de ganancias.

**CAPÍTULO XI**

*Ambrosio*. – He reflexionado sobre lo que me ha dicho en nuestras conversaciones… y renuncio a discutir. No es porque me confiese vencido; pero… en suma, ustedes tienen las mejores razones y el porvenir podría ser bien de ustedes.

Y en tanto soy magistrado, y mientras existe la ley debo hacerla respetar. Usted comprende…

*Jorge*. – ¡Oh, comprendo muy bien! Continúe. Será misión nuestra abolir las leyes y libertarlo así de la obligación de obrar contra su conciencia.

*Ambrosio*. – Poco a poco, no he dicho eso… pero pasemos adelante.

Quisiera algunas explicaciones de usted.

Podríamos quizá entendernos en las cuestiones referentes al régimen de la propiedad y a la organización política de la sociedad; después de todo, son formas históricas que han cambiado muchas veces y que tal vez cambiarán aún.

Pero existen instituciones sagradas, sentimientos profundos del alma humana que ustedes ofenden continuamente: ¡la familia, la patria!

Por ejemplo, ustedes quieren poner en común todas las cosas. Naturalmente, pondrán en común también las mujeres y harán así un gran serrallo, ¿no es verdad?

*Jorge*. – Escuche; si quiere discutir conmigo, hágame el favor de no decir tonterías y de no hacer chistes de mal gusto. Es demasiado seria la cuestión que tratamos para esmaltarla con bromas vulgares.

*Ambrosio*. – No… yo hablaba en serio. ¿Qué harán ustedes de las mujeres?

*Jorge*. – Entonces tanto peor para usted, porque es verdaderamente extraño que no comprenda el absurdo de lo que ha dicho.

¡Poner en común las mujeres! ¿Y por qué no dice que queremos poner en común los hombres? Lo que únicamente puede explicar ese concepto suyo es que ustedes, por hábito inveterado, consideran a las mujeres como seres inferiores hechos y puestos en el mundo para servir de animal doméstico y de instrumento de placer para el señor varón. Usted considera la mujer como una cosa y supone que es preciso asignarle el destino que se asigna a las cosas. Pero nosotros, que consideramos a la mujer como un ser humano semejante a nosotros y que debe disfrutar de todos los derechos y de todos los medios de que goza o debe gozar el sexo masculino, encontramos simplemente vacía de sentido la pregunta: ¿qué harán de las mujeres? Pregunte, más bien: ¿qué es lo que harán las mujeres?, y le responderé que harán lo que quieran y que, así como lo mismo que los hombres tienen necesidad de vivir en sociedad, es seguro que querrán convertirse con sus semejantes machos y hembras para satisfacer sus necesidades con la mayor ventaja propia y de todos.

*Ambrosio*. – Comprendo; ustedes consideran la mujer como igual al hombre. Sin embargo, muchos hombres de ciencia, examinando la estructura anatómica y las funciones fisiológicas del organismo femenino, sostienen que la mujer es naturalmente inferior al hombre.

*Jorge*. – ¡Oh, se sabe bien! Siempre que haya alguna cosa que sostener, habrá algún hombre de ciencia dispuesto a hacerla. Hay hombres de ciencia que sostienen la inferioridad de la mujer, como hay otros que sostienen, al contrario, que las facultades de la mujer y sus capacidades de desenvolvimiento son equivalentes a las del hombre y que si hoy generalmente las mujeres son menos inteligentes que los hombres, eso depende de la educación que reciben y del ambiente en que viven. Si investiga bien encontrará también hombres de ciencia, o al menos mujeres de ciencia, que sostienen que el hombre es un ser inferior, destinado a libertar a la mujer de los trabajos manuales y dejada entregada a sus vocaciones geniales. Sé que en América se ha sostenido esa tesis.

Pero qué importa. Aquí no se trata de resolver un problema científico, sino de realizar un deseo, un ideal humano.

Proporcione a las mujeres todos los medios y toda la libertad de desenvolvimiento y resultará únicamente lo que puede resultar. Si la mujer será igual al hombre o si será más o menos inteligente, se verá en los hechos, y saldrá aventajada la ciencia misma, que tendrá entonces hechos positivos para sacar sus conclusiones.

*Ambrosio*. – Por tanto, ¿ustedes no toman en consideración las facultades de que están dotados los individuos?

*Jorge*. – En el sentido que deban crear derechos especiales, no. En la naturaleza no encontrará dos individuos iguales; pero nosotros reclamamos para todos la igualdad social, es decir, los mismos medios, las mismas oportunidades, y creemos que esta igualdad no sólo responde al sentimiento de justicia y de fraternidad que se ha desarrollado en la humanidad, sino que redunda en beneficio de todos, sean fuertes o débiles.

También entre los hombres, entre los varones los hay más y menos inteligentes, pero no por eso se admite que uno deba tener más o menos derechos que el otro. Hay quien sostiene que los rubios están mejor dotados que los morenos y viceversa, que las razas de cráneo oblongo son superiores a las de cráneo ancho o viceversa; y la cuestión, si tiene un fundamento en la realidad, es ciertamente interesante para la ciencia. Pero dado el estado actual de los sentimientos y de las idealidades humanas, sería absurdo pretender que los rubios y los dolicocéfalos deben mandar a los morenos y a los braquicéfalos o al contrario.

¿No le parece?

*Ambrosio*. – De acuerdo; pero volvamos a la cuestión de la familia. ¿Quieren ustedes abolida u organizada sobre otra base?

*Jorge*. – He aquí. En la familia es preciso considerar las relaciones económicas, las relaciones sexuales y las relaciones entre padres e hijos.

En cuanto a la familia como institución económica, es claro que una vez abolida la propiedad individual y por consiguiente la herencia, no tiene ya razón de existir y desaparece de hecho. En este sentido, por lo demás, la familia es abolida ya por la gran mayoría de la población compuesta de proletarios.

*Ambrosio*. – ¿Y para las relaciones sexuales? Ustedes quieren el amor libre, la…

*Jorge*. – Vamos. ¿O es que cree usted verdaderamente que pueda existir un amor esclavo? Existirá la cohabitación forzosa, el amor simulado por la fuerza, por el interés o por la conveniencia religiosa o moral; pero el amor verdadero no puede existir, no se concibe si no es absolutamente libre.

*Ambrosio*. – Eso es verdad. Pero si cada cual siguiese los caprichos que le inspira el dios amor, no habría ya moral y el mundo se convertiría en un lupanar.

*Jorge*. – ¡En lo que se refiere a la moral, ustedes pueden vanagloriarse verdaderamente de los resultados de sus instituciones! El adulterio, la mentira de toda suerte, odios largamente incubados, maridos que matan a las mujeres, mujeres que envenenan a los maridos, los infanticidios, los niños crecidos en medio de escándalos y las querellas familiares… ¿es esa la moral que usted teme amenazada por la libertad en el amor?

Hoy sí que el mundo es un lupanar, porque las mujeres están obligadas a menudo a prostituirse, por hambre; y porque el matrimonio, con frecuencia contraído por puro cálculo de interés, es siempre en toda su duración una unión donde el amor o bien no entra de modo alguno o bien entra sólo como un accesorio.

Aseguren a todos los medios para vivir convenientemente, den a las mujeres libertad completa de disponer de su persona, destruyan los prejuicios religiosos y demás, que vinculan a hombres y mujeres a una cantidad de *conveniencias* que se derivan de la esclavitud y que la perpetúan, y las uniones sexuales serán hechas por el amor, durarán tanto cuanto dure el amor y no producirán más que la felicidad de los individuos y el bienestar de la especie.

*Ambrosio*. – Pero, en suma, ¿usted es partidario de las uniones perpetuas o temporales? ¿Quiere las parejas separadas y la variedad de las relaciones sexuales o la promiscuidad completa?

*Jorge*. – Nosotros queremos la libertad.

Hasta aquí las relaciones sexuales han sufrido tanto la presión de la violencia brutal, de las necesidades económicas, de los prejuicios religiosos y de las prescripciones legales, que no es posible deducir cuál es el modo de relaciones sexuales que mejor responde al bienestar físico y moral de los individuos y de la especie.

Ciertamente, una vez eliminadas las condiciones que hacen hoy artificiosas y forzadas las relaciones entre hombre y mujer, se constituirán una higiene y una moral sexuales que serán respetadas, no porque sean leyes, sino por la convicción fundada en la experiencia, de que satisfacen el bienestar propio y el de la especie.

¡Pero eso no puede ser más que el efecto de la libertad!

*Ambrosio*. – ¿Y los hijos?

*Jorge*. – Comprenderá que una vez admitida la propiedad común, y establecido sobre sólidas bases el principio de la solidaridad social, el mantenimiento de los niños corresponde a la comunidad, y su educación estará a cargo y en interés de todos.

Probablemente todos los hombres y todas las mujeres amarán a todos los niños; y, si como creo seguro, los padres tuvieran un afecto especial por los nacidos de ellos, no tendrían más que motivos para regocijarse sabiendo que está asegurado el porvenir de sus hijos y teniendo el concurso de toda la sociedad para su mantenimiento y educación.

*Ambrosio*. – ¿Pero respeta al menos el derecho de los padres sobre los hijos?

*Jorge*. – El derecho sobre los niños está hecho de deberes. El que más derecho tiene sobre ellos, es decir, el que más derecho tiene a guiarles y a cuidarles, es el que más los ama y más se ocupa de ellos: y así como los padres ordinariamente aman más que todo a sus hijos, es a ellos a quien compete principalmente el derecho a proveer a sus necesidades. En esto no hay que temer contestaciones, porque si algún padre desnaturalizado ama poco a sus hijos y no los atiende, estará contento de que otros se ocupen de ellos y lo desembaracen de ese cargo.

Pero si por derecho del padre sobre los hijos entiende usted el derecho a maltratarlos, a corromperlos, a explotarlos, entonces, ciertamente, niego de un modo absoluto ese derecho, y creo que ninguna sociedad digna de ese nombre lo reconocería y lo toleraría.

*Ambrosio*. – Pero, ¿usted no piensa que esa manera de confiar la responsabilidad del mantenimiento de los niños a la colectividad provocaría un tal aumento de la población que no habría ya de qué vivir todos? Usted no quiere sentir hablar de malthusianismo y dice que es una cosa absurda.

*Jorge*. – Le he dicho ya otra vez que es absurdo pretender que la miseria presente depende del exceso de población y absurdo el querer ponerle remedio con las prácticas malthusianas. Pero reconozco voluntariamente la gravedad de la cuestión de la población, y admito que en el porvenir, cuando todos los que nazcan tengan asegurado el sostén, la miseria podría renacer por exceso real de población. Los hombres emancipados e instruidos pensarán, cuando lo estimen necesario, en poner un límite a la multiplicación demasiado rápida de la especie; y agrego que no pensarán en serio sobre ello más que cuando, eliminados los acaparamientos, los privilegios, los obstáculos opuestos a la producción por la avidez de los propietarios y todas las causas sociales de la miseria, aparezca a todos sencilla y evidente la necesidad de proporcionar el número de los seres vivos a las posibilidades de la producción y también al espacio disponible.

*Ambrosio*. – ¿Pero si los hombres no quieren pensar en eso?

*Jorge*. – ¡Tanto peor para ellos!

Usted no quiere comprenderlo: no hay ninguna providencia, sea divina o natural, que se ocupe del bien de los hombres. Su bien es necesario que los hombres se lo procuren por sí mismos, haciendo lo que juzguen útil y necesario para conseguir el fin.

Usted dirá aún: ¿pero si no quieren? En ese caso no conseguirán nada y permanecerán presa de las fuerzas ciegas que les circundan.

Lo mismo pasa hoy: los hombres no saben cómo hacer para ser libres, y si lo saben, no quieren hacer lo que es preciso para hacer libertarse. Y por eso siguen siendo esclavos.

Pero esperemos que más pronto de lo que usted cree sepan y quieran.

¡Entonces serán libres!

**CAPÍTULO XII**

*Ambrosio*. – Usted concluía el otro día que todo depende de la voluntad. Si los hombres quisieran ser libres, decía, si quisieran hacer lo que es preciso para vivir en una sociedad de iguales, todo marcharía bien: si no, peor para ellos. Eso estaría muy bien si todos quisieran la misma cosa; pero si los unos quieren vivir en anarquía y los otros prefieren la tutela de un gobierno, si los unos están dispuestos a tomar en consideración las necesidades de la colectividad y los otros quieren gozar de los beneficios que se derivan de la vida social, pero no quieren adaptarse a las necesidades que nacen de la vida social, y quieren obrar a su modo sin ocuparse del daño que puede resultar para los demás, ¿cómo harían si no hay un gobierno que determine e imponga los deberes sociales?

*Jorge*. – Si hay gobierno, triunfa la voluntad de los gobernantes, de su partido, de los cointeresados, y el problema, que es el de satisfacer la voluntad de todos, no es resuelto. Al contrario, la dificultad es agravada. La fracción que gobierna no sólo puede ignorar o violentar la voluntad de los demás con medios propios, sino que dispone, para imponerse, de la fuerza de todos. Es el caso de la sociedad actual, en donde la clase obrera proporciona al gobierno los soldados y las riquezas que sirven para tener esclavizados a los obreros.

Creo haber lo dicho ya: queremos una sociedad en que todos tengan los medios para vivir como les parezca, pero en que ninguno pueda obligar a otro a someterse a su voluntad. Aplicados esos dos principios: la libertad para todos y los instrumentos de producción para todos, todo el resto viene naturalmente, por la fuerza de las circunstancias, y la nueva sociedad se organizará del modo que mejor convenga a los intereses de todos.

*Ambrosio*. – ¿Y si algunos quieren imponerse con la fuerza material?

*Jorge*. – Entonces serían el gobierno, o los aspirantes a gobernar, y nosotros los combatiríamos con la fuerza. Usted comprende que si queremos hoy hacer la revolución contra el gobierno, no será para someternos dócilmente mañana a nuevos opresores. Si éstos vencieran, la revolución sería vencida, y habría que volver a empezar.

*Ambrosio*. – Pero, en suma, ¡admitirá principios morales, superiores a la voluntad, al capricho de los hombres y a los cuales todos están obligados a conformarse! ¿O al menos moralmente?

*Jorge*. – ¡Oh! ¿Qué es esa moral superior a la voluntad de los hombres? ¿Por quién es prescripta? ¿De dónde procede?

La moral cambia según las épocas, los países, las clases, las circunstancias. Expresa lo que los hombres reputan la conducta mejor en un momento dado y en circunstancias dadas. En suma, para cada cual es conforme él la buena moral lo que le agrada y parece bueno, por razones materiales o sentimentales.

Para usted la moral implica el respeto a la ley, es decir, la sumisión a los privilegios que disfruta su clase; para nosotros todas las prescripciones morales se compendian en el amor entre los hombres.

*Ambrosio*. – ¿Y los delincuentes? ¿Respetarán ustedes su libertad?

*Jorge*. – Para nosotros, delinquir significa violentar la libertad de los otros. Cuando los delincuentes son muchos y poderosos, y tienen organizado su dominio de una manera estable, como es hoy el caso de los propietarios y de los gobernantes, es preciso una revolución para librarse de ellos.

Cuando, al contrario, la delincuencia es reducida a casos individuales de inadaptación o de enfermedad, tratamos de descubrir sus causas y de aplicarle los remedios oportunos.

*Ambrosio*. – ¿Y entonces? Necesitaríamos una policía, una magistratura, un código penal, carceleros, etc.

*Jorge*. – Y por consiguiente, dirá usted, la reconstitución de un gobierno, el regreso al estado de opresión bajo el cual estamos hoy.

En efecto, el mal mayor del delito no es tanto el hecho singular y transitorio de la violación del derecho por algún individuo, como el peligro de que sirva de ocasión y de pretexto para la constitución de una autoridad que, con la apariencia de defender la sociedad, la someta y la oprima.

Sabemos ya para qué sirven la policía y la magistratura, y cómo ellas son causas en lugar de ser remedio de innumerables delitos.

Es preciso, pues, tratar de destruir el delito eliminando sus causas y aun cuando quedara un residuo de delincuentes, las colectividades directamente interesadas deberán pensar en ponerlos en la imposibilidad de perjudicar, sin delegar en nadie la función específica de perseguidor del delito.

¡Conoce la fábula del caballo que pidió protección al hombre y lo hizo montar sobre su lomo?

*Ambrosio*. – Bien, bien. En le sucesivo hablaré para informarme y no para discutir.

Otra cosa. Dado que en esa sociedad todos son socialmente iguales. todos tienen derecho a los mismos medios de educación y de desenvolvimiento, todos tienen libertad plena de escoger el propio camino, ¿cómo haría para proveer a los trabajos necesarios? Hay trabajos agradables y trabajos penosos, trabajos sanos y trabajos insalubres. Naturalmente, todos escogerán los trabajos mejores: ¿quién haría los otros, que son a menudo los más necesarios?

Y además tenemos la gran división entre el trabajo intelectual y el manual. ¿No le parece que todos quisieran ser doctores, literatos, poetas, y que ninguno querría cultivar la tierra, hacer zapatos, etc., etc.? ¿Y entonces?

*Jorge*. – Usted quiere prever la sociedad del porvenir, sociedad de igualdad, de libertad, y, sobre todo, de solidaridad y libre acuerdo, suponiendo que persistan las condiciones morales y materiales de hoy. Naturalmente, la cosa parece, y es, imposible.

Cuando todos tengan los medios, todos alcanzarán el máximo desenvolvimiento material e intelectual que sus facultades naturales permiten: todos serán iniciados en las alegrías intelectuales y en los trabajos productivos; el espíritu y el cuerpo se desarrollarán armónicamente; en grados diversos, según las inclinaciones y la capacidad, todos serán hombres de ciencia y literatos, y todos serán productores.

¿Qué sucedería entonces?

Imagínese que algunos millares de médicos, ingenieros, literatos, artistas, fueran transportados a una isla vasta y fértil, provistos de instrumentos de trabajo y dejados a sí mismos.

¿Cree usted que se dejarían morir de hambre antes que trabajar con sus manos o que se matarían entre ellos antes que concertarse y dividirse el trabajo según las inclinaciones y las capacidades? Si hubiera trabajo que ninguno quisiera hacer, los harían todos por turno, y todos buscarían los trabajos insalubres y duros.

*Ambrosio*. – Basta, basta. Tendría otras mil preguntas que hacerle, pero usted ambula en plena utopía y encuentra modo de resolver con la imaginación todos los problemas.

Preferiré que me hable un poco de los medios y del camino que se proponen para realizar sus sueños.

*Jorge*. – Con mucho gusto, tanto más cuanto que, según mi opinión, aun siendo el ideal útil y necesario, como faro que indica la meta final, la cuestión urgente es la de lo que se debe hacer hoy y en el porvenir inmediato.

Hablaremos de ello la próxima vez.

**CAPÍTULO XIII**

*Ambrosio*. – Por tanto, esta noche nos hablará de los medios con los cuales se propone realizar sus ideales… establecer la anarquía. Yo me los imagino ya. Serán bombas, masacres, fusilamientos sumarios; y además saqueos, incendios y otras dulzuras por el estilo.

*Jorge*. – Señor mío, usted ha errado la dirección simplemente; usted ha creído hablar con algún oficial de esos que mandan a los soldados europeos cuando van a *civilizar* el África o el Asia, o cuando se *civilizan* entre sí en Europa.

Yo no pertenezco a esa categoría, le ruego que lo crea.

*César*. – Creo, señor presidente, que nuestro amigo, que en resumidas cuentas nos ha mostrado que es un joven razonable, aunque demasiado soñador, espera el triunfo de las ideas de la evolución natural de la sociedad, de la propagación de la instrucción, del progreso de la ciencia, del desenvolvimiento de la producción.

Y después de todo, no hay nada de malo en eso.

Si la anarquía debe venir, vendrá; es inútil romperse la cabeza para evitar lo inevitable.

Además... ¡es una cosa tan lejana! Vivamos en paz, pues.

*Jorge*. – ¡Sí, no habría verdaderamente razones para requemarse de bilis!

No, señor César; yo no cuento con la evolución, con la ciencia y con lo demás. ¡No habría poco que esperar! Y lo que aún es peor, ¡se esperaría en vano!

La evolución humana marcha en el sentido en que la impulsa la voluntad de los hombres y no hay ningún derecho natural que deba fatalmente llevar a la libertad más bien que a la división de la sociedad en dos castas permanentes, casi diré en dos razas, la de los dominadores y la de los dominados.

Todo estado social, desde el momento que ha encontrado las razones suficientes para existir, puede también persistir indefinidamente si los dominadores no encuentran una oposición consciente, activa y constante de parte de los dominados. Los factores de disolución y de muerte espontánea que existen en todo régimen, aun cuando no encuentren una compensación y un antídoto en otros factores de recomposición y de vida, pueden ser neutralizados por la acción de quien dispone de la fuerza y la dirige a su capricho.

Podría demostrarles, si no temiera ser demasiado extenso, cómo la burguesía va remediando aquellas tendencias *naturales* de que ciertos socialistas esperaban su muerte en breve plazo.

La ciencia es arma poderosa, que puede ser adoptada lo mismo para el mal que para el bien… Y así como en las condiciones de desigualdad actuales es más accesible a los privilegiados que a los oprimidos, es más útil a aquellos que a éstos.

La instrucción, al menos la que va más allá de un embadurnamiento superficial y casi inútil, es inaccesible para las masas desheredadas, y además puede ser dirigida en el sentido que quieran los educadores, o más bien de los que eligen y pagan a los educadores.

*Ambrosio*. – ¡Pero entonces no queda más que la violencia!

*Jorge*. – Usted quiere decir la revolución.

*Ambrosio*. – ¿La revolución violenta? ¿La revolución armada?

*Jorge*. – La revolución.

*Ambrosio*. – Por consiguiente, las bombas…

*Jorge*. – No nos ocupemos de eso, señor Ambrosio. Usted es magistrado, y a mí me desagrada tener que repetirle que no estamos en el tribunal, y yo, por el momento, no soy un acusado a quien puede tener interés en arrancar una palabra imprudente.

La revolución será tal vez violenta, porque ustedes, las clases dominantes, se sostienen con la violencia y no muestran ninguna disposición a ceder pacíficamente.

Lo que puedo asegurarle es que, en lo que dependa de nosotros, la violencia, que nos es impuesta por la violencia de ustedes, no irá más allá de los estrictos límites asignados por las necesidades de la lucha, es decir, que será determinada sobre todo por la resistencia que ustedes nos opongan. Si ocurriera algo peor, será debido a su obstinación y a la educación sanguinaria que están dando al pueblo con su ejemplo.

*César*. – ¿Pero cómo harán esa revolución si son cuatro gatos?

*Jorge*. – Es posible que no seamos más que cuatro. A ustedes les agradaría eso y no quiero quitarles una ilusión tan dulce. Quiero decir que nos esforzaremos por ser ocho y después dieciséis…

Ciertamente, nuestra tarea, cuando no se presentan ocasiones de obrar mejor, es hacer propaganda para reunir una minoría de hombres conscientes que sepan lo que deben hacer y estén decididos a hacerlo. Nuestra misión es preparar la masa, o la mayor parte posible de la masa, y obrar en la buena dirección cuando se presente la oportunidad. Y por buena dirección entendemos: expropiar a los detentadores actuales de las riquezas sociales, destruir la autoridad, impedir que se constituyan nuevos privilegios y nuevas formas de gobierno y reorganizar directamente, por obra de los trabajadores, la producción, la distribución y toda la vida social.

*César*. – ¿Y si la ocasión no se presenta?

*Jorge*. – Pues bien, trataremos de hacerla presentarse.

*Próspero*. – ¡¡¡Cuántas ilusiones se hace, muchacho!!!

Usted cree estar aún en la época de los fusiles de chispa. Con las armas y con la táctica moderna serían masacrados antes de moverse.

*Jorge*. – No está probado… A nuevas armas y nueva táctica se puede oponer una táctica de igual valor. Y además, esas armas están realmente en manos de los hijos del pueblo, y ustedes, al obligar a todos a hacer el servicio militar, enseñan a todos su manejo.

¡Oh, ustedes no se imaginan cuán impotentes serán el día que haya un número suficiente de rebeldes!

Nosotros, los proletarios, la clase oprimida, somos los electricistas y los gasistas, somos nosotros los que conducimos las locomotoras, somos nosotros los que fabricamos los explosivos, perforamos las minas, somos los que guiamos los automóviles y los aeroplanos, somos los soldados… somos nosotros, por tanto, los que les defendemos contra nosotros mismos. Ustedes no viven más que por la voluntad inconsciente de sus víctimas. ¡Cuidado con el despertar de las conciencias!...

Y además, ya saben, entre nosotros cada cual hace lo que quiere, y su policía está habituada a observar por todas partes, salvo donde está el peligro real.

Pero yo no quiero darles un curso de técnica insurreccional. Este es un asunto que… no les concierne.

Buenas noches.

**CAPÍTULO XIV**

*Vicente* (joven republicano). – ¿Permiten que intervenga en la conversación para hacer algunas preguntas y algunas observaciones?... El amigo Jorge habla de anarquía, pero dice que la anarquía debe venir libremente, sin imposiciones, por la voluntad del pueblo, dice también que para dar libre desahogo a la voluntad popular es necesario derrocar con la insurrección al régimen monárquico y militarista que hoy sofoca y falsea esa voluntad. Eso es lo que queremos los republicanos, al menos los republicanos revolucionarios, es decir, aquellos que quieren establecer verdaderamente la república. ¿Por qué, pues, no se declara nuestro amigo republicano?

En la república el pueblo es soberano, se hace lo que el pueblo quiere, y si el pueblo quiere la anarquía, se tendrá la anarquía.

*Jorge*. – Verdaderamente creo hacer dicho siempre *voluntad de los hombres* y no *voluntad del pueblo*, y si he dicho esto último ha sido una manera de hablar, una inexactitud de lenguaje, que por lo demás todo mí razonamiento ha corregido.

*Vicente*. – Pero, ¿qué significan esas cuestiones de palabras? El pueblo, ¿no está compuesto de hombres?

*Jorge*. – No es una cuestión de palabras, es una cuestión de sustancia: se trata de toda la diferencia entre la *democracia*, que significa gobierno del pueblo, y *anarquía*, que significa no gobierno, libertad de todos y de cada uno.

El pueblo es ciertamente compuesto de hombres, es decir, de unidades conscientes, interdependientes todo lo que se quiera, pero que cada una tiene una sensibilidad propia y por tanto interés, pasiones, voluntad particulares que, según los casos, se suman o se restan, se refuerzan o se neutralizan recíprocamente. La voluntad más fuerte, mejor dispuesta de un hombre, de un partido, de una clase, puede dominar, imponerse y conseguir hacerse pasar como voluntad de todos; pero en realidad lo que suele llamarse «voluntad del pueblo» es la voluntad de los dominadores -o es un híbrido producto de cálculos numéricos que no responden exactamente a la voluntad de nadie y no satisface a nadie-.

Yo deduzco por declaración misma de los demócratas, es decir, de los republicanos (puesto que éstos son los verdaderos y únicos demócratas) que el llamado gobierno del pueblo no es más que el gobierno de la mayoría que expresa y realiza su voluntad por medio de sus representantes. Por tanto, la soberanía de la minoría es un simple derecho nominal, que se traduce en los hechos; y notad que esta «minoría» además de ser a menudo la parte más progresiva y avanzada de la población, puede ser también la mayoría numérica, cuando varias fracciones se encuentran en desacuerdo en presencia de una minoría compacta por comunidad de intereses y de ideas o por sumisión a un hombre que la guía.

Pero la parte que logra hacer triunfar los propios candidatos y que se llama mayoría que se gobierna a sí misma, ¿es realmente gobernada según su voluntad? El funcionamiento del régimen parlamentario (necesario en toda república que no es una ciudad independiente y aislada) hace que el representante de cada unidad del cuerpo electoral no sea más que uno entre tantos y no vale más que por una centésima o una milésima parte en la confección de aquellas leyes que deberían ser, en último análisis, la expresión de la voluntad de la mayoría de los electores.

Y ahora dejemos la cuestión de si el régimen republicano puede realizar la voluntad de todos y dime al menos cuál es vuestra voluntad, qué es lo que quisieran que fuera la república y cuáles son las instituciones sociales que debe establecer.

*Vicente*. – La cosa es clara.

Lo que yo quiero, lo que quieren todos los verdaderos republicanos, es la justicia social, la emancipación de los trabajadores, la igualdad, la libertad y la fraternidad.

*Una voz*. – ¡Sí, como en Francia, en Suiza o en América!

*Vicente*. – Esas no son verdaderas repúblicas. No deben criticar la república verdadera, lo que queremos nosotros, y sí los diversos gobiernos burgueses, militaristas y clericales que toman en las diversas partes del mundo el nombre de república. De otro modo también yo, para combatir el socialismo y la anarquía, podría citar muchos que se dicen socialistas y anarquistas y son cualquier otra cosa.

*Jorge*. – Muy bien. Pero ¿por qué las repúblicas existentes no han resultado repúblicas verdaderas? ¿Por qué, habiendo partido todas o casi todas de aquel ideal de igualdad, libertad y fraternidad que es el vuestro y puedo decir también el nuestro, se han convertido y se convierten más y más en regímenes de privilegio, en donde los trabajadores son explotados y los capitalistas tan poderosos, el pueblo tan oprimido y el gobierno tan prevaricador como en cualquier régimen monárquico?

Las instituciones políticas, los órganos reguladores de la sociedad, los derechos reconocidos a los individuos y a las colectividades por nuestra constitución son los mismos que habría en vuestra república.

¿Por qué han sido tan malas las consecuencias o al menos tan negativas, y por qué habrían de ser diversas en la república que vosotros estableceréis?

Vicente. – Porque… Porque…

*Jorge*. – El por qué lo diré yo, y es que en aquellas repúblicas las condiciones económicas del pueblo permanecieron las mismas; permaneció inalterada la división de la sociedad en clase propietaria y clase proletaria, y por tanto el dominio verdadero quedó en manos de los que, poseyendo el monopolio de la producción, tenían a su disposición las grandes masas de los desheredados. Naturalmente, la clase privilegiada se dedicó a consolidar su posición, que podía haber quebrantado la sacudida revolucionaria de que nació la república, y pronto las cosas quedaron como estaban… salvo, posiblemente, aquellas diferencias, aquellos progresos que no dependen de la forma de gobierno, sino de la conciencia acrecentada de los trabajadores, de la fe mayor en la propia fuerza que adquieren las masas siempre que logran derribar un gobierno.

*Vicente*. – Pero nosotros reconocemos toda la importancia de la cuestión económica. Estableceremos una tarifa progresiva que hará recaer sobre las espaldas de los ricos la mayor parte de las cargas públicas, aboliremos las leyes aduaneras protectoras, estableceremos un impuesto sobre las tierras incultas, fijaremos un mínimo de salario, un máximo de precios, haremos leyes protectoras de los trabajadores…

*Jorge*. – Y si consiguieran hacer todo eso, los capitalistas hallarían un modo de utilizarlo o de volverlo en su beneficio.

*Vicente*. – Entonces los expropiaremos incluso sin indemnización y haremos el comunismo.

¿Estás contento?

*Jorge*. – No, no... el comunismo establecido por la voluntad del gobierno y no por la obra directa, voluntaria, de los grupos de trabajadores, no me hace ninguna gracia. Si fuera posible eso, sería la tiranía más sofocada a que haya estado nunca sometida una sociedad humana.

Pero ustedes dicen: haremos esto o aquello, como si por el solo hecho de que seáis republicanos de la víspera, cuando la república haya sido proclamada, serán ustedes mismos el gobierno.

Ahora bien, la república es el régimen de lo que llaman la soberanía popular, y esa soberanía se expresa por medio del sufragio universal, el gobierno republicano será compuesto por los hombres que el sufragio designe.

Y como ustedes no habrán deshecho en el momento mismo de la revolución el poder de los capitalistas, expropiándolos revolucionariamente, el primer parlamento republicano será como lo quieran los capitalistas… y si no el primero, que podría resentirse un poco de la tormenta revolucionaria, ciertamente los parlamentos sucesivos serán lo que los capitalistas deseen, y se esforzarán por destruir lo poco de bueno que la revolución hubiera, por ventura, podido hacer.

*Vicente*. – Pero, entonces, puesto que la anarquía no es posible hoy, ¿debemos soportar tranquilamente la monarquía quién sabe cuánto tiempo?

*Jorge*. – De ningún modo. Puedes contar con nuestro concurso, como nosotros solicitaremos el tuyo, siempre que las circunstancias se presenten propicias para un movimiento revolucionario. Naturalmente, el alcance que nos esforzaremos por dar a ese movimiento será mucho más amplio de lo que quisieran ustedes; pero eso no impide el común interés que tenemos hoy en sacudir el yugo que nos oprime a nosotros y a vosotros. Después, veremos.

En tanto hagamos propaganda y tratemos de preparar las masas para que el próximo movimiento revolucionario realice la más profunda transformación social que sea posible, y deje abierto, amplio y fácil, el camino hacia progresos ulteriores.

**CAPÍTULO XV**

*César*. – Volvamos a nuestra conversación habitual.

Según parece, la cosa que más inmediatamente les interesa es la insurrección; y admito que, por difícil que parezca, pueden hacerla y vencer en un día próximo o lejano. En sustancia, los gobiernos se apoyan en los soldados; y los soldados de la conscripción que van y quedan en el cuartel con repugnancia, porque son forzados a ello, son un arma poco segura. Ante una sublevación general del pueblo, los soldados, que son pueblo también, no resisten largo tiempo; y apenas es roto el prestigio y el miedo a la disciplina, o huyen o se van con el pueblo.

Comprendo, pues, que haciendo mucha propaganda entre los trabajadores y entre los soldados, o entre los jóvenes que mañana serán soldados, pueden ustedes ponerse en situación de aprovechar una ocasión oportuna -crisis económica, guerra desgraciada, huelga general, carestía, etc.…- y derrocar al gobierno.

¿Pero luego?

Usted me dirá: el pueblo obrará por sí mismo, organizará, etcétera. Pero esas son palabras. Lo que probablemente sucederá es que después de un período más o menos largo de desorden, de disipación y tal vez de estragos, un nuevo gobierno ocupará el puesto del caído, restablecerá el orden… y todo continuará como antes.

¿Para qué, pues, tanto derroche de fuerzas?

*Jorge*. – Si debiera ocurrir lo que usted dice, no por eso habría sido inútil la revolución, porque después de una revolución las cosas no vuelven nunca exactamente a su estado anterior, por el hecho que el pueblo ha disfrutado de un período de libertad y experimentó también su fuerza y no es fácil hacerle aceptar de nuevo las condiciones de antes. El nuevo gobierno, si lo hay, comprende que no podría permanecer en el poder si no diese alguna satisfacción, y de ordinario trata de justificar su ascenso dándose el título de intérprete y continuador de la revolución.

Naturalmente, la misión que se impondría el gobierno realmente sería impedir que la revolución fuera más lejos y restringir y alterar, con un fin de dominación, las conquistas de esa revolución; pero no podría volver las cosas a su estado de antes.

Y eso es lo que ha ocurrido en todas las revoluciones pasadas.

Pero nosotros tenemos razón para confiar que en la revolución próxima se obrará mucho mejor.

*César*. – ¿Y por qué?

*Jorge*. – Porque en las revoluciones todos los revolucionarios, todos los iniciados y actores principales de la revolución querían transformar ]a sociedad por medio de leyes y querían un gobierno que hiciera e impusiera esas leyes. Era forzoso, pues, que se creara un nuevo gobierno y era natural que el nuevo gobierno pensase ante todo en gobernar, es decir, en consolidarse en el poder y por tanto en formar a su alrededor un partido y una clase privilegiada interesados en su permanencia en el poder.

Pero ahora apareció en la historia un nuevo factor, representado por los anarquistas. Ahora hay revolucionarios que quieren hacer la revolución con fines puramente anti-gubernativos, y por tanto la constitución de un nuevo gobierno hallaría un obstáculo que no encontró nunca en el pasado.

Además, los revolucionarios del pasado, queriendo hacer las transformaciones sociales, cualesquiera que fueran, por medio de leyes, sólo tenían en cuenta las masas por el concurso material que debían prestar, y no se ocupaban de darles una conciencia de lo que debían querer y del modo como podían realizar sus aspiraciones. En consecuencia, naturalmente, el pueblo, bueno para destruir, pedía luego un gobierno cuando necesitaba organizar la vida social ordinaria.

Pero, al contrario, nosotros tendemos con nuestra propaganda y con las organizaciones obreras a constituir una minoría consciente que sepa lo que quiere y que, mezclada con la masa, pueda proveer a las necesidades inmediatas y tomar aquellas iniciativas que en otro tiempo se esperaban del gobierno.

*César*. – Muy bien; pero como ustedes no serán más que una minoría y probablemente en muchas partes del país no tendrán ninguna influencia, se constituirá, sin embargo, un gobierno y tendrán que soportarlo.

*Jorge*. – Es, en efecto, muy probable que un gobierno logre constituirse; pero que deberemos soportarlo… eso lo veremos.

Nótelo bien. En las revoluciones pasadas se tenía en cuenta ante todo la formación del nuevo gobierno y de ese gobierno se esperaba después el nuevo orden. Y en tanto, las cosas permanecían sustancialmente en el mismo estado, y hasta se agravaban las condiciones económicas de las masas por la interrupción de la industria y del comercio. De ahí el cansancio que sobrevenía rápidamente, el apresuramiento por acabar y la hostilidad del público contra los que querían prolongar demasiado el estado revolucionario. Y así ocurría que el que se mostraba capaz de restablecer el orden, fuera un soldado afortunado o un politicante hábil y audaz, incluso el mismo soberano que había sido expulsado, era acogido por el aplauso popular como un pacificador y un libertador.

Nosotros, al contrario, entendemos la revolución de un modo diverso. Queremos que las transformaciones sociales a que tiende la revolución comiencen a realizarse desde el primer momento. Queremos que el pueblo tome de inmediato posesión de la riqueza existente: que declare del dominio público los palacios de los señores y provea por iniciativa de los más voluntarios y activos a que toda la población sea alojada lo menos mal posible y se eche pronto mano, por medio de las asociaciones de constructores, a la edificación de las nuevas casas que se estimen necesarias; queremos que se comunalicen todos los productos alimenticios y bajo el control real del público, la distribución sea igual para todos; queremos que los agricultores se apoderen de las tierras incultas y de las de los señores y se convenzan prácticamente que en lo sucesivo esas tierras pertenecen a los trabajadores; queremos que los obreros se sustraigan a la dirección de los patrones y continúen la producción por cuenta suya y del público; queremos que se establezcan pronto relaciones de cambio entre las diversas asociaciones productoras y las diversas comunas; y al mismo tiempo queremos que se quemen, que se destruyan todos los títulos y todos los signos materiales de la propiedad individual y del dominio estatal. Queremos, en suma, hacer sentir desde el primer momento a las masas los beneficios de la revolución y resolver las cosas de manera que sea imposible restablecer el orden antiguo.

*César*. – ¿Y le parece que todo eso sea fácil de hacer?

*Jorge*. – No, sé bien todas las dificultades que se encontrarán; preveo que nuestro programa no podrá aplicarse de inmediato en todas partes y que donde se aplique, dará lugar a mil choques, a mil errores. Pero el solo hecho de que haya hombres que quieren aplicado y que tratarán de realizado donde sea posible, es ya una garantía de que en lo sucesivo la revolución no podrá ser ya una simple transformación política y deberá proponerse un cambio profundo en toda la vida social.

Por lo demás, algo semejante, aunque en proporciones relativamente mínimas, fue hecho por la burguesía en la Gran Revolución francesa de fin del siglo XVIII, y el antiguo régimen no pudo restablecerse más a pesar del Imperio y la Restauración.

César. – Pero si, no obstante todas sus buenas o malas intenciones, se constituye un gobierno, todos sus proyectos se desvanecerán y deberán someterse a las leyes como los demás.

*Jorge*. – ¿Por qué?

Ciertamente, es muy probable que se constituya un gobierno o gobiernos. ¡Hay tanta gente que desea mandar y tantísima que está dispuesta a obedecer!

Pero que ese gobierno pueda imponerse, hacerse aceptar y convertirse en un gobierno regular es muy difícil si en el país hay bastantes revolucionarios y éstos han sabido interesar suficientemente a las masas para impedir que un nuevo gobierno halle modo de hacerse fuerte y estable.

Un gobierno tiene necesidad de soldados, y nosotros haremos lo posible para que no haya soldados; tiene necesidad de dinero, y nosotros haremos lo posible para que nadie pague los impuestos y nadie le dé crédito.

Hay pueblos, y tal vez regiones, donde los revolucionarios son bastante numerosos y los trabajadores están bastante preparados para proclamarse autónomos y proveer por sí mismos a sus asuntos, rehusándose a reconocer al gobierno y recibir a sus agentes o mandarle sus representantes.

Esas regiones, esos pueblos serán centro de irradiación revolucionaria contra los cuales será impotente todo gobierno, si se obra pronto y no se le deja el tiempo para armarse y consolidarse.

*César*. – ¡Pero esa es la guerra civil!

*Jorge*. – Puede ser que sí. Nosotros queremos la paz, anhelamos la paz… pero no sacrificaremos la revolución a nuestro deseo de paz. No la sacrificaremos porque sólo con ella se puede llegar a una paz verdadera y permanente.

**CAPÍTULO XVI**

*Felipe* (mutilado de guerra). – No puedo contenerme más, y ustedes me permitirán decirles que estoy maravillado, diré casi indignado, viendo que, aun siendo varias opiniones, parecen encontrarse de acuerdo en ignorar la cuestión esencial, la de la patria, la de asegurar la grandeza y la gloria de nuestra nación.

*Próspero*, *César*, *Vicente* y todos los demás, menos Jorge y Luis (un joven socialista) protestan clamorosamente de su amor a Italia, y Ambrosio dice por todos: – En nuestras conversaciones no hemos hablado de patria, como no hemos hablado de nuestras madres. No era necesario hablar de lo que está por encima de toda opinión y de toda discusión. Ruego a Felipe que no ponga en duda nuestro patriotismo, ni el de Jorge siquiera.

*Jorge*. – Oh, no; el patriotismo mío pueden muy bien ponerlo en duda, porque yo no soy patriota.

*Felipe*. – Sí, me lo imaginaba; usted es de aquellos que gritan *¡abajo las fronteras!* y que quisieran ver nuestro país humillado y vencido, dominado por los extranjeros.

*Jorge*. – De ningún modo. Esas son las calumnias habituales con que se trata de engañar a la gente para prevenirla contra nosotros. No excluyo que haya gente que crea de buena fe esas patrañas, pero eso es fruto de la ignorancia y de la incomprensión.

No queremos ninguna suerte de dominación y por tanto no podemos querer que un país sea dominado por otro como no quisiéramos que el nuestro, Italia, dominase a los demás.

Consideramos como nuestra patria el mundo entero, como hermanos nuestros a todos los hombres; por tanto, sería para nosotros simplemente absurdo el querer humillado y perjudicado propiamente el país en que vivimos, en el que tenemos nuestros padres, cuyo idioma hablamos mejor, el país que nos da más y a quien damos más en el cambio de trabajo, de ideas, de afectos.

*Ambrosio*. – Pues ese país es la patria contra quien continuamente blasfeman.

*Jorge*. – No blasfemamos contra la patria, contra ninguna patria. Blasfemamos contra el *patriotismo* contra lo que ustedes llaman patriotismo, que es orgullo nacional, que es predicación de odio contra los demás países que es el pretexto para lanzar pueblos contra pueblos en guerras asesinas en provecho de mezquinos intereses capitalistas y de desmesuradas ambiciones de soberanos y políticos.

*Vicente*. – Poco a poco.

Tienen razón si hablan del patriotismo de tantos capitalistas y de tantos políticos para quienes el amor a la patria es verdaderamente un pretexto; y yo desprecio y aborrezco como ustedes a quienes no arriesgan nada por la patria y a quienes en nombre de la patria se enriquecen con el sudor y la sangre de los trabajadores y de los hombres sinceros de todas las clases. Pero hay hombres que son patriotas en serio, que han sacrificado o están dispuestos a sacrificar por la patria todo: bienes, libertad, vida.

Ustedes saben que los republicanos han estado inspirados siempre por el más alto patriotismo y que siempre han pagado con su persona.

*Jorge*. – Admiro siempre a quien se sacrifica por sus ideas, pero eso no puede impedirme comprender que las ideas de los republicanos y de los patriotas sinceros, que se encuentran ciertamente en todos los partidos, han sido superadas y no sirven más que para ofrecer a los gobiernos y a los capitalistas una manera de enmascarar con motivos ideales sus miras reales de arrastrar las masas inconscientes y la juventud entusiasta.

*Vicente*. – Pero, ¿cómo superadas? El amor al propio país es un sentimiento natural del corazón humano y no será superado nunca.

*Jorge*. – Lo que ustedes llaman amor al propio país es apego al país donde tienen mayores lazos morales y también mayor seguridad de bienestar material, y eso es ciertamente natural y durará siempre, o al menos hasta que la civilización haya progresado hasta el punto que todo hombre encuentre en realidad su país en todas las partes del mundo. Pero eso no tiene nada de común con el mito *patria*, que les hace considerar los demás pueblos como inferiores, que les hace desear el predominio del suyo sobre los otros, que les impide apreciar y utilizar las obras de los llamados extranjeros y que quisiera haceros considerar a los trabajadores más afines a sus patrones y a los esbirros compatriotas que a los trabajadores «extranjeros», con los cuales tienen de común los intereses y las aspiraciones.

Por lo demás, nuestro sentimiento internacional, cosmopolita, no es más que el desenvolvimiento, la continuación de progresos ya realizados. Pueden sentirse más apegados a su aldea nativa o a su región por mil motivos sentimentales y materiales, pero no por eso son patriotas de campanario o regionalistas; se vanaglorian de ser italianos y, si llegara el caso, pondrían el bien general de Italia por encima de los intereses locales y regionales. Si consideran que ha sido un progreso ensanchar la patria de la comuna a la nación, ¿por qué encerrarse ahí y no abarcar el mundo entero en un amor general hacia el género humano y en una cooperación fraternal entre todos los hombres?

Ya hoy las relaciones entre país y país, los cambios de materias primas y de productos agrícolas e industriales son tales que un país que quisiera aislarse de los demás, o peor aún, ponerse en lucha con los demás, se condenaría a una vida raquítica y a un desastre definitivo. Abundan ya los hombres que por sus relaciones, por su género de trabajo y de estudio, por su posición económica se consideran y son verdaderamente ciudadanos del mundo.

Y, por otra parte, ¿no veis que todo lo que hay de bello y de grande en el mundo es de carácter mundial, supranacional? Mundial es la ciencia, mundial es el arte, mundial la religión, que, a pesar de sus mentiras, es, sin embargo, una gran manifestación de la actividad espiritual de la humanidad. Universales, diría el señor Ambrosio, son el derecho y la moral, pues cada cual procura ampliar a todo el género humano sus propias concepciones. Toda nueva verdad descubierta en un punto cualquiera del mundo, toda nueva invención, todo producto genial de un cerebro humano sirve, o debería servir, para toda la humanidad.

Volver al aislamiento, a la rivalidad y alodio entre pueblos y pueblos, obstinarse en un patriotismo mezquino y antihumano, sería ponerse al margen de las grandes corrientes de progreso que impulsan a la humanidad hacia un porvenir de paz y de fraternidad, sería ponerse al margen y contra la civilización.

*César*. – Usted habla siempre de paz y de fraternidad; pero déjeme hacerle una pregunta práctica. Si por ejemplo los alemanes o los franceses vinieran a Milán, a Roma, a Nápoles, a destruir nuestros monumentos artísticos y a masacrar y oprimir a nuestros compatriotas, ¿qué haría usted? ¿Se alegraría?

*Jorge*. – ¡Qué dice usted! me apenaría ciertamente mucho, y haría todo lo posible por impedirlo. Pero observe bien, igualmente me apenaría y haría todo lo que pudiera por impedirlo, si los italianos fueran a destruir, a oprimir y a masacrar París, Viena, Berlín o a Libia.

*César*. – ¿Igualmente de veras?

*Jorge*. – En la práctica, tal vez no. Me desagradaría más el mal hecho en Italia, porque en Italia es donde tengo más amigos, porque las cosas de Italia son las que conozco mejor y, por consiguiente, mis impresiones serían más vivas, más sensibles. Pero eso no quiere decir que el mal causado en Berlín sería menos mal que el causado en Milán.

Es como si mataran a un hermano mío o a un amigo. Sufriré ciertamente más de lo que sufro cuando matan a alguien a quien no conozco; pero eso no quiere decir que la muerte del que me es desconocido sea menos criminal que el asesinato del amigo mío.

*Felipe*. – ¡Bien!, ¿pero qué ha hecho para impedir una posible entrada de los alemanes en Milán?

*Jorge*. – No he hecho nada. Más bien, mis compañeros y yo hemos hecho lo posible para mantenernos fuera del conflicto; pero es porque no habríamos podido hacer todo lo que habría sido útil y necesario.

*Felipe*. – ¿Qué quiere decir eso?

*Jorge*. – La cosa es clara. Nosotros nos hemos encontrado en situación de tener que defender los intereses de nuestros amos, de nuestros opresores y deber hacerla matando hermanos nuestros, trabajadores de otros países llevados al matadero como éramos llevados nosotros, por sus patrones y sus opresores. Y nos hemos rehusado servir de instrumento a los que son nuestros verdaderos enemigos, es decir, a nuestros amos.

Si hubiéramos podido antes libertarnos de los enemigos internos, entonces habríamos tenido que defender nuestra patria, y no la de esos señores. Habríamos ofrecido la mano fraternal a los trabajadores extranjeros enviados contra nosotros, y si éstos no hubieran comprendido y hubiesen querido continuar sirviendo a sus amos contra nosotros, nos habríamos defendido.

*Ambrosio*. – Pero usted no se preocupa más que de los intereses de su clase, sin comprender que, por encima de las clases, está la nación. Hay sentimientos, tradiciones, intereses que unen a todos los hombres de una misma nación, a pesar de todas las diferencias de condiciones, de todos los antagonismos de clase.

Y además está el orgullo de la raza. ¿No se siente orgulloso de ser italiano, de pertenecer al país que ha dado la civilización al mundo y que aún hoy, a pesar de todo, se encuentra a la cabeza del progreso? ¿Cómo no ha sentido nunca la necesidad de defender la civilización latina contra la barbarie teutónica?

*Jorge*. – Por favor, dejemos a un lado la barbarie de éste o aquél país.

Podría decirle que si los trabajadores no saben su «civilización latina», la culpa es de ustedes, de la burguesía que ha privado a los trabajadores de los medios de instruirse. ¿Cómo pueden pretender que uno se apasione por una cosa que nos han hecho ignorar?

Pero terminemos con estas mentiras. ¿A quién quiere hacer creer que los alemanes son más bárbaros que los demás, cuando hace unos años ustedes mismos estaban llenos de admiración ante todo lo que .procedía de Alemania? Si mañana cambiasen las condiciones políticas y los intereses capitalistas fuesen diversamente orientados, dirán de nuevo que los alemanes están a la cabeza de la civilización y que los bárbaros son los ingleses y los franceses.

Pero, ¿qué importa eso? Si un país se encuentra más adelantado que otro tiene el deber de propagar su civilización, de ayudar a los hermanos atrasados y no debe aprovecharse de su superioridad para oprimir y para explotar… aunque no fuera más que porque todo abuso de poder lleva a la corrupción y a la decadencia.

*Ambrosio*. – Pero de cualquier modo, respete al menos la solidaridad nacional que debe ser superior a toda competencia de clase.

*Jorge*. – Comprendo. Es esa pretendida solidaridad nacional la que a ustedes les interesa sobre todo, y es esa la que nosotros combatimos. Dado que solidaridad nacional significa solidaridad entre capitalistas y obreros, entre opresores y oprimidos, eso equivale a decir acomodamiento de los oprimidos con su estado de sujeción.

Los intereses de los trabajadores son opuestos a los de los patrones, y cuando por circunstancias especiales fueran transitoriamente solidarios, nosotros trataremos de hacerlos antagónicos, pues la emancipación humana y todo el progreso futuro dependen de la lucha entre trabajadores y capitalistas que conducirá a la desaparición completa de la explotación y de la opresión del hombre por el hombre.

Ustedes pueden tratar aún de engañar a los trabajadores con las mentiras del nacionalismo; pero en vano. Pues ya los trabajadores han comprendido que sus hermanos son los trabajadores de todos los países, y que sus enemigos son todos los capitalistas y todos los gobiernos, nacionales o extranjeros.

Y con esto les doy las buenas noches. Sé que no he convencido ni a los magistrados ni a los propietarios que me han escuchado. Pero para Felipe, Vicente y Luis, que son proletarios como yo, tal vez no haya hablado en vano.

**CAPÍTULO XVII**

*Luis* (socialista). – Ya que todos han dicho su opinión, permítanme que diga también la mía.

Soy solo aquí de mi manera de ver y no quisiera exponerme a la intolerancia combinada de burgueses y anarquistas.

*Jorge*. – Me asombro de que hable así.

Usted, más bien tú, pues somos trabajadores ambos, podemos, debemos considerarnos amigos y hermanos, tú pareces creer que los anarquistas son enemigos de los socialistas. Al contrario, somos sus amigos, sus colaboradores. Aunque muchos de entre los jefes socialistas han intentado e intentan aún poner en oposición el socialismo y el anarquismo, la verdad es que si socialismo significa una sociedad o la aspiración a una sociedad en que los hombres vivirán como hermanos, en la que el bien de todos sea condición del bien de cada uno, en la que nadie sea esclavo y explotado y todos tengan los medios para alcanzar el máximo desenvolvimiento posible y disfrutar en paz de todos los beneficios de la civilización y del trabajo común, no sólo nosotros somos socialistas, sino que tenemos el derecho a considerarnos los socialistas más radicales y más consecuentes.

Por lo demás, incluso el señor Ambrosio lo sabe, pues ha enviado a muchos de los nuestros a presidio, en Italia hemos sido nosotros los primeros en introducir, explicar y propagar el socialismo; si poco a poco acabamos por abandonar el nombre y por llamarnos simplemente anarquistas, ha sido porque a nuestro lado surgió otra escuela autoritaria y parlamentaria que consiguió prevalecer y hacer del socialismo una cosa tan híbrido. y acomodaticio. que no se podía conciliar con nuestros ideales y con nuestros métodos y repugnaba a nuestros temperamentos.

*Luis*. – En efecto, te he oído razonar y ciertamente estamos de acuerdo en muchas cosas, especialmente en la crítica contra el capitalismo.

Pero no estamos de acuerdo en todo, primeramente porque los anarquistas no creen más que en la revolución y renuncian a los medios más civiles de lucha que han sustituido los métodos revolucionarios tal vez necesarios otras veces y además, porque aunque se debiese terminar con una revolución, sería preciso que pusiera en el poder un nuevo gobierno para hacer las cosas ordenadamente y no dejarlo todo al arbitrio y a la furia de las masas.

*Jorge*. – Bien, discutamos. ¿Crees en serio que se pueda transformar radicalmente la sociedad, destruir el privilegio, echar abajo el gobierno, expropiar la burguesía sin recurrir a la fuerza?

Espero que no te harás la ilusión que los propietarios, y los gobernantes querrían ceder sin resistencia, sin emplear la fuerza de que disponen, y desempeñar en cierto modo el papel del ahorcado, por persuasión. Si no, pregunta a estos señores presentes que, si pudieran, se desembarazarían de muy buena gana, y con los medios más expeditivos, de mí y de ti.

*Luis*. – No, no me hago ilusiones.

Pero dado que los trabajadores tienen el voto político y administrativo y son la gran mayoría de los electores, me parece que, si supieran y quisieran, podrían enviar al poder sin muchos esfuerzos personas de confianza, socialistas, y si quieres también anarquistas, los cuales harían buenas leyes, nacionalizarían la tierra y las fábricas e instaurarían el socialismo.

*Jorge*. – ¡Sí, si los trabajadores supieran y quisieran!

Pero si estuvieran tan adelantados como para comprender cuáles son las causas y los remedios de sus males, si estuvieran decididos a emanciparse de veras, entonces se podría tal vez hacer la revolución, pero entonces podrían también hacer por sí mismos lo que desearan, y no habría necesidad de enviar al parlamento y al gobierno hombres que, aunque no se dejen embriagar y corromper, como tan a menudo acontece, por los atractivos del poder, se encontrarían en la imposibilidad de proveer a las necesidades sociales y de hacer lo que los electores esperan de ellos.

Pero, sin embargo, los trabajadores en su gran mayoría no saben y no quieren; y están en tales condiciones que no tienen la posibilidad de emanciparse moralmente si antes no mejoran su situación material. Por eso la transformación social debe tener lugar por iniciativa y por obra de aquellas minorías que por circunstancias afortunadas han podido elevarse sobre el nivel común -minorías numéricas que acaban después siendo la fuerza preponderante y arrastrando consigo la masa atrasada-.

Observa los hechos y verás pronto que, precisamente por las condiciones morales y materiales en que se encuentra el proletariado, la burguesía y el gobierno logran obtener siempre el parlamento que les conviene. Y es por eso que conceden y dejan subsistir siempre el sufragio universal. Si vieran el peligro de ser desposeídos legalmente, serían los primeros en salir de la legalidad y en violar lo que llaman voluntad popular. Lo hacen ya siempre que por equivocación las leyes se vuelven contra ellos.

*Luis*. – Tú dices eso, pero entre tanto vemos que el número de los diputados socialistas aumenta continuamente. Un día llegará a ser la mayoría y…

*Jorge*. – ¿Pero no ves que cuando los socialistas entran en el parlamento, se domestican pronto y, de un peligro que eran, se convierten en colaboradores, en los sostenedores del orden vigente? En el fondo, enviando socialistas al parlamento, se hace un servicio a la burguesía, porque se quitan de entre las masas y se transportan al ambiente burgués, los hombres más activos, más capaces, más populares.

Por lo demás, ya te lo he dicho, cuando los diputados se volvieran verdaderamente un peligro, el gobierno los expulsaría a bayonetazos del parlamento y suprimiría el sufragio universal.

*Luis*. – A ti te parece así porque concibes siempre las cosas de un modo catastrófico.

Al contrario, el mundo marcha poco a poco, por evolución gradual.

Es preciso que el proletariado se prepare a sustituir a la burguesía, educándose, organizándose, enviando sus representantes a todos los cuerpos deliberantes y cuando esté maduro tomará en sus manos todas las cosas y se instituirá la nueva sociedad a que aspiramos.

En todos los países civilizados aumentó el número de los diputados socialistas y, naturalmente, también el apoyo que tienen en las masas.

Un día serán ciertamente la mayoría y si entonces la minoría y su gobierno no quieren ceder pacíficamente e intentan suprimir con la violencia la voluntad popular, responderemos a la violencia con la violencia.

Es preciso dejar tiempo. Es inútil y es dañoso el querer forzar las normas de la naturaleza y de la historia.

*Jorge*. – Querido Luis, las normas de la naturaleza no tienen necesidad de defensores: se hacen respetar por sí mismas. Los hombres las van descubriendo trabajosamente y se sirven de ellas para el bien o para el mal: pero, cuidado con aceptar como normas naturales los hechos sociales que los interesados (en nuestro caso los economistas y los sociólogos que defienden la burguesía) califican de tales.

En cuanto a las «normas de la historia», son formuladas después que la historia se ha hecho. Hagamos primero la historia.

El mundo marcha poco a poco o con prisa, va hacia adelante o hacia atrás, según la resultante de un número indefinido de factores naturales y humanos, y es un error confiar en una evolución continua que procediese siempre en el mismo sentido.

Es ciertamente verdad que la sociedad está en continua, en lenta evolución ahora; pero evolución, en el fondo, no es más que cambio, y si hay algunos cambios en la vía que nosotros consideramos buena, es decir, que favorezca la elevación del hombre hacia un ideal superior de fraternidad y de libertad, otros, al contrario, refuerzan las instituciones vigentes o rechazan y anulan los progresos ya realizados.

Mientras exista entre los hombres el estado de lucha, ninguna conquista es segura, ningún progreso en la organización social se puede considerar como definitivamente adquirido.

Nosotros debemos utilizar y favorecer todos los factores de progreso y combatir, obstaculizar, tratar de neutralizar las fuerzas de regresión y de conservación.

Hoy los destinos de la humanidad dependen de la lucha entre trabajadores y explotadores y toda conciliación entre ambas clases hostiles, toda atenuación de la lucha, toda colaboración entre capitalistas y trabajadores, entre gobierno y pueblo hecha con la intención y el pretexto de atenuar los contrastes sociales, serviría sólo para favorecer a la clase de los opresores, para consolidar las instituciones bamboleantes y, lo que es peor, para separar de las masas los elementos proletarios más evolucionados y formar una nueva clase privilegiada cointeresada con los barones de la industria, de la finanza y de la política en mantener la gran mayoría del pueblo en un estado de inferioridad y de sujeción.

Tú hablas de evolución y pareces creer que necesaria, fatalmente, queramos o no queramos los hombres, se llegará al socialismo, es decir, a una sociedad hecha para igual ventaja de todos, en la cual, perteneciendo a todos los medios de producción, todos serían trabajadores, todos disfrutarían con igual título de todos los beneficios de la civilización.

Pero esto no es verdad. El socialismo vendrá si los hombres lo quieren y hacen lo que es preciso para realizarlo. De otro modo podría venir, en lugar del socialismo, un estado social en donde las diferencias entre hombres y hombres fuesen agrandadas y permanentes, en el que la humanidad estuviera dividida como en dos razas diversas, los señores y los siervos, con una clase intermedia que serviría para asegurar, con el concurso de la inteligencia y de la fuerza bruta, el dominio de los unos sobre los otros, o bien pudiera simplemente perpetuarse el estado actual de luchas continuas, de mejoramientos o empeoramientos alternantes, de crisis y de guerras periódicas.

Diré también que si se abandonasen las cosas a su curso natural, la evolución iría probablemente en el sentido opuesto al que quisiéramos nosotros, iría hacia la consolidación de los privilegios, hacia un equilibrio estable creado en provecho de los actuales dominadores, pues es natural que la fuerza sea de los fuertes, que quien comienza a luchar con ciertas ventajas contra el adversario, adquiera mayores ventajas aun en el curso de la lucha.

*Luis*. – Tal vez tengas razón; pero precisamente por eso hay que utilizar todos los medios a nuestra disposición: educación, organización y lucha política.

*Jorge*. – Todos los medios, sí, pero todos los medios que conducen al objetivo final.

Educación ciertamente. Es lo primero que se necesita, pues si no se obra sobre el pensamiento de los individuos, si no se suscita su voluntad no hay progreso posible, Y por educación no entiendo tanto la instrucción que se aprende en los libros, necesaria también, pero tan poco accesible a los proletarios, sino de la educación que se adquiere mediante el contacto consciente con la sociedad, la propaganda, las discusiones, el interés en las cuestiones públicas, la participación en las luchas por el mejoramiento propio y ajeno.

Esta educación del individuo es necesaria y sería suficiente para transformar el mundo si pudiese extenderse a todos. Pero, sin embargo, eso no es posible.

El hombre es influenciado, dominado, casi diré formado por el ambiente en que vive y cuando el ambiente no es apropiado, sólo puede progresar luchando contra él. Y no existe en un momento dado más que un número limitado de individuos aptos, por capacidad congénita o por circunstancias especiales favorables, para elevarse por encima del ambiente, para reaccionar contra él y contribuir a transformarlo.

Y he aquí por qué es la minoría consciente la que debe romper el hielo y cambiar revolucionariamente las circunstancias exteriores.

La organización: cosa óptima y necesaria, siempre que sea hecha para combatir el capitalismo y no para ponerse de acuerdo con él.

Y, además, nota bien. Si se quiere mejorar, hacer soportable el sistema capitalista y por consiguiente consagrarlo y perpetuarlo, entonces ciertos acomodos, ciertas colaboraciones pueden parecer aceptables; pero si se quiere verdaderamente destruir el sistema, entonces es preciso ponerse claramente al margen y contra el sistema.

Y ya que la revolución es necesaria y de cualquier modo la cuestión deberá cambiar siempre con la revolución, ¿no te parece que es preciso prepararse desde ahora moral y materialmente, en lugar de ilusionar a las masas y de debilitarlas con la esperanza de poder emanciparse sin sacrificios y sin luchas cruentas?

*Luis*. – Bien. Supongamos que tengas razón y que la revolución sea inevitable. Hay muchos socialistas que dicen también lo mismo. Pero será necesario siempre constituir un gobierno para dirigir y organizar la revolución.

*Jorge*. – ¿Y por qué? Si no existe en medio de las masas un número suficiente de revolucionarios del brazo y del cerebro capaz de proveer a las necesidades de la lucha y de la vicia, la revolución no se hace, o si se hace, no triunfa. Y si ese número existe, ¿para qué puede servir un gobierno sino para paralizar la iniciativa popular y en sustancia para truncar la revolución misma?

En efecto, ¿qué queréis que haga un gobierno parlamentario o dictatorial?

Ante todo deberá pensar en asegurar su existencia en tanto que gobierno, es decir, constituir una fuerza armada para defenderse contra los adversarios y para imponer su voluntad a los recalcitrantes; después deberá informarse, estudiar, tratar de conciliar las voluntades y los intereses en conflicto y por tanto hacer leyes… que probablemente no contentarán a nadie.

Entretanto, habría que vivir. O la propiedad habría pasado de hecho a manos de los trabajadores y entonces, dado que es preciso proveer a las necesidades de todos los días, los trabajadores mismos deberán resolver los problemas de la vida sin esperar las decisiones de los gobernantes, a quienes no quedaría más que… declarar la propia inutilidad como gobernantes y confundirse en la multitud como trabajadores.

O bien la propiedad quedará en manos de los propietarios, y entonces éstos, detentando y disponiendo a su capricho de la riqueza, permanecerían los verdaderos árbitros de la vida social y harían de modo que el nuevo gobierno compuesto de socialistas (de anarquistas no, porque los anarquistas no quieren ni gobernar ni ser gobernados) sería forzado a doblegarse a la voluntad de la burguesía o sería pronto dejado a un lado.

No me extiendo más, porque debo partir y no sé cuándo regresaré. Estaremos un tiempo sin vernos. Reflexiona en lo que te he dicho. Espero que a mi regreso encontraré un nuevo compañero.

*Salud a todos*.

**LA ANARQUÍA**

La palabra Anarquía procede del griego y significa «sin gobierno»; es decir, el estado de un pueblo que se rige sin autoridad constituida, sin gobierno.

Antes de que toda una serie de pensadores haya llegado a considerar tal organización como posible y como deseable; antes de que fuera adoptada como objetivo por un movimiento que en la actualidad constituye uno de los más importantes factores en las modernas luchas sociales, la palabra anarquía era considerada, por regla general, como sinónimo de *desorden*, de *confusión*, y aún hoy mismo se utiliza en este sentido por las masas ignorantes y por los adversarios interesados en ocultar o en desfigurar la verdad.

No hemos de detenernos a profundizar en estas digresiones filológicas, por cuanto entendemos que la cuestión reviste un carácter histórico y no filológico. El sentido vulgar de la palabra no desconoce su verdadero significado, desde el punto de vista etimológico, sino que es un derivado o consecuencia del prejuicio consistente en *considerar al gobierno como un órgano indispensable para la vida social*, y que, por tanto, una sociedad sin gobierno debe ser presa y víctima del desorden, oscilante entre la omnipotencia de unos y la ciega venganza de otros.

La existencia y persistencia de este prejuicio, así como la influencia ejercida por el mismo en la significación dada por el común sentir a la palabra anarquía, se explican fácilmente.

De igual modo que todos los animales, el hombre se adapta, se habitúa a las condiciones del medio en que vive, y transmite por herencia los hábitos y costumbres adquiridos. Nacido y criado en la esclavitud, heredero de una larga progenie de esclavos, el hombre, cuando ha comenzado a pensar, ha creído que la servidumbre era condición esencial de vida: la libertad le ha parecido un imposible. Así es como el trabajador, obligado durante siglos a esperar y obtener el trabajo -es decir, el pan- de la voluntad, y a veces del humor, de un amo, y acostumbrado a ver continuamente su vida a merced de quien poseía tierra y capital, ha concluido por creer que era el dueño, el señor o el patrón quien le daba de comer. Ingenuo y sencillo, ha llegado a hacerse la pregunta siguiente: ¿cómo me arreglaría yo para poder comer si los señores no existieran?

Tal sería la situación de un hombre que hubiese tenido las extremidades inferiores trabadas desde el día de su nacimiento, si bien de manera que le consintiese moverse y andar dificultosamente; en éstas condiciones podría llegar a atribuir la facultad de trasladarse de un punto a otro a sus mismas ligaduras, siendo así que éstas no producían otro resultado que el de disminuir y paralizar la energía muscular de sus piernas.

Y si a los efectos naturales de la costumbre se agrega la educación recibida del mismo patrón, del sacerdote, del maestro, etc., interesados todos en predicar que el gobierno y los amos son necesarios, y hasta indispensables; si se añade el juez y el agente de policía, que se esfuerzan en reducir al silencio a todo aquel que discurra de otro modo y trate de difundir y propagar su pensamiento, se comprenderá cómo ha logrado arraigar en el cerebro poco cultivado de la masa el prejuicio de la utilidad y de la necesidad del amo y del gobierno.

Figúrense, pues, que al hombre de las piernas trabadas de quien antes hemos hablado le expone el médico toda una teoría, y le presenta miles de ejemplos hábilmente inventados, a fin de persuadirle de que, si tuviera las piernas libres, le sería imposible caminar y vivir; en este supuesto, el individuo en cuestión se esforzaría en conservar sus grillos o ligaduras, y no vacilaría en considerar como enemigos a quienes desearan desembarazarle de ellos.

Ahora bien: puesto que se ha creído que el gobierno es necesario; puesto que se ha admitido que sin gobierno no puede haber otra cosa sino desorden y confusión, es natural, y hasta es lógico, que el término «*anarquía*», que significa la ausencia o carencia de gobierno, venga a significar igualmente la ausencia de orden.

Este hecho no carece de precedentes en la historia de las palabras. En las épocas y países en que el pueblo ha creído necesario el gobierno de uno solo (monarquía), la palabra *república*, que significa el gobierno de la mayoría, se ha considerado siempre como sinónima de confusión y de desorden, según puede comprobarse en el lenguaje popular de casi todos los países.

Cambien de opinión; persuadan al público de que no sólo el gobierno dista de ser necesario, sino que es en extremo peligroso y perjudicial…, y entonces la palabra *anarquía*, justamente por eso, porque significa ausencia de gobierno, significará para todos «orden natural, armonía de necesidades e intereses de todos, libertad completa en el sentido de una solidaridad asimismo completa».

Resulta impropio decir que los anarquistas han estado poco acertados al elegir su denominación, ya que este nombre es mal comprendido por la generalidad de las gentes y se presta a falsas interpretaciones. El error no depende del nombre, sino de la idea; y la dificultad que los anarquistas encuentren en su propaganda no depende del nombre o denominación que se han adjudicado, sino del hecho de que su concepto choca con todos los prejuicios inveterados que conserva el pueblo acerca de la función del gobierno o, como se dice de ordinario, acerca del *Estado*.

Antes de proseguir, será conveniente hacer algunas ligeras indicaciones respecto de esta última palabra, causa, a nuestro entender, de numerosas interpretaciones erróneas.

Los anarquistas se sirven ordinariamente de la palabra «Estado» para expresar todo el conjunto de instituciones políticas, legislativas, judiciales, militares, financieras, etc., por medio de las cuales se. sustrae al pueblo la gestión de sus propios asuntos, la dirección de su propia conducta, y el cuidado de su propia seguridad, para confiarlos a unos cuantos que -por usurpación o delegación- se encuentran investidos de la facultad de hacer leyes sobre todo y para todos, y de obligar al pueblo a ajustar a ellas su conducta, valiéndose al efecto de la fuerza de todos.

En este supuesto, la palabra Estado significa tanto como gobierno o, si se quiere, es la expresión impersonal, abstracta, de este estado de cosas cuya personificación está representada por el gobierno: las expresiones *abolir el Estado*, *sociedad sin Estado*, etc., responden, pues, perfectamente a la idea que los anarquistas quieren expresar cuando hablan de la abolición de toda organización política fundada en la autoridad y de la constitución de una sociedad de hombres libres e iguales, fundada sobre la armonía de los intereses y el concurso voluntario de todos, a fin de satisfacer las necesidades sociales.

La palabra «Estado» tiene, sin embargo, otras muchas significaciones, algunas de ellas susceptibles de inducir a error, sobre todo cuando se trata o discute con hombres que, a causa de su triste posición social, no han tenido ocasión de habituarse a las delicadas distinciones del lenguaje científico, o cuando -y entonces es aún peor- se trata con adversarios de mala fe, interesados en confundir los términos y en no querer comprender las cosas.

Se toma, por ejemplo, la palabra *Estado* para indicar una sociedad determinada, tal o cual colectividad humana reunida en un territorio determinado, y que constituye lo que se llama una «personal moral», independientemente de la forma de agrupación de los miembros y de las relaciones que entre ellos puedan existir. Algunas veces se emplea simplemente como sinónimo de sociedad, y a causa de éstos y otros diversos significados de la citada palabra, los adversarios creen, o fingen creer, que los anarquistas pretenden la abolición de todo vínculo de conexión social, de todo trabajo colectivo, y tratan de reducir el hombre al aislamiento, es decir, a una condición peor que la de los salvajes.

Por *Estado* se entiende también la administración suprema de un país, el poder central, distinto del poder provincial y del poder municipal, por lo que otros estiman que los anarquistas desean una simple descentralización territorial, dejando intacto el principio *gubernamental*, lo cual equivale a confundir la anarquía con el cantonalismo y el comunalismo.

Por último, *Estado* significa condición, modo de ser, régimen social, etc. Así, por ejemplo, decimos: es menester cambiar el *estado económico* de la clase obrera, o bien el *estado anárquico* es el único estado social fundado en el principio de la solidaridad, y otras frases semejantes que en nuestros labios (puesto que pedimos la abolición del Estado) pudieran parecer, a primera vista, contradictorias.

Por estas razones, creemos que sería más conveniente para nuestros propósitos abstenerse, en la medida de lo posible, de emplear la frase «abolición del Estado», y sustituirla por esta otra expresión más clara y más concreta: «abolición del Gobierno». Así nos proponemos obrar por lo que concierne a la redacción de las páginas siguientes de este *opúsculo*.

Hemos dicho anteriormente que la *Anarquía es la sociedad sin gobierno*.

Ahora bien: ¿es factible la supresión de los gobiernos?, ¿es deseable?, ¿puede preverse? Veamos:

¿Qué es el gobierno?

Hay una enfermedad del pensamiento humano, la tendencia metafísica, que hace que el hombre, después de haber abstraído por un proceso lógico la cualidad de un objeto, se encuentre sometido a una especie de alucinación que le induce a tomar lo abstraído por lo real. Esta tendencia metafísica, decimos, que, no obstante, y a pesar de los triunfos de la ciencia positiva, tiene todavía tan profundas raíces en el espíritu de la mayoría de nuestros contemporáneos, hace que muchos conciban al gobierno como un ser real, dotado de ciertos atributos de razón, de justicia, de equidad, independientes de las personas en que encarna.

Para ellos, el gobierno, o más bien el Estado, es el poder social abstracto; es el representante, abstracto siempre, de los intereses generales; es la expresión del derecho de todos, considerado como los derechos de cada uno. Este modo de concebir el gobierno aparece apoyado por los interesados, a quienes importa salvar el principio de autoridad y hacerle prevalecer sobre las faltas y errores de los que se turnan en el ejercicio del poder.

Para nosotros, el gobierno es la colectividad de los gobernantes; y los gobernantes, reyes, presidentes, ministros, diputados, etc., son aquellos que aparecen adornados de la facultad de hacer las leyes para reglamentar las relaciones de los hombres entre sí, y de hacer ejecutar estas leyes; son los que decretan y recaudan los impuestos; imponen servicio militar; juzgan y castigan las infracciones y contravenciones a las leyes; intervienen y sancionan los contratos privados; monopolizan ciertos ramos de la producción y ciertos servicios públicos, por no decir toda la producción y todos los servicios; favorecen o impiden el intercambio de productos; declaran la guerra y ajustan la paz con los gobernantes de otros países; conceden o suprimen franquicias, etc. Los gobernantes, en una palabra, son los que tienen la facultad, en grado más o menos elevado, de servirse de la fuerza colectiva de la sociedad, o sea de la fuerza física, intelectual y económica de todos, para obligar a todo el mundo a hacer lo que favorece a sus designios particulares. Esta facultad constituye, en nuestro sentir, el principio de gobierno, el principio de autoridad.

Pero… ¿cuál es la razón de ser del gobierno?

¿Por qué abdicar en manos de unos cuantos individuos nuestra propia libertad y nuestra propia iniciativa? ¿Por qué concederles la facultad de ampararse, con o en contra de la voluntad de cada uno, de la fuerza de todos, y disponer de ella a su antojo? ¿Se hallan, acaso, tan excepcionalmente dotados que puedan, con alguna apariencia de razón, sustituir a la masa y proveer a los intereses de los hombres mejor que pudieran efectuarlo los propios interesados? ¿Son tan infalibles e incorruptibles que se les puede entregar, prudentemente, la suerte de cada uno y la de todos?

Y, aun cuando existieran hombres de una bondad y de un saber infinitos; aun cuando, por una hipótesis irrealizada e irrealizable, el poder de gobernar se confiara a los más capaces y a los mejores, la posesión del poder no agregaría nada absolutamente a su potencia bienhechora, sino que produciría el resultado de paralizada, de destruida por la necesidad en que se encontrarían de ocuparse de tantas cosas para ellos incomprensibles y de malgastar la mejor parte de sus energías y actividades en la empresa de conservar el poder a todo trance, contentar a los amigos, acallar a los descontentos y combatir a los rebeldes.

Por otra parte, buenos o malos, sabios o ignorantes, ¿qué son los gobernantes? ¿Quién los designa y eleva para tan alta función? ¿Se imponen ellos mismos por derecho de guerra, de conquista o de revolución? Pues entonces, si esto es así, ¿qué garantía tiene el pueblo de que habrán de inspirar sus actos en la utilidad general? En este caso, se trata de una cuestión de usurpación; y a los gobernados, si están descontentos, no les queda otro recurso sino acudir al empleo de la fuerza para librarse del yugo. ¿Son elegidos por una clase o por un partido? Pues entonces serán los intereses y las ideas de esta clase o de este partido los que triunfen, mientras que la voluntad y los intereses de los demás serán sacrificados. ¿Se les elige por sufragio universal? En este caso, el único criterio está constituido por el número, cosa que, ciertamente, no significa ni acredita equidad, razón ni capacidad; los que sepan engañar mejor a la masa serán quienes resulten elegidos, y la minoría, que puede estar compuesta algunas veces por la mitad menos uno, resultará sacrificada. Además, la experiencia demuestra la imposibilidad absoluta de hallar un mecanismo electoral en virtud del cual los candidatos electos sean, por lo menos, los representantes genuinos de la mayoría.

Son numerosas y variadas las teorías mediante las cuales se ha tratado de explicar y de justificar la existencia del gobierno. Todas, en suma, se basan en el preconcepto, confesado o tácito, de que los hombres tienen intereses contrarios, y de que se necesita una fuerza externa y superior para obligar a unos a respetar el derecho de los otros, prescribiendo e imponiendo determinada norma de conducta, que armonizaría, en la medida de lo posible, los intereses en pugna y que proporcionaría a cada uno la satisfacción más grande con el menor sacrificio concebible.

Dicen los teorizantes del autoritarismo: si los intereses, las tendencias, los deseos de un individuo aparecen en oposición con los intereses, las tendencias, los deseos de otro individuo o con los de la misma sociedad, ¿quién tendrá el derecho y la fuerza de obligar al uno a respetar los intereses del otro? ¿Quién podrá impedir a un determinado ciudadano violar la voluntad general? La libertad de cada uno -dicen- tiene por límite la voluntad de los demás; pero ¿quién establecerá este límite, y quién lo hará respetar? Los antagonismos naturales de intereses y pasiones crean, pues, la necesidad del gobierno y justifican la existencia de la autoridad, que desempeña el papel de moderadora en la lucha social y asigna los límites de los derechos y de los deberes de todos y de cada uno.

Tal es la teoría; pero las teorías, para ser justas, deben hallarse basadas en los hechos, y ser suficientes para explicarlos; y es bien sabido que en economía social se inventan con sobrada frecuencia teorías para justificar los hechos, es decir, para defender el privilegio y hacerla aceptar tranquilamente por las víctimas del mismo.

En efecto, recordemos algunos ejemplos.

En todo el curso de la historia, lo mismo que en la época actual, el gobierno es o la dominación brutal, violenta, arbitraria de algunos sobre la mayoría, o es un instrumento ordenado para asegurar la dominación y el privilegio a aquellos que, por la fuerza, la astucia o la herencia, han acaparado todos los medios de vida, en especial el suelo, de los cuales se sirven para mantener al pueblo en perpetua servidumbre y hacerle trabajar en lugar de y para ellos.

El gobierno oprime a los hombres de dos maneras: o directamente, por la fuerza bruta, por la violencia física, o indirectamente, privándoles de los medios de subsistencia y reduciéndoles, de esta manera, a la impotencia. El primer modo es el origen del poder, es decir, del privilegio político; el segundo es el origen del privilegio económico.

El gobierno puede oprimir también a los hombres actuando sobre su inteligencia y sobre sus sentimientos, modo de obrar que origina y constituye el poder religioso. La única razón que justifica la propagación de las supersticiones religiosas es que defienden y consolidan los privilegios políticos y económicos.

En las sociedades primitivas, poco numerosas y de relaciones sociales poco complicadas, cuando una circunstancia cualquiera ha impedido que se establezcan hábitos y costumbres de solidaridad, o ha destruido las preexistentes, estableciendo después la dominación del hombre por el hombre, vemos que los dos poderes, político y económico, se encuentran reunidos en las mismas manos, a veces las de una sola persona. Los que han vencido y amedrentado a los otros, por la fuerza, disponen de las vidas y haciendas de los vencidos, y les obligan a servirles, a trabajar en su provecho y hacer en todo y por todo su voluntad. Así resultan, a la vez, propietarios, legisladores, reyes, jueces y verdugos.

Pero con el desarrollo de la población, con el aumento de las necesidades, con la complicación de las relaciones sociales, se hace imposible la persistencia de semejante despotismo. Los dominadores, bien para afianzar su seguridad, bien por comodidad, bien por imposibilidad de obrar de otro modo, se ven en la dura necesidad de buscar el apoyo de una clase privilegiada, es decir, el de cierto número de individuos cointeresados en su dominación, y de conducirse de manera que cada uno provea como sepa y como pueda a su propia existencia. Sin embargo, se reservan para sí el mando y la dominación suprema, es decir, el derecho de explotar lo más posible a todo el mundo y satisfacer así el ansia y la vanidad de mando. Así es como, a la sombra del poder, con su protección y su complicidad, y frecuentemente a sus espaldas, por falta de intervención, se desenvuelve la propiedad privada, o por mejor decir, la clase de los propietarios. Estos concentran poco a poco en sus manos los medios de producción, las verdaderas fuentes de vida, agricultura, industria, comercio, etc., concluyendo por constituir un poder que, por la superioridad de sus medios y la multiplicidad de intereses que abraza, llega siempre a someter, más o menos abiertamente, el poder político, o sea el gobierno, para hacer de él su gendarme.

Este fenómeno se ha reproducido a menudo en la historia. Cada vez que, como consecuencia de una invasión o de una empresa militar, la violencia física y brutal se han enseñoreado de una sociedad, han mostrado los vencedores la tendencia a concentrar en sus manos el gobierno y la propiedad. Pero siempre la necesidad sentida por el gobierno de obtener la complicidad de una clase poderosa, las exigencias de la producción, la imposibilidad de vigilado y dirigido todo, restablecieron la propiedad privada, la división de los dos poderes y, con ella, la dependencia efectiva de los que poseen la fuerza, los gobernantes, en provecho de los poseedores de las fuentes de la fuerza, los propietarios. El gobierno acaba siempre por ser el guardián del propietario.

Jamás se ha acentuado tanto este fenómeno como en nuestros días. El desarrollo de la producción, la expansión inmensa del comercio, la potencia desmesurada adquirida por el numerario y todos los hechos económicos provocados por el Descubrimiento de América, por la invención de las máquinas, etc., han asegurado una tal supremacía a la clase capitalista que, no contenta con disponer del apoyo gubernamental, ha pretendido que el gobierno surgiera de su mismo seno. Un gobierno que reconociera por origen el derecho de conquista (de derecho divino, según dicen los reyes y sus clérigos), por mucho que las circunstancias parecieran someterle a la clase capitalista, conservaba siempre una actitud altanera y desdeñosa hacia sus antiguos esclavos enriquecidos, y ofrecía en toda ocasión rasgos y veleidades de independencia y de dominación. Esta clase de gobierno era, ciertamente, el defensor, el gendarme de los propietarios; pero, así y todo, era un gendarme que se estimaba en algo y se permitía ciertas arrogancias con las personas a quienes debía acompañar y defender, salvo en los casos en que éstas se desembarazaban de él a la vuelta de la primera esquina. La clase capitalista ha sacudido y continúa sacudiendo su yugo, empleando medios más o menos violentos, a fin de sustituir el referido gobierno por otro elegido por ella misma, compuesto de individuos de su clase, sujeto continua y directamente a su intervención e inspección, y especialmente organizado para la defensa contra las posibles reivindicaciones de los desheredados. De aquí el origen del sistema parlamentario moderno.

Hoy día, el gobierno, compuesto de propietarios y de gente puesta a su servicio, se halla del todo a disposición de los propietarios, hasta el punto de que los más ricos llegan hasta desdeñar el formar parte de él. Rotschild no tiene necesidad ni de ser diputado ni de ser ministro; le basta, simplemente, con tener a su disposición a los ministros y a los diputados.

En multitud de países, el proletariado obtiene una mayor o menor participación nominal en la elección del gobierno. Es ésta una concesión hecha por la burguesía para obtener el concurso del pueblo en la lucha contra el poder real o aristocrático, o para apartar al pueblo de la idea de su emancipación, concediéndole una apariencia o sombra de soberanía.

Háyalo o no previsto la burguesía, cuando concedió por primera vez al pueblo el derecho de sufragio, lo cierto es que tal derecho ha resultado siempre, en toda ocasión y en todo lugar, ilusorio, y bueno tan sólo para consolidar el poder de la burguesía, engañando a la parte más exaltada del proletariado, con la esperanza remota de poder escalar las alturas del poder.

Aun con el sufragio universal -hasta podríamos decir: sobre todo con el sufragio universal- el gobierno ha continuado siendo el gendarme de la burguesía. Si ocurriera lo contrario, si el gobierno adoptase una actitud hostil, si la *democracia* pudiera ser otra cosa que un medio de engañar al pueblo, la burguesía, amenazada en sus intereses, se aprestaría a la rebelión, sirviéndose de toda la fuerza y de toda la influencia que la posesión de la riqueza le proporciona para reducir el gobierno a la función de simple gendarme puesto a su servicio.

En todo lugar y tiempo, sea cualquiera el nombre ostentado por el gobierno, sean cualesquiera su origen y organización, su función esencial es siempre la de oprimir y explotar a las masas, la de defender a los opresores y a los acaparadores. Sus órganos principales, característicos, indispensables, son el gendarme y el recaudador de contribuciones, el soldado y el carcelero, a quienes se unen indefectiblemente el tratante en mentiras, cura o maestro, pagados y protegidos por el gobierno para envilecer las inteligencias y hacerlas dóciles al yugo.

Cierto que a estas funciones primordiales, a estos organismos esenciales del gobierno, aparecen unidos en el curso de la historia otras funciones y otros organismos. Admitimos de buen grado, por tanto, el que nunca o casi nunca ha existido en un país civilizado un gobierno que, además de sus funciones opresoras y expoliadoras, no se haya asignado otras útiles o indispensables a la vida social. Pero esto no impide que el gobierno sea, por su propia naturaleza, opresivo y expoliador, que esté forzosamente condenado, por su origen y su posición, a defender a la clase dominante; este hecho confirma y agrava los males de la dominación.

En efecto, el gobierno toma sobre sí la tarea de proteger, en mayor o menor grado, la vida de los ciudadanos contra los ataques directos y brutales. Reconoce y legaliza un cierto número de derechos y deberes primordiales, y de usos y costumbres, sin los que la vida en sociedad resultaría imposible. Organiza y dirige algunos servicios públicos, como son los correos, caminos, higiene pública, régimen de las aguas, protección de los montes, etc. Crea orfelinatos y hospitales, y se complace en aparecer, y esto se comprende, como el protector y el bienhechor de los pobres y de los débiles. Pero basta con observar cómo y por qué desempeña estas funciones para obtener la prueba experimental, práctica, de que todo lo que el gobierno hace está inspirado siempre en el espíritu de dominación y ordenado para la mejor defensa, engrandecimiento y perpetuación de sus propios privilegios, así como de los de la clase por él defendida y representada.

Un gobierno no puede existir mucho tiempo sin encubrir su verdadera naturaleza bajo una máscara o pretexto de utilidad general. No hay posibilidad de que haga respetar la vida de los privilegiados sin fingir que trata o procura hacer respetar la de todos; no puede exigir la aceptación de los privilegios de unos pocos sin aparentar que deja a salvo los derechos de todos. «La ley -dice Kropotkin- (y, por supuesto, los que han hecho las leyes, es decir, el gobierno) ha utilizado los sentimientos sociales del hombre para hacer cumplir, junto con los preceptos de moral que el hombre ha aceptado, órdenes útiles a la minoría de los expoliadores, contra los cuales él se habría, seguramente, rebelado».

Un gobierno no puede pretender la destrucción de la sociedad, porque entonces desaparecería para él y para la clase dominante la materia explotable. Un gobierno no puede permitir que la sociedad se rija por sí misma, sin intromisión oficial alguna, porque entonces el pueblo se apercibiría bien pronto de que el gobierno no sirve para nada, si se exceptúa la defensa de los propietarios que le esquilman, y se prepararía para desembarazarse de unos y de otro.

Hoy día, ante las reclamaciones insistentes y amenazadoras del proletariado, muestran los gobiernos la tendencia a interponerse en las relaciones entre patronos y obreros. Tratan de detener de este modo el movimiento obrero y de impedir, con algunas falaces reformas, el que los pobres tomen por su mano lo que les es debido, es decir, una parte del bienestar general, igual a aquella de la que disfrutan los otros.

Debemos recordar, además, que, por una parte, los burgueses, o sea los propietarios, están preparados en todo momento para declararse la guerra, para comerse unos a otros, y, por otra parte, que el gobierno, aunque hijo, esclavo y protector de la burguesía, tiende, como todo siervo, a emanciparse, y como todo protector, tiende a dominar al protegido. De aquí este juego de componendas, de tiras y aflojas, de concesiones hoy acordadas y mañana suprimidas, esta busca de aliados entre los conservadores contra el pueblo, y entre el pueblo contra los conservadores, juego que constituye la ciencia de los gobernantes y la ilusión de cándidos y holgazanes, acostumbrados a esperar el maná que ha de caer de lo alto.

Con todo esto, el gobierno no cambia, sin embargo, de naturaleza; si el gobierno se aplica a regular y a garantizar los derechos y deberes de cada uno, pronto pervierte el sentimiento de justicia, calificando de crimen y castigando todo acto que ofenda o amenace los privilegios de los gobernantes y de los propietarios; así es como declara justa, «legal», la más atroz explotación de los miserables, el lento y continuo asesinato moral y material perpetrado por los poseedores en detrimento de los desposeídos.

Si se asigna el papel de administrador de los servicios públicos, no olvida ni desatiende en ningún caso los intereses de los gobernantes ni de los propietarios, y sólo se ocupa de los de la clase trabajadora en la medida que esto pueda ser indispensable para obtener como resultado final el que la masa consienta en pagar. Cuando ejerce el papel de maestro, impide la propaganda de la verdad y tiende a preparar el espíritu y el corazón de la juventud para que de ella salgan los tiranos implacables o los esclavos dóciles, según sea la clase a que pertenezcan. Todo en manos del gobierno se convierte en medio de explotación; todo se reduce a instituciones de policía para tener encadenado al pueblo.

Y en verdad que no puede ser de otro modo. Si la vida humana es lucha entre hombres, tiene que haber, naturalmente, vencedores y vencidos, y el gobierno -que es el premio de la lucha, o un medio para asegurar a los vencedores los resultados de la victoria y perpetuarlos- no estará jamás, esto es evidente, en manos de los vencidos, lo mismo si la lucha ha tenido lugar en el terreno de la fuerza física o intelectual que si se ha realizado en el terreno económico. Los que han luchado para vencer, para asegurarse mejores condiciones, para conquistar privilegios, mando o poder, una vez obtenido el triunfo no habrán de servirse de él, ciertamente, para defender los derechos de los vencidos ni para poner trabas y limitaciones a su propia voluntad y a la de sus amigos y partidarios.

El gobierno, o como se le suele llamar, el «Estado» justiciero, moderador de las luchas sociales, administrador imparcial de los intereses públicos, es una mentira, una ilusión, una utopía jamás realizada y jamás realizable.

Si los intereses de los hombres tuvieran que ser contrarios unos a otros; si la lucha entre los hombres fuese una ley necesaria de las sociedades humanas; si la libertad de unos tuviera que constituir un límite a la libertad de los otros, entonces cada uno trataría siempre de hacer triunfar sus propios intereses sobre los de los demás; cada uno procuraría aumentar su libertad en perjuicio de la libertad ajena. Si fuera cierto que debe existir un gobierno, no porque sea más o menos útil a la totalidad de los miembros de una sociedad, sino porque los vencedores quieren asegurar los frutos de la victoria, sometiendo fuertemente a los vencidos, eximiéndose de la carga de estar continuamente a la defensiva, encomendando su defensa a hombres que hagan de ello su profesión habitual, entonces la humanidad estaría destinada a perecer o a debatirse eternamente entre la tiranía de los vencedores y la rebelión de los vencidos.

Felizmente, el porvenir de la humanidad es más sonriente, porque la norma que la orienta es más saludable. Esta norma es la de la **Solidaridad**.

El hombre posee, a manera de propiedad fundamental, necesaria, *el instinto de su propia conservación*, sin el cual ningún ser viviente podría existir, y el *instinto de conservación de la especie*, sin el cual ninguna especie hubiera podido formarse ni pervivir. El hombre se encuentra, pues, naturalmente forzado a defender su existencia y su bienestar, así como la existencia y el bienestar de su descendencia contra todo y contra todos.

Los seres vivos tienen, en la naturaleza, dos maneras de asegurarse la existencia y de hacerla más apacible; por un lado, la *lucha* individual contra los elementos y contra los otros individuos de la misma especie y de especies diferentes; por el otro, el apoyo mutuo, la *cooperación*, que pudiera recibir el hombre de su *asociación para la lucha* contra todos los factores y agentes naturales contrarios a la existencia, al desarrollo y al bienestar de los asociados.

No podríamos, en el limitado espacio de este estudio, indicar siquiera la participación respectiva de ambos principios, la *lucha* y la *cooperación* en la evolución de la vida orgánica. Basta para nuestro objetivo hacer constar cómo en la humanidad la cooperación -forzosa o voluntaria- se ha convertido en el único medio de progreso, de perfeccionamiento, de seguridad, y cómo la lucha -convertida en un residuo- ha llegado a ser completamente inadecuada para favorecer el bienestar de los individuos y causa, por el contrario, de males para todos, tanto para los vencedores como para los vencidos.

La experiencia, acumulada y transmitida por sucesivas generaciones, enseña que el hombre que se une a otros asegura mejor su conservación y favorece su bienestar. Así, como consecuencia de la lucha misma por la existencia emprendida contra el medio ambiente y contra los individuos de una especie, se ha desarrollado entre los hombres el instinto de la sociabilidad, que ha transformado de modo completo las condiciones de su existencia. Por la fuerza de este instinto, el hombre pudo salir de la animalidad, adquirir una gran fuerza y elevarse mucho sobre el nivel de los demás animales, de modo que los filósofos espiritualistas han creído indispensable inventar, para explicado, el alma inmaterial e inmortal.

Numerosas causas concurrentes han contribuido a la formación de este instinto social, que, partiendo de la base animal del instinto de la conservación de la especie -o sea el sentido social restringido a la familia natural- ha llegado a un grado eminente de intensidad y de extensión para constituir, en lo sucesivo, el fondo mismo de la naturaleza moral del hombre.

El hombre, que, salido de los tipos inferiores de la animalidad, se hallaba débil y desarmado para la lucha individual contra los animales carnívoros, pero dotado de un cerebro capaz de notable desarrollo, de un órgano bucal apto para expresar por sonidos diversos las diferentes vibraciones cerebrales y de manos especialmente adaptadas para dar forma deseable a la materia, debía sentir bien pronto la necesidad y calcular las ventajas de la asociación. Puede decirse que salió de la animalidad cuando se hizo sociable y cuando adquirió el uso de la palabra, consecuencia y factor potentísimo, a la vez, de la sociabilidad.

En los comienzos de la humanidad, el número de hombres era por demás restringido; la lucha por la existencia, entablada de hombre a hombre, era menos áspera, menos continuada, hasta menos necesaria, incluso fuera de la asociación, lo cual debía favorecer en sumo grado el desarrollo de los sentimientos de simpatía y permitir contrastar y apreciar el valor y la utilidad del apoyo mutuo.

En fin, la capacidad adquirida por el hombre, merced a la aplicación de sus primitivas cualidades, en cooperación con un número mayor o menor de asociados, a la tarea de modificar el medio ambiente y de adaptado a sus necesidades; la multiplicación de los deseos, que crecían a la par que los medios de satisfacerlos y se convirtieron poco a poco en necesidades, y la división del trabajo, que es la consecuencia de la explotación metódica de la naturaleza en provecho del hombre, han hecho de la vida social el medio ambiente indispensable para el hombre, fuera del cual le es imposible la vida, si no quiere caer en un estado de bestialidad.

Y por el refinamiento de la sensibilidad, consecuencia de la multiplicidad de relaciones, y por la costumbre adquirida en la especie, merced a la transmisión hereditaria durante miles y miles de años, esta necesidad de vida social, de cambio de pensamientos y de afecciones entre los hombres, ha llegado a convertirse en un modo de ser, necesario e indispensable, de nuestro organismo. Se ha transformado en simpatía, en amistad, en amor, y subsiste con independencia de las ventajas materiales que la asociación produce, hasta tal extremo que, por satisfacerlo, se afronta toda suerte de penalidades y de sufrimientos, incluso la muerte.

En suma, las enormes ventajas que la asociación aporta al hombre; el estado de inferioridad física (no proporcionada a su superioridad intelectual) en que se halla con relación al animal, si permanece en el aislamiento; la posibilidad de asociarse a un número siempre creciente de individuos, en relaciones cada vez más íntimas y complejas, hasta llegar a extender la asociación a toda la humanidad, a toda la vida; la posibilidad, sobre todo, de producir gracias al trabajo en cooperación con sus semejantes, más de lo indispensable para la vida; los sentimientos de afección, en fin, que derivan de todo ello, han dado a la lucha por la existencia entre la especie humana un carácter enteramente distinto del que reviste la lucha por la existencia entre los demás animales.

Sea de ello lo que quiera, hoy día se sabe -y las investigaciones de los naturalistas contemporáneos aportan sin cesar nuevas pruebas- que la cooperación ha tenido y tiene, en el desenvolvimiento del mundo orgánico, una participación importante, tan importante como no pueden siquiera sospechar los que tratan de justificar, a duras penas por cierto, el reino de la burguesía por medio de las teorías darwinistas, porque la distancia entre la lucha humana y la lucha animal resulta enorme y proporcional a la distancia que separa al hombre de los demás animales.

Estos últimos combaten bien individualmente o bien en pequeños grupos, permanentes o transitorios, contra toda la naturaleza, incluso contra el resto de los individuos de su propia especie. Los animales, incluso los más sociables, como las hormigas, las abejas, etc., mantienen la solidaridad entre los individuos del mismo hormiguero o de la misma colmena, pero son indiferentes con relación a las otras comunidades de su misma especie, si es que no las combaten, como ocurre con frecuencia. La lucha humana, por el contrario, tiende siempre a extender cada vez más la asociación entre los hombres, a solidarizar sus intereses, a desarrollar el sentimiento de amor de cada hombre hacia todos los demás, a vencer y a dominar la naturaleza exterior con la humanidad y para la humanidad. Toda lucha directa para conquistar ventajas, al margen de los demás hombres o contra ellos, es contraria a la naturaleza social del hombre moderno y le aproxima a la animalidad.

La **Solidaridad**, es decir, la armonía de intereses y de sentimientos, el concurso de cada uno al bien de todos y de todos al bien de cada uno, es la única posición por la que el hombre puede explicar su naturaleza y lograr el más alto grado de desarrollo y el mayor bienestar posible. Tal es el fin hacia el que marcha sin cesar la humanidad en sus sucesivas evoluciones, constituyendo el principio superior capaz de resolver todos los actuales antagonismos, de otro modo insolubles, y de producir como resultado el que la libertad de cada uno no encuentre el límite, sino el complemento y las condiciones necesarias a su existencia, en la libertad de los demás.

«Nadie -decía Miguel Bakunin- puede reconocer su propia humanidad, ni por consiguiente realizarla en su vida, más que reconociéndola en los demás y cooperando a la realización emprendida por los otros. Ningún hombre puede emanciparse, si no emancipa con él, a su vez, a todos los hombres que tenga a su alrededor. Mi libertad es la libertad de todos, puesto que yo no soy realmente libre -libre no sólo en potencia, sino en acto- más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su confirmación y su sanción en la libertad y en el derecho de todos los hombres, mis iguales».

«La situación de los otros hombres me importa mucho, porque, por independiente que me parezca mi posición social, aunque sea papa, zar, emperador o primer ministro, soy siempre el producto de lo que sean los últimos de estos hombres; si son ignorantes, miserables, esclavos, mi existencia estará determinada por su ignorancia, por su miseria o por su esclavitud. Yo, hombre inteligente y avisado, por ejemplo, seré estúpido por su estupidez; yo, valeroso, seré esclavo por su esclavitud; yo, rico, temblaré ante su miseria; yo, privilegiado, palideceré ante su justicia. Yo, que deseo ser libre, no puedo serio, porque a mi alrededor todos los hombres no quieren ser libres todavía, y, al no quererlo, resultan, para mí, instrumentos de opresión».

La **Solidaridad** es, pues, la condición en cuyo seno alcanza el hombre el más alto grado de seguridad y de bienestar; por consiguiente, el mismo egoísmo, o sea la consideración exclusiva de su propio interés, conduce al hombre y a la sociedad hacia la solidaridad, o, dicho de otro modo, egoísmo y altruismo -consideración de los intereses de los otros- se confunden en un solo sentimiento, de igual modo que en un solo interés se confunden el del individuo y el de la sociedad.

Pero el hombre no podía pasar en seguida de la animalidad a la humanidad, de la lucha brutal, de hombre a hombre, a la lucha solidaria de todos los hombres, fraternalmente unidos, contra la naturaleza exterior.

Guiado por las ventajas que ofrecen la asociación y la división del trabajo resultante de ella, el hombre ha ido evolucionando hacia la solidaridad; pero esta evolución se ha visto interrumpida por un obstáculo que la ha obligado a cambiar de dirección, desviándola, todavía hoy mismo, de su verdadero fin. El hombre descubrió que podía, hasta cierto punto, y para las necesidades materiales y primordiales, únicas sentidas por él hasta entonces, aprovecharse de las ventajas de la cooperación, sometiendo a los demás hombres a su capricho, en lugar de asociarse con ellos; y, como los instintos feroces y antisociales, heredados de los antepasados simiescos, latían potentes todavía en él, forzó a los más débiles a trabajar en su provecho, dando preferencia a la dominación sobre la asociación. Pudo suceder, y en la mayoría de los casos sucedió, que explotando a los vencidos el hombre se dio cuenta por primera vez de las ventajas que la asociación podría aportarle, de la utilidad que el hombre podría obtener del apoyo de otro hombre.

El conocimiento de la utilidad de la cooperación, que debía conducir al triunfo de la solidaridad en todas las relaciones humanas, condujo, por el contrario, a la propiedad individual y al gobierno, es decir, a la explotación del trabajo de todos por un puñado de privilegiados.

Ha existido siempre la asociación, la cooperación, fuera de la cual es imposible la vida humana; pero ésta era una especie de cooperación impuesta y regulada por unos cuantos en interés particular suyo.

De este hecho se deriva la gran contradicción, que ocupa por completo las páginas de la historia de los hombres, entre la tendencia a asociarse y fraternizar para la conquista y la adaptación del mundo exterior a las necesidades del hombre y para la satisfacción de los sentimientos afectivos, y la tendencia a dividirse en tantas unidades separadas y hostiles por parte de los grupos determinados por las condiciones geográficas y etnográficas y por las posiciones económicas, entre los hombres que logrando conquistar una ventaja tratan de asegurarla y aumentarla, los que esperan obtener un privilegio y los que, víctimas de una injusticia, se rebelan y tratan de sacudir el yugo.

El principio de «cada uno para sí», que es la guerra de todos contra todos, ha venido, en el curso de la historia, a complicar, desviar y paralizar la lucha de todos contra la naturaleza, única capaz de proporcionar el bienestar a la humanidad, ya que ésta no puede alcanzar su perfección completa sino basándose en el principio de «todos para uno y uno para todos».

La humanidad ha experimentado males inmensos como consecuencia de la intromisión, la dominación y la explotación en el seno de la asociación humana. Pero, a pesar de la opresión atroz a que las masas han sido sometidas, de la miseria, los vicios, los delitos, la degradación que la misma miseria y la esclavitud han producido entre los esclavos y entre los amos, de las ansias acumuladas, las guerras exterminadoras y el antagonismo de los intereses artificialmente creados, el instinto social ha logrado sobreponerse y desarrollarse. Siendo siempre la cooperación la condición necesaria para que el hombre pueda luchar con éxito contra la naturaleza exterior, ha seguido siendo también la causa permanente de la aproximación de los hombres y del desarrollo del sentimiento de simpatía entre ellos. Merced a la fuerza de la solidaridad, más o menos extendida, que entre los oprimidos ha existido en todo tiempo y lugar, han podido soportar éstos la opresión, y la humanidad ha podido resistir los gérmenes mortales introducidos en su seno.

Hoy día, el inmenso desarrollo alcanzado por la producción, el crecimiento de las necesidades que no pueden ser satisfechas sino mediante el concurso de gran número de hombres residentes en distintos países, los medios de comunicación, la costumbre y frecuencia de los viajes, la ciencia, la literatura y el comercio, han reducido y continúan reduciendo a la humanidad a un solo cuerpo cuyas partes, solidarias entre sí, no encuentran su plenitud ni la libertad de desarrollo debidas más que en la salud de las otras partes y del todo.

El habitante de Nápoles se halla tan interesado en el saneamiento de las lagunas de su ciudad como en la mejora de las condiciones higiénicas de los pueblos situados en las orillas del Ganges, de donde le viene el cólera morbo. La libertad, el bienestar, el porvenir de un montañés perdido entre los desfiladeros de los Apeninos, no dependen únicamente del bienestar o de la miseria en que se hallen los vecinos de su aldea, ni de las condiciones generales del pueblo italiano, sino también de los trabajadores de América, de Australia, del descubrimiento de un sabio sueco, de las condiciones morales y materiales de los chinos, de la guerra o de la paz existente en el continente africano; en suma, de todas las circunstancias grandes o pequeñas que, en un punto cualquiera del globo terráqueo, ejercen su influencia sobre un ser humano.

En las condiciones actuales de la sociedad, esta vasta solidaridad, que une a todos los hombres, es en gran parte inconsciente, puesto que surge espontáneamente de los conflictos de intereses particulares, al mismo tiempo que los hombres se preocupan poco o nada de los intereses generales. Esta situación nos ofrece la prueba más evidente de que la solidaridad es la norma natural de la humanidad, que se impone, a pesar de todos los antagonismos creados por la constitución social actual.

Por otra parte, las masas oprimidas, que nunca han estado ni pueden estar completamente resignadas a la opresión y a la miseria, y hoy menos que nunca, se muestran ávidas de justicia, de libertad, de bienestar, y comienzan a comprender que sólo es posible emanciparse por medio de la unión, por medio de la solidaridad con todos los oprimidos, con todos los explotados del mundo entero. Han llegado a comprender, por fin, que la condición *sine qua non* de su emancipación es la posesión de los medios de producción, del suelo y de los instrumentos de trabajo; en una palabra, la abolición de la propiedad individual. La ciencia, la observación de los fenómenos sociales, demuestra que esta abolición sería de inmensa utilidad para los mismos privilegiados actuales con tal de que se avinieran simplemente a renunciar a sus instintos de dominación y a concurrir con todos al trabajo para el bienestar común.

Ahora bien: si un día las masas oprimidas se negaran a trabajar para los demás, si despojaran a los propietarios de la tierra y de los instrumentos de trabajo con el fin de servirse de ellos por su cuenta y en su beneficio, es decir, en provecho o beneficio de todos; si desearan emanciparse de la dominación, del imperio de la fuerza bruta y del privilegio económico; si la fraternidad entre los pueblos, el sentimiento de solidaridad humana robustecido por la comunidad de intereses lograran poner fin a las guerras y a, las conquistas, ¿cuál sería, llegado este caso, la razón de ser de un gobierno?

Una vez abolida la propiedad individual, el gobierno, que es su defensor, debería desaparecer, y si sobreviviere, se vería obligado continuamente a reconstruir, bajo cualquier forma, una clase privilegiada y opresiva.

La abolición del gobierno no significa ni puede significar la destrucción de la cohesión social. Por el contrario, la cooperación que actualmente resulta forzada, que actualmente sólo existe para beneficio de unos cuantos, será libre, voluntaria y directa, en beneficio de todos, y resultará, por tanto, más intensa y eficaz.

El instinto social, el sentimiento de solidaridad, se desarrollará en el más alto grado; cada hombre hará todo cuanto pueda para el bien de sus semejantes, no sólo para satisfacer a sus sentimientos afectivos, sino por interés propio bien entendido.

Del libre concurso de todos, merced a la agrupación espontánea de los hombres, según sus necesidades y sus simpatías, de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, partiendo de los intereses más inmediatos para llegar a los más generales, surgirá una organización social cuyo objetivo será el mayor bienestar y la mayor libertad de todos, que reunirá a toda la humanidad en una comunidad fraternal; que se modificará y se mejorará según las modificaciones, las circunstancias y las enseñanzas de la experiencia.

Esta sociedad de hombres libres, esta sociedad de personas solidarias y fraternas, esta sociedad de amigos, es lo que representa la **Anarquía**.

Hasta aquí hemos considerado al gobierno tal cual es, tal cual debe ser necesariamente en el seno de una sociedad fundada en el privilegio, en la explotación y en la opresión del hombre por el hombre; en una sociedad basada en el antagonismo de intereses, en la lucha inter-social -en una palabra, en la propiedad individual-.

Hemos visto cómo este estado de lucha, lejos de ser una condición necesaria de la vida de la humanidad, es contrario a los intereses de los individuos y de la especie humana; hemos visto cómo la cooperación, la solidaridad, es la norma del progreso humano, y hemos sacado en consecuencia de todo ello que mediante la abolición de la propiedad individual y de todo predominio del hombre sobre el hombre el gobierno perdería toda razón de ser y debería desaparecer.

«Pero -se nos podría objetar- cambien el principio sobre el que se basa en la actualidad la organización social, sustituyan la lucha, la solidaridad, la propiedad privada por la propiedad común, y habrán cambiado la naturaleza del gobierno, que en lugar de ser el protector y el representante de los intereses de una clase será -supuesta la desaparición de las clases- el representante de los intereses de toda la sociedad, con la misión de asegurar y de regularizar, en interés de todos, la cooperación social, de desempeñar los servicios públicos de utilidad general, de defender a la sociedad contra las posibles tentativas encaminadas a restablecer los privilegios, de prevenir los atentados cometidos por algunos contra la vida, el bienestar o la libertad de los demás.

»Existen en la sociedad funciones muy necesarias que reclaman gran dosis de constancia y mucha regularidad para poder dejarlas abandonadas a la libre iniciativa y voluntad de los individuos, sin correr el peligro de ver que todo se hunde en la confusión más deplorable.

»¿Quién organizará y quién asegurará, sin gobierno, el servicio de alimentación, de distribución, de higiene, de correos, de telégrafos, de ferrocarriles, etc.? ¿Quién tomará a su cargo la instrucción pública? ¿Quién emprenderá los planes y trabajos de exploración, de saneamiento y de investigación científica que transforman la faz de la tierra y centuplican las fuerzas del hombre?

»¿Quién velará por la conservación y el aumento del capital social, para transmitirlo mejorado a la humanidad futura?

»¿Quién impedirá la devastación de los montes, la explotación y el aprovechamiento irracional y codicioso, que puede traer como consecuencia el agotamiento del suelo?

»¿Quién tendrá el cargo y la autoridad necesarias para prevenir y reprimir los delitos, es decir, los actos antisociales?

»¿Qué pasará con aquellos que, faltando a la norma de la solidaridad social, no quisieran trabajar? ¿Y con los que propaguen en un país una epidemia, rehusando someterse a las prescripciones higiénicas, consideradas útiles por la ciencia?

»¿Y si hubiera individuos que, locos o no locos, quisieran arrasar las cosechas, violar a las niñas o abusar de su fuerza física en perjuicio de los débiles?

»Destruir la propiedad individual y abolir los gobiernos existentes sin reconstruir un gobierno que organice la vida colectiva y asegure la solidaridad social no sería abolir los privilegios y proporcionar al mundo la paz y el bienestar; sería destruir todo vínculo social, hacer retroceder la humanidad a la barbarie, hacia el reinado de cada uno para sí que representa el triunfo de la fuerza bruta, como primera consecuencia, y del privilegio económico, como segunda».

Tales son las objeciones que nos oponen los autoritarios, incluso los socialistas, es decir, lo que debieran tratar de abolir la propiedad individual y el gobierno de clase derivado de ella.

A estas objeciones respondemos con lo siguiente:

En primer lugar, no es cierto que como consecuencia del cambio de las condiciones sociales vaya a cambiar el gobierno de naturaleza y de función. Órgano y función son términos inseparables. Despojen a un órgano de su función, y veréis que o el órgano muere o la función se restablece; introduzcan un ejército en un país donde no exista motivo ni razón de guerra interior o exterior, y el ejército provocará la guerra o, si no lo consigue, se disolverá. Una policía organizada donde no haya delitos que descubrir o delincuentes a quienes aprehender provocará su realización o inventará los unos y los otros; o, de lo contrario, dejará de existir.

Funciona en Francia, desde hace varios siglos, una institución, unida en la actualidad a la Administración de Montes, denominada la *Louveterie*, cuyos funcionarios están encargados de promover y llevar a cabo la destrucción de los lobos y de otros animales dañinos. Pues bien: nadie se extrañará si decimos que precisamente a causa de esta institución existen todavía lobos en Francia, donde ocasionan numerosas víctimas en las estaciones rigurosas. El público se preocupa poco de los lobos, puesto que existen funcionarios encargados de su persecución. Estos practican su caza, pero de modo tan inteligente que dan las batidas con intervalos suficientes para permitir su incesante reproducción, ya que sería una lástima que la especie se extinguiera; así resulta que los campesinos franceses tienen poca fe en los resultados de la acción de estos funcionarios de la Administración, a quienes consideran como conservadores de los lobos, lo que se comprende fácilmente: ¿qué iba a ser de ellos si los lobos desaparecieron por completo?

Un gobierno, es decir, un cierto número de personas encargadas de hacer las leyes, acostumbradas a servirse de la fuerza de todos para obligar a cada uno a respetarlas, constituye por sí mismo una clase privilegiada y separada del pueblo. Clase que buscará instintivamente, como todo cuerpo constituido, aumentar sus atribuciones, sustraerse a la intervención y fiscalización de la masa, imponer sus tendencias y hacer prevalecer sus intereses particulares. Colocado en una posición privilegiada, el gobierno se encuentra enfrentado con el resto del país, cuya fuerza utiliza diariamente.

Por lo demás, el gobierno, aun cuando él mismo tratase de conseguirlo, no lograría contentar a todo el mundo; si se limitara a dar satisfacción a algunos, se vería obligado a ponerse en guardia contra los descontentos y a interesar, por tanto, a una parte del pueblo para obtener su apoyo. De este modo se reanudaría la vieja historia de la clase privilegiada constituida con la complicidad del gobierno, que si esta vez no se hacía propietaria del suelo, acapararía. ciertamente posiciones ventajosas, creadas al efecto, y no sería ni menos opresora ni menos expoliadora que la actual clase capitalista.

Los gobernantes, habituados al mando, no se avendrían a verse confundidos y englobados con la multitud; si no pudieran conservar el poder, se asegurarían, por lo menos, posiciones privilegiadas para el caso en que se vieran forzados a entregar el poder a otros. Usarían todos los medios que el mando proporciona para hacer elegir como sucesores a sus propios amigos, con el fin de ser apoyados y protegidos por éstos a su vez. El gobierno se transmitiría recíprocamente de unas a otras manos, y la *democracia*, que es el *pretendido* gobierno de todos, acabaría como siempre en una *oligarquía*, que es el gobierno de algunos, el gobierno de una clase.

¡Qué oligarquía tan omnipotente, tan opresora, tan absorbente, no sería, pues, la que tuviera a su cargo, es decir, a su disposición, todo el capital social, todos los servicios públicos, desde la alimentación hasta la fabricación de fósforos, desde las universidades hasta los teatros de opereta!

Mas supongamos que el gobierno no constituye en sí una clase privilegiada y que puede vivir sin crear a su alrededor una nueva clase de privilegiados, siendo únicamente el representante, el esclavo, si se quiere, de toda la sociedad. ¿Para qué serviría entonces? ¿En qué y cómo aumentaría la fuerza, la inteligencia, el anhelo de solidaridad, el cuidado del bienestar de todos y de la humanidad futura, que en determinado momento existieran en la sociedad?

Se repite siempre la antigua historia del hombre encadenado, que habiendo logrado vivir, a pesar de sus cadenas, las considera como condición indispensable de su existencia.

Estamos acostumbrados a vivir bajo un gobierno que acapara todas las fuerzas, todas las inteligencias, todas las voluntades que puede dirigir para sus fines, y crea obstáculos, paraliza, suprime las que pueden serle hostiles o, por lo menos, inútiles, y nos imaginamos que cuanto se ha hecho en la sociedad es obra de los gobernantes, y que sin gobierno no le quedaría a la sociedad ni fuerza, ni inteligencia, ni buena voluntad. Así (como ya hemos dicho anteriormente), el propietario que se ha apoderado del suelo lo hace cultivar en provecho particular suyo, no dejando al trabajador sino lo estrictamente necesario para que pueda y quiera seguir trabajando, mientras el trabajador sometido piensa que no podría vivir sin el patrón, como si éste hubiera creado la tierra y las fuerzas de la naturaleza.

¿Qué es lo que el gobierno puede añadir a las fuerzas morales y materiales existentes en una sociedad? ¿Será .el gobierno, por casualidad, como el Dios de la Biblia, y podrá sacar alguna cosa' de la nada? Puesto que nada ha sido creado en el mundo comúnmente denominado material, nada se crea tampoco en esta forma más compleja del mundo material que se llama mundo social. Por esto los gobiernos no puedan disponer sino de fuerzas ya existentes en el seno de la sociedad, excepción hecha de las grandes fuerzas que paralizan y destruyen por efecto de su misma acción las fuerzas rebeldes, las fuerzas perdidas en los frotamientos y choques, necesariamente muy numerosos, en un mecanismo tan artificial.

En fin, de todas las fuerzas materiales y morales que quedan a disposición del gobierno, sólo una parte se emplea de un modo verdaderamente útil a la sociedad. El resto se almacena para poder refrenar a las fuerzas rebeldes, o se le aparta del fin de utilidad general, empleándole en provecho de unos cuantos y en perjuicio de la mayoría.

Se ha discutido largo y tendido sobre la participación respectiva que tienen en la vida y en el progreso de las sociedades humanas la iniciativa individual y la acción social; y se ha llegado, con los artificios habituales del lenguaje metafísico, a embrollar de tal manera las cosas que hasta han parecido audaces aquellos que han afirmado que todo se rige y todo funciona en el mundo humano gracias a la iniciativa individual. En realidad, ésta es una verdad de sentido común que resulta evidente tan pronto como trata uno de darse cuenta de las cosas representadas por las palabras. «El ser real es el hombre, es el individuo»; la sociedad, o colectividad, y el Estado o gobierno que pretende representarlas, si no son abstracciones vacías de sentido, tienen que consistir en agregaciones de individuos. Y en el organismo de cada individuo es donde tienen necesariamente su origen todos los pensamientos y todos los actos humanos, que dejan de ser individuales para convertirse en pensamientos y en actos colectivos, una vez que son o se hacen comunes a varios individuos. La acción social, pues, no consiste en la negación ni es el como plemento de la iniciativa individual, sino que es la resultante de las iniciativas, de los pensamientos y de las acciones de todos los individuos que componen la sociedad, resultante que, como todo, es más o menos grande según que todas las fuerzas concurran al mismo objeto o sean divergentes u opuestas. Si, por el contrario, se entiende por acción social, como hacen los autoritarios, la acción gubernamental, todavía sigue siendo ésta la resultante de las fuerzas individuales, aunque sólo de los individuos que forman parte del gobierno o que, por su posición, pueden influir en la conducta de este último.

De aquí que en la distinción secular entre la «libertad» y la «autoridad», o en otros términos, entre el «socialismo libertario» y el «Estado de clase», no se trate de aumentar la independencia individual, en detrimento de la injerencia social, o de ésta en detrimento de aquélla, sino más bien de impedir que algunos individuos puedan oprimir a los otros; de conceder a todos los individuos los mismos derechos y los mismos medios de acción, y de sustituir con la iniciativa de todos, que debe producir, naturalmente, ventajas para todos, la iniciativa de algunos, que necesariamente produce la opresión de todos los demás; se trata siempre, en una palabra, de destruir la dominación y la explotación del hombre por el hombre, de tal forma que todos estén interesados en el bienestar común, y las fuerzas individuales, en lugar de ser suprimidas o combatidas, destruyéndose unas y otras, encuentren la posibilidad de un desarrollo completo y se asocien entre sí para conseguir mayores ventajas para todos.

De lo anterior resulta que la existencia de un gobierno, aun cuando fuera -según nuestra hipótesis- el gobierno ideal de los socialistas autoritarios, lejos de producir un aumento de las fuerzas productivas, organizadoras y protectoras de la sociedad, tendría como resultado su disminución en grado considerable, restringiendo la iniciativa a unos cuantos y concediendo a unos pocos el derecho de hacerla todo, aun sin poder, naturalmente, otorgarles el don de la omnisciencia.

En efecto, si se separa de la legislación, de los actos y las obras de un gobierno, todo lo relativo a la defensa de los privilegios y que representa la voluntad de los mismos privilegiados, ¿qué quedaría que no fuera el resultado de la actividad de todos?

«El Estado -decía Sismondi- es siempre un poder conservador que autentiza, regulariza y organiza las conquistas del progreso (y la historia añade que siempre las encamina en beneficio de las clases privilegiadas), pero no las inaugura jamás; dichas iniciativas parten siempre de abajo, nacen en el fondo de la sociedad, del pensamiento individual que en seguida se divulga, se convierte en opinión, en mayoría, pero se ve forzado en todo caso a volver sobre sus pasos y a combatir en los poderes constituidos la tradición, la rutina y el privilegio del error».

Por lo demás, para comprender cómo una sociedad puede vivir sin gobierno, basta con observar un poco a fondo la sociedad actual, y se verá cómo de hecho la mayor parte, la parte esencial de la vida social, se realiza, aun hoy día, con independencia de la intervención del gobierno, y cómo el gobierno no se entromete sino para explotar a las masas, para defender a los privilegiados y para sancionar, bien inútilmente, todo cuanto se hace sin él y aun contra él. Los hombres trabajan, comercian, estudian, viajan, observan como quieren las reglas de la moral y de la higiene, aprovechan los beneficios del progreso de las ciencias y de las artes, sostienen entre sí relaciones infinitas, sin sentir necesidad de que nadie les imponga la manera de conducirse. Y justamente son las cosas en que el gobierno no se entromete las que marchan mejor, las que menos diferencias y litigios ocasionan, las que se acomodan a la voluntad de todos, de modo que todos hallan en ellas su utilidad y su agrado.

El gobierno no es tampoco indispensable ni necesario para las grandes empresas, para esos servicios públicos que requieren el concurso regular de mucha gente, de países y condiciones diversos. Mil empresas de este orden son, actualmente, obra de asociaciones privadas, libremente constituidas, y realizan sus fines, según todo el mundo confiesa, del mejor modo posible y con los resultados más satisfactorios. No hablemos de las asociaciones de capitalistas, organizadas con el fin de explotar el trabajo ajeno, ni recordemos cómo demuestran prácticamente la posibilidad y el poderío de la libre asociación, ni nos detengamos en observar cómo esta última puede extenderse hasta comprender gentes de todos los países e intereses inmensos y variados en extremo.

Hablamos únicamente de las asociaciones que, inspiradas por el amor a nuestros semejantes, o por la pasión de la ciencia, o sólo por el deseo de divertirse o de hacerse aplaudir, representan mejor las agrupaciones que existirán en el seno de una sociedad en la que la propiedad individual y la lucha entre los hombres se encuentren abolidas, y cada uno halle su interés en el interés de todos, y su mayor satisfacción en practicar el bien en beneficio de sus semejantes.

Las sociedades y los congresos científicos, la asociación internacional de salvamento, la asociación de la Cruz Roja, las sociedades geográficas, las organizaciones obreras, los cuerpos de voluntarios que acuden a prestar su concurso y su socorro en todas las grandes calamidades públicas, son algunos ejemplos, entre mil que podríamos citar, de la fuerza de la asociación, que se manifiesta siempre que se trata de una necesidad o de una pasión verdaderamente sentida; y los medios no faltan nunca. Si la asociación voluntaria no impera de modo general sobre la faz de la tierra, ni abraza todas las ramas de la actividad material y moral, es a causa de los obstáculos creados por los gobiernos, de los antagonismos suscitados por la propiedad privada, de la impotencia y del envilecimiento a que la gran mayoría de los hombres se ve reducida como consecuencia del acaparamiento de la riqueza por parte de unos cuantos. El gobierno se encarga, por ejemplo, del servicio de correos, ferrocarriles, etc.; ¿pero en qué forma y en qué medida viene realmente en su auxilio? Cuando el pueblo, colocado en disposición de gozar de ellos, siente su necesidad, decide organizarlos, y los técnicos no tienen necesidad de una patente del gobierno para dar comienzo a la obra. Cuanto más general y más urgente es la necesidad, más abundan los voluntarios para satisfacerla. Si el pueblo tiene la facultad de pensar en la producción y en la alimentación, nadie tema que se deje morir de hambre, esperando que el gobierno dicte leyes sobre el asunto. Si el gobierno debiera ser restablecido estaría todavía forzado a esperar a que el pueblo haya organizado *prima facie*, para venir, mediante leyes, a sancionar y explotar lo ya hecho. Está demostrado que el interés privado es el gran móvil de toda acción. Ahora bien: cuando el interés de todos sea el interés de cada uno -y esto ocurriría necesariamente si no existiera la propiedad privada- todos actuarán; si las cosas se hacen ahora que no interesan sino a algunos, se harían entonces más y mejor, porque interesarían a todo el mundo. Difícilmente se comprende que existan gentes que crean que la ejecución y la marcha regular de los servicios públicos, indispensables para la vida social, está mejor asegurada si la desempeñan empleados del gobierno, y no directamente los trabajadores dedicados a este tipo de trabajo, mediante su espontánea iniciativa o de acuerdo con los demás, que realizan bajo la participación directa e inmediata de todos los interesados.

Seguramente en todo gran trabajo colectivo se requiere la práctica de la división del trabajo, la existencia de una dirección técnica, de una administración, etc.; pero los autoritarios juegan maliciosamente con las palabras para deducir la razón de ser del gobierno de la necesidad, bien real, de organizar el trabajo.

El gobierno, repetimos una vez más, es el conjunto de individuos que han recibido o que se han arrogado el derecho y los medios de hacer las leyes, así como la facultad de forzar a las gentes a su cumplimiento; el administrador, el ingeniero, etcétera, son, por el contrario, hombres que reciben o asumen la carga de realizar un trabajo y lo realizan. «Gobierno» significa delegación del poder, o sea abdicación de la iniciativa y de la soberanía de todos en manos de algunos. «Administración » significa delegación de trabajo, o sea carga confiada y aceptada, cambio libre de servicios, fundado en un pacto libremente ajustado.

El gobernante es un privilegiado, puesto que le asiste el derecho de mandar a los demás, y el de servirse de las fuerzas de éstos para hacer triunfar sus ideas y sus deseos personales. El administrador, el director técnico, etc., son trabajadores como los demás, cuando se trata, claro está, de una sociedad donde todos tienen medios iguales para desenvolverse, donde todos son o pueden ser trabajadores intelectuales y manuales, donde todos los trabajos, todas las funciones otorgan un derecho igual a disfrutar de las ventajas sociales. Es menester no confundir la función de gobierno con la función de administración, que son esencialmente diferentes, porque si hoy día se hallan confundidas es sólo a causa del privilegio económico y político.

Detengámonos, además, en el examen de las funciones para las que el gobierno es considerado, por todos los que no profesan el ideal anarquista, como verdaderamente indispensable: la defensa externa e interna de una sociedad, es decir, la «guerra», la «policía» y la «justicia».

Suprimidos los gobiernos y puesta la riqueza social a disposición de todo el mundo, bien pronto desaparecerían los antagonismos existentes entre los diferentes pueblos, y la guerra no tendrá razón de ser. Diremos, además, que en el estado actual de la sociedad, cuando la revolución estalle en un país, si no halla inmediatamente eco en todas partes, encontrará seguramente tantas simpatías que un gobierno no se atreverá a enviar tropas al exterior, corriendo el riesgo de ver estallar la revolución en su propia casa. Admitamos, sin embargo, que los gobiernos de los países todavía no emancipados quisieran y pudieran intentar reducir a la esclavitud a un pueblo libre. ¿Tendría éste, por ventura, necesidad de un gobierno para defenderse? Para hacer la guerra se requieren hombres que posean los conocimientos técnicos y geográficos del caso y, sobre todo, masas dispuestas a combatir. Un gobierno no puede aumentar la capacidad de aquéllos, ni la voluntad y el valor de éstas. La experiencia histórica nos enseña que un pueblo que desea vivamente defender su propio país es invencible. En Italia, todo el mundo sabe que ante los cuerpos de voluntarios (formación anárquica) se bambolean los tronos y se desvanecen los ejércitos regulares, compuestos de hombres forzados o asalariados.

¿La «policía»? ¿La justicia»? Muchos se imaginan que si no hubiera gendarmes, policías y jueces, cada uno sería libre de matar, de violar y de vejar a su prójimo; que los anarquistas, en nombre de sus principios, defendían el respeto para esta especial libertad que viola y destruye la libertad y la vida ajenas; están casi persuadidos de que, después de haber destruido el gobierno y la propiedad privada, consentiríamos impasibles la reconstitución de uno y de otra por respeto a la «libertad» de quienes experimentaran la necesidad de ser gobernantes y propietarios. ¡Extraña manera, en verdad, de comprender nuestros ideales! Es cierto que discurriendo de este modo se llega más fácilmente a desentenderse, merced a un encogimiento de hombros, del trabajo de refutarlos seriamente.

La libertad que los anarquistas queremos, para nosotros mismos y para los demás, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica, que se traduce fatalmente en la práctica en la opresión de los débiles, sino la libertad real, la libertad posible que es la comunidad consciente de los intereses, la solidaridad voluntaria. Proclamamos la máxima «Haz lo que quieras», y resumimos, por así decirlo, en ella nuestro programa, porque -como es fácil comprender- estamos persuadidos de que en una sociedad sin gobierno y sin propiedad, «cada uno querrá aquello que deba querer».

Pero si, como consecuencia de la educación heredada de la sociedad actual, de malestar físico o de cualquiera otra causa, alguien quisiera algo perjudicial para nosotros o para cualquiera, emplearíamos -estén seguros de ello- todos los medios disponibles para impedirlo. En efecto, desde el instante en que sabemos que el hombre es la consecuencia de su propio organismo y del ambiente cósmico y social en el que vive; desde que distinguimos perfectamente el derecho .inviolable de la defensa, del pretendido y absurdo derecho de castigar; desde que en el delincuente, es decir en el que comete actos antisociales, no vemos al esclavo rebelde, como ven los jueces de nuestros días, sino a un hermano enfermo, necesitado de cuidados, no podemos enseñamos en la represión, sino que tendremos que esforzarnos en no extremar la necesidad de la defensa, dejando de pensar en vengarnos, para ocuparnos de cuidar, atender y regenerar al desgraciado con todos los recursos que la ciencia ponga a nuestra disposición.

En todo caso, y cualquiera que sea el modo que de entenderlo tengan los anarquistas -quienes, como todos los teorizantes, pueden perder de vista la realidad para correr tras un fantasma- lo cierto es que el pueblo no consentirá jamás que se atente impunemente contra su libertad ni contra su bienestar, y si la necesidad surgiere, sabrá atender a su propia defensa contra las tendencias antisociales de algunos extraviados. Mas, para esto ¿es indispensable la existencia de esas gentes que tienen como oficio la fabricación de leyes? ¿Ni la de esas otras que sólo se ocupan en descubrir o en inventar contraventores a ellas? Cuando el pueblo repruebe verdadera y seriamente una cosa y la encuentre perjudicial, sabrá impedirla mejor que todos los legisladores, todos los gendarmes y todos los jueces de profesión. Cuando en las rebeliones el pueblo ha querido hacer respetar la propiedad privada, lo ha conseguido mejor que pudiera haberlo hecho un ejército de gendarmes.

Las costumbres se acomodan siempre a las necesidades y a los sentimientos de la generalidad, y son tanto más respetadas cuanto menos sujetas se hallan a la sanción de la ley, porque todos ven en ellas y comprenden su utilidad, y los interesados, que no se hacen ilusiones sobre la protección del gobierno, se proponen hacerlas respetar por sí mismos. Para una caravana que viaja por los desiertos africanos, la economía del agua es una cuestión de vida o muerte para todos, y el agua, en tal circunstancia, se convierte en un artículo de gran valor: nadie se permite abusar de ella. Los conspiradores tienen necesidad de rodearse del secreto; el secreto es guardado, o la nota de infamia cae sobre quien lo viola. Las casas de juego no están garantizadas por la ley, y, entre jugadores, quien no paga es considerado por todos y él mismo se considera deshonrado.

El que no se cometa un número mayor de homicidios, ¿puede ser debido a la existencia de los gendarmes? La mayor parte de los pueblos de Italia no ven a estos agentes más que muy de tarde en tarde; millones de hombres van por montes y por valles, lejos de los ojos tutelares de la autoridad, de forma que se les podría atacar sin el menor riesgo de ser castigado, y, sin embargo, caminan con la seguridad que podrían disfrutar en los centros de mayor población. La estadística demuestra que el número de criminales se ve muy poco afectado por las medidas represivas, y, en cambio, varía sensiblemente según las variaciones que experimentan las condiciones económicas y el estado de la opinión pública.

Las leyes represivas, por lo demás, sólo afectan a los hechos extraordinarios, excepcionales. La vida cotidiana se desliza fuera del alcance del código, y está regulada, casi inconscientemente, por el asentimiento tácito o voluntario de todos, por una suma de usos y costumbres, bastante más importantes para la vida social que los artículos del código penal, y bastante mejor respetados, aunque se hallan desprovistos de toda sanción que no sea la natural del desprecio en que incurren los infractores, y la del mal resultante de tal desprecio.

Cuando surgen diferencias entre los hombres, ¿no son más adecuados el árbitro voluntariamente aceptado o la presión de la opinión pública para dar la razón a quien la tenga que una magistratura irresponsable, facultada para juzgar sobre todo y sobre todos, que necesariamente tiene que ser incompetente y por ende injusta?

De igual modo que el gobierno no sirve, en general, más que para la protección de las clases privilegiadas, la policía y la magistratura no sirven más que para la represión de estos delitos, que no son considerados tales por el pueblo y que ofenden tan sólo los privilegios de los gobernantes y de los propietarios. Para la verdadera defensa social, para la defensa del bienestar y de la libertad de todos, no hay nada tan perjudicial como la formación de estos órganos, que viven con el pretexto de defendernos a todos, se habitúan a considerar a todo hombre como un jabalí, bueno para recluido en una jaula, y le maltratan, sin saber por qué, siguiendo las órdenes de un jefe, como asesinos inconscientes y mercenarios.

¡Y bien sea!, se dice: la anarquía puede ser una forma perfecta de vida social, pero no queremos dar un salto en las tinieblas. Explícanos, pues, en «detalle» cómo habrá de organizarse la sociedad futura. Siguen después una serie de preguntas por demás interesantes, si se trata de estudiar los problemas que han de imponerse a la sociedad emancipada, pero que son inútiles, absurdas o ridículas si se pretende obtener de nosotros una solución definitiva.

¿Por qué métodos se llevará a cabo la educación de los niños? ¿Cómo se organizará la producción y la distribución? ¿Existirán, entonces, grandes ciudades, o bien la población se distribuirá de una manera igual sobre la redondez de la tierra? ¿Y si todos los habitantes de Siberia quisieran comer perdices o beber vinos de primera calidad? ¿Qué harán los mineros y los marinos? ¿Quién limpiará las letrinas y alcantarillas? Los enfermos, ¿serán asistidos a domicilio o en el hospital? ¿Quién establecerá el horario de ferrocarriles¿ ¿Qué se hará si al mecánico o maquinista le da un cólico estando el tren en marcha?... Y así, por estilo, ¡hasta llegar a pretender que poseamos toda la ciencia y la experiencia del porvenir, y que, en nombre de la anarquía, hayamos de prescribir a los hombres futuros la hora a la que deben acostarse y los días en que deben cortarse las uñas de los pies!

En verdad que si nuestros lectores esperan ver a continuación una respuesta a tales preguntas, o al menos a aquellas más serias o más importantes -distinta de nuestra opinión personal del momento-, tal cosa significaría que no hemos logrado explicar en las anteriores páginas lo que debe entenderse por *anarquía*. ¡Nosotros no somos más profetas que el resto de la humanidad; si pretendiéramos dar una solución definitiva a todos los problemas que se presentarán sin duda en la sociedad futura, entenderíamos la abolición del gobierno de una manera muy extraña: tanto que nos constituiríamos, sin querer, en gobernantes y prescribiríamos, a la manera de los legisladores religiosos, un código universal para el presente y para el porvenir! ¡Gracias a que, careciendo de hogueras y de prisiones para imponer nuestra biblia, la humanidad podría reírse impunemente de nuestras pretensiones!

Nosotros nos preocupamos mucho de todos los problemas de la vida social, sea en interés de la ciencia, sea que contemos con ver realizarse la anarquía y concurrir en la medida de nuestras fuerzas a la organización de la nueva sociedad. Tenemos, pues, soluciones propias y originales que, según los casos, aplicaríamos de modo definitivo o de modo transitorio, y que diríamos aquí algo si la carencia de espacio no nos lo impidiera.

Pero el hecho de que, en la actualidad, con los antecedentes que poseemos, pensemos de tal o cual modo sobre determinada cuestión, no significa que así haya de suceder en el día de mañana. ¿Quién puede prever las actividades que se desarrollarán en la humanidad cuando ésta haya logrado emanciparse de la miseria y de la opresión, cuando todos tengan los medios de instruirse y desarrollarse, cuando no haya ni esclavos ni amos y la lucha contra los demás hombres y el odio y los rencores derivados de ella no constituyan una necesidad de la existencia? ¿Quién puede prever los progresos de la ciencia, los nuevos medios de producción, de comunicación, etc.?

Lo esencial es esto: que se constituye una sociedad en la que resulten imposibles la explotación y la dominación del hombre por el hombre; en la que todos tengan la libre disposición de los medios de existencia, de desarrollo y de trabajo, en la que todos puedan concurrir como deseen y como sepan a la organización de la vida social. En una sociedad semejante, todo se hará necesariamente de que satisfaga en el mayor grado posible las necesidades de todos, de acuerdo con los conocimientos y las posibilidades del momento; todo mejorará a medida que aumenten y se ensanchen los conocimientos y los medios.

En el fondo, un programa dirigido a transformar las bases de la constitución social no puede hacer más que indicar un método. Y el método es, principalmente, lo que diferencia y separa a los movimientos, determinando, además, su importancia en la historia. Abstracción hecha del método (todos dicen que desean el bien de la humanidad, y muchos lo desean realmente), los movimientos desaparecen, y con ellos desaparece también toda acción organizada con un fin determinado. Es menester, pues, considerar a la anarquía como un método.

Los métodos con los que los diversos movimientos no anarquistas esperan, o dicen esperar, el mayor bienestar de todos y de cada uno, pueden reducirse a dos: el «autoritario» y el llamado «liberal». El primero confía a unos cuantos la dirección de la vida social y conduce a la explotación y a la opresión de la masa por parte de unos pocos. El segundo lo confía a la libre iniciativa de los individuos y proclama, si no la abolición, al menos la reducción del gobierno al mínimo posible de atribuciones. Como quiera que respeta la propiedad individual, que funda por entero en el principio de «cada uno para sí», y, por ende, en la concurrencia entre los hombres, su libertad no es sino la libertad para los fuertes y para los propietarios de oprimir y explotar a los débiles, a los que no poseen nada; lejos de producir la armonía, tiende siempre a aumentar la distancia entre ricos y pobres y conduce lógicamente a la explotación y a la dominación, o sea, a la autoridad.

Este segundo método, es decir, el liberalismo, viene a ser teóricamente una especie de anarquía sin socialismo, y por tanto no es sino una mentira, un engaño, puesto que la libertad no puede existir sin la igualdad; la anarquía verdadera es inconcebible fuera de la solidaridad, fuera del socialismo. La crítica que los liberales hacen del gobierno se reduce a querer despojarle de un cierto número de atribuciones, pero no pueden atacar las funciones represivas que constituyen su esencia, por cuanto, sin gendarmes, el propietario no podría existir, y hasta la fuerza represiva del gobierno debe crecer constantemente a medida que crecen, como resultado de la libre concurrencia, la desarmonía y la desigualdad.

Los anarquistas presentan un método nuevo: «la libre iniciativa de todo y el pacto libre», después de que la propiedad privada individual haya sido abolida revolucionariamente y todos se encuentren en condiciones iguales de poder disponer de la riqueza social. Como este método no permite la reconstitución de la propiedad individual, debe conducir por el camino de la libre asociación al triunfo completo del principio de solidaridad.

Considerando las cosas desde este punto de vista, se ve que todos los problemas que se suscitan para combatir las ideas anarquistas son, por el contrario, un argumento más a favor de la anarquía, puesto que ésta indica por sí sola el camino que debe seguirse para hallar experimentalmente la solución que mejor responde a los postulados de la ciencia y a las necesidades y sentimientos de todos.

¿Cómo se educará a los niños?... No lo sabemos ni necesitamos saberlo. Los padres, los pedagogos y todos cuantos se interesen por la suerte de las futuras generaciones, se reunirán y discutirán; y unidos o divididos en diversas opiniones, pondrán en práctica los sistemas de enseñanza que estimen más convenientes hasta que triunfe el sistema que la experiencia muestre que es el mejor.

Esto mismo es aplicable a cuantos problemas puedan presentarse.

Resulta de aquí lo que ya hemos dicho antes, que la anarquía, tal como la concibe el movimiento anarquista y tal como puede ser comprendida, se basa en el socialismo. Y si no existieran escuelas socialistas que escinden artificiosamente la unidad natural de la cuestión social, considerando sólo algunas partes o aspectos de ellas, si no existieran los equívocos por medio de los cuales se trata de cortar el paso a la revolución social, podríamos afirmar que *anarquía* es sinónimo de *socialismo*, puesto que una y otro significan la abolición de la dominación y de la explotación del hombre por el hombre, practíquense por medio de los ejércitos, por la fuerza de las bayonetas o por medio del acaparamiento de los medios de existencia.

La anarquía, de igual modo que el socialismo, tiene como base, como punto de partida y como medio necesario, la *igualdad de condiciones*, por faro la *solidaridad* y por método la *libertad*. La anarquía no es la perfección, no es el ideal absoluto que, como el horizonte, se aleja a medida que avanzamos; pero es ciertamente el camino abierto a todos los progresos, a todos los perfeccionamientos, realizable en interés de todos.

Establecido ya que la anarquía es el único modo de vida social que conduce y facilita el mayor bienestar para todos los hombres, por ser el único capaz de destruir toda la clase interesada en mantener oprimida y en mísera condición a la masa humana; demostrando que la anarquía es posible, desde el momento en que se limita, en resumen, a desembarazar a la humanidad del obstáculo «gobierno» contra el que siempre ha tenido que luchar para avanzar en su penoso trabajo; establecido todo esto, hagamos constar que los autoritarios se retiran a sus últimas trincheras, donde son reforzados por un cierto número de individuos que, ardientes partidarios de la libertad y de la justicia, tienen miedo a la libertad y no saben decidirse a concebir una humanidad viviendo y marchando sin tutores y sin pastores. Estrechados de cerca por la verdad, solicitan estos individuos el aplazamiento indefinido de la solución del asunto. He aquí la sustancia de los argumentos que se nos oponen al llegar a este punto concreto de la discusión.

«Esta sociedad sin gobierno que se rige por medio de la cooperación libre y voluntaria; esta sociedad que se confía de modo absoluto a la acción espontánea de los intereses y que se halla totalmente fundada en la solidaridad y en el amor, es, en verdad, un ideal muy bello, pero que, como todos los ideales, permanece en el estado de nebulosa. Nos hallamos en el seno de una humanidad siempre dividida en oprimidos y opresores; éstos, imbuidos del espíritu de dominación y manchados con todos los vicios de los tiranos; aquellos, habituados al servilismo y encenagados en los todavía más vergonzosos vicios que la esclavitud engendra. El sentimiento de la solidaridad dista mucho de ser el que impera entre los hombres en la actualidad, y si es cierto que los destinos de los hombres son y se hacen cada día más solidarios entre sí, no es menos cierto que lo que mejor se percibe y mejor caracteriza la naturaleza humana es la lucha por la existencia que diariamente sostiene cada uno contra todos; es la concurrencia que acorrala de cerca a obreros y a patronos, y que hace que cada hombre sea un lobo para otro hombre. ¿Cómo podrán ellos, hombres que han adquirido su educación en el seno de una sociedad basada en el antagonismo de clases y de individuos, transformarse de repente y ser capaces de vivir en una sociedad donde cada uno tendrá que hacer lo que quiera y deberá, sin coacción exterior alguna, por impulso de su propia naturaleza, querer el bien ajeno? ¿Con qué discernimiento podría confiarse la suerte de la revolución, la suerte de la humanidad, a una turba ignorante, anémica de miseria, embrutecida por el cura, que hoy será estúpidamente sanguinaria y mañana se dejará engañar groseramente por cualquiera, o doblará humildemente la cabeza ante el primer guerrero que ose proclamarse dueño? ¿No sería más prudente marchar hacia el ideal anarquista, pasando primero por una república democrática y socialista? ¿No sería conveniente un gobierno compuesto de los mejores para preparar la generación de las ideas futuras?»

Estas objeciones no tendrían razón de ser si hubiéramos conseguido hacer comprender al lector, y convencerle de lo anteriormente expuesto; pero, aun cuando sea incurrir en repeticiones, no por eso debemos dejarlas sin respuesta.

Nos hallamos siempre en presencia del prejuicio según el cual el gobierno es una fuerza nueva, salida no se sabe de dónde, que añade por sí misma algo a la suma de fuerzas y de capacidades de los que la componen y de los que la obedecen. Por el contrario, todo lo que se hace en la humanidad lo hacen los hombres, y el gobierno, como tal, sólo pone de su parte, por un lado, la tendencia a constituir un monopolio de todo en provecho de un determinado sector o de una determinada clase, y, por otro, la resistencia a toda iniciativa que nazca fuera de su camarilla.

Abolir la autoridad, abolir el gobierno, no significa destruir las fuerzas individuales y colectivas que se agitan en el seno de la humanidad, o las mil influencias que los hombres ejercen mutuamente; esto sería reducir la humanidad a un amasijo de átomos separados unos de otros e inertes, cosa imposible, y que, de ser posible, daría por resultado la destrucción de toda la sociedad, es decir, la muerte de la humanidad.

Abolir la autoridad significa abolir el monopolio de la fuerza y de la abundancia; abolir la autoridad significa abolir este estado de cosas en el que la fuerza social, o sea, la fuerza de todos, es el instrumento del pensamiento, de la voluntad y de los intereses de un pequeño número de individuos que, mediante la fuerza suprimen, en su propio provecho y en el de sus ideas particulares, la libertad de cada uno.

Abolir la autoridad significa destruir una forma de organización social en la cual el porvenir resulta acaparado de una a otra revolución, en beneficio de quienes fueron los vencedores de un momento.

Miguel Bakunin, en un escrito publicado en 1872, después de explicar que los grandes medios de acción de la Internacional eran la propaganda de sus ideas y la organización de la acción natural de sus miembros sobre las masas, añade:

«A quien pretendiera qué una acción así organizada constituiría un atentado contra la libertad de las masas, una tentativa de creación de un nuevo poder autoritario, le responderíamos que es un sofista y un bobo. Tanto peor para aquellos que ignoran las leyes naturales y sociales de la solidaridad humana hasta el punto de imaginar que una absoluta independencia mutua de los individuos y de las masas es cosa factible, o por lo menos deseable.

«Tal deseo significa querer la destrucción de la sociedad, puesto que la vida social no es otra cosa que esta dependencia mutua y continuada de los individuos y de las masas.

«Todos los individuos, aun cuando no se trate de los más inteligentes y de los más fuertes; y mejor todavía, si se trata de los más inteligentes y de los más fuertes, son a cada instante los productores. La libertad misma de cada individuo no es sino la resultante, continuamente reproducida, de esta masa de influencias materiales y morales ejercida sobre él por todos los individuos que le rodean, por la sociedad en cuyo seno nace, se desarrolla y muere. Querer escapar a esta influencia por medio de una libertad trascendente, divina, absolutamente autosuficiente, constituye una tendencia al no ser; es lo mismo que querer renunciar a toda acción social, a la expresión misma de sus pensamientos y de sus sentimientos. Esta independencia, tan alabada por los idealistas y los metafísicos, así como la libertad individual concebida en este sentido son, pues, la nada.

«En la naturaleza, como en la sociedad humana, que no es más que la misma naturaleza, todos los seres vivos viven con la condición suprema de intervenir, del modo más positivo y potente que su índole consienta, en la vida de los demás; la abolición de esta influencia mutua sería la muerte, y cuando nosotros reivindicamos la libertad de las masas, no pretendemos abolir ninguna de las influencias naturales que los individuos ejercen sobre ellas: lo que nosotros tratamos de realizar es la abolición de las influencias artificiales, privilegiadas, legales, oficiales».

Es cierto que, en el estado actual de la sociedad, donde la gran mayoría de los hombres, corroída por la miseria y embrutecida por la superstición, gime en la más honda abyección, los destinos humanos dependen de la actuación de un número relativamente reducido de individuos.

Ciertamente que no podrá conseguirse el que de un momento a otro todos los hombres se eleven hasta el nivel necesario para poder sentir y comprender el deber -más bien que placer- de realizar todos sus actos de manera que de ellos resulte el mayor bienestar posible para los demás hombres.

Pero si las fuerzas pensantes y directivas de la humanidad son actualmente poco considerables, esto no constituye, ni puede constituir, una razón para paralizar a una parte de ellas y someter a la mayoría a la acción de unos cuantos; no puede ser una razón para organizar la sociedad de tal manera que, gracias a la inercia producida por las posiciones aseguradas, gracias a la herencia, gracias al proteccionismo, al deseo de corporación y a toda la mecánica gubernamental, las fuerzas más vivas y las capacidades más relevantes acaben encontrándose fuera del gobierno y casi privadas de influencia sobre la vida social.

Y los que llegan al gobierno, hallándose en él fuera de su ambiente y estando interesados ante todo en continuar en el poder, pierden toda fuerza activa y se convierten en obstáculo que detiene y entorpece la acción de los demás.

Abolid esta potencialidad negativa, que es el gobierno, y la sociedad será que debe ser, según las fuerzas y las capacidades del momento.

Si en ella se encuentran hombres instruidos y deseosos de difundir la instrucción, ellos organizarán escuelas y se esforzarán en hacer sentido a' todos la utilidad y el placer de instruirse; y si estos hombres no existen o son poco numerosos, un gobierno no podría, como hoy día sucede, llamar a su seno a estos hombres, sustraerlos al trabajo fecundo, obligarles a redactar reglamentos cuya observación se encomiende a las gestiones de policías y agentes de la Administración, y hacer de ellos, a lugar de instituciones inteligentes y apasionados, políticos preocupados tan sólo en ver implantadas sus manías y en permanecer en el poder el mayor tiempo posible.

Si en la sociedad se encuentran médicos e higienistas, ellos organizarán, a buen seguro, el servicio sanitario. Y si no existen, un gobierno tampoco puede improvisarlos; únicamente podría, merced a la muy justificada sospecha que el pueblo abriga con relación a todo lo que se le impone, rebajar el crédito y la reputación de los médicos existentes y hacerles descuartizar, como envenenadores, cuando tratan de evitar o de combatir las epidemias.

Si existen ingenieros y maquinistas, ellos cuidarán de establecer y organizar ferrocarriles; y si no existen, es evidente también que un gobierno no podrá inventarlos.

La revolución, al abolir el gobierno y la propiedad individual, no creará fuerzas que actualmente no existen, pero dejará el campo libre para la expansión de todas las fuerzas, de todas las capacidades existentes, destruirá toda clase o agrupación interesada en mantener a las masas en el embrutecimiento, y obrará de tal modo que cada uno pueda ejercitar su influencia en proporción a su respectiva capacidad y de acuerdo con sus pasiones y sus intereses.

Este es el único camino por el cual la masa puede elevarse, porque sólo poseyendo la libertad se aprende a ser libre, de igual modo que sólo trabajando se aprende a trabajar.

Un gobierno, si no tuviera otros inconvenientes, tendría siempre el de habituar a los gobernados a la sujeción y tender siempre a hacerse cada vez más necesario.

Por otra parte, si se quiere lograr un gobierno que eduque a las masas y las conduzca a la anarquía, es necesario indicar cuál será el origen y el modo de formación del mismo.

¿Será la dictadura de los mejores? Pero ¿quiénes son los mejores? Y ¿quién ha de reconocerles y asignarles esta cualidad? La mayoría está, de ordinario, apegada a viejos prejuicios, a ideas y a instintos abandonados ya por una minoría más favorecida; pero entre las mil y una minorías cada una de las cuales cree tener razón -y todos pueden tenerla en determinados puntos- ¿cuál habría de elegirse? ¿Mediante qué criterio se tendrá que proceder para poner la fuerza social a disposición de una de ellas, cuando sólo el porvenir puede decidir entre las partes litigantes?

Si se toman cien partidarios inteligentes de la dictadura, se verá que cada uno de ellos cree que él debe ser, si no el dictador, uno de los dictadores, o por lo menos ocupar un puesto inmediato a la dictadura. En efecto, los dictadores serían quienes, por un camino o por otro, llegaran a imponerse y, en los tiempos que corren, podemos tener la seguridad de que todos sus esfuerzos habrían de emplearse tan sólo en la lucha que forzosamente tendrían que sostener para defenderse de los ataques de sus adversarios, olvidando sus veleidades de educación como si nunca hubieran existido.

¿Será, por el contrario, un gobierno elegido por sufragio universal, y, por tanto, la emanación más o menos sincera de la voluntad de la mayoría? Pues si se consideraran a estos flamantes electores como incapaces de atender por sí mismos a sus propios intereses, ¿cómo habrán de acertar, en ningún caso, a elegir los pastores encargados de guiarles? ¿De qué manera podrán resolver el problema de alquimia social consistente en obtener la elección de un genio como resultado de la acumulación de votos de una masa de imbéciles? ¿Y la suerte de las minorías, por regla general la parte más inteligente, la más activa y la más adelantada de una sociedad?

Para resolver el problema social en favor de todos no existe más medio que uno, y es el siguiente: expropiar revolucionariamente a los detentadores de la riqueza social; ponerlo todo a disposición de todos y actuar de forma que todas las fuerzas, todas las capacidades, todas las buenas voluntades existentes entre los hombres, sirvan para proveer a las necesidades de todos.

Nosotros luchamos por la anarquía y por el socialismo, porque estamos convencidos de que la anarquía y el socialismo deben tener una acción inmediata; es decir, que se debe, en el momento mismo de la revolución, expulsar a los gobiernos, abolir la propiedad y confiar los servicios públicos -que en este caso comprendan toda la vida social- a la obra espontánea, libre, no oficial, no autoritaria, de todos los interesados y de todos aquellos que tengan voluntad para hacer algo. Cierto que se suscitarán dificultades e inconvenientes; pero unas y otros se resolverán, como no puede ser de otra manera, anárquicamente, es decir, mediante la acción directa de los interesados y de los libres acuerdos.

No sabemos si la anarquía y el socialismo surgirán triunfantes de la próxima revolución; pero es cierto que si se adoptan los programas llamados de transición, será porque habremos sido vencidos, y no porque hayamos creído útil o conveniente dejar con vida una parte siquiera del defectuoso sistema bajo el que la humanidad gime y llora.

De todos modos, tendremos que ejercer sobre los acontecimientos la influencia que el número nos proporcione y que nos den nuestra inteligencia, nuestra energía y nuestra intransigencia; y aun en el supuesto de ser vencidos, nuestro esfuerzo nunca resultará estéril ni inútil, puesto que, cuanto más decididos hayamos estado a conseguir la realización de todo nuestro programa, tanto menor será la fuerza del gobierno y de la propiedad existentes en la nueva sociedad. Nosotros habremos realizado una obra grande, porque el progreso humano se mide precisamente por la disminución del gobierno y por la disminución de la propiedad privada.

Y si hoy caemos sin arriar nuestra bandera, podemos estar seguros de la victoria de mañana.

**NUESTRO PROGRAMA**

No vamos a repetir nada nuevo. La propaganda no es y no puede ser más que la repetición continua, incansable, de aquellos principios que deben servimos de guía en la conducta que hemos de seguir en las varias contingencias de la vida.

Expondremos, pues, con palabras más o menos diferentes, pero con un fondo constante, nuestro viejo programa socialista-anarquista revolucionario.

Nosotros creemos que la mayor parte de los males que afligen a los hombres dependen de la mala organización social, y que los hombres, queriendo y sabiendo, pueden destruirlos. La sociedad actual es el resultado de las luchas seculares libradas por los hombres. No comprendiendo las ventajas que podrían sacar de la cooperación y de la solidaridad, viendo en los demás hombres (excepto los más próximos por vínculos de la sangre) un competidor y un enemigo, han procurado acaparar, cada uno para sí, la mayor cantidad posible de goces sin preocuparse del interés de los demás.

Dada esta lucha, naturalmente debían salir vencedores los más fuertes y los más afortunados, sometiendo y oprimiendo a los vencidos de diversos modos.

Mientras el hombre no fue capaz de producir sino lo que necesitaba para su sostén, los vencedores no podían hacer otra cosa que matar al vencido y apoderarse de los alimentos por éste cosechados.

Más tarde, cuando con el descubrimiento del pastoreo y de la agricultura un hombre pudo ya producir más de lo que necesitaba para vivir, los vencedores encontraron más ventajoso reducir los vencidos a la esclavitud y hacerles producir para sus dueños.

Más tarde aún, los vencedores se dieron cuenta que era más cómodo, más productivo y más seguro explotar el trabajo ajeno con otro sistema: retener la propiedad exclusiva de la tierra y de todos los medios de trabajo y dejar nominalmente libres a los despojados, los cuales no teniendo ya medios con que vivir estaban obligados a recurrir a los propietarios y trabajar para éstos en las condiciones que ellos quisieran.

De este modo, poquito a poco, a través de toda una red complicadísima de luchas de todo género, invasiones, guerras, rebeliones, represiones, concesiones arrancadas, asociaciones de vencidos unidos para la defensa y de vencedores unidos para la ofensa, se ha legado al estado actual de la sociedad, en la cual unos cuantos retienen hereditariamente la: tierra y toda la riqueza social, mientras la gran masa de los hombres, desheredada de todo, se ve explotada y oprimida por unos pocos propietarios.

De esta situación depende el estado de miseria en que generalmente se encuentran los trabajadores y además todos los males que de la miseria derivan: ignorancia, delitos, prostitución, miseria física, abyección moral y muertes prematuras. De esto depende la constitución de una clase especial (el gobierno), la cual, provista de medios materiales de represión, tiene la misión de legalizar y defender a los propietarios, sirviéndose, además, de esta fuerza para crearse a sí misma ciertos privilegios y para someter, cuando puede, hasta a la misma clase propietaria. De esto depende la constitución de otra clase especial (el clero), la cual, con una serie de fábulas sobre la voluntad de Dios, sobre la vida futura, etc., procura persuadir a los oprimidos a que soporten dócilmente al opresor; y como el gobierno, al propio tiempo que trabaja por el interés de los propietarios, trabaja también por sus propios intereses. De esto depende la formación de una ciencia oficial que es, en todo aquello que puede servir los intereses de los dominadores, la negación de la verdadera ciencia. De esto depende el espíritu patriótico, los odios de raza, las guerras y la paz armada, más desastrosa que las mismas guerras. De esto depende el amor transformado en tormento o en mercado vil. De esto depende el odio más o menos intenso, la rivalidad, la desconfianza entre los hombres, la incertidumbre y el miedo para todos.

Y este estado de cosas es lo que nosotros queremos cambiar radicalmente. Y puesto que todos estos males derivan de la lucha entre los hombres, de esta busca del bienestar individual efectuada por cuenta propia y contra todos, queremos remediarlo sustituyendo el amor alodio, la solidaridad a la competencia, la cooperación fraternal para el bienestar de todos a la busca exclusiva del propio bienestar, la libertad a la opresión y a la imposición, y la verdad a la mentira religiosa y pseudocientífica.

Por consiguiente:

1. Abolición de la propiedad privada de la tierra, de las materias primas y de los instrumentos de trabajo, a fin de que nadie pueda tener un modo de vivir explotando el trabajo ajeno, y teniendo todos los hombres garantizados los medios de producir y vivir, puedan ser verdaderamente independientes y puedan asociarse a los demás libremente en vista del interés común y conforme a las propias simpatías.
2. Abolición del gobierno y todo poder que haga ley y la imponga a los demás, o sea: abolición de las monarquías, repúblicas, parlamentos, ejércitos, policías, magistratura y de todas las demás instituciones dotadas de medios coercitivos.
3. Organización de la vida social mediante la obra de libres asociaciones y federaciones de productores y de consumidores hechas y modificadas a tenor de la voluntad de sus componentes, guiados por la ciencia y la experiencia y libres de toda imposición que no derive de las necesidades naturales, a las cuales, vencido el hombre por el sentimiento de la misma necesidad inevitable, voluntariamente se somete.
4. Garantizados los medios de vida, de desarrollo y de bienestar a los niños y todos los que no estén en estado de proveer a sus necesidades.
5. Lucha contra las religiones y todas las mentiras, aunque se oculten bajo el manto de la ciencia o instrucción científica para todos, hasta su más elevado grado.
6. Lucha contra el patriotismo. Abolición de las fronteras; fraternización de todos los pueblos.
7. Reconstitución de la familia, de modo que resulte la práctica del amor, libre de todo vínculo legal.

Este es nuestro ideal. Hemos expuesto a grandes rasgos cuál es la finalidad que perseguimos, el ideal por el cual luchamos.

Pero no basta con desear una cosa. Si verdaderamente se quiere obtenerla es necesario emplear los medios adecuados a su realización. Y estos medios no son arbitrarios; derivan necesariamente del fin a que se tiende y de las circunstancias en que se lucha; de modo que si nos engañamos en la elección de los medios no llegaremos a los fines que nos propongamos sino a otro fin, tal vez muy opuesto, que será consecuencia natural, necesaria, de los medios que hayamos empleado. El que se pone en camino y se equivoca, no va adonde quiere, sino allí donde conduce el camino que recorrió.

Es necesario, pues, que digamos cuáles son los medios que, según nosotros, conducen al fin que nos proponemos y que nosotros queremos emplear.

Nuestro ideal no es de aquellos cuya realización depende del individuo considerado aisladamente. Se trata de cambiar el modo de vivir en sociedad, de establecer entre los hombres relaciones de amor y solidaridad, de conseguir la plenitud del desarrollo material, moral e intelectual, no para un solo individuo, no para los miembros de una dada clase o partido, sino para todos los seres humanos, y esto no es una cosa que pueda imponerse con la fuerza, sino que debe surgir de la conciencia iluminada de cada uno y actuarse mediante el libre consentimiento de todos.

Nuestro primer deber, pues, consiste en persuadir a la gente.

Es necesario que nosotros llamemos la atención de los hombres sobre los males que sufren y sobre la posibilidad de destruidos. Es necesario que suscitemos en cada uno la simpatía para con los males ajenos y el vivo deseo del bien de todos.

Al que tenga hambre y frío, le enseñaremos cómo sería posible y fácil asegurar a todos la satisfacción de las necesidades materiales. Al oprimido y vilipendiado le diremos que se puede vivir feliz en una sociedad de libres y de iguales. Al atormentado por el odio y el temor le enseñaremos el camino para alcanzar, amando a sus semejantes, la paz y la alegría del corazón.

Y cuando hayamos conseguido hacer nacer en el ánimo de los hombres el sentimiento de rebelión contra los males injustos y evitables, que se sufren en la sociedad presente, cuando les hayamos hecho comprender las causas de estos males y que de la voluntad humana depende eliminados; cuando hayamos inspirado el deseo vivo, imperioso, de transformar la sociedad en bien de todos, entonces los convencidos por impulso propio y por impulso de los que se precedieron en la convicción se unirán y querrán y podrán actuar los comunes ideales.

Hemos dicho ya que sería absurdo y en contradicción con nuestro objetivo querer imponer la libertad, el amor entre los hombres, el desarrollo integral de todas las facultades humanas por medio de la fuerza. Es necesario, pues, contar con la libre voluntad de los demás, y lo único que podemos hacer es provocar la formación y la manifestación de dicha voluntad. Pero sería igualmente absurdo y contrario a nuestro objeto admitir que los que no piensan como nosotros vayan a impedimos actuar nuestra voluntad, siempre que ésta no lesione su derecho a una libertad igual a la nuestra.

Libertad, por consiguiente, para todos de propagar y experimentar las propias ideas, sin otro límite que el que resulta, naturalmente, de igual libertad de todos.

Pero a esto se oponen -y se oponen con la fuerza bruta- los que se benefician con los actuales privilegios y dominan y reglamentan la vida social presente.

Tienen éstos en sus manos todos los medios de producción, y, por tanto, suprimen, no tan sólo la posibilidad de experimentar nuevos modos de convivencia social, no tan sólo el derecho de los trabajadores a vivir libremente con el propio trabajo, sino también el mismísimo derecho a la existencia, y obligan al que no es propietario a que se deje explotar y oprimir si no quiere morirse de hambre.

Tienen a su disposición la policía, la magistratura y los ejércitos creados expresamente para defender sus privilegios, y persiguen, encarcelan y matan a los que tienen sometidos.

Dejando a un lado la experiencia histórica (la que demuestra que jamás una clase privilegiada se ha despojado, en todo o en parte, de sus privilegios, que jamás un gobierno ha abandonado el poder sin que la fuerza le haya obligado a ello) bastan los hechos contemporáneos para convencer a cualquiera de que la burguesía y los gobiernos emplean la fuerza material para defenderse, no ya contra la expropiación total, sino contra las más pequeñas pretensiones populares, y que están siempre dispuestos a las más atroces persecuciones y a las matanzas más sangrientas.

Al pueblo que quiere emanciparse no le queda otro recurso que oponer la fuerza a la fuerza.

De cuánto hemos dicho resulta que debemos trabajar para despertar en los oprimidos el deseo de una radical transformación social y persuadirles de que uniéndose tendrán la fuerza para vencer; debemos propagar nuestro ideal y preparar las fuerzas morales y materiales necesarias para poder vencer a las fuerzas enemigas y para organizar la nueva sociedad. Y cuando tengamos la fuerza suficiente debemos, aprovechando las circunstancias favorables que se produzcan o creándolas nosotros mismos, hacer la revolución social, derribando con la fuerza el gobierno, expropiando con la fuerza a los propietarios; y poniendo en común los medios de vida y de producción, e impidiendo al propio tiempo que vengan nuevos gobiernos a imponernos su voluntad y a dificultar la reorganización social hecha directamente por los interesados.

Todo esto, empero, es menos simple de lo que a primera vista podría parecer.

Tenemos que habérnosla con hombres de la actual sociedad, hombres que están en condiciones morales y materiales pésimas y nos engañaríamos si pensáramos que basta la propaganda para elevarles a aquel grado de desarrollo intelectual y moral que es necesario para la actuación de nuestros ideales. Entre el hombre y el ambiente social hay una acción recíproca. Los hombres hacen la sociedad tal como ésta es, y la sociedad hace los hombres tal como éstos son, y de esto resulta una especie de círculo vicioso; para transformar la sociedad es necesario transformar los hombres y para transformar los hombres es necesario transformar la sociedad.

La miseria embrutece al hombre, y para destruir la miseria es necesario que los hombres tengan conciencia y voluntad. La esclavitud educa a los hombres para esclavos, y para libertarse de la esclavitud se necesitan hombres que aspiren a ser libres. La ignorancia deja a los hombres sin el conocimiento de las causas de sus males y sin que sepan cómo remediarlos, y para destruir la ignorancia es necesario que los hombres tengan tiempo y modo de instruirse.

El gobierno acostumbra a la gente a sufrir ley y a creer que la ley es necesaria a la sociedad, y para abolir el gobierno es necesario que los hombres se persuadan de su inutilidad y de su nocividad. ¿Cómo salir de este círculo vicioso?

Afortunadamente, la sociedad actual no ha sido formada por la voluntad esclarecida de una clase dominante que haya podido reducir todos los dominados a instrumentos pasivos e inconscientes de sus intereses. Esta sociedad es el resultado de mil luchas intestinas, de mil factores naturales y humanos, agentes casuales sin criterios directivos, y por consiguiente no hay divisiones netas ni entre los hombres ni entre las clases.

Infinitas son las variedades de condiciones materiales, infinitos los grados de desarrollo moral e intelectual; y no siempre -diremos casi muy raramente- el puesto que uno ocupa en la sociedad corresponde a sus aspiraciones. Muy a menudo los hombres caen en condiciones inferiores a las que están habituados, y, otros, por circunstancias excepcionalmente favorables, consiguen elevarse a condiciones superiores a aquellas en que nacieron. Una parte notable del proletariado ha logrado ya salir del estado de miseria absoluta, embrutecedora, o no ha podido nunca reducírsele a ella; ningún trabajador, o casi ninguno, se encuentra en el estado de inconsciencia completa, de completa adaptación a las condiciones que quisieran los patronos. Y las mismas instituciones, tales como las ha producido la historia, contienen contradicciones orgánicas que son como gérmenes de muerte, los que al desarrollarse producen la disolución de la institución y la necesidad de la transformación.

De aquí la posibilidad del progreso; pero no la posibilidad de llevar, por medio de la propaganda, todos los hombres al nivel necesario para que quieran y actúen la anarquía, sin una anterior gradual transformación del ambiente.

El progreso debe marchar contemporáneamente, paralelamente en los individuos y en el ambiente. Debemos aprovechar todos los medios, todas las posibilidades, todas las ocasiones que nos deja el ambiente actual, para obrar sobre los hombres y desarrollar su conciencia y sus deseos; debemos utilizar todos los progresos realizados en la conciencia de los hombres para inducirles a reclamar e imponer aquellas mayores transformaciones sociales que son posibles y que mejor pueden abrir paso a progresos ulteriores.

Nosotros no debemos esperar a actuar la anarquía limitándonos a la simple propaganda. Si así hiciéramos habríamos agotado pronto el campo de acción; habríamos convertido a todos aquellos que en el ambiente actual son susceptibles de comprender y aceptar nuestras ideas, y nuestra ulterior propaganda quedaría estéril; o si de las transformaciones de ambiente surgieran nuevos estratos populares a la posibilidad de recibir nuevas ideas, sucedería esto sin la obra nuestra, tal vez contra nuestra obra, y por tanto acaso en perjuicio de nuestras ideas.

Debemos procurar que el pueblo, en su totalidad o en sus varias facciones, pretenda, imponga, actúe por sí mismo todas las mejoras, todas las libertades que desea, tan pronto como las desee y tenga fuerza para imponerlas, y propagando siempre entero nuestro programa y luchando siempre en pro de su actuación integral debemos empujar al pueblo a que pretenda e imponga cada vez mayores cosas, hasta que llegue a su emancipación completa.

La opresión que más directamente pesa sobre los trabajadores y que es causa principal de todas las sujeciones morales y materiales a que están sometidos los trabajadores, es la opresión económica, es decir, la explotación que los patronos y los comerciantes ejercen sobre los obreros debido al acaparamiento de todos los grandes medios de producción y de cambio.

Para suprimir radicalmente y sin peligro de retorno esta opresión, es necesario que todo el pueblo esté convencido del derecho que tiene al uso de los medios de producción, y que actúe este derecho suyo primordial expropiando a los detentadores del suelo y de todas las riquezas sociales poniendo éstas y aquél a disposición de todos.

¿Pero se puede ahora mismo efectuar esta expropiación? ¿Se puede hoy pasar directamente, sin grandes intermedios, del infierno en que se encuentra el proletariado al paraíso de la propiedad común?

La prueba de que el pueblo no es aún capaz de expropiar a los propietarios es que no los expropia.

¿Qué debe hacerse mientras no llega el día de la expropiación?

Nuestro deber está en preparar al pueblo moral y materialmente para esta necesaria expropiación e intentada y reintentarla cada vez que una sacudida revolucionaria nos dé ocasión, hasta el triunfo definitivo. ¿Pero cómo prepararemos al pueblo? ¿Cómo preparar las condiciones que hacen sea posible, no sólo el hecho material de la expropiación, sino la utilización, a beneficio de todos, de la riqueza común?

Hemos dicho anteriormente que la sola propaganda, hablada o escrita, es impotente para conquistar a nuestras ideas toda la gran masa popular. Precisa, pues, una educación práctica que sea tan pronto causa como efecto de una gradual transformación del ambiente. Precisa que a medida que se desarrollen en los trabajadores el sentido de rebelión contra los injustos e inútiles sufrimientos de que son víctimas y el deseo de mejorar sus condiciones, luchen, unidos y solidarios, para conseguir lo que desean.

Y nosotros, como anarquistas y como trabajadores, debemos impulsarles y estimularles a la lucha y luchar con ellos.

¿Pero son posibles, en un régimen capitalista, estos mejoramientos? ¿Son inútiles, desde el punto de vista de la futura emancipación integral de los trabajadores?

Sean los que fueren los resultados prácticos de la lucha para las mejoras inmediatas, su utilidad principal está en la misma lucha. Con esta lucha los obreros aprenden a ocuparse de sus intereses de clase, aprenden que el patrono tiene intereses opuestos a los suyos y que no pueden mejorar de condición y aun emanciparse, sino uniéndose y haciéndose más fuertes que los patronos. Si consiguen obtener lo que desean, estarán mejor, ganarán más, trabajarán menos, dispondrán de más tiempo para reflexionar sobre las cosas que les interesan y sentirán en seguida mayores deseos y mayores necesidades. Si no consiguen lo que deseaban se verán llevados a estudiar las causas del fracaso y a reconocer la necesidad de una mayor unión, de una energía mayor, y comprenderán al fin que para vencer con seguridad y definitivamente es necesario destruir al capitalismo. La causa de la revolución, la causa de la elevación moral del trabajador y de su emancipación saldrá ganando del hecho de que los trabajadores se unan y luchen por sus intereses.

¿Pero es posible, preguntamos otra vez, que los trabajadores logren, dentro del actual estado de cosas, mejorar realmente sus condiciones?

Esto depende del concurso de una infinidad de circunstancias.

A pesar de lo que sostienen algunos, no existe una ley natural (ley de los salarios) que determine la parte que corresponde al trabajador sobre el producto de su trabajo; o, si se quiere formular una ley, no puede ser más que esta: el salario no puede descender normalmente por debajo de aquel tanto que es necesario a la vida, ni puede normalmente subir tanto que no deje ningún beneficio al patrono. Claro es que en el primer caso los obreros morirían o no percibirían ya salario, y en el segundo caso los patronos cesarían de hacer trabajar y por tanto no pagarían más salarios. Pero entre estos dos extremos imposibles hay una infinidad de grados, que van desde las condiciones casi animalescas de gran parte de los trabajadores agrícolas hasta aquellas casi decentes de los obreros de los oficios buenos en las grandes ciudades.

El salario, la duración de la jornada de trabajo y las demás condiciones de trabajo son el resultado de la lucha entre patronos y obreros. Aquéllos procuran dar a éstos lo menos posible y hacerles trabajar hasta extenuarles, y éstos procuran, o deberían procurar, trabajar lo menos posible y ganar lo más que puedan. Allí donde los trabajadores se contentan de cualquier modo y aun descontentos no saben oponer una válida resistencia a los patronos, prontamente quedan reducidos a unas condiciones de vida animalesca; en cambio, allí donde tienen un concepto algo elevado del modo como deberían vivir los seres humanos y saben unirse y mediante la huelga y la necesidad latente o explícita de rebelión imponen respeto a los patronos, éstos les tratan de modo relativamente soportable. De modo que puede decirse que el salario, dentro de ciertos límites, es lo que el obrero (no como individuo, se entiende, sino como clase) pretende.

Luchando, resistiendo contra los patronos, pueden, pues, los obreros impedir, hasta cierto punto, que sus condiciones empeoren y aun obtener mejoras reales. La historia del movimiento obrero ha demostrado ya esta verdad.

Empero, es necesario no exagerar el alcance de esta lucha combatida entre obreros y patronos sobre el terreno exclusivamente económico. Los patronos pueden ceder, y a menudo ceden, ante las exigencias obreras enérgicamente formuladas, mientras no se trate de pretensiones demasiado grandes; pero tan pronto como los obreros comiencen (y es urgente que comiencen) a pretender un tratamiento que absorba el beneficio del patrono, haciendo así una expropiación indirecta, podemos estar seguros de que los patronos llamarán al gobierno en su auxilio y procurarán obligar por medio de la violencia a los obreros a permanecer en sus posiciones de esclavos asalariados.

Y aun antes, mucho antes de que los obreros puedan pretender recibir en compensación de su trabajo el equivalente de todo lo que han producido, la lucha económica se vuelve impotente para continuar produciendo el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores.

Los obreros lo producen todo y sin ellos no se puede vivir; parece, pues, que negándose a trabajar han de poder imponer lo que quieran. Pero la unión de todos los trabajadores, aun de un solo oficio, es difícil de obtener, y a la unión de los trabajadores se opone la unión de los patronos. Los obreros viven al día y si no trabajan pronto se mueren de hambre, mientras que los patronos disponen, mediante el dinero, de todos los productos ya acumulados, y por tanto pueden esperar muy tranquilamente que el hambre reduzca a discreción a sus asalariados. El invento o la introducción de nuevas máquinas vuelve inútil la obra de gran número de obreros y aumenta el ejército de los sin trabajo que el hambre obliga a venderse a cualquier condición. La inmigración aporta en seguida, en aquellos países donde los trabajadores viven algo mejor, una oleada de trabajadores famélicos que, queriendo o no, ofrecen a los patronos modo de rebajar los salarios. Y todos estos hechos, derivados necesariamente del sistema capitalista, consiguen contrabalancear el progreso de la conciencia y de la solidaridad obrera; a menudo caminan más rápidamente que este progreso y lo detienen y lo destruyen. Pronto se presenta, pues, para los obreros que intentan emanciparse, o simplemente mejorar de condición, la necesidad de defenderse contra el gobierno, la necesidad de luchar contra el gobierno que legitimando el derecho de propiedad y sosteniéndolo con la fuerza brutal, constituye una barrera al progreso, barrera que debe derribarse con la fuerza si no se quiere permanecer indefinidamente en el estado actual o peor.

De la lucha económica hay que pasar a la lucha social, es decir, a la lucha contra el gobierno; y en lugar de oponer a los millones de los capitalistas los escasos céntimos ahorrados con mil privaciones por los obreros, se hace preciso oponer a los cañones que defienden la propiedad aquellos mejores medios que el pueblo, encuentre para vencer la fuerza con la fuerza.

Por lucha social entendemos la lucha contra el gobierno.

Gobierno es el conjunto de aquellos individuos que detentan el poder de hacer la ley e imponerla a los gobernados, o sea, al público.

Consecuencia del espíritu de dominio y de la violencia con los cuales algunos hombres se han impuesto a los demás, el gobierno es, al propio tiempo, creador y criatura del privilegio y su defensor natural.

Equivocadamente se dice que el gobierno desempeña hoy la función de defensor del capitalismo, pero que abolido el capitalismo el gobierno se trocaría en representante y gerente de los intereses generales. Ante todo, el capitalismo no podrá destruirse sino cuando los trabajadores, una vez arrojado el gobierno, tomen posesión de la riqueza social y organicen la producción y el consumo en interés de todos, por sí mismos, sin esperar la obra de un gobierno, el cual, aunque quisiera, no sería capaz de hacerlo. Pero hay más: si el capitalismo quedara destruido y se dejase subsistir un gobierno, éste, mediante la concesión de toda clase de privilegios, lo crearía nuevamente, puesto que, no pudiendo contentar a todo el mundo, tendría necesidad de una clase económicamente potente que lo apoyaría a cambio de las protecciones legales y materiales que del gobierno recibe.

Por consiguiente, no se puede abolir el privilegio y establecer sólida y definitivamente la libertad y la igualdad social, sino aboliendo el gobierno, no este o aquel gobierno, sino la misma institución de gobierno.

Pero en éste como en todos los hechos de interés general y en éste más que en cualquier otro, se necesita el consentimiento de la generalidad, y por esto debemos esforzarnos en persuadir a la gente de que el gobierno es inútil y dañoso y que se puede vivir mejor sin gobierno.

Pero como ya dijimos, la propaganda por sí sola es impotente para convencer a todos, y si nosotros quisiéramos limitarnos a predicar contra el gobierno esperando pasivamente el día en que el público esté convencido de la posibilidad y utilidad de abolir por completo toda clase de gobierno, este día no vendría nunca.

Predicando constantemente contra toda especie de gobierno y siempre reclamando la libertad integral, debemos apoyar todas las luchas por las libertades parciales, convencidos de que en la lucha se aprende a luchar y de que comenzando a catar la libertad se acaba queriéndola toda. Nosotros debemos estar siempre con el pueblo y cuando no consigamos hacerle pretender mucho, procurar que por lo menos pretenda algo, y debemos esforzarnos para que aprenda, poco o mucho, lo que quiera, a conquistarlo por sí mismo, y a que luche contra el que está en el gobierno o quiera ser gobierno.

Puesto que el gobierno tiene hoy poder para reglamentar, mediante las leyes, la vida social y ampliar o restringir la libertad de los ciudadanos, debemos, no pudiendo arrancarle aún este poder, obligarle a que haga de él un uso lo menos dañino posible. Pero esto debemos hacerlo estando siempre fuera y contra el gobierno, haciendo presión sobre él mediante la lucha de la calle, haciendo ver que lograremos lo que pretendamos. Jamás debemos aceptar una función legislativa cualquiera, sea general o local, porque de hacer lo contrario disminuiríamos la eficacia de nuestra acción y traicionaríamos el porvenir de nuestra causa.

La lucha contra el gobierno se resuelve, en último análisis, en lucha física, material.

El gobierno hace la ley. Este debe, pues, tener una fuerza material (ejército y policía) para imponer la ley, porque de otro modo no obedecería sino el que quisiere y la ley no sería ya ley, sino una simple proposición que cada individuo sería libre de aceptar o de rechazar. Y los gobiernos tienen esta fuerza y se sirven de ella para poder con leyes fortificar su dominio y defender los intereses de las clases privilegiadas, oprimiendo y explotando a los trabajadores.

El límite a la opresión gubernamental está en la fuerza que el pueblo se muestre capaz de oponerle.

Puede haber conflicto abierto o latente, pero el conflicto siempre existe, porque el gobierno no se detiene ante el descontento y la resistencia sino cuando siente el peligro de la rebelión.

Cuando el pueblo se somete dócilmente a la ley o la protesta es débil y platónica, el gobierno hace lo que tiene por conveniente sin preocuparse de las necesidades populares; cuando la protesta se hace viva, insistente y amenazadora, el gobierno, según sea más o menos clarividente, cede o recurre a la represión. Pero siempre se llega a la rebelión, porque si el gobierno no cede el pueblo acaba por rebelarse, y, si cede, el pueblo adquiere confianza en sí mismo y pide cada vez más, hasta que la incompatibilidad entre la libertad y la autoridad se hace evidente y estalla el conflicto violento.

Es necesario, por tanto, prepararse moral y materialmente para que cuando estalle la lucha, la victoria quede de parte del pueblo.

La rebelión victoriosa es el hecho más eficaz para la emancipación popular, puesto que el pueblo, sacudido ya el yugo, queda libre de darse a sí mismo aquellas instituciones que cree mejores, y el tiempo que media entre la ley, siempre en retardo, y el grado de civilización a que llegó la masa de población, se cruza de un salto. La rebelión determina la revolución, es decir, la actuación rápida de las fuerzas latentes acumuladas durante la precedente evolución.

Todo estriba en lo que el pueblo sea capaz de querer.

En las pasadas rebeliones el pueblo, inconsciente de las verdaderas razones de sus males, quiso siempre muy poco y muy poco consiguió.

¿Qué es lo que querrá en la próxima rebelión?

Esto depende en parte de nuestra propaganda y de la energía que sepamos desarrollar.

Deberemos impulsar al pueblo a que expropie a los propietarios y que ponga en común la riqueza; a que organice la vida social por sí mismo, mediante asociaciones libremente constituidas, sin esperar órdenes de nadie y negándose a nombrar o reconocer un gobierno cualquiera, o un cuerpo cualquiera que pretenda el derecho de hacer la ley e imponer su voluntad a los demás.

Y si la masa del pueblo no responde a nuestro llamamiento, deberemos – en nombre del derecho que tenemos a ser libres aunque los demás quieran continuar siendo esclavos, y por la eficacia del ejemplo actuar cuanto podamos nuestras ideas, no reconociendo el nuevo gobierno, manteniendo viva la resistencia, y hacer de modo que los municipios que las hayan acogido simpáticamente rechacen toda injerencia gubernamental y se obstinen en vivir como les plazca.

Y deberemos, sobre todo, oponernos por todos los medios a la reconstitución de la policía y del ejército y aprovechar la ocasión propicia para llevar a los trabajadores a la huelga general con todas aquellas mayores pretensiones que hayamos podido inculcarles.

Y suceda lo que suceda, continuar luchando, sin interrupción, contra los propietarios y contra el gobierno, teniendo siempre por mira la emancipación completa, económica, política y moral de toda la humanidad.

Queremos, por tanto, abolir radicalmente el dominio y la explotación del hombre por el hombre; queremos que los hombres, hermanados por una solidaridad consciente y querida, cooperen todos voluntariamente en el bienestar de todos; queremos que la sociedad se constituya con el fin de suministrar a todos los seres humanos los medios de alcanzar el máximo bienestar posible, el máximo posible de desarrollo moral y material; queremos para todos pan, libertad, amor y ciencia.

Y para conseguir este fin supremo creemos necesario que los medios de producción estén a disposición de todos, y que ningún hombre, o grupo de hombres, pueda obligar a los demás a someterse a su voluntad, ni ejercer su influencia de otro modo que con la fuerza de la razón y del ejemplo. Por consiguiente: expropiación de los detentores del suelo y del capital a beneficio de todos y abolición del gobierno. E interinamente esto no se haga, propaganda del ideal; organización de las fuerzas populares; lucha continua, pacífica o enérgica, según las circunstancias, contra el gobierno y contra los propietarios, a fin de conquistar toda la libertad y todo el bienestar que se pueda.

1. \* Editorial Ayuso, Compilador. Madrid, 1975. Digitalización: KCL. [↑](#footnote-ref-1)
2. \*\* Insertamos como prólogo el estudio que sobre la vida y obra de Malatesta publicara Max Nettlau, en *La Revista Blanca*, números 222, 224 y 225, de 15 de agosto, 15 de septiembre y 1 de octubre de 1932. Su título original fue «En memoria de Errico Malatesta (4 diciembre 1853-22 julio 1932)». Trad. de F. Alaiz. *Entre campesinos*, *En el café*, y su exposición anti-política, *¿Qué es la Anarquía?*; y, por supuesto no podría faltar *Nuestro programa*. Forman parte de la serie de artículos publicados en la revista *Natura* a principios del siglo XX. [↑](#footnote-ref-2)
3. Véase *La Revista Blanca*, número 222, 15 de agosto de 1932. [↑](#footnote-ref-3)
4. Este asunto ha sido ya tratado por Luis Fabbri en el *Pensiero*, de Roma (véase traducción en *Revista Blanca*, de Madrid, números 133-134). Malatesta considera la cuestión desde otro punto de vista, haciendo extensiva su crítica a otras escuelas individualistas anarquistas diferentes de la stirneriana, a la que se limitó Fabbri. (*N. de R.*) [↑](#footnote-ref-4)
5. Edición revisada por el autor. Traducción de D. A. de S. Seguimos la impresión realizada por *Tierra y Libertad*, en 1936. [↑](#footnote-ref-5)
6. Este trabajo fue escrito en 1883, cuando todavía no era discutida entre los socialistas la teoría de Marx de la concentración de la riqueza en un número cada vez más reducido de personas. Estudios posteriores, corroborados por nuevos hechos, han mostrado que hay otras tendencias que contrarrestan la tendencia a la concentración del capital, y que en la realidad el número de los propietarios tanto disminuye como aumenta, y la condición de los trabajadores empeora o mejora, por la acción de mil factores que cambian continuamente y reaccionan de modo diverso los unos sobre los otros. Pero estas nuevas constataciones, lejos de debilitar la necesidad de una transformación radical del régimen social, demuestran que sería vano esperar que la sociedad burguesa muera por sí misma por la agravación progresiva de los males que produce, y que si los trabajadores quieren emanciparse e instaurar una sociedad de bienestar y de libertad para todos, deben expropiar, revolucionariamente, a los explotadores del trabajo ajeno, sean pocos o muchos. (*N. del autor*, 1913). [↑](#footnote-ref-6)
7. Desde la época en que se ha escrito este libro, la previsión se ha realizado. El automóvil da ya el medio de viajar por todas partes y rápidamente sin la necesidad de una organización complicada y de reglas rigurosas, como son las exigidas por el servicio ferroviario. Y la aeronavegación está ya bastante adelantada para dar a los individuos mayor independencia y suprimir muchas desigualdades dependientes hoy de la posición topográfica de las diversas localidades. Así la invención del motor eléctrico, con la posibilidad de llevar la fuerza motriz a todas partes y en toda cantidad, ha hecho que se puedan utilizar las máquinas incluso a domicilio, y ha suprimido en gran parte la necesidad de las grandes fábricas que imponía la máquina a vapor para que pudiera ser empleada económicamente. Así, la telegrafía sin hilos tiende a suprimir la necesidad de un complicado servicio telegráfico. El progreso de la química y de la agricultura tiende a hacer apto para todo género de cultivo cualquier pedazo de tierra. (*Nota del autor*, 1913). [↑](#footnote-ref-7)